A black and white close-up portrait of a woman with dark, wavy hair. She is looking directly at the camera with a slight, enigmatic smile. Her right hand is raised to her face, with her fingers resting near her lips. She is wearing dark, dramatic eye makeup and dark lipstick. The lighting is soft, highlighting her features.

Alessandra Neymar

COLAPSO

La tercera entrega de **MIRAME Y DISPARA**

Nova Casa Editorial

Alessandra Neymar

COLAPSO

Nova Casa Editorial

Publicado por:

Nova Casa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2014, Alessandra Neymar

© 2014, De esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Cubierta

Vasco Lopes

Ilustración de portada

iStock

Maquetación

Martina Ricci

Impresión

QP Print

Revisión

Carlos Cote Caballero

ISBN versión digital: 978-84-16281-17-6

Depósito Legal versión digital: DL B 27706-2014

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

A mi madre,
Te quiero.

AGRADECIMIENTOS

Soy consciente de lo que significa esta historia para muchas personas y por ello quiero decir:

Querido/a lector/a,

Te dedico este libro, por darle vida a cada una de las palabras que lo forman con tu pasión y respeto y contribuir en ellas día a día.

Esto es tan tuyo como mío.

Pero una historia se hace grande cuando las personas que la acompañan también lo son. No podrías tener este libro en tus manos sin mi editor, Joan, que se embarca en este viaje contagiándome de ilusión y confianza, provocando que al pensar en él, le sienta como un gran amigo. Sin Verónica por su dulzura, ni Carlos por su mordacidad que tanto me hace reír, ni el resto del estupendo equipo de Nova Casa Editorial. Tampoco sin mis hermanos, Zeus e Isaac (¡yeeee!), ni mi cuñada Sol (¡Solete!), que tantas noches de cine y cenas improvisadas me dan con toda la intención de hacerme desconectar un rato. O sin mis queridas amigas Miriam y Sandra (¡Mafiosas al poder!), que están ahí constantemente. Ni Chelo y Cristina, de la librería Soriano, por su cariño y por ofrecerme una comodidad digna de mencionar. (¡Sois un encanto!)

Sin embargo, quiero que sepas que esta historia cobra todo el sentido imaginable gracias a mi madre. Que ella es toda esa fuerza y pasión que habita en cada línea y que me siento muy orgullosa de que tú, que ahora tienes este libro entre tus manos, te embarques en este universo y lo hagas un poco más importante.

¡Nos vemos “Bajo el cielo púrpura de Roma”!

Tú eres mi única razón de ser. Eres todas mis razones,
John Nash, A beautiful mind.

PRÓLOGO

Kathia

Cristianno... ¿Me oyes, mi amor?

Silencio, denso y profundo.

Y frío. Intenso, duro, atravesando cruelmente mis huesos hasta hacerlos crujir. Un frío que dolía, y que no me importaba sentir.

¿Estás ahí?

La corriente nocturna entró en el panteón Gabbana dándome la sensación de que alguien caminaba a mi alrededor. Quise creer que cada movimiento eran pasos similares al de unos pies calzados avanzando con pereza. Sabía que era el viento, pero dejé que mi mente fuera más allá imaginando que su presencia acababa de irrumpir allí. Idea que cobró más fuerza cuando los velones que iluminaban el lugar titilaron a punto de apagarse. Por un momento mi sombra cubrió toda la piedra del sarcófago en un extraño y siniestro abrazo. No me moví, no levanté la mirada de su nombre y tampoco dejé de acariciarlo, letra por letra. Me mantuve impertérrita rogando que aquella ráfaga fuera realmente su alma que, tal vez, venía a llevarme con él...

Cerré los ojos, apretando fuerte.

No deberías estar muerto...

Un pensamiento que tenía escondido en el último rincón de mi mente, bajo llave y junto a todos y cada uno de los recuerdos que había compartido con Cristianno para que nadie pudiera dañarlos. Era lo único que me quedaba de él.

Tu corazón tendría que latir contra el mío. Tendría que sentirlo pegado a mi pecho, colándose bajo mi piel, estremeciéndose con cada uno de sus latidos. Tendría que estar saboreando tu vida en mis labios, sintiéndote dentro de mí, formando parte de mi cuerpo.

Tendrías que haberme mirado una última vez aquella maldita noche y gritado que yo podría sacarnos de allí, aunque fuera mentira, aunque supieras que esa posibilidad habría terminado con nuestras vidas.

Deberías haber cogido mi mano, apretarla fuerte y haber mantenido tu mirada pegada a la mía mientras nos consumían las llamas... a los dos... Juntos.

Tendrías que haberme dejado morir contigo... O los dos o ninguno, pero nunca tú solo. Maldita sea, nunca tú solo... No debiste morir sin mí. Porque no hay mayor tortura que continuar respirando un aire que a ti ya no te hace falta respirar.

Te has llevado mi vida, Cristianno... Te lo has llevado todo, amor.

Supé que había empezado a llorar cuando abrí los ojos y vi las letras de piedra húmedas por las lágrimas. El ambiente se volvió más helado, agarrotando mis músculos hasta doler y haciendo que mi respiración fuera un aliento mucho más espeso. Aquello solo podía significar una cosa: nevaba de nuevo, como la madrugada pasada.

Finalmente, los velones se apagaron y la oscuridad engulló el lugar. Oscuridad y silencio..., como si de algún modo Cristianno no estuviera de acuerdo con lo que acababa de decirle.

Lo siento, cariño, pero eso es algo que ni siquiera tú puedes evitar.

Sentí el frío de la piedra en mis labios cuando la besé. Acomodé mi cabeza como si fuera su pecho y contemplé la nieve caer, cada vez más intensa.

Es extraño que nieve a mediados de Marzo, ¿no crees?

Pero Cristianno no contestó. No lo haría nunca... Porque estaba muerto.

—Abrázame —jadeé.

Y si lo hizo, jamás lo sabría.

PRIMERA PARTE

Sarah

Nada podía ir bien si todos estábamos sentados a la mesa y nadie era capaz de mirarse a los ojos. Sometidos por un silencio cruel que se imponía entre nosotros marcando una distancia que terminaría por ser insalvable.

Habían pasado dos semanas desde que Cristianno murió y el Edificio se perdía cada vez más en la sombra, ahogando a cada uno de sus habitantes en el vacío que había dejado tanta muerte en tan poco tiempo.

Todos habíamos cambiado. Cada uno decidió llorar la ausencia a su manera, pero en su propia soledad, quizá preguntándonos ¿quién sería el siguiente? ¿Qué nos quedaba por vivir todavía? ¿Cómo demonios habíamos llegado a ese punto?

Los Gabbana se fragmentaban... Y yo no podía hacer nada. Porque nadie creería que uno de los suyos había provocado tal situación. Nadie creería que el hombre que comía apaciblemente a mi lado era el asesino de Cristianno.

—No deberías seguir bebiendo —espetó Silvano mientras su esposa se llevaba una copa de vino a los labios, y ya era la tercera en solo diez minutos.

Graciela resopló con una sonrisa y miró a su compañero como si fuera un desconocido. Después echó una ojeada a las dos empleadas que nos servían la mesa y comprendió que ninguna de ellas la obedecería si decidía continuar bebiendo. Así que se levantó con parsimonia y caminó hacia la estantería donde estaban las botellas de alcohol y demás licores. Cogió un vaso, le puso hielo y eligió un coñac al azar mientras yo me tensaba en mi asiento. Una extraña y suave caricia se extendía por mi muslo provocándome un fuerte estremecimiento.

Tragué saliva. Los dedos de Enrico subían hábiles hacia mi entrepierna y cerca estuvieron de alcanzar su objetivo. Le detuve a tiempo notando cómo él fruncía una sonrisa. Pero lejos de mirar a Enrico, me fijé en Mauro..., que acababa de darse cuenta del cambio tan brusco que tuvo mi cuerpo.

—Recuerdo el día en que murió tu hermano Fabio —comentó Graciella con voz cruel mientras desenroscaba el tapón de la botella. Su cuerpo adoptó una pose oscilante y un tanto petulante que nos preparó a todos para un enfrentamiento desagradable—. Levantaste toda Roma con el propósito de aniquilar a esa gentuza. —Se refirió a los Carusso y a la noche en que Adriano Bianchi ganó las elecciones y lo celebró en un yate que más tarde estalló en llamas—. Sin embargo, han matado a tu hijo y no eres capaz de salir de esa maldita habitación.

Contuve una exclamación al notar cómo sus duras palabras se me clavaban en el pecho. Silvano empalideció, pero no miró a su esposa. Se mantuvo cabizbajo observando el contenido intacto de su plato y asiendo con fuerza los cubiertos.

Fue Patrizia la que se levantó y se digirió tímida a su cuñada.

—Graciella, ya basta... —murmuró intentando quitarle la copa de las manos.

Pero Graciella la empujó.

—¡No!—exclamó con furia antes de señalar a Patrizia con un dedo—. Tú no has perdido a un hijo, no tienes ni idea.

—¡No!—Gritó Silvano dando un fuerte golpe en la mesa que tiró varias copas. Después miró a su esposa—. ¡Tú no tienes idea!

Habría prestado mucha más atención al sospechoso gesto de Enrico ante la respuesta de su padrino si Graciella no hubiera lanzado el vaso contra la pared. El cristal se hizo añicos dejándonos a todos completamente tensionados. Aquello no iba a tener un buen final.

La Bellucci se acercó a Silvano con paso firme y se inclinó para hablarle de cerca.

—Dios sabe que en estos momentos el único sentimiento que tengo hacia ti es odio —gruñó olvidando que incluso sus suegros estaban presentes.

Ofelia agachó la cabeza y Domenico se mantuvo rígido, sin dejar de analizar cada gesto del rostro de su hijo, que alzó la mirada y la clavó en los ojos de Graciella. Mientras tanto, el resto de presentes ansiamos desaparecer de allí.

—De todos modos es un sentimiento —masculló hiriente y en voz baja. Esa vez su esposa decidió no contestar, y se marchó tambaleante dejando el comedor sumido en una dolorosa inquietud.

—Lleva razón, Silvano. —Domenico le habló a su primogénito con

cierto tacto, pero profundamente sincero; ambos hombres habían perdido al pequeño de sus hijos. Soltó la servilleta sobre la mesa y señaló el asiento que debería haber ocupado Cristianno de haber estado vivo—. Esa silla está vacía y tú no haces nada. Solo dejar más espacio a los Carusso y permitir que esta familia se pierda en esa distancia. —Terminó levantándose de la mesa, esperando una respuesta. Pero Silvano no dijo nada.

Tan solo miró a Enrico... pidiéndole permiso en silencio para responder a su padre. Se me heló la sangre al ver cómo este negaba casi imperceptiblemente con la cabeza y, en respuesta, Silvano callaba. ¿Hasta qué punto Enrico tenía el poder? ¿Hasta qué punto podía ordenar? Es más, ¿por qué demonios el gran Silvano Gabbana no hacía nada?

Domenico resopló asqueado y visiblemente decepcionado por el silencio. Le dio un beso a su esposa en la cabeza y siguió los pasos de su nuera caminando más lento y mucho más apenado. No solo había perdido a un hijo y a un nieto, sino que su familia se desintegraba porque uno de los suyos no sabía qué hacer.

Me quedé atrapada entre lo sucedido y las miradas que Mauro y Enrico se estaban enviando completamente ajenos a que yo estaba sentada entre ellos. ¿Qué se estaban diciendo? ¿Cuánta información albergaba sus ojos?

—Papá... papá. —Fue Valerio quien intentó extraer a Silvano de sus pensamientos acariciándole el brazo con cariño. Este miró al mediano de sus hijos sin perder aquella mirada trastornada y lejana.

—Marchaos... —ordenó deseando no tener que volver a repetirlo.

Diego fue el primero en obedecer y lo hizo furioso con su padre. Yo fui la última y lo hice tras haber mirado a Silvano con nostalgia y pena. Después corrí a mi habitación y enterré la cara entre mis manos creyendo que tendría un momento a solas conmigo y mi tristeza.

Qué equivocada estaba y qué acertado estuvo Enrico al mantener la luz apagada. Porque cuando cometí el error de mirarle, no me perdí en su mirada.

Contuve el aliento cuando me acarició la nuca. De nada sirvió que segundos más tarde intentara huir de él. Enrico ya había notado cómo mi piel se erizaba bajo su tacto y cómo mi cuerpo se tensaba al notarle tan cerca.

Me inmovilizó con destreza y se apegó a mí encargándose de estremecerme con la presencia poderosa de su pelvis pegada a mis

lumbares. Dios, cómo me maldije por ello y qué difícil fue disimular.

Enrico sonrió perverso.

—No me importaría forcejear contigo mientras te hago el amor —susurró mirándome a través del espejo. Después bajó la cabeza y besó la curva de mi cuello.

Pude evitar el contacto de sus labios al moverme.

—¿Amor? —dije incrédula. Ni siquiera había llegado a ser su amante, ¿por qué demonios iba a hacerme el amor?

Entre él y yo solo había habido sexo. Intenso, ferviente e incluso un tanto rudo. Pero nada de amor, él mismo se encargó de dejarlo claro...

—No quiero ser descortés, Sarah... —Una connotación que ratificaba de nuevo lo que me dijo una vez.

—Y yo no quiero que me toques —gruñí—. Suéltame...

Pero no lo hizo, y se pegó un poco más. Noté su excitación y cómo sus manos me apretaban las muñecas. Aquel momento se me iba de las manos... y empecé a tener un poco de miedo. No conocía esa versión de Enrico, no sabía qué era capaz de hacer.

—No sería el único que disfrutara mientras entro y salgo de tu cuerpo, amor... —jadeó en mi oído, pero yo presté más atención a la forma en que su aliento resbaló por mi cuello y prácticamente se coló por entre mis pechos—. Sé que piensas en ello cuando estás sola...

—Porque me arrepiento —Esa no era del todo la verdad... lamentablemente.

—No, no... —Enrico volvió a sonreír—. Recuerda cómo gemiste, cómo me pediste que te diera más... —Y cómo él me lo dio, envolviéndome con sus fuertes brazos y susurrándome que me pertenecía mientras su cuerpo se enardecía entre mis piernas.

¿Cómo pude creerle? ¿Cómo estuve tan ciega?

No era buena persona.

No podía serlo si pensaba constantemente en Enrico como el hombre al que amaba, y no como el asesino traidor que era. Aquellos ojos azules refulgentes que me miraron en Tokio, aquellas suaves palabras que salieron de su tentadora boca y todo su erótico aspecto no eran más que un disfraz bien confeccionado. Mi amor por él debería haberse evaporado en cuanto me di cuenta de ello. Sin embargo, no era así.

Fuego.

Cristianno murió consumido por el fuego, y yo... seguía enamorada de Enrico.

Era igual de traidora que él.

Me encontraba entre un amor venenoso y cruel y el dolor de una pérdida que aún no me atrevía aceptar. Era muy difícil admitir que Cristianno ya no entraría en mi habitación, se sentaría junto a mí en la terraza y me abrazaría después de haber iluminado el día con una de sus sonrisas.

Qué inteligente resultó ser Angelo al elegir a su ejecutor. Y qué estúpida fui yo al pensar que Cristianno estaría a salvo con Enrico.

—Después obedeciste las órdenes de Angelo Carusso y mataste a Cristianno. —Enrico no fue el único que se sorprendió al escuchar mi voz. La ferocidad con la que hablé casi me asfixia, y aproveché para empujarle y apartarle de mí ahora que me sentía un poco más fuerte—. ¿Cómo puedes permitir que lo traten así? —Entendió a la perfección que hablaba de Silvano—. ¿Por qué permaneces callado cuando ambos sabemos que tú has provocado esa situación? Tú lo mataste... Tú estás haciendo que esta familia se esté rompiendo en pedazos... Has hecho un daño que nunca se podrá reparar, y aun así ¡sigues sentándote a su mesa! —Terminé alzando la voz.

Pero como el buen mentiroso que era, si mis palabras le causaron alguna reacción, no la demostró. Simplemente pestañeó apacible, se humedeció los labios con el mismo erotismo que le caracterizaba e incluso sonrió.

—Corre, entonces —comentó mientras alzaba las cejas y señalaba la puerta con gesto vanidoso—. Reúnelos a todos y cuéntales lo que sabes. Diles que yo fui quien ató a Cristianno a una tubería y roció su cuerpo con combustible. Diles que prendí fuego a una cerrilla y después la tiré al suelo. Cuéntales que lo sabes desde hace días y aun así permaneces callada y viviendo de ellos.

Enrico supo bien qué palabras escoger para aniquilarme en todos los sentidos. Podría haber hablado en cualquier momento. Ni siquiera hacía falta que los reuniera a todos; hubiera bastado con Silvano. Pero nunca encontré el maldito valor para mencionarlo. Porque mi fuero interno sabía que los Gabbana jamás creerían que el mismísimo Enrico Materazzi, el hombre que todo el mundo admiraba y al que todos respetaban, había matado a Cristianno.

—Hijo de puta... —suspiré temblorosa mientras él torcía el gesto y se deleitaba con mi confusión y dolor.

—Según se mire, mi amor —se mofó mientras se acercaba a mí. Empecé a retroceder—. Sabes tan bien como yo que si dices una maldita palabra nadie te creerá. Nadie. Por eso has callado. —Impacté contra la pared al tiempo en que él me acariciaba la barbilla—. Y seguirás haciéndolo. Además, no querrías que alguien más cayera por tu culpa, ¿no es cierto?

Dios mío, ¿aquello era una amenaza?

—¿Cuándo te convertiste en esta clase de monstruo? —sollocé.

—Tal vez siempre lo fui y tú nunca te diste cuenta. —Susurró en mis labios.

Mauro

Perder a Cristianno nunca había sido una opción. Jamás me había planteado una vida lejos de él porque estábamos creados para estar unidos y compartir cada uno de nuestros días. Más incluso que hermanos. Si él caía, yo caía con él.

Aquella noche me superaron todas las intenciones que se me habían asignado. No me vi capaz de nada. No me sentí preparado para lo que estaba ocurriendo y mucho menos para digerir la pérdida o la decadencia de mi familia. No me sentía orgulloso de nada de lo que estaba haciendo. Ni siquiera de quien era...

...Porque era un mal hombre.

Cogí la botella que Luigi me había entregado y volví a llenar el vaso. *Eternia* era un hervidero de gente bailando, gritando y bebiendo entre luces chispeantes y música constante. Exactamente por eso había ido allí, me costaría pensar entre tanto ruido. Pero mi voz interior se imponía. No me dejaría respirar.

De pronto llamaron mi atención las dos morenas que había cerca de mi reservado. No dejaban de observarme y sonreír pícaras. Las miré por encima del filo del vaso y una de ellas se sonrojó y agachó la cabeza. Me hubiera creído que era tímida si no se hubiese mordido el labio y acariciado la melena. La otra, en cambio, era más descarada. Aguantó mi mirada, casi exigiéndome que me acercara a ellas y nos lo montáramos allí mismo.

Negué con la cabeza y sonreí para mis adentros al darme cuenta de que tenía ante mí la oportunidad de escapar de mis tormentos. La excusa perfecta para olvidar por un instante todo el caos que había en mi vida.

Señalé a la chica descarada con un dedo y le indiqué que se acercará al reservado. Ella frunció los labios como si le hubiera ofendido mi insolencia y miró a su amiga. Cuchichearon, sonrieron, y vino hacia mí caminando como si fuera la estrella de una película porno.

La miré de arriba abajo. Llevaba un minúsculo top que apenas le cubría unos exuberantes pechos y unos pantalones muy cortos que bien podrían

haber sido una prenda interior; gran parte de sus nalgas quedaban a la intemperie y echaban a volar la imaginación de cualquiera de los tíos que había por allí.

—Mauro Gabbana... —dijo tras haberse lamido los labios. Sonó como si pronunciar mi nombre le hubiera producido un orgasmo.

Eso me llevó a pensar en la cantidad de noches que Cristianno y yo habíamos compartido sentados allí, bebiendo, riendo, jugando a provocar a las chicas... Y cómo aquellas noches terminaban en alguna suite de lujo, rodeados de desorden y mujeres desnudas. Pero llegó Kathia y ella lo supuso todo para él. Cristianno se enamoró... y yo deseé sentir lo mismo que él algún día.

—Y tu nombre es... —Quise saber.

—Te olvidarás de él en cuanto lo diga —refunfuñó.

—Tal vez. —Por supuesto que lo olvidaría y ella lo sabía. Pero no le importaba porque buscaba tenerme en su cama y acababa de conseguirlo.

—Naomi —terminó por decir.

—Humm... —me llevé un dedo a la boca—...es... tentador.

Ella sonrió y se acercó un poco más a mí.

—Tú eres tentador.

Lentamente, se aculilló ayudándose de mis rodillas, abrió ligeramente mis piernas y se acercó peligrosamente al centro de mi cuerpo. Ella quería jugar y yo fruncí el ceño indicándole que estaba dispuesto a entrar en ese juego, pero que las reglas las pondría yo y no serían nada afectuosas. Si íbamos a tener sexo, necesitaba que fuera salvaje y sucio.

Ella sonrió perversa ante la proposición tácita de mis ojos y se acercó aún más. Capturó con los dientes la lengüeta de la cremallera de mi pantalón y jugueteó con ella de forma lasciva, mostrándome el balcón de sus pechos. No sonreí, ni me estremecí por la excitación más que evidente que ya tenía. Simplemente, recé para que aquello acallara un momento el caos que tenía en la cabeza.

Naomi levantó un poco mi camiseta, lo suficiente para que asomara parte de mi vientre. Soltó la lengüeta y lamió mi piel.

La cogí del cabello y tiré suavemente, provocándole un gemido cuando la acerqué a mi boca. La engullí en un beso corto y feroz que enseguida deshice para volver a mirarla.

—Llama a tu amiga... —susurré a un palmo de su boca.

Sarah

No se me daban bien las despedidas porque nunca las había experimentado. Todo lo que alguna vez fue importante en mi vida, terminaba desapareciendo y se llevaba consigo una parte de mi alma. Poco a poco no quedaría nada más que la ausencia y el recuerdo de lo que una vez tuve y me hizo feliz.

No me llevaría nada que no fuera realmente imprescindible. Algunos pantalones, camisetas, calzado y ropa interior, pero todo lo devolvería en cuanto pudiera. Solo esperé que los Gabbana no vieran aquel gesto como algo insolente. No me iba porque quisiera abandonarles.

La hiriente conversación que había mantenido con Enrico me había cuestionado todo y había provocado que me sintiera una traidora y no la compañera que creía que haber sido hasta ahora. Había callado algo importante escondiéndome tras la creencia de que los Gabbana dudarían de mi verdad, sin plantearme un instante que tal vez podrían haberme creído.

Me lo cuestioné todo. ¿De qué sirve luchar por algo si después te lo arrebatan de un plumazo? Que malgasto más estúpido de tiempo. ¿Y qué es el tiempo? Solo miles de momentos que, por encima de todas las cosas, terminan siendo amargos. Porque si yo no hubiera querido a Cristianno, entonces no me habría sentido tan... vacía; no habría rememorado cada mota del dolor que provocó la muerte de mi abuela, ni cada día bajo el yugo de Mesut Gayir, ni todas las situaciones desagradables que me habían perseguido desde que tenía uso de razón.

No me habría enamorado de un mafioso, ni me atormentarían cada uno de mis sentimientos hacia él.

Me levanté de golpe, enjuagándome las lágrimas con furia, y cogí la bolsa de equipaje lista para salir del Edificio. Bajé las escaleras e intenté no mirar las fotografías que había colgadas en la pared, de sonrisas y miradas emocionadas. Debía dejar todo eso atrás si no quería verme flaqueando por segunda vez en un mismo día. Pero cuando llegué al vestíbulo rocé de nuevo la flaqueza. Porque había luz en la biblioteca y supe quién estaba despierto a esas horas. Aquel había sido nuestro punto de encuentro casi a diario.

Intenté obviarlo y girar el pomo de la puerta. Sin embargo, solté la bolsa y cambié de rumbo. Caminé casi hipnotizada, y fue realmente placentera la

sensación que me recorrió el cuerpo cuando vi a Valerio sentado en el sofá con la suave luz de una lámpara jugando a crear mil sombras sobre su delicioso rostro.

Agaché la cabeza, apreté los ojos y me pellizqué el puente de la nariz para remediar la oleada de llanto que me asolaba en la garganta. Se me escapó un gemido y mis hombros se sacudieron por todas las repentinas emociones que me empujaron hacia él. Y me senté en el sofá, a su lado, tendiéndome hasta tener la cabeza apoyada en su regazo.

Una caricia suave, las yemas de unos dedos indecisos rozando mi nuca, pidiendo permiso para tocarme un poco más. Titubeante, giré la cabeza, y me encontré con sus ojos azules clavados en mí.

—¿Me abrazarías? —le dije, y él se enroscó a mi cintura y me acercó a su pecho sentándome prácticamente sobre sus piernas.

Exhalé al sentir cómo sus manos cubrían por completo mi espalda. Después cogió mi rostro entre sus manos y acarició el contorno de mis ojos con los pulgares sin dejar de observarme. Su aliento acariciaba mi boca y también la punta de mi nariz. Fue irremediable cerrar los ojos.

—Estás vestida... —murmuró indeciso.

Le contesté con silencio y él apretó la mandíbula y aflojó su caricia. Iba a retirarse cuando cogí sus muñecas y las mantuve pegadas a mi cara.

—No puedo quedarme —suspiré temblorosa.

En los últimos días, nos habíamos refugiado el uno en el otro. Nos pasábamos las horas, en las que él no estaba en su despacho, sentados en la biblioteca, mirándonos de reojo. Él me dejaba llorar y yo le dejaba esconderse en sí mismo. Y poco a poco nos dimos cuenta de que nos necesitábamos demasiado para afrontar el día a día.

Pero esta vez el silencio no bastaba entre los dos. Debía llenarlo de palabras que sabía que le dolerían. Valerio no querría dejarme ir, pero tendría que permitírmelo.

—No tienes dónde ir, Sarah... —Mantuvo su voz en un susurro controlado.

—Llamaré a Daniela... —Ella me apoyaría en todo lo que necesitara.

—No. —Ahora sí consiguió apartarse de mí. Se levantó y puso los brazos en jarras tras haberse pasado las manos por el cabello.

Le seguí.

—Valerio, por favor, no puedes retenerme —medié acariciando su espalda. Rechazó la caricia alejándose unos centímetros y mirándome por

encima del hombro.

Mis dedos se quedaron tendidos en el aire, a medio camino entre su piel y mi desconcierto.

—Nadie te ha pedido que te vayas —espetó él.

—No entenderías porqué lo hago.

—¡Pues explícamelo! —exclamó furibundo al darse la vuelta. Me sobresaltó su reacción, pero a él también. Por eso agachó la cabeza, arrepentido—. ¿Es por Enrico? —Pude sentir su presencia colándose implícitamente entre nosotros.

Abrí los ojos de par en par.

—Basta... Basta, por favor —gemí—. Ya es demasiado duro todo esto.

No me había dado cuenta de que había empezado a llorar y eso hizo que Valerio regresara a mí, volviera a coger mi rostro entre sus manos y me besara en la frente antes de consumirme en un abrazo.

—Puedes ahorrártelo. —Apoyó su frente en la mía y deseé que sus palabras fueran ciertas—. Puedes quedarte conmigo.

—No te mereces mis inseguridades, Valerio.

—No has preguntado si quiero cargar con ellas, Sarah.

Acaricié su pecho y volví a mirarle sin saber que aquella sería la primera vez que desearía algo más que su amistad. Noté una extraña presión en el pecho cuando me acarició la mejilla y acercó sus dedos a mis labios, los contempló completamente hechizado.

—Si supiera que lo aceptarías, te besaría ahora mismo —musitó sin apartar la vista de mi boca.

No sé bien si él se dio cuenta de lo que sus palabras provocaron en mí, pero yo sí sentí la electricidad que fluyó entre los dos. Deseé ese beso, deseé poder perderme en Valerio hasta el punto de no saber dónde empezaba él y terminaba yo, y olvidar que amaba a otro. Pero Enrico no me dejaría.

Y Valerio lo sabía. Por eso no hizo nada.

—Espera a que amanezca, por favor —me suplicó al alejarse y caminar hacia la puerta—. Espera a que sepa que estás en un lugar seguro. —Fue lo último que dijo antes de dejarme contemplando su marcha desde el centro de la estancia.

Podría haber manifestado todo lo que sentía de mil formas diferentes, pero solo pude derramar una lágrima cargada de desesperación y agonía.

Cómo me habría gustado poder detener a Valerio, mirarle a los ojos y besarle. Cómo me habría gustado saber que él habría sido capaz de hacerme olvidar a Enrico. Pero no era justo para ninguno de los dos intentarlo.

Me llevé las manos a la cabeza y me concentré en tomar el control de mi respiración cuando de pronto empezó a sonar mi móvil. Lo saqué del bolsillo del pantalón y descolgué nerviosa al ver el nombre de Giovanna palpar en la pantalla. Desde el entierro de Cristianno había mantenido el contacto diario con ella para que me informara del estado de Kathia, pero siempre era yo quien llamaba.

—¿Qué ocurre, Giovanna? —pregunté sin molestarme en saludarla e intentando controlar las miles de imágenes nefastas que me asolaron.

¿Y si a Kathia le había pasado algo? ¿Y si había cometido una locura? Me estremecí solo de pensarlo.

—¿Sabes dónde demonios está Mauro? —Le temblaba la voz por el frío, e inconscientemente miré al exterior. Había empezado a nevar.

—No lo sé. —Fruncí el ceño—. ¿Dónde estás?

Giovanna cogió aire al mismo tiempo en que la brisa taponaba su auricular.

—Con Kathia... en el cementerio —respondió.

—¡Cielo santo! —Exclamé entre susurros—. Giovanna, está nevando.

—Muy astuta, Sarah.

—Iré a por vosotras. No te muevas de allí, ¿entendido?

Mauro

Roma dormía, y yo la observaba inquieto.

Creí que perdería la cabeza, que me convertiría en un ser desabrido sin más preocupaciones que beber otra copa más o hundirme de nuevo entre las piernas de alguna de las dos morenas que yacían en mi cama. Sin remordimientos, sin angustia, sin pensamientos que me ataran a... Cristianno.

Pensé que después de aquella noche estaría tan pendiente de calmar la resaca, que se haría más liviano el peso que tenía encima. Pero nada me hizo perder la razón.

Nada.

Ni el exceso de alcohol que transitaba por mi cuerpo.

Ni el sexo feroz y depravado.

Ni las chicas que dormían completamente desnudas en aquella suite del hotel *Boscolo Exedra*.

Lo único que conseguí fue atormentarme aún más con la maldita realidad. Ni mil locuras me harían cambiarla. Porque Cristianno seguiría estando muerto y yo seguiría teniendo parte de culpa.

Cerré los ojos y apreté los dientes hasta sentir dolor.

<< *¿Qué habrías hecho tú, Cristianno? ¿Qué harías tú en mi lugar, compañero?* >> Dieciocho años junto a él no bastaban para responder esas preguntas. Y que mi fuero interno las hiciera fue casi tan doloroso como volver a perderle.

La vibración de mi móvil me extrajo de mis pensamientos. Miré a mi alrededor, intentando recordar dónde demonios lo había dejado, y lo encontré tirado en el suelo entre el desorden.

Agarré la toalla que llevaba en torno a las caderas mientras me agachaba a cogerlo sin necesidad de mirar la pantalla. Porque a aquellas horas de la madrugada, solo ella me llamaría.

— ¿Qué? —murmuré con sequedad.

Giovanna exhaló al escuchar mi voz.

—Te interesará saber que estamos en el cementerio. —La escuché fatigada y temblorosa.

Cogí aire profundamente. De nuevo, Kathia huía a la tumba de Cristianno, y ya era la cuarta vez aquella semana.

—Voy para allá.

Colgué y me lancé a por mi ropa. La tuve que rebuscar, pero aun así apenas tardé un par de minutos en vestirme. Terminé de calzarme cuando una de las chicas se removió en la cama.

—¿Mauro? —gimió.

La miré antes de arrodillarme junto a la cama.

—Sigue durmiendo, Naomi. —Al final, sí había recordado su nombre.

—¿Dónde vas? —preguntó acariciando mis labios.

Capturé su mano y la retiré intentando ser todo lo respetuoso que me permitieron mis ganas de salir corriendo e ir en busca de Kathia. Pero Naomi no me lo consintió y se aferró a mí.

—Tengo que irme —Casi gruñí.

—No... Quiero repetir —protestó, y yo pensé que estaba demasiado sereno como para volver a acostarme con ella.

—Lo siento, nena... —dije incorporándome y mirando a la otra chica. De esa ni siquiera sabía el nombre—. Pedid lo que queráis, lo cargarán en mi cuenta, ¿de acuerdo?

Un gruñido como respuesta. Después, Naomi se volvió a dormir y yo abandoné el hotel.

Sentí una ligera presión en el pecho cuando vi a Giovanna, similar a cuando estás aguantando la respiración bajo el agua. Culpa y remordimiento. Pero ¿de qué podía yo sentirme culpable? No le debía nada a Giovanna, tan solo cuidaba de Kathia en mi ausencia, y eso formaba parte del pacto que tenía conmigo. Pero tal vez el hecho de haber estado tirándome a dos desconocidas mientras ella esperaba bajo la nieve rodeada de cadáveres tenía algo que ver.

Giovanna nunca entraba en el panteón Gabbana; no tenía derecho, más aun siendo una maldita Carusso, pero eso ella podía haberlo olvidado. Se

ganaba parte de mi respeto cuando permanecía fuera, sentada en una roca, hiciera el tiempo que hiciera mientras Kathia ignoraba cómo pasaban las horas. Giovanna solo esperaba paciente.

Fruncí los labios y me reprendí a mí mismo cuando pensé que el frío la hacía más seductora, arrebujaada en su bufanda con el cabello cobrizo enmarcándole el rostro pálido, las mejillas enrojecidas y aquellos ojos verde azulado calados por la cruda brisa.

—Llevas demasiado tiempo aquí, ¿por qué no has llamado antes? —Me presenté ante ella sin esperar que me mirara como si fuera una aparición mariana.

Intenté ignorar las sensaciones que me produjo, pero fue demasiado tarde y tampoco estaba en mis plenas facultades.

—Lo hice, te llamé —protestó mientras se levantaba. Después me acribilló con sus ojos—, pero al parecer tenías cosas más importantes que hacer. Hueles a alcohol.

Me sentí repentinamente furioso. Era malo olvidar —aunque solo fuera por unos minutos— que se trataba de Giovanna y que mi relación con ella a lo largo de los años había sido de todo menos cordial o amable. Ya era extraño que habláramos.

—Lo que estuviera haciendo a ti te importa una mierda —mascullé sin darme cuenta de que me había acercado un poco más a ella. Un hecho que Giovanna también obvió.

—No cuando Kathia te necesita —dijo entre dientes y señalando hacia el panteón. Después me señaló a mí aprovechando para hincarme el dedo en el pecho repetidas veces—. Ese era el trato, ¿no? Que llamara siempre que te necesitara. —Torció el gesto—. Para la próxima vez procura que el móvil no esté en silencio y puedas escuchar mi llamada entre los gemidos de las zorras con las que te acuestas.

La empujé contra el árbol casi al mismo tiempo en que descubría un extraño matiz en su voz. Contuvo un gemido cuando notó mi torso presionando el suyo en su totalidad. No tuve reparos en que me sintiera, ni en que descubriera cómo se había tomado mi cuerpo su reproche. Me cago en la puta, si no hubiera estado medio bebido, ni siquiera le habría hablado. Directamente hubiera entrado en el panteón y habría cogido a Kathia.

Sin embargo, allí estaba, esperando... ¿qué?

—Cuidado, Giovanna —susurré ronco, peligroso—, puede que aún quiera más.

Ella se estremeció y yo flipé con lo que acaba de decir.

Un fuerte sonrojo invadió su cara y disfruté con ello más de lo que esperaba. Porque ambos supimos lo pequeña e insignificante que ella era cuando estaba conmigo, a solas.

Miré su boca y la forma que tuvo de dudar antes de responder. Y reaccioné imperturbable cuando Giovanna me soltó un escupitajo que rebotó en mi mejilla. Tan solo pestañeé, y después de intimidarla con la espera, me llevé los dedos a la cara y me limpié llevándomelo a la boca. Fue un acto incomprensible, impulsivo, que si hubiera estado sobrio, seguramente, no habría cometido. Pero me satisfizo ver cómo Giovanna no pudo controlar la violenta sacudida que recorrió su cuerpo y el extraño brillo de confusión y excitación que nubló su mirada. Ahora ya no solo era frío lo que tenía, y ambos supimos cómo habría terminado aquello de haber estado bajo techo. Aunque después lo lamentáramos el resto de nuestras vidas.

—¿Satisfecha? —gruñí en voz muy baja.

—Vete a la mierda.

—Ya lo estoy, Carusso. Y tú, conmigo... —No quería alargar más aquel momento, pero mi cintura tomó vida propia y presionó un poco más la suya.

Ella contuvo el aliento mientras yo absorbía el aroma provocador de su piel.

—La próxima vez que pretendas ser insolente conmigo, recuerda quién soy y lo que puedo proporcionarte —dije recorriendo la curva de su cuello antes de volver a mirarla—. Me necesitas casi tanto como yo a ti, así que no juegues conmigo, Giovanna. No juegues.

Me aparté antes de que pudiera reprocharme y me dirigí al panteón si saber que me toparía con Sarah. Soltó un jadeo al chocar contra mi pecho y me miró aliviada, hasta que hablé.

—¿Qué haces aquí? —pregunté severo.

—Lo mismo que tú —espetó ella y desvió la vista hacia Katia.

Ignoré todo lo demás y me adentré en el panteón consciente de lo que me encontraría. No era la primera vez que recogía a Kathia del sarcófago de Cristianno. Solo que en esa ocasión parecía más frágil que nunca. El dolor por la pérdida menguaba lenta e irrefrenablemente todo lo que una vez formó parte de su arrolladora y excitante personalidad.

—Kathia... —susurré agachándome a su lado. Ella temblaba por el frío,

y la ausencia.

—Me gusta la nieve —confesó jadeando—, pero hace que me sienta sola.

—No estás sola, amor —admití recordándome que debía resistir por muy desolado que me dejara verla de aquella manera. Se lo debía a mi primo.

Pero ella me ignoró y continuó con sus divagaciones, cada vez más hirientes.

—Esta piedra es demasiado gélida. No quiero que pase frío. —Una declaración punzante que me mostró una vez más su estado interior.

¿Cómo demonios se paraba a pensar en eso, en lo fría que estaba aquella puta piedra? De Cristianno apenas descansaba nada allí dentro, porque el fuego lo consumió todo. Lo incineró, y ella lo sabía. Pero aun así insistía...

Apreté la mandíbula y contuve las repentinas ganas de llorar mientras rodeaba su cintura sintiendo en mis dedos cómo su fragilidad se materializaba. Apenas tuve que esforzarme por alejarla de la piedra, su cuerpo se perdió entre mis brazos y mi ansiedad se hizo un poco más latente.

—Es tan difícil respirar... —Abrió los ojos mostrándome hasta qué punto el gris plata de sus pupilas había quedado sepultado bajo un manto rojizo.

<<*Dios mío, Cristianno...*>> Pensé en él y en cómo habría reaccionado al ver a su novia en aquel momento.

Tendría que haber cogido el teléfono mucho antes. Tendría que haber pensado más en Kathia que en mis morbosas intenciones por liberarme un instante de mis responsabilidades. Huía del remordimiento sin pensar que se volvería casi insoportable.

Retiré su largo cabello mientras Kathia se dejaba llevar por mis caricias. Gesto que me hizo comprender perfectamente por qué Cristianno se había enamorado de ella. Era tan sencillo amarla, tan sencillo anhelar su belleza. Ni todo aquel dolor era capaz de mermarla.

Levantó una mano y la llevó hasta mi mejilla repasando con el pulgar el arco de mi labio superior. Temblé bajo sus manos porque fue tremendamente duro sentir una réplica de lo que Cristianno sentía cuando ella le tocaba.

—Te pareces tanto a él... —susurró mientras apoyaba su frente contra la mía—. Casi me parece estar tocándole.

Después bajó su mano hasta mi corazón y esperó. Esperó a sentir sus latidos sabiendo que yo se lo permitiría hasta que me diera cuenta de la intención del gesto. Kathia buscaba a Cristianno en mi forma entrecortada de respirar.

—Pero sabes que yo no soy él... —musité cogiendo su mano. Debería haberme callado y dejarla hacer, pero lo contrario habría sido igual de duro.

—Deja que lo crea un instante, por favor.

—Kathia... —gemí abrazándola.

Apreté los dientes y busqué a Sarah con la mirada sin saber que ella estaba junto a mí observando con exquisita atención todos mis movimientos. No lloraba pero algunas lágrimas jugaban en la comisura de sus ojos.

—Salgamos de aquí, Mauro —gimió sin aliento.

Un asentimiento bastó para coger a Kathia entre mis brazos. No se quejó cuando enrosqué su cintura y la levanté del suelo. Se aferró a mi cuello y enterró su rostro en mi hombro, ajena a todo los demás.

Miré a Giovanna cuando supe que ella no me vería. Y Giovanna me miró cuando creyó que yo no me daría cuenta. Pero aun así, se mantuvo a mi lado y contuvo las miles de emociones que la embargaban.

Sarah cogió su mano sin dejar de mirar hacia delante.

Sarah

Mauro colocó a Kathia en el asiento trasero del *BMW X6* negro que utilizaba como sustituto mientras le traían su nuevo *Audi*. Después nos indicó a Giovanna y a mí que nos montáramos en el coche y frunció los labios al ver que yo no obedecía.

Se quedó a medio abrir su puerta cuando vio que le daba la espalda. Aunque no había cogido mi equipaje, no estaba segura de regresar al Edificio. Si pretendía irme, aquel era el mejor momento.

Noté su cercanía y le miré a tiempo de ver cómo se cruzaba de brazos y se apoyaba en el vehículo. Mantenía la vista al frente, con la punta de la nariz y las mejillas un tanto enrojecidas por el frío. Algunos copos de nieve se le habían quedado pegados a la chaqueta y a su cabello oscuro, resistiéndose a desvanecerse. Una nube de vaho blanquecino salió de su boca cuando suspiró entrecortado.

Mauro se había mantenido distante desde que Cristianno murió. Apenas paraba en el Edificio y si lo hacía, parecía no estar. Me pregunté por qué demonios estaba atravesando la pérdida de su primo él solo y de aquella manera. Cristianno lo suponía todo para Mauro, y eso era lo que más me frustraba: que no manifestara absolutamente nada cuando estaba padeciendo tanto en su interior. Quizás se culpaba por haber desaparecido cuando Cristianno más le necesitaba.

—Nadie nos advirtió de esto, Sarah. Nadie —medió mirando al frente. Todo su cuerpo volvía a emitir inaccesibilidad mientras yo rogaba por estar un instante dentro de su cabeza—. ¿Cómo coño hemos llegado a esta situación? —gimió sabiendo que le hablaba a su conciencia. Algo se le había escapado de las manos y parecía ser demasiado tarde para echarse atrás.

—Ojalá lo supiera... —murmuré. Me di cuenta de que era incapaz de reprocharle su actitud aquella noche. Ya tenía bastante con sus propios tormentos. Eché una ojeada al interior del coche. Kathia dormía y Giovanna le acariciaba la melena, cabizbaja y observando fijamente un

punto en el suelo—. No voy a volver al Edificio. —Dije de pronto, sin pensarlo demasiado.

Mauro no reaccionó. Ni siquiera cambió su forma de mirarme. Fue como si esperara que en cualquier momento dijera aquello. Descruzó los brazos, se incorporó y se acercó a mí del mismo modo en que lo habría hecho Cristianno, poderoso y despertando la misma sensación de plenitud que despertaba su primo. Me dio un beso que tardó en deshacer y se dispuso a marcharse.

Pero lo detuve tirando de él para abrazarle. Mauro tardó un segundo en reaccionar a ese abrazo, pero, cuando lo hizo, casi me derrumbo. Era la persona que más difícil me ponía superar la muerte de Cristianno, pero por la que más debilidad sentía.

—Dormiré con Daniela —le dije al oído.

—Bien...—Y se alejó de mí, escondiendo su rostro. Se montó en el coche, arrancó con suavidad y desapareció en la lejanía. Cerré los ojos y esperé a que el frío intenso fuera el protagonista creyendo que me apaciguaría. Pero no lo conseguí y la madrugada se adentraba más y más.

Cogí mi móvil y busqué el número de mi amiga. Dudé si marcar la llamada o no, pero finalmente obedecí a la orden que me dio Daniela: *“Procura llamarme si me necesitas, da igual la hora. Si no lo haces, no te molestes en volver a hablarme, ¿me has entendido?”*.

Apenas esperé dos toques.

—¿Qué ocurre, Sarah? —dijo Daniela conteniendo el aliento.

—Necesito tu ayuda.

Kathia

Su boca me consumió en un beso delirante, abrasador. Cristianno sabía que estaba al borde del éxtasis y, aun así, acrecentaba el deseo moviéndose asombrosamente lento.

Después se detuvo y me miró atento, dejando que saboreara la locura de tenerlo tan dentro de mí. Me encorvé bajo su cuerpo, gritando en silencio que no dejara de moverse hasta que perdiera la razón. Él comprendió aquella súplica tácita y obedeció, pero no esperaba que lo hiciera tan lento. Quiso entretenerse en detalles que me convirtieron en un ser primitivo y aislado del mundo, que me hicieron saborear su vida como nunca antes. Cristianno estaba tremendamente vivo y pegado a mí.

Perfiló mis labios con su lengua, apretando su pelvis contra la mía con embestidas suaves y profundas, acariciando mi pecho, enroscando mis manos con las suyas, cogiendo aire de mi boca... Sonreía complacido porque sabía que era completamente suya... Para siempre. Incluso después de la vida.

—¿Lo sientes, Kathia? —me dijo mirándome con una atención extraordinaria. Por un instante me vi reflejada en sus increíbles pupilas azules—. ¿Me sientes?

Jadeé acariciando peligrosamente el clímax más absoluto. Me aferré con fuerza a sus hombros y enrosqué las piernas a sus caderas asegurándome que no quedara ni el más mínimo vacío entre los dos. Gesto que hizo que su cuerpo se hundiera más en el mío y terminara por robarle el aliento. El éxtasis fue tan intenso, tan desbordante, que pensé que pasaría a formar parte de su piel.

—Siento que el tiempo ya no tiene valor —gemí. Fui temblor y colapso.

—¿Alguna vez lo ha tenido? —Cristianno dejó que su aliento resbalara por mi cara arrancándome una lágrima que se encargó de borrar con un beso.

—Sí, porque tú ya no estás... —Y se contuvo. Cristianno dejó incluso de

respirar para observarme como si fuera la perfección infinita. Pero en su mirada había algo más que un amor desmedido.

Algo que no alcancé a entender.

De pronto fui consciente de que había demasiados secretos entre los dos en ese momento, y no estaba segura de si los soportaría cuando llegara el momento de desvelarlos.

Acarició mi mejilla hasta llegar a la comisura de mis labios.

—Mi amor... —susurró y me desgarró el alma—. No sabes cuánto frío hace allí arriba sin ti.

Dios mío...

Me abracé a él con fuerza.

—Pues llévame contigo —siseé sobre la piel de su hombro, deseando que me obedeciera.

Volvió a besarme, esta vez muy lento, saboreando mi boca.

Calor. Demasiado, excesivo.

Me quemaba.

—Te quiero, Kathia... —Su voz ya estaba muy lejos de allí.

Una noche más en la que mi mente me atormentaba con su muerte. Una noche más en la que dormir suponía la mayor de las torturas y en la que despertar lo hacía todo mucho más difícil; porque le había tenido en sueños y le había vuelto a perder.

Poco a poco, desperté sabiendo que lloraba y que el lamento había instalado una insoportable quemazón en mi pecho. Ardía, temblaba, me asfixiaba, pero todo aquello no haría que Cristianno volviera a la vida. Y por eso dolía todavía más.

Ya habían pasado dos semanas. Catorce días sabiendo que no volvería a ver sus ojos. Que no volvería a sentir sus caricias, su boca pegada a la mía, su aliento recorriendo mi piel o su voz, susurrándome al oído frases sobre un futuro juntos. Su sonrisa, sus gestos, todo se había evaporado. Y mi entorno pretendía que actuara como si nunca hubiera existido un Cristianno y Kathia, yaciendo junto aquel viejo piano, consumiéndose en un amor que escapaba a la razón. Más allá de la sangre, de la familia, de la mafia. Tan solo él y yo, como dos cuerpos que se pertenecían.

Nadie se dio cuenta de que aquella noche no solo terminaron con él, ni que lo único que permanecía de mí era mi cuerpo y mi odio.

No, nadie se dio cuenta... y creyeron que no tendría el valor de seguir a

Cristianno. Dios y tanto que lo tenía, solo que con cada intento la situación se volvía mucho más difícil y mis fuerzas menguaban.

Resistía y aún no sabía por qué.

Fui consciente de lo que me rodeaba al abrir los ojos. No sabía cómo había llegado hasta mi habitación. Lo último que recordaba era a Mauro sacándome del panteón Gabbana, como de costumbre, y metiéndome en el coche. No sé cómo demonios llegamos a casa de Giovanna ni cómo terminé tumbada en mi cama, pero no quise esforzarme en recordarlo porque seguramente Mauro arriesgó una vez más su pellejo.

Giovanna.

Aún no comprendía por qué estaba a mi lado, por qué me apoyaba y dejaba que en ocasiones le gritara e incluso la culpaba de ser una Carusso. Jamás habíamos tenido la suficiente unión y confianza, ni siquiera respeto, como para que ella estuviera a mi lado fielmente, sin dudar. Y me preguntaba por qué lo hacía, pero se me olvidaba buscar una respuesta al encontrar confort en su presencia. Ella no preguntaba, no mencionaba su nombre, ni intentaba que afrontara su pérdida. Ambas sabíamos que eso jamás sucedería, y se limitaba a estar a mi lado.

Incorporé un poco mi cabeza mientras luchaba por moverme. No estaba cómoda en mi cuerpo y no había un modo de evitarlo.

Intenté incorporarme al tiempo que notaba un extraño picor en la muñeca izquierda. Contuve un quejido y me llevé la mano a la herida, el sudor se me había colado bajo el pequeño vendaje que llevaba puesto y escocía. Me maldije por no haber tenido la destreza necesaria. Jamás creí que una situación así pudiera darse. Aquella fusión de sentimientos solo podía llevar a una persona al desastre.

Mis huesos se quejaron al moverme y esperé unos segundos más antes de levantarme, evaluando si la debilidad que sentía duraría mucho o simplemente sería momentánea. Los Carusso habían decidido llevarme a un *especialista*. Habían visto demasiado cerca la posibilidad de perderme y ahora, que se habían librado de Cristianno, eso no les interesaba. Debían mantenerme con vida, fuese como fuese y a cualquier precio. Todo lo demás no importaba. Así que asistía a un siquiatra tres veces en semana que lo único que hacía era dejar pasar las dos horas de consulta haciendo garabatos en su libreta y atiborrarme de medicamentos. Aquellos malditos sedantes me tenían completamente sumida en una narcosis que apenas me dejaba moverme. Un simple gesto suponía ahora una puñetera tortura.

De pronto, todos mis sentidos se pusieron en alerta. Escuchaba el agua de la ducha caer... Había alguien más en aquella habitación y no me gustó saber casi con toda seguridad de quién se trataba.

Me moví de súbito, ignorando todas las alertas de mis músculos, y caminé torpe hacia la puerta del baño. Estaba entre abierta, así que solo tuve que asomarme lentamente y entrar con sigilo, notando cómo la furia me carcomía.

La sospecha se convirtió en certeza.

Era Valentino.

El agua resbalaba por su piel arrastrando jirones de espuma y acentuando la curva de cada uno de sus músculos. Ajeno a mi presencia, continuó con la labor de frotar cada parte de su cuerpo con un esmero sensual. Puede que tampoco supiera que por mucho jabón que se echara jamás lograría quedarse limpio del todo; era un feroz depredador vestido con un cuerpo increíble. Y yo una auténtica estúpida. Él sabía que yo terminaría entrando en el baño y le vería, por eso derrochaba tanta tranquilidad.

Debía irme y evitar un encontronazo con él, pero un destello llamó mi atención. Miré hacia las pertenencias que tenía desparramadas por el mostrador y me acerqué despacio y completamente hechizada por la curva de una pistola que asomaba por entre unos pantalones.

Empecé acariciándola con un dedo. La idea de tener un arma a mi libre disposición y a Valentino con la guardia baja casi me hace tener un espasmo, pero algo no terminaba de encajar. Valentino nunca permitiría una ocasión así.

Con un impulso enrosqué mis dedos entorno al arma. En las pocas circunstancias en que había repetido ese gesto pude percibir muchas cosas y una de ellas era su peso. Un peso que aquella no tenía y que enseguida me hizo saber que estaba descargada.

Valentino no solo supo que entraría al baño, sino que también cogería su pistola y jugaría con ella a atentar contra su vida. Así que me sedujo con la idea para luego tirarme al vacío. Como el buen cabrón que era.

Noté cómo la rabia se me amontonaba en la boca y le di la bienvenida orgullosa, porque fue lo único que hizo que mi debilidad fuera menos protagonista. Tomé aire, levanté la pistola y apunté en su dirección. No podría hacerle daño, pero podría recordarme que, aunque la ausencia de Cristiano me desgarrara, no abandonaría la vida hasta terminar con la de

Valentino.

La espuma dejó de ocultar su piel. Cerré un ojo y fantaseé con lo que sería apretar el gatillo, el sonido de la bala penetrar en la carne, la sangre resbalar por su cuerpo, perdiéndose por el desagüe.

De repente, me miró, y lo hizo poderosamente excitado.

Cerró el grifo, retiró la mampara y se mostró ante mí sin ningún recato, orgulloso y creyendo que yo sería quien interrumpiría el contacto visual. Qué equivocado estaba si creía que me avergonzaría verle desnudo. Era mucho más importante la obstinación que sentí por verlo morir.

Batallamos en silencio, mirándonos fijamente; él, satisfecho con la situación, yo, asqueada conmigo misma por haber olvidado la promesa tácita que le hice a Cristianno: me los llevaría a todos al mismísimo infierno.

Casi me sentí vigorosa... Casi.

—Lo notas, Kathia —afirmó perverso—. El peso... —Cerró los ojos y paladeó sus palabras.

Claro que lo notaba.

—Imagino.

—Humm, imaginas... —Un suspiro lascivo y una ojeada rápida hacia su entrepierna—. Yo, en cambio, siento.

Si no hubiera torcido el gesto de aquel modo, yo no habría empezado a flaquear. Porque supe que a partir de ese instante Valentino tenía el poder absoluto.

—¿Cómo te sientes? —Dio un paso—. ¿Te gusta? —Otro paso—. Contesta. —La punta de la pistola se clavó en el centro de su pecho. Se encargó de presionar lo suficiente para que yo tuviera que empezar a flexionar el brazo.

La vulnerabilidad comenzó a adueñarse de mí subiendo lentamente por mis piernas.

—Contesta, mi amor —instó.

—La idea de matarte me vuelve loca —mascullé concentrada en cómo el cañón estaba enrojeciendo la piel donde ejercía fuerza—, pero eso tú ya lo sabes.

Aquellos ojos verdes me engulleron. Eché de menos los días en los que no temía enfrentarme a Valentino y las represalias que eso pudiera conllevarme. Los días en que mis defensas eran casi indestructibles... Pero

ya no era así.

Sonrió, ladeando la cabeza y capturando la pistola. Lentamente la dejó sobre el mostrador y llevó sus manos a mis brazos, acariciándolos hasta los hombros con delicadeza.

—Desnúdate, Kathia —murmuró apoyándome en el mostrador—. Quiero hacerte el amor. —Tuve un escalofrío al notar cómo todo su cuerpo me arrinconaba, dejando que lo sintiera al completo.

—Tú no sabes amar —dije entre dientes desviando la cabeza. Valentino comenzó a darme besos en el cuello.

—No me has dejado. —Sin saber cómo, le di un puñetazo. No consentiría que me tocara un pelo sin oponer resistencia.

La inercia lo apartó unos centímetros de mí. Me miró con furia y contuvo el aliento mientras se recomponía. Estaba estudiando cuál sería su siguiente paso, pero por el brillo de sus ojos supe que actuaría por impulsos.

—No subestimes mis fuerzas, Valentino —le advertí con un gruñido—. Cuando se trata de ti, soy capaz de cualquier cosa.

Súbitamente volvió a pegarse a mí. Esta vez más agresivo. Capturó mis muñecas tras mi espalda con una mano y la otra la llevó a mi cintura con una lentitud exigente y violenta. Fue deslizándola hasta la costura del pantalón corto que llevaba y continuó bajando hasta llegar al centro de mi cuerpo.

—Apenas puedes mantenerte en pie, ¿cómo ibas a defenderte de mí? —Odié que tuviera razón.

Contuve el aliento y temblé, pero me rogué no manifestar nada. Si Valentino notaba mi vulnerabilidad estaba perdida. Así que me mantuve todo lo firme que una situación como aquella me permitía.

—Nunca has ganado un enfrentamiento conmigo, Kathia —jadeó excitado en mi cuello—. Siempre has terminado justo donde quería.

—Si continuas, te advierto que será doloroso —dije más que preparada para arrancarle la carne a mordiscos.

Valentino rio.

—Eso es exactamente lo que me gusta de ti, amor.

Un carraspeo seguido de un suave golpe en la puerta.

— ¿Interrumpo? —Aquella maldita voz fue música celestial para mis oídos.

Solo Olimpia era capaz de interrumpir a Valentino y contener sus lascivas intenciones.

—Olimpia... —resopló Valentino forzando una sonrisa—. No, tú nunca interrumpes, querida.

Ella alzó las cejas, incrédula, al ver como el menor de los Bianchi retiraba sus manos de mi entrepierna y se apartaba de mí. Después se deleitó con su desnudez, sin escrúpulos. Casi pude ver en sus ojos las perversiones que le incitaban aquel cuerpo joven y atrevido. Pero hubo algo más extraño. Valentino lo consintió satisfecho. Disfrutó y eso me hizo pensar en lo que habría ocurrido entre ambos si yo no hubiera estado presente. Por la forma en la que se observaban —devorándose con la mirada—, seguramente no habrían tardado un segundo en ir dando tumbos a la cama.

—Me ha parecido lo contrario —comentó Olimpia. Suspiró hondamente y me miró—. En fin... Kathia, no tenemos mucho tiempo, así que te sugiero que te vistas cuanto antes. El doctor Messina te espera a las diez y yo tengo que ir a por Marzia al aeropuerto. Además tenemos muchas cosas que hacer después, querida.

Habría dado media vida por encontrar la forma de responderle, pero no pude. Las pocas fuerzas que mi cuerpo destinaba para algún enfrentamiento ya las había consumido con Valentino. Así que salí del baño, empujando a Olimpia con el hombro al pasar por su lado, y me derrumbé en la soledad del vestidor.

El regreso de Marzia, el inicio de los preparativos de la boda y el transcurso de la vida pasando con normalidad y quietud harían de ese día una eternidad. Y después otra... y otra... y una más.

<<*Cristianno, mi amor. Llévame contigo... Llévame contigo.*>>

Sarah

Acaricié el filo de todos y cada uno de los libros que había en aquella enorme estantería. Ahora que todo el lugar estaba iluminado por la luz del día, su belleza resplandecía. Todo el salón rezumaba paz y armonía, rodeado de plantas y rincones de ensueño.

Cuando llegué a casa de Daniela y le conté lo sucedido y lo que había planeado, no esperé que me llevara hasta el piso de sus abuelos y me entregara las llaves. Ni siquiera me dejó negociar con ella la posibilidad de pagarle un alquiler; me envió una mirada amenazante en cuanto se le mencioné.

Nos habíamos pasado la noche mirando el cielo a través del tragaluz que había en el techo de su habitación, manteniendo un silencio reconfortante y al mismo tiempo perturbador. No preguntó mientras hablaba, no cuestionó ninguna de mis palabras y no dejó espacio a la duda. Se lo conté todo sin medidas y ella me creyó. Me lo hizo saber en cuanto me cogió la mano, se pegó a mí y nos tendimos en su cama. Supe que la verdad ya no me aplastaba a mí solamente. Daniela cargaría también con ella, y no me sentía orgullosa de ello.

—¿Por qué me crees?—le pregunté casi amaneciendo.

—Porque le quieres demasiado como para arriesgar su vida de esa forma —me dijo sin dejar de mirar el cielo—. Tiene que ser verdad, Sarah—imaginar a Enrico muerto me produjo un fuerte escalofrío

Cogí aire, cerrando los ojos con fuerza, y observé la terraza. La nieve comenzaba a disolverse y había encharcado todas las baldosas.

—A tus padres no les hará gracia que una desconocida viva aquí—dije tras haber visto el piso en el más absoluto silencio.

—Técnicamente, yo soy la dueña —espetó ella, acariciando una foto de sus abuelos fallecidos. Antes de llegar allí, me había contado que había heredado ese lugar.

—¿Y todo lo demás? —comenté preocupada—. ¿Cómo voy a hacer

frente a los gastos? Esta no era la idea, cariño —terminé pellizcándome el puente de la nariz.

Aquel piso no podía mantenerse con un sueldo mínimo y yo no tenía experiencia laboral, me costaría horrores encontrar un trabajo. De todos modos tenía pensado alquilar una habitación y buscar empleo en alguna cafetería o restaurante. Se acercaba Semana Santa y era buena época para la ocupación hostelera.

—¿Pensabas dormir en la calle? —lo dijo enfadada e incrédula.

No me tomé a mal su comentario porque sabía que no lo decía con intención de ofenderme, pero sí me torturé con la idea de no saber cómo apoyarla. Había deducido que Daniela prefería guardar sus emociones, le costaba horrores hablar de sus sentimientos e intentaba no demostrar nada, pero ambas sabíamos que no estaba bien. ¿Cómo iba a estarlo si su mejor amigo había muerto y apenas veía a Kathia? Nos conocíamos poco. Estas últimas semanas habían sido las que habían terminado por unirnos del todo, pero, aun así, no bastaban para que hubiera una confianza total. Yo no podía exigirle que se desahogara conmigo, pero esperaba a que ella decidiera si hacerlo o no.

—He hablado con mi madre —dijo de pronto—. Te hará un hueco en su agencia. Te llamará la próxima semana para concretar las condiciones de tu contrato.

La miré impactada y preguntándome cómo y cuándo demonios había organizado todo aquello. Su madre, Casandra Canetti, era una prestigiosa diseñadora de interiores que trabajaba para importantes celebridades italianas y organizaba exclusivos eventos en la ciudad. Tenía una de las mejores agencias del país y, aunque apenas la conocía, sabía que tenía a los mejores trabajando para ella.

—No tengo ni idea de decoración de interiores, Dani —admití con un ramalazo de miedo. Ni siquiera sabía si sería capaz de manejarme con un ordenador. Mesut Gayir se había llevado mi adolescencia, se había encargado de convertirme en un ser torpe... ¡Me sentía a medio desarrollar!

Daniela indagó en mis ojos y fue consciente de todo lo que estaba pasando por mi cabeza. Incluso se me había puesto el vello de punta. Lo último que quería era fastidiar la reputación de su madre por mi incompetencia.

Se acercó a mí y me acarició el brazo.

—Lo harás bien, tranquila —murmuró y, extrañamente, tragó saliva echando una rápida ojeada alrededor—. Íbamos a vivir aquí. —Un gemido ahogado.

Alex.

— ¿Íbais? —Fruncí el ceño casi al tiempo en que ella dejaba caer su mano de mi brazo.

—Ha cambiado, ¿sabes? —Confesó, y tomó asiento en el sillón que tenía más cerca. La imité cogiendo su mano y observando como una tímida lágrima se le escapaba de los ojos—. Y yo también...

—Todos hemos cambiado, Daniela...—Acaricié sus nudillos. El llanto poco a poco se hacía más intenso y tuve que echar mano de todas mis fuerzas para no derrumbarme con ella. Si ambas caíamos, ¿cómo nos levantaríamos después?

—Discutimos constantemente. Alex dice que apenas hablo, que no le cuento lo que siento y yo no sé cómo hacerlo, Sarah —gimoteó antes de apartarse el pelo. No quería llorar y sin embargo ya lo estaba haciendo—. No sé cómo explicarle que me cuesta muchísimo asimilar que Cristianno ya no está.

Me acerqué más a ella e intenté que me mirara a los ojos. Daniela quería ocultarse, pero no la dejé porque sabía que, aunque no lo reconociera, necesitaba aquello. Necesitaba soltar de algún modo todo el dolor.

—Hazlo como lo acabas de hacer ahora mismo —sugerí en voz baja.

—Ese es el problema. Si lo digo en voz alta, ya no habrá vuelta atrás. —Cerró los ojos y negó con la cabeza—. Será más real de lo que ya es. No quiero que Cristianno esté... —se ahogó y empezó a negar con la cabeza. Me pareció más adolescente que nunca—. No, no quiero.

Cogí su rostro entre mis manos y la obligué a respirar. Daniela no sabía gestionar las emociones que la asolaban. Estaba peligrosamente cerca de un ataque de ansiedad y eso me dejó entrever lo poco acostumbrada que estaba a exteriorizar sus sentimientos.

—Daniela...—susurré indicándole que cogiera aire y lo expulsara con lentitud. Le costó obedecerme porque el llanto se le había instalado en la garganta.

—No quiero perderle, Sarah...—Volvió a negar—. Sin Alex, yo...

No permití que terminara la frase.

—No le perderás.

—Si Cristianno se ha ido, ¿por qué no iba a sucederle lo mismo a él? —

protestó.

—Basta, no digas eso... por Dios. —Daniela terminó enterrando su cara en mi hombro y yo la envolví con mis brazos sintiendo un tremendo escozor en los ojos.

No sé cuánto tiempo estuvimos aferradas la una a la otra, pero lentamente sus jadeos cesaron y la presión de sus manos disminuyó conforme se calmaba. Ni ella ni yo deshicimos el abrazo hasta que sonó el timbre.

Miré de súbito hacia la puerta.

—¿Quién es? —pregunté en un susurro mientras Dani se incorporaba limpiándose las lágrimas. Se le había corrido un poco el maquillaje de los ojos y ahora parecían más grandes.

—Valerio —repuso sin saber que se me encogería el estómago al escuchar su nombre—. Me ha llamado hace un rato para saber cómo estabas. Le he dicho que estarías aquí. —Se acercó al telefonillo y abrió la puerta.

Después cogió su mochila violeta, se la colgó de un hombro y se miró en el espejo de la entrada. Me crucé de brazos mientras la observaba retocarse la pintura de sus ojos.

—¿Te veré después? —dije casi en un susurro.

Ella se detuvo, me miró y me ofreció una mano. Se la cogí de inmediato.

—Por supuesto... —dijo—. Gracias, Sarah.

¿Gracias? ¿Gracias por ofrecerle mi hombro para llorar? Fruncí el ceño y la miré con desaprobación antes de tirar de ella y volver a abrazarla.

—Soy yo la que tiene que darte las gracias —le dije al oído antes de ver cómo Valerio salía del ascensor.

Su mirada ardió extrañamente en mi piel. No me había dado cuenta de cuánto le necesitaba hasta que le vi allí, vestido con aquel traje gris oscuro, con las manos en los bolsillos de su pantalón y aquellos ojos, respirando aliviados al verme.

Daniela se marchó tras despedirse de los dos con un beso y nos dejó a solas en mitad del vestíbulo y rodeados de un silencio que, por primera vez desde que le conocí, me resultó extraño. Valerio no sabía qué hacer y yo me moría por encontrar la forma de olvidar entre sus brazos.

Se acercó a mí, muy lento, y terminé tragando saliva.

—Hola... —Me obligué a decir.

—No esperaste al amanecer —murmuró antes de darme un beso en la frente. Cerré los ojos al notar el calor de sus labios.

—Lo siento. —Casi gemí—. Tuve que ir...

—Lo sé... —Claro que lo sabía... Seguramente Mauro le habría informado del estado de su prima y de que una vez más había tenido que recogerla de la tumba de su hermano—. Sabes que el Edificio queda muy cerca de aquí, ¿verdad? —Comentó buscando mi mirada—. Debes prometerme que me llamarás para cualquier cosa que necesites.

Cogí aire profundamente y acaricié su pecho.

—Lo prometo —dije antes de ver cómo echaba mano al bolsillo interior de su chaqueta.

Extrajo un sobre blanco, lo dobló y me lo entregó. Empecé a negar con la cabeza casi al mismo tiempo en que empezaba a ser consciente de lo que pretendía.

—Coge esto —me ordenó un tanto déspota. Él ya sabía que me negaría y no tenía ganas de rebatirme.

—Ni lo sueñes —protesté y me alejé de él.

—Sarah. —Valerio me cogió del brazo y me obligó a mirarle de nuevo—. Cógelo. —Viniendo de él, aquel sobre debía contener el dinero suficiente como para mantenerme seis meses por todo lo alto.

Resistiéndome, cogí lo que me ofrecía y agaché la cabeza. No me hacía gracia tener que aceptar aquello, pero Valerio no me dejaría rechazarlo.

—Te echaré de menos —murmuró y yo adoré que lo dijera sin apartar su mirada de la mía.

Fui yo la que se sonrojó y la que tuvo que concentrarse en seguir respirando con normalidad.

—No lo harás porque tú mismo has dicho que el Edificio queda cerca —sonreí—. Podrás venir a verme cuando quieras.

—Aun así no será lo mismo. —Noté su indecisión, no sabía si quedarse o marcharse. No sabía si acercarse a mí y abrazarme o dejar las cosas como estaban. Y yo compartía esas mismas dudas.

Necesitaba que Valerio me acariciara, necesitaba sentir el calor de su cuerpo pegado al mío, pero ambos sabíamos que Enrico no me dejaría saborear aquel momento. Enrico no me permitiría empezar de nuevo y quizás hacerlo junto a Valerio.

Cerré los ojos.

—Quédate... —jadeé colocando una mano sobre su vientre—. Quédate un rato más.

<<*Ayúdame a olvidar que amo a Enrico*>>

Segundos más tarde, sentí sus dedos entorno a mi cintura. Suavemente fue rodeándola hasta envolverla por completo. Sus caricias distaban tanto de las de Enrico. Valerio era tierno, romántico y delicado. Enrico, en cambio, era erótico, ardiente y exquisitamente posesivo.

Apoyé la cabeza en su pecho y me concentré en los latidos discordantes de su corazón. Estaba nervioso, y me gustó sentirlo tan pegado a mí.

—Paola llegará esta tarde —espetó dejando que su voz me acariciara el cuello. Su prometida, la misma que me humilló la primera noche que pasé en el Edificio, volvía a Roma tras haber estado unas semanas con su familia en Siracusa—. Quiere que vayamos a mirar una casa que hay cerca del Coliseo. Nos casaremos en Agosto. —Lo explicó todo con un tono tan decadente que no pude evitar sentir un ramalazo de ira.

Aquella niña bien, sin educación y con una presencia engañosa se convertiría en la esposa de uno de los hombres más respetables y elegantes que había conocido jamás. No era justo para él... y tampoco... ¿para mí? Dios, qué confundida estaba... ¿Por qué todo era tan difícil?

—No la quieres... —admití un tanto encrespada.

Valerio se apartó y cogió mi rostro entre sus manos. Con él, sobraban las explicaciones, porque se metía en mi mente y tomaba como suyos todos y cada uno de mis sentimientos. Ambos sabíamos que había miles de palabras escondidas tras lo que acababa de decirle. Miles de intenciones. El deseo de amarle, el deseo de poder hacerlo sin miedo a saber que mi corazón quedaba dividido... Todo aquello se instalaba entre nosotros cada vez que nos tocábamos, y tomaba un nombre propio.

Enrico...

<<*Basta, déjame tranquila. Quiero olvidarte*>> me reprendí.

Y Valerio leyó su nombre en mis ojos grises...

Intentó contenerse, pero terminó por fruncir los labios. Supe con aquel gesto que él se moría porque yo diera un paso más.

—No me importaba hasta que... te conocí. —Un susurro que acarició mis labios y recorrió mi piel con un escalofrío.

Cuánto habría deseado poder... perderme en él.

—Valerio... —siseé.

—Tengo que irme... —Volvió a besarme en la frente—. Llámame, por favor.

Se apartó de mí con rapidez y se dirigió a la puerta. Le seguí notando un extraño miedo navegar por mi pecho. Si perdía a Valerio... Si le perdía... Dios mío...

—Valerio. Yo... —Me quedé a mitad... sin saber qué demonios decirle. Cualquier cosa que dijera habría estado a medio camino entre la verdad y la mentira. No serviría de nada.

—No digas nada que no sientas del todo, amor. —Abrió la puerta del ascensor—. Yo seguiré estando aquí, ¿de acuerdo?

Su sonrisa triste fue lo último que vi antes de que se marchara. Y me pregunté si alguna vez sería capaz de amarle sin que Enrico se impusiera entre nosotros. Me sentí culpable por no tener una respuesta, por no saber si algún día el maldito Materazzi saldría de mi corazón.

Kathia

La vida seguía sin mí... sin él... Vigorosa y ajena a las emociones.

Desde aquella ventana de la consulta podía ver San Angelo al otro lado del río Tíber. Observaba en la lejanía cómo los alumnos entraban en el recinto mientras yo recordaba los días en que buscaba a Cristianno con la mirada o me indignaba tenerle sentado a mi lado durante las seis horas de clase. Recuerdo que muchas veces le miraba sin que él se diera cuenta y fantaseaba con cómo sería besar su boca y pegarme en su piel. Casi parecía que habían pasado años desde esos momentos, y sin embargo apenas hacía dos meses.

Suspiré y me encogí un poco más en el alfeizar; las rodillas pegadas al pecho, uniéndose a los latidos lánguidos de mi corazón. Sabía que Roberto Messina me observaba paciente mientras mordisqueaba su bolígrafo y garabateaba en su bloc de notas cada uno de mis movimientos.

Mi amor por Cristianno se había convertido en una enfermedad mental para los Caruso, y creían que podrían erradicarla llevándome a un psiquiatra de pacotilla que adoraba pasar el tiempo analizándome.

Él esperaba que algún día le dijera algo y yo me pasaba las horas observando Roma, ahora un poco menos bella sin él.

El cielo seguía un tanto encapotado, pero lucía un sol tímido e intermitente. Apoyé la cabeza en la ventana y solté el aliento. El vahó se impregnó en el cristal e inconscientemente acerqué un dedo. Dejándome llevar, dibuje la primera letra de su nombre mientras un latigazo me recorría la espalda. Me tembló el labio y lo mordí con fuerza sabiendo que el dolor sería lo único que frenaría las ansias de volver a llorar. Pero no me di cuenta de que con aquel gesto desencadenaría aquella visión.

Sus dedos se dibujaron al otro lado de la ventana. Lentamente se posicionaron junto a los míos en busca de una caricia que ninguno de los dos sentiríamos. Contuve el aliento al tiempo en que el sol asomaba y volvía más nítida la forma en que nuestras manos se tocaban a través del cristal.

Cerré los ojos. Una lágrima resbaló por mi mejilla. La respiración regresó con fuerza, como cuchillas perforando mi piel. Cada bocanada de aire resultaba más dolorosa que la anterior. Yo seguía viva... y él no...

Él no.

Tuve un espasmo.

—Aún sentía su calor dentro de mí cuando murió... —Porque minutos antes de su muerte, Cristianno y yo habíamos estado haciendo el amor de un modo intenso y poderoso. Había sentido su vida latiendo en lo más profundo de mi cuerpo y eso lo hizo todo mucho más difícil.

Sus dedos desaparecieron y el cristal me mostró el reflejo del siquiatra, que se incorporó un poco, atento a que yo había decidido hablar tras cuatro consultas de silencio. Me miraba extrañado y curioso al mismo tiempo, sin saber que despertaba en mí una furia irrefrenable.

—Es probable que arañara el suelo mientras... mientras se quemaba... — ¿Por qué demonios tuve que decir aquello? ¿Por qué tuve que cerrar los ojos y permitir a mi mente visualizar aquella escena de nuevo?

Cada segundo de ese recuerdo me resquebrajaba por dentro, pero era mi dolor y no quería compartirlo con cualquiera. No quería que aquel maldito hombre supiera que vi a Cristianno morir y que mi vida ya no tenía sentido sin él.

—Continua, Kathia —me pidió, interesado en seguir, en saber más.

Mauro

Roberto Messina cruzó metódicamente las piernas y echó una ojeada en mi dirección conteniendo todo lo que podía la tensión que le proporcionaba mi presencia tras aquel espejo.

Angelo Carusso vio peligrar más que nunca sus intereses cuando Giovanna gritó y entró en el salón con las manos y la ropa cubiertas de sangre. A unos metros de allí, Kathia permanecía tendida en el suelo del lavabo, con una toalla cubriéndole la desnudez e inconsciente, mientras el agua de la bañera ondulaba con su sangre. Se había rasgado las muñecas con una pluma, y a los Carusso no les gustó que esa vez lo hiciera tan bien. Por eso estaba sentada en el alfeizar de aquella ventana, en la consulta de aquel maldito doctor. Y así sería, hasta la boda.

—Háblame —insistió Messina.

Pero Kathia continuó mirando por la ventana.

Sibila me observó de soslayo con preocupación. Ella era la que protegía a Kathia de sí misma cuando Giovanna estaba en el instituto, y la que me avisaba cada mañana antes de entrar en la consulta.

—Esto es una locura —resopló dándole la espalda al cristal que nos mostraba el despacho de Messina.

—Lo sé —murmuré cabizbajo.

—¿Kathia...? —continuó Messina.

—¿Sabe que su presencia me pone muy nerviosa? —masculló Kathia con una voz tan grave que sorprendió a todos. Me provocó un escalofrío que me erizó el vello y mi cuerpo se tensó, preparándose para un momento incómodo.

Roberto mantuvo el tipo mirándola por encima de las gafas.

—Lo lamento.

—No es cierto —gruñó.

—Es lógico que al principio manifiestes rechazo y... —lo interrumpió saltando del alféizar con un movimiento muy brusco.

Se acercó a él, lentamente.

—Mi cometido en esta vida fue, es y será amar a Cristianno —dijo en voz baja, amenazante. Fui consciente de que había dejado de respirar cuando empecé a escuchar los latidos exigentes de mi corazón en los oídos. De todas las cosas que esperaba oír de ella, aquella fue la más intensa. Ojalá Cristianno hubiera podido escucharlo... —. Todo lo demás no tiene sentido... Por tanto, su trabajo carece de importancia.

Messina se humedeció los labios con parsimonia, cerró el blog y lo dejó sobre la mesita que tenía al lado. Después se quitó las gafas y miró a Kathia comprensivo, sin saber que la estaba llevando al borde de un ataque de nervios.

—Creo que no lo ha entendido, señorita—repuso—. Mi trabajo, Kathia, es mantenerla con vida.

Salí de súbito de aquel cuarto un segundo antes de que Kathia se lanzara a por el doctor.

—¡¡¡Hijo de puta!!! —gritó en el instante en que entré en la consulta.

Kathia le había cogido de las solapas de la chaqueta y le dio un puñetazo que lo envió de nuevo al sillón. Volvió a cogerlo, dispuesta a pegarle otra vez, pero la detuve sabiendo que forcejearía conmigo hasta que se diera

cuenta de quien la retenía.

Le permití que me empujara, que me diera patadas, que incluso me insultara, hasta que la inmovilicé con mi cuerpo y la pared y cogí su rostro entre mis manos. La zarandé un instante para que me mirara y cuando lo hizo casi me corta el aliento. Sus ojos se clavaron en los míos, enrojecidos, desesperados, con tanta intensidad que apenas pude mantener el control.

—Mírame, Kathia —susurré apoyando mi frente en la suya—. Concéntrate en mí. —Ojalá ella hubiera sabido lo que me costaba digerir aquello.

Kathia respiraba descontrolada, gemía con cada bocanada de aire y su cuerpo se sacudía casi con violencia. Fue entonces cuando me di cuenta de que había empezado a llorar. Una de sus lágrimas resbaló por mi mejilla.

—Sácame de aquí, Mauro... —me pidió entre jadeos, aferrándose al cuello de mi chaqueta como si su vida dependiera de ello—. Llévame con él...

La abracé y obedecí sin pensar en nada ni nadie más que en ella y en su deseo por estar con nuestro primo.

Kathia

Respirando trémulo, Mauro acarició mi muñeca y fue deslizando sus dedos entre los míos, hasta capturarlos por completo en un gesto terroríficamente placentero. Él me enviaba a la locura más dulce y asfixiante con aquella caricia. Su presencia tras de mí y su mano envolviendo la mía casi me asfixiaba, casi creí que era Cristianno...

Cerré los ojos y apoyé la frente en la puerta que tenía delante.

Cuando le pedí que me sacara de la consulta y me llevara con nuestro primo ninguno de los dos esperamos terminar allí, delante de la habitación de Cristianno. La primera intención fue ir al cementerio, pero cuando detuvo el coche en la entrada principal, me negué a entrar. Con una sola mirada, Mauro entendió que necesitaba mucho más que una piedra fría. Necesitaba sentir su alma o, al menos, lo que quedaba de ella...

—Esta no era la idea, Kathia... —masculló Mauro en voz baja, dejando que su aliento me acariciara la nuca.

Envolví el pomo de la puerta, lo giré y me mordí el labio. La última vez que estuve allí, terminé arrastrándole por el suelo y escondiéndolo en el lavabo lejos de la reyerta que había iniciado Valentino al venir en mi busca.

Aquella noche me reencontré con él.

Aquella noche le dieron una paliza.

Y al día siguiente me enteré de que era mi primo.

Cogí aire sabiendo que no serviría de nada. Pensar en ello me hizo sentirme estúpida. Porque si hubiera sabido ese día lo que estaba por venir, me habría aferrado a él la mañana en la que nos encontramos en el probador y le habría exigido que me hiciera el amor hasta dejarme sin aliento. No le habría dado tanta importancia al hecho de ser familia. Maldita sea, no habría perdido el tiempo con mis inseguridades.

—No crees que pueda soportarlo... —afirmé abriendo lentamente la puerta.

—¿Acaso no está siendo así?

Le miré por encima del hombro y volví a sentir el mismo latigazo que siempre sentía cuando le tenía cerca. Mauro no era Cristianno... pero a mi mente le daba igual esa diferencia; se conformaba con los rasgos tan similares que guardaban entre sí.

Acerqué una mano a su mejilla y le acaricié. Mauro agachó un poco la cabeza y cerró los ojos. No debería haberle puesto en aquella situación tan complicada, pero ni yo misma sabía cómo demonios evitarlo. Tal vez alejándole de mí...

—Entonces, mantente a mi lado —jadeé, ignorando lo que había pensado. Alejarme de Mauro habría supuesto tirar a la basura lo poco que me quedaba de Cristianno.

—Ya lo estoy... —dijo, y besó mi frente, dejando que sus labios reposaran sobre mi piel un rato más tras el beso.

Abrí la puerta y dejé que el aroma de la habitación me embargara. Un profundo escalofrío me recorrió y terminó arrancándome un gemido. Fruncí los labios, apreté los dientes y me clavé las uñas en las palmas de las manos. No quería llorar, no quería que mi dolor me impidiera entrar allí. Era la única forma de sentirme cerca de él, mi cuerpo no podía negármelo.

Temblé y Mauro suspiró nervioso.

—Kathia, no tenemos por qué hacerlo —susurró algo abatido.

—Quiero hacerlo, Mauro —mascullé, más para mí que para él.

—Pero... —Se detuvo en cuanto me vio avanzar.

Aquellas paredes se cernieron sobre mí con crueldad. El suelo pareció oscilar y por un momento creí que se abriría una zanja y me consumiría. Su aroma, su vida, todo lo que una vez fue Cristianno estaba impregnado en el ambiente y penetró en mí arrasando con todo, como una ola destructiva que engulle una pequeña isla. Me evaporé, casi pude sentir cómo mi alma se fragmentaba y se unía a lo que quedaba de él en aquella habitación. Cuántos sueños almacenados, cuántas batallas interiores, cuántos pensamientos había allí... ¿Qué habrían visto esos rincones? ¿Qué podrían decirme si hubieran podido hablar? ¿Sabrían si Cristianno soñaba conmigo? ¿Sabrían que él iba a morir y que nunca más volverían a verle? ¿Le echarían de menos tanto como yo?

Miré a mi alrededor. No había rastro del enfrentamiento, ni una señal que indicara que allí se había desatado una batalla a tiros. Todo estaba

como la primera vez que entré; el mismo día en que al mirarle supe que todo sería distinto, porque acababa de descubrir que Cristianno era un mafioso y estaba enamorada de él.

Memoricé cada centímetro imaginando como habría sido dormir juntos en aquella cama, despertar abrazados frente a la extraordinaria panorámica de la Fontana di Trevi. Jugar, reír, pasar las horas desnudos, pegados el uno al otro, perdiéndonos en una mirada.

Negué con la cabeza y tragué saliva, temblorosa, al notar la potencia de esa fantasía. Me aparté el pelo de la cara casi al tiempo en que vi una chaqueta colgando del respaldo de uno de los sillones que había en un rincón junto a la puerta de la terraza. Puede que la llevara puesta horas antes de morir y por eso estaba allí. Tal vez se la quitó antes de ir a cambiarse... ¿Qué pensó ese día? ¿Qué pasó por su mente? ¿Cómo se lo ocurrió dejarme...?

Me lancé a por la chaqueta y la estrujé entre mis manos. Ya era imposible evitar el llanto, así que me dejé llevar sabiendo que luchar contra ello era una disputa perdida. Noté una sacudida en los hombros y cómo se me encogía el vientre cuando me acerqué la tela a la cara. Me perdí en las sensaciones. Aquel mismo aroma me había envuelto cientos de veces, cuando me besaba, cuando me abrazaba, cuando se paseaba por mi alrededor. Cuando me hacía el amor...

Fresco, excitante, como la lluvia en primavera... Esa era la fragancia de su piel. La misma que anhelaría el resto de mi vida.

—Todavía guarda su olor... —sollocé un instante antes de sentir cómo Mauro colocaba una mano sobre mi hombro.

—Kathia... —siseó. Su voz me dijo que había sentido cada una de mis emociones.

Me aparté de él, abriendo la chaqueta y metiendo los brazos en ella. Me la llevaría conmigo, puesta, y todo el mundo debería soportar la presencia de Cristianno Gabbana a través de mí, aunque aquello supusiera una tortura. Estaba dispuesta a someterme a un dolor extra tan solo por sentirle un poco más cerca de mí.

Escuché cómo Mauro ahogada una exclamación al verme con la chaqueta puesta, pero no hizo nada por evitarlo porque supo que no valdría la pena. Me senté en la cama y me tumbé llevándome las piernas al pecho. Casi me pareció sentir sus manos entorno a mí, abrazándome.

De pronto, la melodía sugerente de Rachel Rabin con su *Raise the dead*

inundó la habitación Mauro exhaló con fuerza ante de descolgar.

—Ahora no puedo... —dijo con sequedad. Cerré los ojos escuchando en la lejanía el murmullo intangible de una voz al otro lado del teléfono—. Dijimos el viernes. Mañana es demasiado pronto... Me cago en la puta... Está bien, sí. Sí, yo me encargo. Sabes que estaremos listos... — ¿Listos para qué? ¿Con quién hablaba? Me di la vuelta y miré a Mauro sin saber que él ya lo estaba haciendo de antes. Una máscara de preocupación se había instalado en su rostro—... Tengo que dejarte... Sí... No puedo hacer eso... —resopló, se pasó una mano por el pelo y después se pellizcó el entrecejo. No estaba nervioso, pero sí algo alterado—... Está bien.

Colgó y me envió una sonrisa que ambos supimos que había forzado. Caminó hacia mí titubeante, dejó el móvil sobre la mesita de noche y se sentó en el filo de la cama antes de acariciarme el cabello.

— ¿Quién era? —pregunté en un susurro.

—La mafia. —Un murmullo peligroso. Una sensación pesada en mi vientre. Un nuevo escalofrío, esta vez mucho más hondo e intenso.

—Tú eres la mafia...—jadeé y volví a girarme dejándome llevar por el repentino cansancio que me abordaba.

Le escuché suspirar al apoyarse en el cabecero de la cama. Sus caricias se colaron un poco más en mi cabello y se tornaron más lentas y suaves. Pretendía hacerme descansar, aunque solo fueran unos minutos.

—No del todo, amor... —admitió y después me dio un beso en la sien.

Saboreé una lágrima mientras me perdía en aquella caricia.

—¿Por qué tuvo que dejarme, Mauro? —Gemí con un tremendo nudo en la garganta—. ¿Por qué se fue sin mí?

—No sigas, Kathia... —suplicó con voz ahogada.

—Haz que por un momento me sienta junto a él, por favor. —Le rogué empujando mi espalda contra su pecho—. Abrázame.

Su brazo envolvió mi cintura y noté cómo su cuerpo se encajaba contra el mío, acomodándose lentamente. Mauro obedeció arrastrando consigo un pesado tormento. Una vez más le pedía algo imposible y, aun así, luchaba por complacerme.

Mauro

Kathia se quedó durmiendo entre mis brazos. Se había girado y había enterrado la cara en mi pecho. Aún temblaba mientras dormía, pero me tranquilizaba que su respiración fuera más pausada y armoniosa.

La observé. Analicé su rostro contraído, sus labios entreabiertos y la forma en la que su aliento los acariciaba. Miré la curva de sus ojos cerrados, la línea maravillosa de sus pobladas pestañas, su cuerpo cobijado en el mío, en busca de un calor que yo no podía darle.

Estar en la habitación de Cristianno, con ella y tumbados en la cama era demasiado incluso para mí, pero no me pude negar cuando Kathia me lo pidió. No podía negarle nada a ella.

Cuando salimos de la consulta de Messina, dejé que Sibila se llevara a Kathia hasta mi coche para poder quedarme a solas con el doctor. No podía irme de allí sin dejarle ciertos puntos claros. Así que le entregué un sobre con un succulento incentivo que no tuvo reparo de rechazar. No le hacía ni puñetera gracia que un Gabbana pululara por allí porque sabía que Angelo podía cabrearse con él y tal vez tirar su cadáver al río. Pero Roberto era manipulable, más aún si le ofrecía la ganancia de un año. Él no diría que ese día Kathia no estuvo en terapia y yo podría llevármela libremente a donde ella quisiera. Aunque eso supusiera hacernos más daño, a los dos.

Alguien llamó suavemente a la puerta. Eché una ojeada hacia atrás y volví a mirar a Kathia. Ella ni se inmutó. Continuaba durmiendo aferrada a la chaqueta de mi primo.

Lentamente, con mucho cuidado de no despertarla, me aparté de ella y me acerqué a la puerta. El rostro confuso y algo tenso de Antonella — nuestra jefa de personal de servicio— apareció tras la madera.

—¿Qué ocurre?— pregunté saliendo de la habitación y entornando un poco la puerta para que Kathia no escuchara nada.

—¿Que qué ocurre? —chismorreó. Puso los brazos en jarras, miró al techo y resopló—. Tengo a una Carusso mosqueada en el salón de tus

tíos... —terminó señalando el pasillo enfurecida.

—¿Qué? —Decir que estaba sorprendido, no bastaba.

Fruncí el ceño.

<< *Mierda, Giovanna* >>, maldije en mi mente.

Aunque me molestara reconocerlo, tuve que admitir que la niña tenía pelotas y que ese tipo de gestas eran las que se ganaban mi confianza. De lo contrario, no se habría plantado en terreno Gabbana ella sola.

—Baja inmediatamente, Mauro —protestó Antonella, que empezó a caminar sabiendo que la seguiría.

Se apartó antes de llegar a las escaleras para que yo pudiera tener vía libre y bajar más rápido que ella.

Al entrar al salón, encontré a Sibila sentada en el filo del sofá, casi en la misma posición en que la había dejado cuando subí a Kathia a la habitación. Ahora había adoptado una postura tensa, mordisqueándose una uña y mirando de un lado a otro, nerviosa. Giovanna estaba a unos metros de ella. Me daba la espalda, con los brazos cruzados y marcando un extraño ritmo con la punta de su zapato. La falda del uniforme se le pegaba a los muslos con cada golpecito.

Me acerqué a ella un tanto rabioso y la cogí del brazo. Sibila enseguida se puso en pie.

—¿Qué coño haces aquí? —gruñí un instante antes de que Giovanna terminara estampándose contra mi pecho.

Sentí cierto placer al notar que podía manejarla como me diera la gana y ella se dio cuenta. Por eso se soltó rápida y bruscamente y me señaló con un dedo. Le ardían las mejillas y la furia se había instalado en los ojos. Estaba muy enfadada.

—No, colega —protestó—. ¿Por qué coño no coges el puto teléfono?

—No me has llamado—negué.

—Esa si es buena —rió con sorna—. Lo he hecho unas veinte veces, gilipollas. ¿Dónde está Kathia?

Contuve las ansias de lanzarme a por ella. ¿Quién demonios se creía que era?

—Conmigo —dije entre dientes. Si hubiera sabido que iba a satisfacerme le habría enviado al vestíbulo de un empujón.

Giovanna se llevó las manos a la cabeza tirando un poco del pelo en un gesto de desesperación y cogió aire hondamente antes de volver a mirarme.

—Me exiges que te informe de todos sus movimientos, que te detalle cómo pasa los días, cómo se encuentra... pero tú no tienes la dignidad de hacer lo mismo conmigo, ¿de qué mierda vas? —espetó nerviosa.

Vi en su mirada que estaba dispuesta a cualquier cosa con tal de tener un enfrentamiento abierto conmigo. Casi lo deseaba.

Apreté la mandíbula y noté cómo se me inflaban las aletas de la nariz al coger aire. Estaba muy dispuesto a pelear con ella.

Di un paso hacia delante, acortando súbitamente la distancia que nos separaba. Pero lejos de acobardarse, Giovanna se mantuvo firme, lo que terminó de enervarme.

—Estás en mi puta casa —reproché—. La casa de un Gabbana, ¿cómo te atreves a vacilarme aquí?

Alzó el mentón y frunció esos labios carnosos que tenía.

—Tengo el mismo derecho que tú a saber dónde cojones está mi prima —impugnó.

—No es tu prima. —Una afirmación que le robó la voz.

Se hizo el silencio en nuestro entorno. No se escuchaba nada más que la ida y venida de nuestras respiraciones, entrando y saliendo de nuestras bocas y mezclándose entre sí. Giovanna no me retiró la mirada y yo tampoco permití que eso sucediera. Aquella batalla muda la ganaríamos y perderíamos los dos.

—¿Dónde está Kathia? —preguntó incisiva, sin apartar la mirada.

—Ya te lo he dicho—repuse.

—Si vuelves a hacer esto, te juro que...

—¿Qué?—la interrumpí acercándome un poco más, casi rozando su nariz con la mía. Ella contuvo un jadeo—. Dime, ¿qué vas a hacer Giovanna? —murmuré irónico, sabiendo que había encontrado la forma perfecta de arremeter contra ella—. ¿Se lo confesarás a tu padre? ¡Ah, no! Carlo está muerto.

Giovanna tardó unos segundos en reaccionar. Primero abrió los ojos, herida. Después, empalideció de golpe. Y finalmente... me soltó un bofetón duro y seco que me giró la cara. Alguien contuvo una exclamación.

La miré, notando como me latía la mejilla y se me instalaba una quemazón desagradable. No me había dado fuerte, pero si lo suficiente como para que me molestara.

Quise atacarla, estamparla contra la pared y quizás devolverle la

bofetada, pero Sibila fue muy hábil y se puso en medio a tiempo, enviando a Giovanna a unos metros de mí.

—Basta, por Dios —susurró con las manos sobre mi pecho. Pero yo estaba concentrado en Giovanna y en su forma tan dudosa e irritante de mirarme.

—Lárgate de mi casa, ahora —jadeé.

—Me iré con Kathia —vaciló y eso me gustó muchísimo.

Aparté a Sibila con delicadeza y me acerqué lentamente a ella. Giovanna mantuvo el tipo, pero ambos supimos que tenía miedo a mi reacción.

Levanté un dedo y lo deslicé desde su barbilla hasta el centro de su vientre, pasando por entre sus pechos. Sus miradas me abarcaron dudosas y con un matiz que no supe determinar.

—Vuelve a ponerme una mano encima y te arrepentirás el resto de tu vida —amenacé al detenerme en su vientre. Presioné un poco, provocándole un extraño ahogo.

—No te tengo miedo. —Mintió.

Torcí el gesto y entre cerré los ojos.

—Deberías. Tienes mucho que perder.

—¿Tú no? —Valiente, tuvo el puto valor de responder.

—Antonella —dije sin quitarle ojo de encima—, saca a esta Carusso de mi casa por la fuerza si es necesario.

Nuestra bendita jefa de personal respondió rápido y se acercó a Giovanna justo cuando esta se apartó.

—Puedo hacerlo sola —protestó mirando encolerizada a mi Antonella—. Esperaré fuera. —le dijo a Sibila cuando pasó por su lado. Esta asintió con la cabeza y volvió a mirarme con un extraño arrepentimiento en la mirada.

Me pellizqué el puente de la nariz y me acerqué a ella. Un enfrentamiento así, después de la mañana que llevaba junto a Kathia, me había dejado sin fuerzas.

—Lo lamento, Sibila —resoplé y ella negó con la cabeza forzando una sonrisa tranquilizadora.

—Se ha puesto nerviosa, Mauro. —Intentó poner paz—. Cuando me ha llamado estaba frenética. No se lo tengas en cuenta, por favor.

Puede que llevara razón, pero aun así no excusaba el comportamiento que acababa de tener en mi casa. Joder, en cualquier momento habría

podido aparecer alguno de mis primos y su presencia les habría suscitado preguntas que no quería ni podía responder.

Suspiré y me dirigí a las escaleras.

—Iré a por Kathia.

Kathia

Cuando Mauro me despertó y se despidió de mí en el vestíbulo del Edificio Gabbana no creí que el día se me haría tan asquerosamente largo. Primero, regresamos a la consulta del doctor Messina justo a tiempo de la llegada de Olimpia —que vino acompañada de su inseparable séquito de arpías, entre ellas Annalisa Costa, su cuñada Úrsula y la puñetera Marzia—.

Giovanna tuvo que dar mil y una excusas cuando la vieron allí conmigo. Pero finalmente, no sucedió nada. Era un día maravilloso, según la señora Carusso, y no quería que nada lo fastidiara. Ni siquiera se dieron cuenta de que llevaba puesta una chaqueta de Cristianno.

—Deberías quitártela —me susurró Giovanna cuando nos montamos en el coche.

—Ni lo sueñes —le dije.

A partir de ese instante, todo fueron horas soportando catálogos de vestidos de novia, catering, comentarios exasperantes sobre mi enlace con Valentino y demás tonterías. Incluso fuimos a ver cómo iba la rehabilitación de la mansión Carusso, que estaría lista en unos días. Pero apenas presté atención. El aroma de Cristianno se impuso a todo y me acompañó constantemente.

Cuando creí que el día había terminado y que al fin podría encerrarme en mi habitación, me vi sentada en una mesa del elegante y reputado restaurante *Antica Pesa*, en el barrio de Trastevere, con toda la cúpula Carusso a mi alrededor. Habían convocado una cena para celebrar el regreso de Marzia y que todo estaba saliendo a pedir de boca. Algo que a Giovanna no le sentó muy bien, ya que el cuerpo de Carlo Carusso todavía estaba fresco, y nadie parecía tenerlo en cuenta. Ni siquiera su maldito hermano.

Vino, champán, exquisitos platos y más vino, acompañado de conversaciones fervientes sobre el poder y la mafia. Tanta era la emoción que ponían en ello que ni siquiera se dieron cuenta de que me escapé al

baño.

Abrí el grifo y me mojé la cara con tanta vehemencia que creí que terminaría asfixiándome. No había forma de huir, cada día sería igual que ese. Tenían una boda que preparar y Olimpia y Annalisa querían que fuera la sensación de la temporada. Estaba absolutamente atrapada.

Suspiré observándome dentro de aquel vestido de *Escada* negro, medio escondido bajo la chaqueta de Cristianno. El agua resbalaba por mis mejillas y me dio la sensación de estar llorando. Por un momento toda mi rabia se almacenó en mis manos y me estrujé las mejillas consciente de que el maquillaje peligraba. Negué con la cabeza, tragué saliva y volví a mojarme la cara notando una extraña sensación de alerta sobre los hombros. Esperé unos segundos antes de levantar la mirada y ver el rostro de Marzia reflejado en el espejo a unos metros de mí.

Lo había intuido. Sabía que tarde o temprano llegaría ese encontronazo. Se sobreentendía que su regreso a Roma era por el placer que le causaba saber que yo había perdido a Cristianno como ella perdió a Marcello. Me lo había repetido mil veces con sus miradas esporádicas y ejecutoras, solo que no había tenido oportunidad de cazarme a solas. Hasta ahora.

Marzia torció el gesto, se deleitó con mi deteriorado aspecto y sonrió complacida con lo que veía. Tenía el pelo un poco más largo y se había recortado el flequillo provocando que su rostro resultara más arrogante y astuto de lo que ya era. También había adelgazado y por mucho que se empeñara en mover las caderas con cada paso su cuerpo había perdido bastante feminidad.

—Duele, ¿verdad? —Cruzó las manos tras la espalda y casi instintivamente me preparé para el enfrentamiento que se avecinaba—. ¿Sabes lo primero que pensé cuando vi el cadáver de Marcello? —Dejó un espacio para que yo contestara y sonrió—: Que ojalá algún día Cristianno terminara de la misma forma para que supieras lo que se siente. —Ahí estaba su nombre y toda la tensión brutal que su mención conllevaba.

No le permitía a nadie que le mencionara. Ni siquiera Angelo se atrevía a desobedecer esa orden tácita que les impuse a todos. Ya habían experimentado mi reacción y nadie se atrevía a repetir, porque la última vez que alguien nombró a Cristianno, yo terminé tirando toda una mesa y atacando al que osó hablar de él.

Tragué saliva notando un tirón en las manos. Había empezado a clavarme las uñas en la palma y eso provocó que sintiera un punzante dolor

en las cicatrices de mis muñecas; aún no estaban del todo cerradas y corrían el riesgo de abrirse.

—Ni se te ocurra nombrarle —gruñí ahogada y luchando por no derrumbarme ante la que una vez creí mi hermana.

—¡Ah, sí!—exclamó dándose un pequeño golpecito en la frente—. Mi madre me ha advertido de tu estúpida prohibición. —¿Así que lo sabía y aun así me provocaba? Maldita zorra—. Pero ¿sabes?... —Se acercó a mí, ignorando mis temblores, y susurró—: yo no pienso obedecerla.

Una corriente envenenada de ira me oprimió dejándome inmóvil y adueñándose completamente de mi cuerpo. Supe que lo había manifestado al ver el rostro complacido de Marzia y unos ojos titubeantes de absoluta alegría. Se acercó un poco más a mí y me acarició la frente al tiempo que cogía un mechón de mi pelo y lo enroscaba tras mi oreja con pereza, disfrutando de mi sometimiento.

—Qué desgracia que no pudiera verle abrasándose entre las llamas. — Terminó susurrando, sabiendo que me desgarrarían sus palabras y me enviarían de vuelta a aquella noche.

Temblé. Esa supremacía que definía lo que realmente era, mi auténtica naturaleza, se reveló. Los días en los que arremetía quedaban muy lejos, sí, pero mis músculos me gritaron una y otra vez que atacara, que me impusiera y, que si decidía contenerme, aceptara las represalias: más dolor, más tormento, una despedida de lo que una vez fui.

Cerré los ojos y pensé en él. En su cuerpo, en sus manos, en su boca, en sus ojos... de un perfecto azul capaz de paralizarte tanto por pasión como por odio. Percibí la misma fuerza que me embargaba cuando le había tenido cerca, ese poder que yo ya tenía, pero que se acrecentaba con su presencia. Cristianno no habría querido que terminara siendo el harapo de un Carusso... Ni yo tampoco.

Miré a Marzia sabiendo que mis ojos se habían convertido en puro hierro ardiendo. Y ella empezó a dudar, oscilando lentamente hacia atrás, creyendo que yo no me daría cuenta del cambio que se había dado entre las dos. Puede que no tuviera el control, pero ahora ella tampoco.

—No vuelvas a mencionarle —volví a gruñir en voz baja—. No vuelvas a hablar de él, ni siquiera pienses en su maldito nombre porque te arrancaré el alma con mis propias manos, ¿me has entendido? —No me di cuenta de que había empezado a moverme hacia ella hasta que Marzia empezó a retroceder.

—No puedes imponerte —protestó nerviosa—. Sabes que tienes todas las de perder.

—Que lo pienses no significa que sea cierto.

—Ya lo creo que sí, Kathia. —Ahora sonaba tensa, sabía que la situación se le iba de las manos a cada segundo que pasaba—. Estás atrapada... y Cristianno lo sabía cuándo murió.

—¡¡¡No le menciones!!! —chillé lanzándome a su cuello.

La empujé contra la pared sabiendo que mi cuerpo haría de barrera ideal para retener su huida. Su cabeza se estrelló contra el dispensador de jabón y lo desencajó un poco. Marzia comenzó a enrojecerse por la falta de oxígeno y empezó a darme puñetazos en los brazos para que la soltara, pero resistí absolutamente concentrada en matarla.

Los puñetazos se convirtieron en patadas, pero continuaron sin ser suficiente. Ella comprendió que no la soltaría hasta que tuviera la certeza de que no volvería a respirar. Así que decidió recurrir a los arañazos y los tirones de pelo, intentando toser en busca de aire.

Estuve muy cerca de verla desfallecer entre mis dedos, pero fue Giovanna la que lo evitó lanzándose sobre mí. Ni siquiera escuché cómo había entrado en el baño. Se interpuso entre las dos hasta que capturó mis manos y me empujó sabiendo que se caería conmigo al suelo. Aun así no me soltó.

—¡BASTA! —gritó forcejeando. Arremetí contra ella ofuscada en ir a por Marzia. Esta se desplomó en el suelo respirando atropelladamente—. ¡Kathia, por Dios, cálmate! Escucha mi voz, nena. No ha pasado nada. Todo está bien —me dijo al oído, esta vez, solo para mí.

—Nada está bien —hablé entre dientes—. Cristianno sigue muerto y ¡esa rata asquerosa no deja de mencionarle! ¡La mataré! —Pataleé sabiendo que estaba haciéndole daño a Giovanna. Pero me dio igual. En ese momento era títere de mis emociones, de mi rabia, de mi odio...

—Vete de aquí, Marzia —dijo evitando que yo viera la sonrisa jocosa de su prima. Pero la oí y eso me superó. Me atraganté con mi propia ira segundos antes de escuchar cómo se cerraba la puerta del baño.

—Kathia... —susurró Giovanna, segundo después, cuando mis forcejeos cesaron.

—Suéltame, Giovanna —ordené inmóvil.

—No, no lo haré.

—¿Por qué?

—Porque sé bien que irás tras ella. —La escuché tragar saliva y después suspirar. Ella no tenía por qué entrometerse y sin embargo allí estaba—. Estoy contigo, nena.

Cerré los ojos.

—Me odiabas, Carusso —admití recordando los días en que Giovanna y yo nos matábamos con la mirada y aprovechábamos cualquier ocasión para enfrentarnos. Ella no podía esperar que aceptara enseguida ese cambio de actitud. Me sentía muy confusa—. ¿Cómo has tardado tan poco en olvidarlo?

Volvió a respirar profundamente y supe por su mirada un poco más oscura que estaba pensando cómo explicar que ahora ella era el único apoyo que tenía cerca. Se creía que no me había dado cuenta de los mensajes que enviaba a Mauro, de las llamadas a las tantas de la noche o de cómo evitaba que tuviera contacto directo con Valentino o... Enrico. Ese cambio debía de tener una explicación.

—No lo sé... —repuso—,y tampoco lo he olvidado. —Fue soltándome lentamente y se incorporó para poder mirarme a los ojos—. Supongo que algún día lo entenderemos las dos. —Eso esperaba.

—Estás aquí... —murmuré poniéndome en pie. Tuve un pensamiento fugaz sobre lo que habría ocurrido si Giovanna no hubiera entrado a tiempo de separarme de Marzia. Tal vez ahora tendría un cadáver en el suelo.

—Estoy contigo, Kathia. —Y la creía... La creía.

Cerré los ojos y saboreé lo que eso significaba. Hasta el momento, su presencia tenía muchísimo valor y no estaba segura de querer prescindir de ella. En ocasiones, la amistad se encuentra en situaciones inconcebibles y aquel era un buen ejemplo.

—No me traiciones, Giovanna —espeté mirando hacia la puerta.

—No pensaba hacerlo —dijo ella, incuestionable.

Regresamos al salón en el más estricto silencio. Todo seguía igual que minutos antes. La misma conversación, las mismas sonrisas orgullosas. Era difícil ignorar todo aquello.

Marzia no mencionó nada de nuestro enfrentamiento cuando volvió al comedor. Tomó asiento en la mesa —entre su madre y una silla vacía que debía ocupar un Enrico que todavía no había llegado— y me miró de reojo, socarrona, indicándome hasta qué punto tenía ella el dominio de complicarme la noche.

Era difícil ignorarla. Así que agaché la cabeza y me concentré en el plato

que acababan de servirme. Cogí aire profundamente y cerré los ojos un instante notando cómo mi vientre se contraía. Era una advertencia.

Lentamente, todo el rumor que me rodeaba enmudeció. Mis oídos se cerraron a la realidad en busca de esa voz que ahora solo habitaba en mis recuerdos. Se me erizó la piel segundos antes de escucharla.

<<—Cásate conmigo —susurró Cristianno en mis labios, cortándome el aliento. >>

Recordé que le miré asombrada y con el corazón latiéndome en la lengua. Que él me acarició la clavícula con la yema de los dedos, que su piel ardía contra la mía y que besó la comisura de mi boca tímidamente, experimentando una incertidumbre que duraría hasta oír mi respuesta. Una vulnerabilidad que me enloqueció.

<<—Quiero casarme en Japón... —dije mientras Cristianno acariciaba mi cabello—... Después me cogerás entre tus brazos y haremos el amor hasta que amanezca.

Soltó el aliento, tembloroso, e iluminó la madrugada con su bella sonrisa.

—Suena perfecto —dijo.

—Es perfecto.

—Entonces, así será. —Después me besó y dejó que la locura se adueñara de nuestros cuerpos. >>

Los dedos fríos de Giovanna enroscándose con los míos pusieron fin a ese recuerdo. Se había dado cuenta de que lo único que había de mí en aquella mesa era mi cuerpo, y de que mi mente regresó al presente obligada por su caricia.

La miré, aún cabizbaja y aturdida, e hice acopio de toda mi razón para que mis fantasías no se impusieran a lo que nos rodeaba. Me transmitió que si yo seguía divagando, ella, de algún modo, lo haría conmigo y eso supondría una llamada de atención.

Tragué saliva y asentí ante la petición muda que me hicieron sus ojos. Sus dedos se relajaron entre los míos y me mostró una leve sonrisa.

De repente, un estallido de pólvora provocó el caos en el comedor. Tardé unos segundos en entender que había sido un disparo, y enseguida deseé que hubiera alcanzado a algún Carusso o Bianchi. Pero con el desorden que se armó a mí alrededor me fue imposible averiguarlo.

Me quedé inmóvil en mi asiento observando cómo las mujeres que segundos antes estaban sentadas parloteando ahora se escondían bajo la

mesa arrastradas por sus hombres. Quedaron reducidas a simples cucarachas desparramadas por el suelo y pasillos.

Angelo permaneció sentado, en alerta, y Valentino se escondió tras un muro mientras preparaba su arma y ordenaba a sus hombres que localizaran al intruso. Giovanna se arrodilló a mi lado y tiró de mí para que la siguiera, pero todo mi cuerpo se convirtió en dura roca al descubrir quién había disparado.

Eric apuntaba a Angelo desde el centro del comedor sin pensar en que su vida corría más peligro que la de cualquiera. Conforme estaba la situación en la ciudad —con los Gabbana heridos por la muerte de Cristianno y Fabio— ningún Carusso salía solo de casa. La seguridad que siempre llevaban a su lado era férrea —al menos, tres hombres por persona—, y aquella noche toda la cúpula estaba allí. Así que más de veinte esbirros vigilaban el local y no tardarían en actuar. Eric solo tenía unos minutos para salir de allí y ponerse a salvo..., por el momento.

Me levanté lentamente de la silla con la mirada clavada en él. Aún no me había visto, pero cuando todas las personas trasladaron su miedo bajo las mesas o a los pasillos, Eric me vio y su mirada se nubló por unas lágrimas que no dejó escapar. Todos los músculos de su rostro contraído se destensaron y sus hombros parecieron desplomarse. Otra persona tal vez no habría notado ese cambio en él, pero yo... yo sí, y me morí de ganas por saltar aquella mesa y correr a abrazarle.

Le supliqué en silencio que se fuera, que huyera de las represalias que se avecinaban, y estuvo cerca de obedecer, pero cuatro hombres le arrollaron cuando se dispuso a disparar. Esta vez la bala si alcanzó a alguien, pero no como ambos deseamos. Angelo se llevó la mano al brazo izquierdo mientras apretaba los dientes. Solo era un rasguño, una herida que requeriría la atención de una rozadura, pero bastó para ordenar la pena máxima.

—Eliminadle —decretó Angelo a sus hombres, y ellos obedecieron casi al instante.

Ni siquiera grité. Me dispuse a salir corriendo tras Eric cuando alguien me clavó las uñas en el brazo, queriendo retenerme. Me mordí las mejillas antes de darme la vuelta y ver a Olimpia arrodillada ante mí.

—Ni se te ocurra salir de este maldito restaurante. —Mastiqué una extraña adrenalina cuando cerré el puño y le solté un puñetazo en la cara.

No esperé a ver su reacción. Eché a correr.

Mauro

Me cagué en la memoria de todos los puñeteros familiares de aquel maldito taxista un instante antes de adelantarlo; obviando, por supuesto, quién podía venir en la otra dirección. No había mucho tráfico en la vía Crescenzo casi a las diez de la noche, pero sí el suficiente como para tocarme los cojones.

Giovanna me había enviado un mensaje informándome de que Eric acaba de irrumpir armado en el restaurante donde estaban reunidos todos los Carusso. Así que avisé a Alex y me preparé para un enfrentamiento bastante desagradable.

Después de cuatro días sin saber de mi amigo, enterarme de aquello fue como un puñetazo en la entrepierna. Eric no superaba la traición de Luca y mucho menos la muerte de Cristianno y lo demostraba perdiéndose de bar en bar, bebiendo hasta perder la razón y metiéndose en peleas que no siempre ganaba. Dani, Alex y yo habíamos intentado ayudarlo, incluso habíamos hablado con Máximo Albori, su padre, para que se trasladara conmigo al Edificio. Tal vez, si tenía a sus amigos constantemente encima, poco a poco empezaría a sentirse mejor. Pero ni por esas.

Eric no razonaba del todo y yo me sentía un poco más culpable, porque en realidad... lo era.

Me ayudé del freno de mano para hacer un cambio brusco de sentido que provocó que las ruedas de mi recién estrenado *Audi R8* chirriaran hasta el punto de hacerme creer que se saldrían de los ejes. Cómo me alegré de volver a tener mi coche en aquel momento.

Miré hacía el portal del edificio donde vivía Daniela y descubrí a mi amiga discutiendo con un Alex nervioso. Él parecía suplicar y ella se mantenía obstinada. Apenas tardé unos segundos en comprender su queja: quería venir con nosotros y Alex se lo impedía. Y mis ojos también. No teníamos tiempo para debatir aquello. Si las cosas se complicaban, tendríamos a muchas personas que proteger y su presencia haría que su novio corriera demasiado peligro.

Ella terminó entendiéndolo, resignada, porque sabía que intentar hacernos cambiar de opinión ponía más en peligro a Eric. Asintió con la cabeza y permitió que su novio le diera un beso rápido y corriera hacia mi coche. Me pidió con una intensa mirada que vigiláramos nuestras espaldas.

Dani sabía tan bien como nosotros que eso era una tarea muy complicada conforme estaban las cosas con los Carusso.

Arranqué un segundo después de que Alex cerrara la puerta.

—Situación —exigió saber en cuanto me incorporé embalado a la Via Lungotevere Sassia.

Alex preparaba sus dos armas y yo miraba de soslayo la pantalla del salpicadero en la que estaba conectado mi móvil, pendiente de un nuevo mensaje de Giovanna.

El motor rugió cuando ascendí la velocidad y me provocó un tremendo estallido de placer. Cuánto eché de menos a Cristianno en aquel momento.

—Restaurante *Antica Pesa* —dije pestañeando varias veces, como si aquello fuera a sacarme a mi primo de la cabeza—. Eric ha intentado matar a Angelo. —Y aunque se lo había insinuado por teléfono, a Alex le sorprendió bastante.

Nos miramos de reojo, confesando en silencio lo mucho que nos hubiera gustado que Angelo hubiese resultado herido por uno de los nuestros. Pero eludimos aquel deseo y nos concentramos en lo que nos esperaba al llegar.

—Es imposible tener un enfrentamiento allí. —Un hecho que yo también había supuesto.

La Via Garibaldi era una calle de tránsito moderado, rodeada de callejones en los que apenas se podía circular. Demasiados recovecos para protegerse, sí, pero que también podían dificultar una huida. Toda la cúpula Carusso estaba allí, lo que significaba que toda la seguridad personal también lo estaba. Así que no nos beneficiaba en absoluto salir a tiros, porque perderíamos.

—Lo sé, pero eso no es lo único que me preocupa. —Tragué saliva y rogué en vano que Giovanna hubiera sido lo suficientemente persuasiva como para mantener a Kathia al margen de aquello.

Noté las miradas insistentes de mi compañero de batallas.

—Kathia, ¿verdad? —afirmó Alex con un evidente nudo en la garganta.

Un leve asentimiento le bastó como respuesta.

Resopló y echó la cabeza hacia atrás, golpeándose intencionadamente contra el respaldo. Ambos sabíamos que la presencia de Kathia nos ponía las cosas un poco más difíciles.

Acabábamos de entrar en el barrio de Trastevere.

Kathia

Me detuve de súbito en mitad de la carretera. No había rastro ni de los esbirros ni de Eric, nada que me indicara hacia donde habían ido. ¡Apenas había tardado un minuto en salir del restaurante! No había forma lógica de abandonar aquella calle tan rápido; ni siquiera en el caso de que alguien los estuviera esperando con un coche en marcha en la puerta.

Debían de estar cerca.

Cerré los ojos. Si no encontraba a mi amigo tal vez aquella sería la última vez que lo hubiera visto con vida. Y esa posibilidad ardió en mi vientre provocándome dolor. Me quejé, llevándome las manos al lugar y empezando a respirar vacilante. Cada palpitación me recordó mis debilidades, pero también mis rencores, y me aferré a ello. Ya no era la misma chica, no tenía las mismas fuerzas que semanas antes, pero volví a experimentar esa sensación enérgica que me empujaba contra todos mis enemigos. Supe que la enorme parte de Cristianno que habitaba en mí se impuso y me regaló un poco de coraje.

Así que me concentré en esa experiencia y noté cómo mis miedos y ofuscaciones se silenciaban unos segundos, dejándome escuchar un quejido ahogado que se perdió en la noche. Provenía del callejón que había a unos metros de allí, a mi izquierda.

Sin pensarlo un instante, eché a correr todo lo rápido que me permitieron mis zapatos, desequilibrándome cuando el tacón se colaba en las juntas de los adoquines de la carretera. El aliento se me amontonaba en la boca.

—¡Kathia, espera! —exclamó Giovanna unos metros tras de mí. Pero no me paré hasta llegar al callejón.

La brisa vespertina me abofeteó y agitó con brusquedad mi cabello, entorpeciéndome la vista. Aun así pude ver por entre los mechones cómo cuatro tíos apaleaban a un Eric ensangrentado y medio inconsciente.

Giovanna tropezó con mi hombro antes de mirar hacia el callejón y ver lo que a mí me había paralizado. A ella Eric jamás le había importado,

pero aquello la dañó casi tanto como a mí. Contuvo una exclamación y se llevó las manos a la boca. Los muy canallas disfrutaban, sonreían y se deleitaban con el poder que ejercían sobre el pequeño cuerpo de mi amigo.

—Sostenedlo —ordenó el cabecilla, un tal Carlo, recordé—. Ya nos hemos divertido bastante, ¿verdad, Albori? ¿Qué tal si le haces una visita al condenado Gabbana? ¿Quieres reunirte con él?

Vibré enfurecida. Todos los rincones de mi cuerpo despertaron desagradablemente y se prepararon para atacar. Supe que en aquel momento habría sido capaz de descuartizar con mis propias manos a ese hijo de puta que se atrevía a mencionar a Cristianno y a tocar a Eric. Si esa noche alguien se reuniría con el *condenado Gabbana*, sería él.

—Que... te... jodan —balbuceó Eric.

Empecé a avanzar completamente ciega por la rabia. Giovanna masculló algo queriendo retenerme, pero esquivé sus manos tras empujarlas con varios manotazos y caminé hacia el maldito esbirro, que colocaba el silenciador a su pistola con parsimonia mientras sus compañeros incorporaban a Eric de malas formas. Matarían a mi amigo y nadie se daría cuenta.

El tipo levantó el brazo, lo tensó y acarició el gatilló listo para disparar. Sonrió complacido por el hecho de ser él quien matara a un secuaz de los Gabbana... Pero no esperó que yo se lo impidiera. Con todas mis fuerzas, le di una patada en la parte baja de la espalda encargándome de clavarle duramente el tacón. El disparo se estrelló en la fachada de una de las casas y él soltó un quejido al tiempo en que caía al suelo y soltaba su pistola. Aproveché para cogerla y le apunté con seguridad deleitándome con la temerosa sorpresa que pobló sus ojos. Fue inevitable sonreír encantada con la idea de perforar su maldita cabeza con una bala. La adrenalina fue casi sádica, y se descontroló por completo cuando noté el frío de un cañón apuntándome la cabeza desde atrás.

Giovanna gimió atemorizada mientras que yo me perdía en la maravillosa sensación belicosa que se apoderaba de mí. No tenía nada que perder. Ya no.

—Suelta la pistola, señorita —dijo el hombre que me apuntaba. Una anciana se asomó por una ventana para cerrar aprisa los postigos y ocultarse al calor de su hogar.

La mafia estaba en su calle y hacía bien en temerla.

Torcí el gesto antes de mirar por encima de mi hombro.

— ¿Y si no qué? —Quise saber—. ¿Dispararías? ¿Serías capaz de pegarle un tiro en la cabeza a la mujer de la que dependen los Carusso? — Comprender aquello tan inesperadamente rápido me produjo vértigo.

Por eso no me dejaban morir...

Qué estúpida había sido al no caer en la cuenta. Enrico me lo había dicho y yo no le di la relevancia que merecía.

<<Si mueres, ¿qué sentido tiene todo, Kathia? >>

No me había dado cuenta del incalculable valor que tenía mi vida, ni había sido consciente de que tenía el control total sobre todos; sobre Angelo, sobre Valentino, sobre Enrico... Y así seguiría siendo, al menos, hasta el día de la boda.

Porque si moría, todo el poder se vendría conmigo.

Sonreí peligrosamente complacida con el descubrimiento que había hecho.

Miré al esbirro sin dejar de apuntar a su compañero. Sus ojos dudaban demasiado.

— ¿Piensas matarme? —Una pregunta cargada de un sarcasmo que no solo dejé que se notara en mi voz.

Giovanna se adelantó unos pasos.

—Kathia suelta la pistola. —No esperó que terminara apuntándola a ella.

—Te juro que apretaré el gatillo si vuelves a abrir la boca —advertí sin dejar de mirar al hombre.

El miedo la confundió. Giovanna era lista, pero en ese momento no entendió que pretendía protegerla manteniéndola fuera del círculo que los esbirros, Eric y yo habíamos improvisado. Solo era una estrategia que decidí emplear para saber hasta dónde podía someter a la gente, y parecía que no había un límite aparente. Porque todos me observaron pasmados cuando me vieron apuntar a una Carusso.

—Oh, Dios mío —gimió ella, asustada. Temiéndose lo peor.

El esbirro fue bajando la pistola lentamente y terminó apuntándome al pecho.

—Señorita, por favor. —Su miedo ya era bastante innegable.

Volví a reír.

—Si presionas ese gatillo no tardarás en seguirme. Te aniquilarán. —Y lo harían de forma lenta y cruel porque no consentirían que un simple

soldado terminara con todo.

Dudó, analizó mis palabras, buscó agobiado una salida.

—Pero sí podemos matarle a él —dijo, tras un rato en silencio, señalando a Eric con los ojos—. Piénselo mejor, señorita. Suelte el arma.

Alcé las cejas, jugando con la incredulidad para que no notara lo mucho que temía por la vida de Eric.

—¿Acaso no era esa la orden que os han dado? —recordé—. De todos modos le mataréis, ¿no es así?

—Señorita... —Pero si continuó hablando yo ya no le escuché.

Nadie se había dado cuenta de que un *Audi R8* acababa de frenar bruscamente en la calle Garibaldi. Mi corazón empezó a latir excitado por la emoción cuando vi a Alex bajarse casi en marcha del vehículo.

No corrió y tampoco pareció que fuera a hacerlo; solo cargó su arma y caminó hacia nosotros, encolerizado y más que contento con la idea de partirle la cara a alguien.

Me guiñó un ojo antes de aporrear fuertemente la cabeza de aquel tío con la culata de su pistola. Después, solo fui capaz de maldecirme profundamente porque se había iniciado una pelea a mi alrededor y mi cuerpo reaccionó entumeciéndose.

No fui capaz de mover un maldito músculo.

Mauro

Salté sobre el capullo que había tirado en el suelo cuando le vi levantarse y sacar una navaja del cinturón con toda la intención de hundirla en el cuerpo de Alex. Le cogí del cuello de la chaqueta, lo estampé con todas mis fuerzas contra la fachada de hormigón y comencé a darle patadas hasta que supe que lo dejaría inconsciente.

Se desplomó a mis pies casi al mismo tiempo en que otro tío se tiraba a por mí. El peso de su cuerpo y la inercia del mío hicieron que diéramos un par de vueltas y nos estrelláramos en el suelo. Forcejamos con violencia. Sus manos buscaban asfixiarme, pero debería haber sabido que no se lo permitiría. Así que le di un cabezazo en la frente y me coloqué a horcajadas sobre él aprovechando su aturdimiento.

Bastaron un par de puñetazos en la mandíbula para dejarle grogui y poder ir hacia un Eric que arremetía sin fuerzas contra el tío que lo tenía

sujeto. Intentaba ayudarnos aun sabiendo que no podía.

Recibió un fuerte puñetazo en la boca que le incitó a escupir la sangre que le había provocado, pero no me permití sentir furia por ello. De lo contrario, no habría sido capaz de ponerme en pie con normalidad. Así que contuve el aliento y me lancé hacia ellos sin saber que alguien más lo haría.

La imagen me aturdió más de lo que estaba dispuesto a reconocer. Giovanna se colgó de las espaldas de aquel esbirro y empezó a pegarle puñetazos en los costados sin esperar que el tipo la capturara y lanzara al suelo. Ella se levantó veloz, pero no pudo evitar el fuerte bofetón que la envió de nuevo al asfalto.

No me hizo falta pensar en cómo llegaría hasta él ni de qué forma le mataría. Simplemente me dejé llevar, mi cuerpo sabía bien qué hacer para terminar con él. Empecé con una patada en el muslo que lo arrodilló ante mí. Le solté un rodillazo en la cara y descargué mi furia a base de patadas. Hasta que me coloqué sobre él y continué pegándole, esta vez con los puños.

No me detuve cuando noté cómo exhalaba su último aliento. Jamás se levantaría. Jamás.

A veces la furia podía ser la mejor arma.

Terminé el ataque gritándole a su rostro ensangrentado y desencajado, y me aparté del cadáver tras haber tragado saliva. Me apoyé en mis muslos y cogí aire cabizbajo, aún en el suelo.

Unas miradas abrasadoras me hicieron levantar la cabeza. Giovanna me observaba con asombro y miedo a la vez, pero si creía que me preocuparía lo que pensara de mí estaba muy equivocada. Aquello era la mafia y, aunque ella siempre había sido consciente de ello, acababa de vivirla por primera vez.

Se incorporó lento y quiso llevarse una mano a la mejilla herida. Pero ninguno de los dos esperamos que yo terminara capturándola un instante antes de que se tocara. Tiré de ella hacia mí y acerqué mis dedos a su piel percibiendo el fuerte calor que emanaba y cómo su respiración cambiaba conforme ascendía la presión de mi caricia.

Giovanna contuvo el aliento y cerró los ojos acomodando su cabeza en la palma de mi mano, queriendo que el contacto fuera mucho más intenso.

Kathia

<<—*No volveré a tocarte... hasta que tú me lo pidas. —Cristianno dijo todo aquello dejando que sus labios rozaran los míos. Cerré los ojos sintiendo cómo mi corazón se desbordaba—. Aunque me muera de ganas.*
>>

No sé por qué pensé en él y en la mañana en la que volvimos juntos a Roma tras la fiesta de Luca. Puede que fuera porque Mauro estaba tocando a Giovanna del mismo modo en que él me tocó a mí cuando hablamos en la playa. De algún modo, me vi reflejada en ellos. Solo que yo no temblé ese día ni tampoco me sentí tan indecisa.

Fue extraño estar allí: ellos arrodillados en el suelo muy cerca el uno del otro, el enfrentamiento en su punto más álgido, con un Alex intenso que casi podía con todo, y yo con un arma cargada en la mano sin saber muy bien qué hacer. Completamente paralizada...

Suspiré, apretando los ojos y los dientes, y me obligué a buscar una solución a un altercado que no iba a ninguna parte. Pero, de pronto, una orden lo detuvo todo. Adiviné quién la había dado en cuanto vi a Giovanna empujar a Mauro lejos de ella y ponerse rápidamente en pie antes de mirar con un poco de miedo al que todavía era su amante.

Valentino irrumpía en la reyerta con el carisma violento e impetuoso que le caracterizaba, sabiendo que si él estaba allí la situación empeoraba. Pero yo no miré de inmediato. Si lo hubiera hecho habría demostrado lo mucho que me preocupaba que él estuviera allí.

—Caballeros, confío en que no hayáis venido a ocasionarnos problemas —dijo Valentino, concentrado en demostrar su potestad. Y le eché un vistazo por encima del hombro evaluando su posición y la compañía que le rodeaba.

Superaba de sobra el número de hombres a los que Mauro y Alex podían hacer frente, así que lo mejor era optar por contenerme. Aun así, empuñé con más fuerza el arma y vigilé la reacción del menor de los Bianchi. Él estaba más pendiente de mi primo que del hecho de tener a su imprevisible

prometida armada.

Lentamente, escondí el arma con mi cadera sabiendo que Mauro me observaba de soslayo. Una terrible duda se cruzó por sus pupilas, pero negué con la cabeza; no iniciaría una reyerta mayor sabiendo que estábamos en minoría, y él lo supo. Por eso contestó a Valentino con tanta parsimonia.

—Por supuesto que no, Bianchi —dijo con media sonrisa en los labios.

—Entonces, permitidnos hacer nuestro trabajo —sugirió.

—En cuanto pongamos a Eric a salvo.

Reconocí las risitas de Francesco y Stefano a través de los ojos de su hermana. Que ellos estuvieran allí, caldeaba considerablemente el ambiente. Los gemelos solía ser bastante impertinentes y provocadores de situaciones muy complejas de calmar después. Eso hizo que me planteara seriamente el darme la vuelta y pegarles un tiro en la puta cabeza a cada uno.

<<Respira, Kathia. No dejes que la furia te supere>>, me dije.

—Creo que no. —Jocoso, Valentino animó a sus amigos a reírse abiertamente—. Él es nuestro trabajo.

Mauro torció el gesto haciendo gala del soberbio autocontrol Gabbana mientras se trasladaba varios pasos hacia la derecha, justo delante de Eric. Fue la demostración tácita de que si Valentino o alguno de los suyos quería tocar a su amigo, antes debían pasar por encima de él.

—Pues entonces sí tenemos un problema —admitió cuadrándose de hombros. No tardó en seguirle Alex, que se colocó a su lado. Pero él prefirió darle más intensidad a la amenaza mostrando su pistola.

—Cállate, Mauro, por favor —suplicó Giovanna en voz muy baja; apenas nadie la escuchó, y si Mauro lo hizo la ignoró por completo.

Sin embargo, yo la miré entrecerrando los ojos. Miles de sospechas se me vinieron a la mente. Aquella forma de hablar no era típica en ella, principalmente porque nunca lo había hecho. Era arrogante en su punto más repugnante y no le importaba una mierda los demás —exceptuando a Valentino o a su padre—. Por tanto, ¿qué coño hacía protegiendo a Mauro de esa forma cuando en cualquier momento él podía matar a su supuesto amor?

—Lamento discrepar, Gabbana —añadió Valentino un poco más ofensivo. La tensión empezaba a masticarse y así con mucha más fuerza el arma. Yo ya sabía que no saldría nada bueno de aquello—. Eric es nuestra

responsabilidad y...

—Cierra la boca... —Le apunté al tiempo en que me giraba hacia él. Los gemelos dieron un paso atrás, pero solo Stefano levantó un poco las manos creyendo que podría detener un posible tiro.

Valentino se esforzó en disimular la sorpresa y controló con todas sus fuerzas que el tragar saliva no fuera una muestra de temor. Se equivocó, porque ambos supimos hasta qué punto estaba dispuesta a matarle. Y esta vez nada me detenía.

—Supongo que está cargada —comentó concentrado en mi forma de sostener la pistola. Era bueno que recordara tan bien como yo nuestro enfrentamiento en el lavabo aquella misma mañana.

—Supones bien —mascullé.

—Suelta la pistola, Kathia —sugirió Mauro, pero como él había hecho con Giovanna, le ignoré.

—¿Dónde prefieres que dispare? —Disfruté con aquel peligro. Todas las células de mi cuerpo parecieron revolotear de un lado a otro y el vello se me erizó como cuando se escucha una canción hermosa.

Por primera vez en dos semanas, me sentí viva y orgullosa de estarlo.

—Veamos, ¿en la pared? —Se atrevió a retarme. Y yo disparé donde me dijo.

El disparo no sonó gracias al silenciador, pero si se escuchó el silbido de la bala salir del cañón y algunos trozos de fachada deshacerse y caer al suelo. Valentino los miró cuando cayeron a sus pies, confundido y algo asustado.

Genial.

Volvió a mirarme.

—Sé un poco más creativo, Valentino —le sugerí, pero él empezó a sonreír.

Fue una risa muda, lenta, segura de sí misma, que no comprendí... Hasta que sentí aquel extraño calor que solo podía pertenecer a una persona. Un calor que solo él me había dado, hasta que supe que era un traidor.

Todo comenzó con una caricia desde los hombros hasta el codo. Después unos brazos rodearon los míos. Su pecho apoyándose en mi espalda, acomodando su barbilla en el hueco de mi cuello. Su aroma me hizo temblar y me empujó de vuelta a aquella casa abandonada en mitad de la noche, cubierta de polvo y llamas. Me obligué a mantener los ojos abiertos sabiendo que si los cerraba volvería a ver a Cristianno ardiendo.

Todos mis esfuerzos y los de Giovanna por evitar cruzarme con él se vieron frustrados en segundos.

—¿Qué te parece entre ceja y ceja, Kathia? —Enrico pronunció mi nombre tranquilo y pausado. Controlando magistralmente la situación, como siempre—. Tengo entendido que se te da muy bien, ¿no? Al menos, eso me dijo Cristianno... — Si en algún momento sentí seguridad o supremacía sobre los demás, de pronto fue inalcanzable. Y él se dio cuenta. Enrico supo que me tendría en sus manos si pronunciaba su nombre, que se llevaría todo el control que yo hubiera podido tener. Supo que me arrollaría y que el dolor volvería a imponerse—. Caballeros, yo terminaré con esto. Podéis marcharos. —Lentamente me arrebató la pistola, se la guardó en la parte baja de la espalda y se alejó de mí.

—Coged a Eric —ordenó Valentino.

—Deja al chico y regresa al restaurante —anuló Enrico guardando sus manos en el pantalón de su impecable traje. Le miré pensando que una vez soñé con encontrar un hombre como él con el que compartir mis días.

Y lo conseguí, pero después Enrico lo asesinó.

—Angelo ha dado la orden de...

—Yo revoco esa orden y responderé después ante él. —No dejó que Valentino terminara la protesta y se impuso con voz tajante y seca.

Se miraron durante unos segundos, pero Valentino sabía que ante Enrico no tenía nada que hacer. Me pregunté hasta qué punto Materazzi tenía el control.

Resignado, Valentino indicó a sus hombres con un gesto que abandonaran la calle y regresaran al restaurante mientras caminaba hacia Giovanna. Esta se tensó al verlo acercarse, pero se recompuso en cuanto le cogió de la mano y se la llevó consigo asegurándose de enviarle a Mauro una mirada territorial.

—Mauro, sácalo de aquí y largaos —indicó Enrico observando que Eric se había quedado dormido vencido por el dolor.

No les permitió que se despidieran de mí, y esperó a que nos quedáramos a solas en el callejón, con dos cadáveres en el suelo y la sensación de conflagración pululando en el ambiente.

—Salvas a Eric y, en cambio, dejas morir a Cristianno —murmuré sin saber muy bien cómo demonios lograba pronunciar una palabra. Enrico y yo no habíamos hablado desde aquella noche. Solo nos habíamos dedicado miradas; las suyas, orgullosas y poderosas; las mías, rencorosas y

acusadoras—. ¿Cuál es la diferencia?

—¿Acaso no te hace ilusión saber que tu amigo sigue con vida? —Si no hubiera hablado mientras caminaba a mi alrededor como si fuera una maldita pantera decidiendo por dónde empezar a comerse a su presa, tal vez no me habría sentido tan indefensa.

—No malinterpretes mis palabras, Enrico —mascullé evitando mirarle.

Sabía que si lo hacía, si contemplaba sus ojos, volvería a experimentar la confusión. ¿Cómo pudo traicionarme? ¿Qué le llevó a hacerlo? ¿Por qué lo hizo? ¿Alguna vez me quiso? ¿Quiso a Cristianno...?

—Eric es solo un peón —susurró tras de mí—, su presencia no altera la partida. Sin embargo, Cristianno... Él era el rey... —Terminó al ponerse enfrente.

Comprendí aquella metáfora. Él lo veía todo como una maldita partida de ajedrez, en la que las personas que lo rodeaban eran simples fichas que mover a su antojo. ¿En qué momento Enrico se había convertido en esa clase de persona? No se podía mentir durante tanto tiempo. ¿O sí? ¿Acaso siempre había sido así? Tal vez incluso Fabio Gabbana murió por su culpa... Él no fue a Hong Kong con él y Cristianno... Dios mío... ¿Qué se me escapaba? ¿Qué pasaba a mi alrededor que tan evidente era y tanto me costaba entender? ¿Qué maldita estrategia se traía entre manos? ¿Quién participaba en ella con él?

—Esto no es un juego. —No grité, pero faltó muy poco. La exasperación se me amontonaba en la boca.

—Es exactamente lo mismo. —Apenas me dejó terminar—. El rey protege a la reina con su vida: jaque.

Y en cuanto desposaran a la reina, Enrico ganaría la partida. Pero, ¿qué ganaría?

Dio media vuelta y se dispuso a salir de allí. Pero mi voz le detuvo y también pareció divertirse.

—¿Podrías haberlo evitado? —Quise saber—. ¿Podrías haberlo hecho de otro modo?

—¿Habrías aceptado tú las condiciones sin oponer resistencia?

—Sí. —Dije rotunda, sin lugar a dudas.

Si hubiera sabido que Cristianno moriría, me habría cambiado por él. Habría aceptado cualquier cosa, aunque ello supusiera no volver a verle jamás. Pero viviría sabiendo que continuaba respirando y que podría formar una vida aunque fuera lejos de mí.

Enrico resopló, aburrido.

—Solo son intereses, Kathia. No es nada personal. —Vi algo en sus ojos, un destello muy poco habitual en él, que me hizo sospechar. Lo había provocado la última frase que había mencionado, pero desapareció cuando empezó a mirar a su alrededor—. Llamaré a alguien para que arregle este desastre.

Se fue, dejándome en aquella calle a solas y notando cómo el silencio me acuchillaba.

Kathia

La velada prosiguió con asombrosa normalidad, como si nada hubiera sucedido. Todos disfrazaron los posibles comentarios con charlas avivadas sobre el mismo maldito tema, y Angelo invitó a todos los comensales que cenaban en el restaurante para compensar lo sucedido. Lo hizo como quien propone un brindis, levantándose de la silla y soltando un discursito amable y ceremonioso. Todos le aplaudieron y el metre se deleitó con la idea de saber que a la mañana siguiente recibirían un cheque para cubrir los pocos desperfectos que se hubiera llevado el lugar.

Yo me mantuve distante, obligándome a tragar todo lo que escuchaba porque sabía que de nada serviría un arrebató. Giovanna, en cambio, no dejó de mirar su móvil y de darme disimuladas caricias en la mano, bajo la mesa.

Al regresar a la casa de mis tíos, evité la compañía de Valentino aferrándome a Giovanna. Supe que si pasaba la noche con ella, él no podría quedarse. Así que allí estaba, encogida en el alfeizar de la ventana de la habitación, con Giovanna durmiendo en la cama y las estrellas salpicando el cielo de una madrugada triste y fría.

Cristianno, ¿me dirás algo hoy?, dije en mi mente, solo para él.

Y recibí silencio, una vez más.

Suspiré y decidí salir de allí. Las horas nocturnas me aplastaban, lo hacían todo mucho más doloroso y complicado. ¿Qué podía hacer? ¿Cómo podía menguar aquel castigo? Necesitaba poder despejar la mente para llevar a cabo mi venganza, pero ¿cómo demonios iba a lograrlo si ni siquiera encontraba el valor para dormir?

No era fuerte, no resistía...

Entré en la sala de estar y miré a mi alrededor fijando la vista en un punto en concreto. La idea de emborracharme con un coñac *Rémy Martin* no era del todo buena, pero mis pies no pensaron lo mismo, ni mis manos tampoco. Sin darme cuenta de cómo había llegado hasta el mini bar, me vi

sirviéndome una copa. Sabía perfectamente que no debía superar los dos dedos si quería saborear aquella joya, pero no entendía de licores y tampoco estaba dispuesta a empezar a hacerlo. Simplemente llené el vaso hasta la mitad y me lo bebí de un trago saboreando las trazas amargas y ardientes que arrasaron mi garganta.

Dios, aquello era demasiado fuerte para mí. Pero, tras respirar, me di cuenta de que si me servía unos tragos más terminaría desplomada en la alfombra y sintiendo algo de liberación.

—¿Dejarás algo para mí? —Me di la vuelta de súbito notando cómo resbalaban unas gotas de aquel líquido ocre por una de mis piernas.

Francesco sonrió con los brazos cruzados sobre su pecho desnudo y me examinó con la mirada mientras yo tragaba saliva y me recomponía. ¿Qué demonios hacía allí? ¿Por qué estaba despierto?

—Te he oído salir de tu habitación —afirmó acercándose a mí.

—Cualquiera diría que me estabas espiando —dije inmóvil.

—No puedes dormir, ¿eh? —Francesco se aseguró de acariciar mis dedos cuando quiso coger la botella de coñac. Se sirvió mirándome de reojo y con una sonrisilla que prometía un momento incómodo.

—Al parecer tú tampoco —sugerí soltando mi vaso sobre el mostrador, lista para abandonar el lugar. No quería su compañía. Mucho menos después de lo ocurrido esa misma noche.

—Te observo cuando crees que nadie lo hace —Le escuché beber—, y sé que sufres.

—Qué hábil eres —dije mordaz, y a él le hizo muchísima gracia.

—Echaba de menos esa ironía tuya, primita... —Una simple palabra bastó para encolerizarme.

Me di la vuelta y le miré irascible.

—No soy tu prima, Francesco. Lo sabes —mascullé entre dientes.

Decidió acercarse a mí caminando lento y sin quitarme ojo de encima.

—Y no te imaginas lo mucho que me gustó descubrirlo —susurró mirando mi boca segundos antes de tenerlo frente a mí.

Había deducido que su presencia no traería nada bueno, pero no supe de las intenciones que se traía entre manos hasta ese momento.

Intenté irme cuando me cogió de la mano y tiró de mí hasta apoyarme en la pared e inmovilizarme con su cuerpo, pegándose lentamente al mío. Por instinto, giré la cara.

—¿Qué coño estás haciendo, Francesco? —me quejé entre dientes, notando el miedo en la garganta.

—Tengo la solución, Kathia —susurró acariciando con un dedo el balcón de mi pecho. Le di un manotazo.

—¿De qué hablas? —Me di cuenta de que Francesco había empezado a sudar en cuanto le puse las manos sobre los hombros con la intención de apartarle.

No estaba asustada por lo que pudiera hacerme porque sabía que por muy poca fuerza que me quedara siempre podría con él —Francesco no era mucho más alto que yo y su constitución era bastante menuda—. Pero no quería despertar a Valentino. No quería estar a solas con él...

—Hay un remedio para que desaparezca... —jadeó—. Solo tienes que dejar que me acerque a ti.

¿Qué quería decir con eso? ¿Podía hacer que desapareciera el qué?

—Vete a la mierda... —le empujé, pero rápidamente regreso a su posición. Esta vez rodeando mi cintura con fuerza.

—Piénsalo un poco más... —De pronto me mostró una diminuta bolsa transparente en la que se veía una única pastilla blanca.

La miré extrañada, pensando que Francesco estaba disfrutando con aquello mucho más de lo que demostraba. Jugaba con mi debilidad, y debería haber respondido con furia, pero me pudo la curiosidad y la posibilidad de haber encontrado algo que me ayudara.

—¿Qué es eso? —pregunté completamente concentrada en la bolsita. Empezaba a entenderle.

—Ketamina, amor. —No, no podía continuar con aquello.

—No quiero drogas... —dije agachando la cabeza y volviendo a arremeter.

—No lo es —repuso él tapando todas mis salidas—. Es un sedante...

—Ni tampoco sedantes —interrumpí. Aquella situación se estaba alargando demasiado. Me arrepentí muchísimo de haber salido de la habitación—. Aléjate de mí.

—Kathia, se esfumará. —Casi rogó, lo que me llevó a preguntarme qué coño ganaba él con *ayudarme* a calmar el dolor. Le miré fijamente—. Podrás pensar en él sin que duela como lo hace. —No le nombró como esperé, pero supo cómo mencionarle para terminar de captar mi atención.

Noté como se me nublaban los ojos. Una lágrima resbaló por mi mejilla

sin control y Francesco la miró orgulloso. Había conseguido que me planteara optar por lo que él me ofrecía.

—¿Qué más te da que me duela, Carusso? —pregunté con todo el despotismo que pude reunir.

—Pruébala. —Sacó la pastilla de la bolsita y acarició mis labios con ella. Mi primera reacción fue negarme, pero después... Después...—. Abre la boca, eso es. —...Obedecí—. Muy bien... —Y sentí cómo resbalaba por mi garganta y cómo, al cerrar los ojos, caía otra lágrima. Más me valía que aquello mereciera la pena—. Dale diez minutos —susurró Francesco en mi clavícula—. Vendrás a mi habitación a por más, amor... Y yo te estaré esperando. —Contuvo un gemido al tenerme tan cerca de sus labios, y se fue dejándome imaginando una extraña cuenta atrás.

<< ¿Qué he hecho?>>, pensé.

Dejé que mi cuerpo resbalara por la pared hasta que me acuclillé y enterré la cabeza entre las rodillas, rodeándola con los brazos.

—Perdóname, Cristianno. —Me permití decirlo en voz alta porque, por una extraña razón, creí que acababa de traicionarle. El dolor formaba parte de su recuerdo, no quería perder lo que me quedaba de él... No quería olvidar.

No tendría que haber aceptado aquello para remediar su ausencia.

Pero lo hice.

Acepté.

Y como si fuera magia... un velo cayó sobre mi cuerpo, y me arrastró lejos... Muy lejos de mí.

Mauro

La llama del mechero iluminó la habitación un instante al prenderme el cigarrillo. Tardé unos segundos en adaptarme de nuevo a la oscuridad y, cuando lo hice, enseguida volví a fijarme en la forma de respirar de Eric que dormía en mi cama ajeno a que yo vigilaba su sueño sentado en el sillón. Me preocupaba su evolución. No había podido administrarle el medicamento de mi tío Fabio porque su sangre albergaba demasiado alcohol, pero tampoco parecía que fuera a necesitarlo. Después de todo, la paliza no había sido tan grande como creí en un principio. Tan solo algunos cortes y moratones.

Solté el humo y seguí su dirección con la mirada, hacia la pequeña apertura del ventanal. Suspiré y cerré los ojos un segundo.

<<*Lo que hubiera dado yo porque Eric no se hubiese perdido en los ojos de Kathia antes de disparar a Angelo.*>> Negué con la cabeza y me pasé las manos por el cabello, un tanto abatido.

Cuando llegamos al Edificio, Alex y yo subimos a nuestro amigo a mi habitación. Le cambiamos de ropa y le lavábamos los restos de sangre que se le habían secado en la piel. Eric gemía de vez en cuando y pronunciaba palabras que solo él comprendía. Pero en cuanto lo tumbamos en la cama, cayó presa de un sueño profundo. El alcohol y la debilidad se impusieron muy rápido. Alex se fue con Dani tras insistirle un buen rato y yo me perdí en mi agotamiento. Ese tipo de agotamiento que no se va aunque se duerma todo un día.

Gestionaba mi día a día como debía hacerlo, como se me había pedido, fuerte e inquebrantable, y lo estaba logrando casi con perfección, pero en apariencia. Después, a solas, mi perfecta torre de dominio se venía abajo. Temía ese instante porque era cuando mis temores y preocupaciones salían a flote y lo dominaban todo. Y aquel momento era buena prueba de ello.

No supe de la presencia de mi primo Diego hasta que le vi tomando asiento a mi lado. Se cruzó de piernas, apoyando un tobillo en la rodilla, y se llevó un nudillo a la boca, justo como hacia Cristianno cuando estaba

dándole vueltas a la cabeza.

No me miró, sino que se concentró en la visión de un Eric aovillado en mi cama, que parecía más pequeño e indefenso de lo que realmente era. Diego ya sabía lo que había sucedido, pero no esperaba que el pequeño de los Albori estuviera durmiendo en mi habitación, y frunció el ceño adoptando una pose tensa y más erguida de lo normal.

Le habría preguntado qué pensaba sino me hubiera llegado el aroma a whisky que le envolvía.

—Has vuelto a beber...

Diego se mantuvo inmóvil, no quiso expresar nada. Tuvo problemas con alcohol años atrás, cuando Michela Rossini entró en su vida y la puso patas arriba. Apenas tenía veinticinco años ahora, pero siempre había resultado ser demasiado mayor para su edad, tanto en mente como en cuerpo. Él mismo fue capaz de admitir su problema entonces y decidir ir a un especialista que le ayudara a erradicar esa maldita dependencia que tan inestable le volvía. Dejó a Michela sin darle a nadie un motivo y se volvió un poco más introvertido.

—¿Quieres que hablemos de mis problemas con la bebida, Mauro? — espetó, hablando lento, como si de ese modo no fuera a darme cuenta de cuán ebrio estaba.

—Creía que lo habías dejado... —murmuré con la vista al frente.

Eric contuvo el aliento unos segundos y después lo soltó con parsimonia. Me pareció que estaba soñando con algo desagradable.

—Lo dejé... —mencionó Diego—... y después mi hermano pequeño murió.

Joder.

Fruncí los labios y después los mordí con más furia de la que pretendía, hasta hacerme daño.

—Eso no le traerá de vuelta —mascullé sin esperar que mi primo diera un golpe en el sillón y se enderezara de golpe.

Me sobresaltó aquel movimiento y su forma tan dura de mirarme.

—No me des lecciones. —Un gruñido que inició una confrontación silenciosa entre los dos.

Nos miramos fijamente, atacándonos más tiempo de lo debido. Queriendo que aquella mirada lo dijera todo y, al mismo tiempo, no dijera nada. Cualquier cosa que mencionara en ese momento nos habría enfrentado, y lo último que necesitaba ese día era discutir con mi primo.

Así que, tácitamente, di por finalizada aquella conversación y agradecí que Diego optara por hacer lo mismo.

Volvió a recostarse en el sofá y a fijarse en Eric con una atención que rozó lo extraño.

—Esta tarde ha llegado Paola —murmuró tras unos minutos de silencio.

Se suponía que aquella arpía debía llegar la próxima semana, que los preparativos para su traslado definitivo de Siracusa a Roma iban a llevar tiempo y eso nos facilitaba las cosas en cierta manera. Pero, al parecer, la puñetera Mirelli tenía prisa por cazar a Valerio Gabbana.

Rápidamente, pensé en lo que teníamos preparado para su familia y fue irremediable sonreír un poco.

—¿Sabe que mañana lo perderá todo? —Saboreé mis palabras, orgulloso e impaciente por que llegara ese momento. Sería un problema menos en el que pensar.

—¿Mañana? —Diego me miró incrédulo. En cuestión de segundos su incredulidad se convirtió en enfado mientras yo caía en la cuenta de mi error— ¿No era el viernes?

Mierda, con todo lo sucedido durante el día se me había pasado explicarlo.

—Ha habido un cambio de planes —dije a modo de disculpa.

—¿Y cuándo pensabas decirlo? —Volvió a gruñir, pero esta vez fue más parecido a un susurro.

Aun así bastó para despertar a Eric. Mi amigo se movió lentamente, precavido, y nos miró.

—¿Qué planes? —gimió medio bostezando. Tragué saliva y miré de reojo a mi primo. Él había empalidecido un poco y todos los músculos de su rostro se habían tensado—. ¿Qué planes? —repitió un poco más impaciente. Lo que me indicó que si no le explicaba lo que pasaba, él mismo lo averiguaría y sería mucho más peligroso.

No tenía alternativa si quería protegerle.

—Mañana llega un cargamento destinado a los Carusso —comenté pellizcándome el puente de la nariz y sabiendo que a Diego no le había hecho gracia que hablara.

—¿Qué cargamento? —Eric frunció el ceño y, con mucho esfuerzo, se apoyó en los codos. Seguramente se maldijo por haber estado cuatro días perdido por las calles de Roma sin dar una maldita señal de vida, joder.

Me humedecí los labios.

—Wang Xiang.

La primera reacción de Eric fue abrir los ojos lo suficiente como para hacerme creer que se le saldrían de las órbitas. Después tragó saliva completamente concentrado en mí y asintió un par de veces con la cabeza. Acababa de comprender la importancia de la operación, y supe que Cristianno se había cruzado por su mente.

—¿Qué tenéis pensado hacer? —preguntó, pero prefirió desviar la mirada a las manos de Diego, que no dejaba de estrujárselas.

Ambos se miraron un momento, pero ese momento se alargó y después un poco más, y yo sentí estar perdiéndome algo bastante trascendental. Algo que ni siquiera ellos sabían.

Carraspeé sin saber cómo continuar.

—Un barco llegará a Civitavecchia en torno a la medianoche —comenté—. Porta una mercancía fundamental. Lo abordaremos.

—¿Qué haremos con Wang? —volvió a preguntar Eric, mirando de reojo a Diego.

—Ya veremos... —espetó mi primo—. Tiene muchas cosas que explicarnos antes de ser sepultado.

—¿Y su hija?

—Todavía no sabemos su paradero—admití—. Según mis fuentes, ha estado retenida por Marco Bianchi... pero no sabemos dónde la tiene. —Terminé de hablar notando las miradas perforadoras de Diego.

—¿Tus fuentes? —Habló sabiendo que le miraría descarado.

—Así es, Diego... —asentí.

—¿Qué fuentes?

—No necesitas saberlas —gruñí.

Eric interrumpió lo que podría haber sido un nuevo enfrentamiento entre Diego y yo. Esa vez no me habría callado y me habría importado una mierda despertar a todo el Edificio.

—Bien, estaré listo... —Eric volvió a tumbarse al tiempo que mi móvil comenzaba a vibrar sobre la mesita. Lo cogí y descolgué de inmediato, súbitamente tenso mientras salía de la habitación.

—¿Qué ocurre...? —Estuve a punto de mencionar su nombre en voz alta, pero me contuve porque no quería que Diego supiera que una Carusso cuidaba de Kathia.

Giovanna gimió y respiró nerviosa antes de hablarme. Algo iba mal. De lo contrario, no me habría llamado después de lo ocurrido entre nosotros aquella misma mañana. Se me hizo un fuerte nudo en la garganta.

—Kathia ha desaparecido, Mauro —Empezó a llorar y yo tuve que hacer malabarismo para contener las ganas de darle un puñetazo a la pared.

Si Kathia estaba sola, entonces podía cometer cualquier locura.

—Yo me encargo. —Colgué y marqué de memoria el número de teléfono de la única persona capaz de levantar Roma en busca de algo o alguien.

—¿Qué pasa? —Enrico estaba demasiado despierto.

—Kathia....

Kathia

Pensé en una muerte bajo el agua.

Mis pulmones se colapsarían, la sangre se amontonaría en las arterias, los órganos palparían desesperados en busca de oxígeno. Entraría en parada cardíaca y en cuestión de segundos mi corazón dejaría de atronarme los oídos con su latido.

Era excitante.

Casi tanto como la sensación de agobiante serenidad que me invadía.

Pensar en Cristianno estaba siendo espantosamente extraordinario. Su recuerdo no me flagelaba hasta la extenuación y me acompañaba en armonía. A mi cuerpo seguía importándole su ausencia, seguía odiando el hecho de saber que no volvería el calor de su presencia, pero ese sentimiento ya no era primario y ni siquiera cruel. Ya no dolía, y no sabía cómo sentirme al respecto. No sabía qué coño hacer con aquel nuevo desglose de sensaciones tan enloquecedoras.

Así que me dejé llevar...

Deambulé, dormida y despierta al mismo tiempo. Hundida y renovada. Sin ser consciente de nada ni nadie, mas que de mis pies desnudos arrastrándose por un asfalto que en ocasiones se tornaba arenoso o húmedo.

Supe que había llegado al río cuando me vi reflejada en el agua. Había metido las manos y jugaba a desfigurar mi rostro mientras una tenebrosa sonrisa se me instalaba en la boca. Todo empezó a ser desquiciante cuando una parte de mí —aquella que se resistía a los efectos de la ketamina— se

dio cuenta de que también lloraba. Risa y llanto... y Cristianno...

Contuve un gemido cuando le vi. Pero no me moví del lugar, aquella imagen era la más auténtica que había tenido el placer de ver desde que le perdí y no quise que ningún movimiento me la arrebatara. Continué acuclillada en la orilla del río, bajo la sombra de un puente que fui incapaz de reconocer y sintiendo unos fuertes calambres en los tobillos.

—¿Me dejarás ir contigo esta noche? —le dije acariciando la curva de su barbilla.

Su bellissimo reflejo cerró los ojos y entreabrió los labios.

—¿Cuánto tardarías en llegar a mí? —susurró y cada poro de mi piel se estremeció al volver a oír su voz.

—Con tu ayuda, unos segundos. —Cristianno sonrió y yo me deleité con la forma de su boca.

Una extraña quemazón se inició en el centro de mi vientre y fue extendiéndose lentamente por mis extremidades. Escocía y ardía bajo mi piel, pero la impactante mirada azul de Cristianno me indicó que no tuviera miedo, que él estaba conmigo.

La brisa susurró, envolviendo mi cabello y erizándome el vello, pero advirtiéndome que se avecinaba un obstáculo.

—No te queda tiempo, amor —medió Cristianno, a modo de advertencia. Debía darme prisa.

Y me lancé al agua sin esperar que el tiempo se detuviera.

Contuve el aliento por instinto y me mantuve quieta notando cómo mis brazos flotaban y cómo las sombras me consumían, esperando que Cristianno cogiera mi mano y me llevara con él allá donde estuviera. Pero desapareció y mis pulmones empezaron a gritarme que moriría sola y que tal vez Cristianno no estaría tras la muerte. Puede que morir no fuera la mejor alternativa... A él lo mataron y yo me suicidaría... No era igual, por tanto, no teníamos por qué ir a parar al mismo lugar. Una eternidad separados...

Temí... pero ya era demasiado tarde para hacerlo.

Ya estaba demasiado cerca de la oscuridad.

De pronto, alguien capturó mi mano y tiró de mí con fuerza fuera del agua. Noté cómo cuerpo impactaba bruscamente contra el pecho de aquella persona y cómo me envolvía con una chaqueta. Cerré los ojos negándome a asimilar que Cristianno me había dejado una vez más y que, de nuevo, volvía a fracasar en mi intento por reunirme con él.

<<*Esta será mi maldita condena*>>, susurró mi mente un instante antes de sentir los suaves labios de mi enemigo sobre los míos.

No estaba muerta, pero debía parecerlo... Porque me costó volver a la realidad.

—Despierta, vamos —jadeó Enrico.

<<*No quiero despertar. Es demasiado duro.*>>

Empecé a temblar y me mente se apagó por un instante.

Kathia

Me ardían los brazos, me pesaban las piernas, mi corazón palpitaba desbocado y de pronto se paraba unos segundos antes de volver a retomar su extraño ritmo. Caía por un precipicio de emociones con cada latido. Me hundía en las miserias de mi fuero interno y al mismo tiempo sentía la mayor liberación que hubiera experimentado jamás.

No veía nada mas que sombras a mi alrededor.

No encontraba mi voz.

No era yo... pero era más auténtica que nunca.

Frío. Calor.

Oscuridad, demasiada luz.

Miedo... Osadía...

Dolor... Euforia.

Y aquella mística e imperturbable mirada castaña, que no me miraba, pero que casi parecía querer decirme algo.

<<Wang introdujo el componente del antídoto en las fibras de una réplica de La Bella Ferronière de Leonardo da Vinci. >> Me mente me gritó aquel recuerdo de la noche en que Cristianno me lo contó todo, atronándome los oídos hasta encogerme.

Repetí su nombre hasta la saciedad... Hasta perderme en todas y cada una de las líneas de aquel cuadro. Un cuadro que nadie sabía dónde estaba, excepto Fabio, y que yo tenía ante mí, colgado orgulloso en la pared.

Mis sentidos distorsionados debieron estar jugándome una mala pasada. Pero, cuanta más atención me empeñaba en poner, más real era aquella imagen.

De repente, noté un pinchazo en mi brazo derecho y seguidamente un fuerte calor que me hizo contener un grito. Intenté mirar... Enrico surgió de entre la bruma en el instante en que soltaba una jeringa sobre una simple y vetusta mesa de madera.

¿Dónde demonios estaba? ¿Qué clase de lugar era aquel? ¿Qué acababa

de hacerme Enrico? ¿Qué pretendía?

Quise inquietarme, quise poder encontrar las fuerzas para incorporarme de aquel sofá y ser capaz de analizarlo todo, pero no pude...

—¿Dónde estoy, Enrico? —jadeé volviendo la vista hacia la muchacha del cuadro.

—Dímelo tú, Kathia... —Su maldita voz sonó dura y perversa, pero se paseó por mi cuerpo proporcionándome una ilógica serenidad—. ¿Dónde prefieres estar?

No estaba para juegos ni mucho menos para analizar los entre líneas que había en las pocas palabras que había dicho.

Sentí de nuevo la necesidad urgente de dormir al tiempo en que sonaba una música... Alcancé a comprender que se trataba del móvil de Enrico un instante antes de verle descolgar.

—¿Cómo ha sido? —preguntó tras un rato en silencio pegado al teléfono. Asintió y creí ver cómo aparecía una sonrisa cruel en sus labios—. Me habría encantado ver cómo ardía...

¿Qué? ¿Arder? ¿Quién? ¿Con quién estaba hablando?

Me maldije por quedarme durmiendo aferrada a su mano.

Kathia

Esperé encontrarme con aquella insondable mirada castaña al abrir los ojos, pero su lugar lo había ocupado la noche y una tupida línea de árboles que preservaban las fachadas de las casas. Conocía esa calle, así que de algún modo me sentí en casa. Al menos hasta que entendí que iba en un coche y que Enrico era quien conducía.

Le miré, torpe y crispada, y clavando las uñas en la piel de un asiento un tanto húmedo para contener los fuertes temblores de mis brazos. Enrico miraba al frente aferrado al volante y concentrado en algo que solo él sabía, ajeno a que yo despertaba saturada de náuseas y violentamente inestable; si hubiera estado en pie, me habría desplomado y, para colmo, lo habría agradecido. Ni siquiera sentada me sentía cómoda.

Los síntomas de aquella droga cedían y dejaban una estela de sensaciones tras de sí que me asfixiaba. Había experimentado *cierta* serenidad por primera vez desde la muerte de Cristianno. Pero no había servido de nada porque ahora no solo regresaban los recuerdos y el dolor que estos arrastraban, sino también los residuos de lo que había hecho mientras estaba sedada. Recordé el rostro de Cristianno bajo el agua, las manos de Enrico, aquella mirada castaña atrapada en un cuadro, una aguja... Todo lo que había creído que formaba parte de un sueño, resultó ser real. Por tanto había visto a Cristianno, había dejado que Enrico me tocara, había visto el maldito cuadro que trajo la perdición a mi padre y ¿me habían inyectado algo? Esto último estaba demasiado borroso como para confiar en que fuera un recuerdo.

Enrico me miró de soslayo unos segundos y frunció los labios en un gesto extrañamente conciliador y relajado. Hacía semanas que no le había visto reaccionar así...

—Casi pareces buena persona mientras conduces... —balbuceé frustrada porque me hubiera gustado poder sonar más tajante y no como si acabaran de recogerme de la puerta de un club después de haberme pegado una noche de borrachera, joder.

Resopló una sonrisa y puso los ojos en blanco. Cuánto me habría gustado poder lanzarme a sus bonitos ojos y sacárselos con las uñas.

—Ambos sabemos que no es así, Kathia. —Aquella maldita forma de pronunciar mi nombre, tan protectora e intransigente al mismo tiempo, dio paso a una nueva sensación en la boca de mi estómago.

Nauseas, muchas nauseas. Y mareos, muchos mareos. Me lancé hacia delante y apoyé la frente en el salpicadero entendiendo de repente que si el asiento estaba húmedo era por mi culpa. La ropa aún no estaba seca del todo.

El coche se detuvo lentamente y Enrico quiso apoyar su mano en mi espalda, pero se lo impedí dándole un manotazo.

—No me toques —gruñí empezando a tener problemas para distinguir mi entorno. Tenía la visión demasiado borrosa, como si estuviera bajo el agua.

—¿Prefieres arrastrarte por tu propio pie? —preguntó Enrico, irónico, mientras yo abría la puerta con mucho esfuerzo.

—Sí... —Si era necesario, iría a gatas hasta mi cama, aunque supusiera vomitarme encima.

Me apoyé en la puerta justo cuando esta decidió terminar de abrirse y me llevó consigo. Terminé hincada de rodillas en el suelo, con el corazón latiendo en la zona dolorida y una sensación oscilante, como si el suelo fuera a partirse en dos en cualquier momento.

Enrico lo vio todo, pero me molestó muchísimo más escuchar otro puñetero resoplido, porque casi me recordó a una sonrisa y lo último que necesitaba es que aquel maldito hijo de puta se burlara de mí.

Escuché como salía del coche y me atronó en los oídos el sonido de la puerta cerrándose. Eso me impidió descubrir que Enrico venía hacia mí. Me cogió de la cintura y me levantó del suelo.

—No pienso esperar aquí toda la puta noche —masculló rodeando su cuello con mi brazo— a que una niña malcriada de diecisiete años redescubra lo que es el equilibrio y pueda caminar sin comerse todos los malditos adoquines que hay de aquí al puñetero cuarto.

—¡No me toques! —intenté exclamar, pero la cabeza se me descolgó hacia delante... y di un traspiés que habría terminado conmigo de nuevo en el suelo de no haber sido por el condenado Materazzi.

—Ni siquiera puedes defenderte, Kathia —susurró y fue curioso que, aunque apenas fuera consciente de los detalles, reconociera cierta

preocupación en su voz—. No seas insolente.

Más mareos, más nauseas... y un extraño dolor que conocía bien erizándome el vello de la nuca.

Poco a poco, volvía a ser yo.

Lentamente, mis tormentos regresaban.

Me vi arrastrada por el caminito del jardín principal, hasta el vestíbulo interior de la casa.

Puede ver que Giovanna estaba sentada en las escaleras mientras Valentino caminaba de un lado a otro por la estancia con los brazos en jarras. Él demasiado exasperado, ella estrujándose las manos. Pero ambos se detuvieron al verme como si acabara de presentárseles el mismísimo diablo. Me pregunté qué aspecto tendría para que hubieran reaccionado de ese modo, pero seguramente no debía de ser bueno.

Giovanna quiso venir hacia mí, pero Valentino la apartó y vino en su lugar. Agaché la cabeza y miré hacia otro lado antes de sentir cómo sus dedos capturaban mi barbilla para obligarme a mirarle.

—¿Estás loca?! ¿Cómo te atreves a...?! —Pero no terminó la frase...

Enrico apartó su mano de mí con un tajante manotazo y le miró con toda la saña que pudo. Solo le había visto reaccionar con aquella mirada una vez y minutos después dejó que Cristianno ardiera entre las llamas.

Fruncí el ceño, pero al mismo tiempo cerré los ojos. Para cuando los abrí, Giovanna estaba a mí lado, cogiéndome de la cintura, mientras Enrico y Valentino continuaban batallando en un incómodo silencio.

—Llévatela a su habitación —le dijo Enrico a Giovanna pasando mi brazo de su cuello al de ella. Ahora la que resoplaba era yo. No me gustaba en absoluto sentirme tan torpe. Además, todo el maldito vestíbulo estaba cubierto de una neblina blanquecina que solo habitaba en mi visión—. ¿Dónde está Francesco? —Esa pregunta iba dirigida a un Valentino que me miró de reojo y con unas evidentes ganas de darme una buena tunda.

—Puedo hacer que lo despierten en segundos —espetó obligándose a devolverle la mirada Enrico.

Giovanna nos apartó de ellos con dificultad y se apoyó un momento en la pared para poder cogerme con más seguridad.

—Ya debería estar despierto, Bianchi —protestó Enrico. Aun con todo mi malestar, percibí a la perfección la animadversión que fluía entre los dos—. ¿Acaso no has aprendido nada?

—No sabía cuánto tardarías, Enrico.

—Ya estoy aquí. Ve a por él... —ordenó, y Valentino se tragó toda su rabia y obedeció porque sabía que jamás podría vencer a un Materazzi.

El poder de Enrico sobre la gente empezaba a ser escalofriante y un tanto inmenso. Pero no me daría cuenta de cuán grande era hasta que apareciera Francesco, pasados unos largos minutos.

Giovanna quiso meterme en el pasillo y llevarme hasta mi habitación, pero se lo impedí aflojando las rodillas. No vería más que sombras ligeramente definidas, no escucharía más que voces lejanas y no sabría si soportaría estar en pie, pero no estaba dispuesta a perderme lo que estaba a punto de ocurrir. Y al parecer, Giovanna opinó igual que yo, solo que ella vería, escucharía y se mantendría en pie sin ningún tipo de problema.

Francesco fue arrastrado hacia el maldito centro del vestíbulo, justo ante un Enrico que le esperaba medio cabizbajo, con el gesto torcido y las manos metidas en los bolsillos de su impecable traje. Con las piernas ligeramente abiertas y aquella mirada glacial, casi parecía indestructible y sentí un poco de miedo. Segundos más tarde descubrí que no era eso exactamente, sino la reacción de mi cuerpo en cuanto supo lo que Enrico haría a continuación.

Giovanna contuvo una exclamación al ver a su hermano mayor con el rostro amoratado y uno de los ojos enterrado en la hinchazón. Su pijama derramaba agua y su cabello estaba completamente mojado y despeinado. Aquellos hombres y el propio Valentino le habían dado una paliza antes de bajar.

—No tienes buena pinta, amigo —se mofó Enrico torciendo aún más el gesto.

Tan concentrado estaba en el Carusso que apenas se dio cuenta de la presencia de Angelo. En cambio yo descubrí que habíamos despertado a toda la casa. Úrsula da Fonte se llevó las manos a la boca y se detuvo antes de bajar las escaleras.

—¿Qué coño pasa, Enrico? —protestó Angelo, pero fue ignorado.

—Le has proporcionado a Kathia un estupefaciente que podría haber resultado mortal —espetó Enrico un poco más cerca de Francesco. Este bajó la cabeza y tragó saliva.

—No sé de qué me hablas —medió al tiempo en que Valentino se ponía tras él, le cogía del pelo y tiraba de él para que mirara a Enrico a la cara.

Contuvo una mueca de dolor y a mí se me removió la vena sádica y mafiosa que tan dormida tenía. No sé por qué pero deseé que ocurriera lo

peor. De algún modo, sería un Carusso menos al que prestar atención, ¿no? Un Carusso menos del que deshacerse...

—Te han visto, Francesco —continuó Enrico y yo descubrí al otro gemelo, Stefano al otro lado del vestíbulo, escondido tras la columna y extrañamente emocionado con la escena.

Supe enseguida que había sido él el delator y que le encantaba la idea de saber que su hermano corría peligro.

—Te han cazado entregándole a Kathia una de las porquerías que tomas, y tú mismo se la has introducido en la boca, amigo mío. —Enrico entrecerró los ojos y mantuvo el tono comedido de su voz. Él no era de los que gritaban—. ¿Recuerdas ahora? ¿Te das cuenta de lo que ha estado a punto de pasar si no llego a tiempo de salvarla? Puede que hubiera muerto ¿y todo por qué? ¿Por qué a Francesco le apetecía follarle a la que una vez creyó su prima? —Mostró los dientes y permitió que Francesco se atemorizara hasta temblar; algo que también hizo Stefano, solo que por otro motivo.

—Enrico, yo...

—No, no hables... —interrumpió echando mano del bolsillo interior de su chaqueta—. Tus actos ya lo han hecho por ti.

Extrajo un puñal, que acarició por la parte afilada con demasiada osadía.

De pronto me miró y lo hizo traspasándome de un modo que jamás lo había hecho. Logró colarse bajo mi piel y estremecer cada uno de mis nervios. Todo mi cuerpo se activó al notar aquella conexión tan poderosa que no hizo más que producirme un violento odio hacia mí misma. No debería haber sentido aquello por el verdugo de mi Cristianno y, sin embargo, ahí estaba, navegando al libre albedrío.

Enrico apretó la mandíbula y clavó el puñal en el tórax de Francesco. Este gimió de dolor, Giovanna me soltó para llevarse las manos a la boca y Úrsula profirió un grito escalofriante.

Todo ello lo escuché, pero no vi nada porque estaba profundamente concentrada en las miradas de Enrico mientras apuñalaba a Francesco. Frías y coléricas al mismo tiempo, pero pendientes de mí. Solo de mí.

Supe que había girado el puñal porque frunció la boca y tensó el brazo que lo empuñaba. Y también porque el Carusso murió en ese instante.

—¡¡¡Dios mío!!! ¡¿Qué has hecho, Enrico?! —gritó Úrsula tirándose de rodillas al suelo.

<<Muérete de dolor.>> Pensé más que orgullosa de saber que en aquella

casa alguien padecería el mismo tormento que yo.

Miré a Giovanna. Ella observaba el cadáver de su hermano con cierta tibieza y descubrí que si tenía los ojos empañados no era porque estuviera a punto de echarse a llorar, sino porque no encontraba la forma de hacerlo. Y eso quería decir mucho.

Me apoyé en la pared, mareada y de nuevo con náuseas.

—Voy a vomitar... —jadeé. Pero para cuando creí que empezaría a moverme, ya estaba de rodillas en el suelo del lavabo de mi habitación, arrodillada ante el retrete y con el corazón latiéndome en la garganta.

Aquellas malditas lagunas de tiempo me estaban volviendo loca.

La ketamina desaparecía de mi organismo y dejaba un rastro de debilidad que no tardó en unirse a mis propia angustia, acrecentando todo un poco más de lo habitual. Aquella droga había sido lo único que me había permitido convivir con la realidad, recordar a Cristianno sin sentir un ápice de dolor, pero aquellos síntomas menguaban para mi desgracia y la resaca empezaba siendo devastadora.

Comencé a hiperventilar. El suelo se tambaleaba y yo con él. Todo a mi alrededor parecía querer engullirme y, sin embargo, no lo hacía. Apoyé una mano en los azulejos de la pared; resbaló un poco, dejando un rastro de sudor con la forma de mi mano, y volví a vomitar.

Segundos más tarde me desplomé entre temblores y escalofríos.

Pataleé, me abofeteé y aun así no fue suficiente. Aquella maldita presión me oprimía, me hundía más y más, asfixiándome y provocando que el corazón me latiera en la puta lengua.

Y Cristianno...

Cristianno...

Me aovillé en el suelo sollozando su nombre entre lágrimas.

No mires, amor. No quiero que veas hasta donde he llegado. Por favor, cierra los ojos.

—No sabes lo ridícula que pareces ahí tirada. —Valentino estiró las perneras de su pantalón vaquero antes de acuclillarse a unos pocos palmos de mi cara. Se equilibró apoyando los antebrazos en las rodillas y cruzó las manos en una postura sugestiva.

No tardó en recorrer mi cuerpo con la mirada y en indicarme tácitamente lo muchísimo que le gustaba verme de aquel modo.

—Lárgate —mascullé, pero más bien resultó un tímido gemido.

—¿Y perderme este maravilloso momento? —Dijo irónico negando con la cabeza—. No, querida.

Conseguí incorporarme a tuestas mientras Valentino me observaba risueño, e intenté abofetearle. Pero él me detuvo con facilidad y yo me sentí mucho más ridícula.

—Quieta... —se mofó capturando mi mano—. No te quedan fuerzas, amor. No las malgaste intentado algo que no podrás conseguir.

—Hijo de puta —jadeé casi al tiempo en que me sobrevinía otro espasmo.

—Eso no es nada nuevo.

—¿Qué quieres?

Valentino hizo un extraño sonido con la lengua y entrecerró los ojos.

—No, te equivocas de pregunta, Gabbana. —Aquel apellido pronunciado en sus labios casi pareció un insulto—. Más bien, ¿qué es lo que quieres tú?

Me soltó la mano, se la llevó al bolsillo y me mostró una pequeña bolsa transparente que contenía una pastilla. Mi primer impulso fue lanzarme a por ella, profundamente aliviada con la idea de tener mi salvación tan cerca de mi alcance. Pero un segundo más tarde recapacité y caí en la cuenta de que Valentino tenía mi bienestar en la mano y aprovecharía para jugar con él.

Me contuve sabiendo que mis ojos le habían demostrado todos mis pensamientos.

—Las necesitas, ¿verdad? —Se acercó un poco más a mí—. Dime cuánto.

—Dámela —le exigí.

Valentino sacó la pastilla de la bolsa y la ojeó acercándola demasiado a mi boca. Apenas pude contener mi ansiedad por sentirla resbalar por la garganta.

—Mi hermosa Kathia... —susurró y después la tiró por el retrete.

—No... —gemí.

Valentino me cogió del brazo, me levantó del suelo y me llevó a la habitación. Lo primero que pensé cuando empezó a desvestirme fue en que nadie me libraría de sus intenciones esta vez. Nadie evitaría que el Bianchi cogiera de mí lo que le diera la gana. Solo me tenía a mí misma, así que intenté huir recurriendo a los arañazos y empujones. Incluso intenté

morderle ya que se me daba tan bien, pero no sirvió de nada.

Me vi arrastrada de nuevo y me colocó delante del espejo, asegurándose de que su pecho quedaba bien pegado a mi espalda. Su cuerpo, definido y corpulento, hizo que el mío, cubierto tan solo por aquella ropa interior negra, pareciera aún más pequeño y descuidado. Me vi insignificante.

—Mírate, mira en lo que te has convertido, amor. Tu belleza mengua, tu fuerza ya no es lo que era. Apenas comes, ni duermes... —Así era... Me observé con atención. Siempre había sido de constitución delgada, pero jamás se me habían marcado las costillas de aquel modo. Había perdido peso, no extremadamente, pero sí de un modo evidente. Tenía la piel perlada en sudor y las piernas me temblaban. Los labios pálidos, las ojeras demasiado oscuras, y mis ojos... apagados. Era un aspecto casi enfermizo —. Te consumes... porque le viste morir...

Cerré los ojos.

—No le menciones —gruñí al mismo tiempo en que notaba cómo las manos de Valentino se apoyaban en mis caderas.

—No te permitiré tomarte esa porquería, Kathia —me susurró al oído, demasiado cerca. Sabiendo que su aliento caería por mi mejilla y me acariciaría la boca—. Soy el que manda... Roma empieza a ser mía y tú claudicarás, mi amor. —Una de sus manos se trasladó a mi garganta y se cerró en torno a ella. Le miré atenta a través del espejo.

Pero me soltó y deslizó un dedo por entre mis pechos. Se detuvo allí un instante, dándome tiempo a comprender que no tenía modo alguno de defenderme. Después comenzó a golpear suavemente la zona y fue bajando con cada golpecito. Supe que aquello lo hizo para enfatizar las palabras que diría a continuación.

—Quiero que sientas cada mota de dolor. Cada minuto de tormento por Cristianno y que te pudras en él todos y cada uno de los días que te quedan de vida. —Porque me eliminaría después de proporcionarle lo único que le interesaba de mí—. ¿No oyes el tictac, Kathia? Es el tiempo que ya no corre a tu favor... Has perdido, amor.

Perdí la noche en que murió Cristianno...

Mauro

Enrico me comunicó en un mensaje escueto y cortante que Francesco Carusso había muerto y que no se le daría la sepultura habitual para no llamar la atención de la ciudad. Demasiados muertos en muy poco tiempo. Eso asusta a cualquiera y, en realidad, no nos interesaba más alboroto. Así que lo enterrarían en el más estricto silencio y sin derramar una maldita lágrima para que nosotros no pudiéramos hacernos una idea de cuán dolorosa había sido la pérdida. Como si no lo supiéramos ya.

En el puñetero mensaje, no dijo nada sobre cómo había muerto, ni por qué. Pero tampoco me importó demasiado. Tan solo lo leí y dejé que un discreto gozo me provocara una pequeña risita que apenas duró unos segundos... porque enseguida pensé en Giovanna y cómo estaría ella.

<<*Me importa una mierda...*>>, me dije como un mantra.

Aquella mañana informé a mi familia en una rápida reunión y después me despedí de Eric, que regresaría a su casa para prepararse para la noche que nos esperaba. Diego se ofreció a llevarlo en su coche y ambos se detuvieron a mirarse como si todo lo demás lentamente dejara de existir. Incluido yo, que estaba en medio como un maldito árbitro de tenis. Mi amigo terminó aceptando y se marcharon sin dirigirse la palabra, mirándose de reojo. ¿Qué coño me había perdido?

Más tarde subí a la habitación de mi tía Graciella. Todavía dormía cuando entré y la vi tumbada en la cama. En cuestión de semanas había envejecido tanto que asustaba y sus manos eran la prueba más evidente del peso que había perdido. Mi tía sufría una degeneración diaria, y no quería darse cuenta de ello.

Me acerqué, la besé y miré a mi madre. Si algo podía compararse al dolor de Graciella por la pérdida de su hijo pequeño era la lealtad de Patrizia Nesta. Mi madre no abandonaba a su cuñada ni un instante, ni siquiera dormía con mi padre. Y verla aovillada en aquel sofá logró incitar algunas lágrimas. Me las tragué, cogí una pequeña manta que había a los pies de la cama y me acerqué. La arropé como ella solía hacer cuando mis

hermanas y yo aún éramos unos críos. Recordé que luego nos cantaba canciones un tanto paganas al oído y encendía una lámpara que reflejaba un cielo estrellado en el techo. Después, mis hermanas se marcharon, yo crecí, los Carusso nos traicionaron, y Fabio y Cristianno murieron.

Eran casi las diez de la noche cuando Giovanna llamó. Había asimilado que aquel día no tendría noticias de ella (por tanto, tampoco de Kathia) porque estaría demasiado ocupada con la muerte de su hermano. Con más motivos me sorprendió que llamara y me dijera que estaba en Villa Borghese.

Me dirigí hacia el parque sin tan siquiera haberme parado a pensar, como si estuviera condenadamente programado para obedecer las órdenes de Giovanna Carusso. Me planté en la entrada cuando eché mano a mi móvil y le pregunté en qué parte del parque se encontraba.

Templo de Esculapio, escribió.

Giovanna había saltado la valla que separaba el templo del pequeño borde de rocas y del agua del lago. Había dejado unos zapatos negros metódicamente colocados junto a ella y metido los pies en el agua mientras fumaba un cigarro.

Supe por su atuendo que venía del funeral de su hermano. Llevaba un vestido negro, con una gabardina corta del mismo color y el cabello a medio recoger por una pinza. Las mejillas parecían mucho más enrojecidas gracias a las luces que iluminaban la fachada del templo.

Salté la valla ayudándome de una mano y me senté junto a ella encogiéndome las piernas. Supe que no me miraría y en cierto modo se lo agradecí.

—Mi padre nos traía a este lago cuando éramos pequeños —dijo pasándome el cigarro y haciendo terribles esfuerzos por hablar con normalidad. Casi sentí empatía entre nosotros—. Alquilaba unas barcas y jugábamos a ver quién remaba más rápido. Nunca ganaba, porque siempre estaba sola y competir contra mis hermanos era imposible. Pero un día... un día gané.

Vi un pequeño hilo de lágrimas amontonarse en la comisura de sus ojos y como las pupilas se le iluminaban.

—Me puse tan contenta que empecé a saltar como una loca y a gritarle a mi padre: “¡He ganado papá, he ganado!”, como si eso fuera a cambiar algo. Él sonrió y se dio la vuelta para terminar de pagarle al vendedor las golosinas que había comprado. Francesco saltó a mi barca, me cogió de la

cabeza y la metió bajo el agua mientras Stefano me salpicaba la ropa. Me quedé sin oxígeno, ¿recuerdas? —Claro que lo recordaba. Giovanna estuvo cerca de tres días en la UVI del *Santa Teresa*—. Todo el mundo creyó que me había caído al agua y me había ahogado porque no sabía nadar, pero no fue así. Intentaron matarme porque les había ganado. Desde entonces, jamás me atreví a rebatir a mis hermanos. Pero aun así... esperé que la muerte de Francesco me doliera... —Tragó saliva, y me miró de golpe. Había podido imaginarme mil situaciones junto a Giovanna, pero jamás una como aquella. Ella era persona de apariencias, nunca dejaba que sus secretos o sentimientos salieran a flote. Era insoportable, arisca y demasiado altiva para hacer lo contrario. Mucho menos para contarme a mí, a un Gabbana, lo que sentía.

—¿Crees que soy mala persona porque no he derramado una lágrima por él? —me preguntó en un susurro, desviando cada pocos segundos sus ojos hacia mi boca.

Apagué el cigarro en la roca y dije:

—Creo que cada uno elige si llorar o no a los suyos, Giovanna.

—Eso no responde a mi pregunta.

—No soy objetivo, entonces. —Porque parte de mi felicidad y de la de mi familia dependía de la muerte de todos los Carusso posibles. Y ella lo supo casi al tiempo en que yo lo pensaba.

Soltó una sonrisa desgana y volvió a mirar al frente.

—Claro, soy una Carusso, ¿no? —dijo con su sorna habitual—. Kathia está bien o, al menos, eso creo porque la última vez que la vi fue esta mañana. No ha salido de su cuarto en todo el día.

Ahora era yo quien tragaba saliva. Cogí aire.

—¿Alguien sabe...?

—Todos —me interrumpió—. Al parecer Francesco le proporcionó Ketamina a Kathia, una de las tantas drogas que siempre le ha gustado probar. Alguien los vio y le delató a Enrico.

¿Qué demonios...? ¿Ketamina? ¿Enrico?

—¿Quieres decir que Enrico mató a Francesco? —pregunté notando como una parte de mí ya sabía la respuesta.

—Así es. Delante de todos.

Joder. Cómo deseé ver a Enrico y patearle el culo. Podría haber tenido la delicadeza de incluir aquello en su puto mensaje de mierda.

Me removí en mi lugar. La noche ya era más que evidente y aún tenía que pasarme unos cuarenta minutos conduciendo hasta Civitavecchia. Si quería llegar a tiempo, tenía que irme ya.

—Te llevo a casa, vamos —comenté mientras me ponía en pie.

—Preferiría que no —negó ella.

—He dicho “vamos”.

Giovanna obedeció y salimos de Villa Borghese manteniendo las distancias y el silencio. Esto último se prolongó en el coche. Ninguno de los dos mencionamos palabra. Tan solo nos limitamos a mirar al frente y, de tanto en tanto, enviarnos una mirada de soslayo.

No estaba incómodo con ella al lado, pero sí un poco extrañado. Principalmente porque una parte de mi fuero interno quería consolar ese *no dolor* por la muerte de su hermano. Quizás un abrazo o una palabra cariñosa, pero ninguna de las dos cosas me vi capaz de darle. Ni siquiera cuando ella me lo pidió.

Estaba a dos calles de su casa cuando la voz de Alex inundó el interior de mi coche.

—Mauro, todo está listo—explicó—. El barco llegará a eso de las...

—No estoy solo Alex —le corté a tiempo.

—Bien, te veo en el Edificio. —Y colgó. No hacía falta decir más.

Detuve el vehículo y suspiré frotándome la frente. Sabía que Giovanna me escudriñaba con la mirada.

—¿Qué te traes entre manos, Gabbana? —quiso saber, entre cerrando los ojos.

—No preguntes, Carusso. —La miré, inseguro y sincero.

Ella supo bien mantener aquella mirada. Asintió casi imperceptiblemente con la cabeza y acercó su mano a la mía dejando que su calor inundara con rapidez mi piel. Creí tener un escalofrío, pero a ella le sucedió lo mismo y ya no estuve tan seguro. Tragué saliva y con lentitud fui cogiendo su mano, asegurándome de que todos mis dedos encajaban con los suyos. Giovanna cerró los ojos y yo sentí una extraña quemazón en la garganta.

—Ten cuidado... por favor —susurró al volver a mirarme.

—¿Te importa que lo tenga? —gemí.

—Empieza a importarme.

SEGUNDA PARTE

Mauro

¿Cuándo se sabe que se está preparado para algo? ¿Cuándo se da el momento en el que sabes que no hay vuelta atrás? ¿Que cualquier paso en falso puede destruir tu mundo por completo? Te conviertes en un hombre sin saberlo. Se dejan atrás los infantilismos y se afronta la vida que te ha tocado vivir con todas las consecuencias. Y, tal vez, se piensa: ¿cuándo me he convertido en ese hombre? ¿De verdad estoy a la altura? ¿De verdad sabré actuar como tal?

Supongo que no me quedaba otra opción.

Supongo que mis inseguridades se reducían a que Cristianno no estaba sentado a mi lado.

Una bala dorada brillaba entre mis dedos. La balanceaba del pulgar al meñique y retrocedía. Una y otra vez... una y otra vez, durante todo el trayecto desde Roma a Civitavechia.

Nadie habló, nadie, preguntó cuál era su función en aquella estrategia porque todo el mundo sabía lo que tenía que hacer. Así que nos mirábamos unos a los otros sabiendo que nos dirigíamos a una ofensiva y que, si salía mal, tal vez no volveríamos a ver a algunos de los hombres que estaban sentados a nuestro lado. Lo que íbamos a hacer cabrearía a los Carusso... Bastante.

Cristianno siempre me decía que era demasiado temerario, que parecía que no me importaba nada más que la pura adrenalina de un conflicto. Yo le respondía con una sonrisa condescendiente. Pero no era diferente a él. En absoluto. Si Cristianno hubiera estado en aquella maldita furgoneta sentado a mi lado me habría mirado socarrón y osado, destilando su habitual seguridad. Y yo habría podido permitirme el lujo de saborear descaro porque le tenía junto a mí.

Pero no estaba... y Enrico tampoco.

Así que todo era un poco más difícil. Más inestable.

—Diez minutos. Preparaos —dijo Rico desde la pequeña ventanilla que

separaba los asientos delanteros de la parte de carga.

Introduje la bala en el cargador, capturé mi arma y la cargué sabiendo que mis compañeros estaban haciendo exactamente lo mismo. Me hice con el pasamontañas y me lo puse observando cómo Alex y Eric hacían exactamente lo mismo sin dejar de mirarme. Supe en ese instante que ambos habían estado pensando lo mismo que yo, que allí faltaba el más importante y que todo era un poco más peligroso sin él.

—No te separes, ¿entendido? —le ordené a Eric guardando una segunda arma en la parte baja de la espalda.

No estaba del todo recuperado y eso me preocupaba muchísimo, ya que sus reflejos no estaban preparados para un tiroteo. No obstante prefería tenerlo allí, bajo nuestra protección, que haberle excluido y dejar que se presentara solo poniendo en peligro su vida y la operación. Eric era así de obstinado.

—Estoy bien, Mauro —protestó él.

—Aun así no te separes —espetó Diego bajo su pasamontañas sabiendo que la fuerza arrolladora de sus ojos azules dejarían a Eric completamente callado... y algo más.

Le mantuvo la mirada todo lo que pudo, pero terminó tragando saliva y agachando la cabeza. Seguramente con ese gesto quiso indicar respeto y sumisión hacia Diego, pero a mí me pareció algo muy distinto.

Carraspeé y miré al resto de hombres que había en aquella furgoneta.

—Bien, nada de heroicidades, nada de salirse del plan. Y no dejéis ni por asomo que os vean la puta cara, ¿de acuerdo? —Porque no nos interesaba que los Mirelli supieran de nuestra presencia allí.

Ellos habían creído ser astutos asociándose con nuestra familia mediante un enlace entre Paola Mirelli y Valerio Gabbana mientras pactaban otra alianza con los Carusso en la sombra; esta mucho más suculenta para ellos debido a que Angelo les había ofrecido algo de mucho valor para un clan siciliano: entrar en Roma e imperar en ella. Lo que se traducía a dominar todo el país.

Por tanto todo lo que los uniera a nosotros no sería más que una estrategia en nuestra contra. Un plan para adentrarse en nuestra cúpula —la más importante de toda Italia— y destruirnos desde dentro utilizando la misma técnica que empleó Enrico. Todo trato con nosotros no tenía ningún valor. Pero el error más grave que cometió Ciro Mirelli (el capo del clan) fue creer que podría engañarnos.

La mafia siciliana era tosca, usurera y escabrosa por naturaleza. Se mata por matar, se roba por robar, se desafía por placer. Ningún clan del norte o centro de Italia querría tratos con ellos. Pero cuando se trata de poder y venganza, ¿qué importa el lugar de procedencia? Angelo así lo había demostrado.

Sin embargo nuestra estrategia aniquilaría la suya.

Una fiel fuente me había informado de que Ciro Mirelli se había metido de lleno en nuestro conflicto al secuestrar a Wang Xiang para entregárselo a los Carusso y así ganarse su confianza. Para Angelo, Wang era tan merecedor de muerte como lo fue mi tío Fabio, porque le traicionó al preferir hacer tratos con un Gabbana. Pero no terminarían con él hasta saber la fórmula completa del antídoto del *Proyecto Zeus*. Como si Wang la supiera...

Pero ¿cómo lograron los sicilianos hacerse con el magnate chino? Capturando a su única hija, Wang Ying. La misma que el jodido primo de Valentino, Marco Bianchi, había engatusado y tenía retenida en algún lugar de Europa.

El plan era sencillo. Cuatro francotiradores repartidos en posiciones altas, doce hombres de nuestra seguridad personal preparados en los perímetros en situación de cobertura y un equipo de tierra compuesto por nuestros clanes aliados y todos los que íbamos en aquella furgoneta. Seríamos los encargados de hacer el trabajo sucio: entrar en el yate, sacar a Wang y prender fuego al material con todo el personal dentro. Porque sin el maldito componente jamás darían con la fórmula del antivirus. Por tanto, nunca podrían propagarlo.

Una emboscada incógnita. Los Carusso creerían haber sido traicionados por los Mirelli, y los Mirelli morirían siendo traidores, pero habiendo sido la cabeza de turco. Lo que nos dejaría a los Gabbana en una perfecta posición de defensa.

Un golpe, un pájaro abatido, y otro completamente perdido.

Entrar, arrasarlo y salir. Rápido y sin preliminares.

Por eso era tan difícil.

—Perímetro listo —dijo Emilio, nuestro jefe de seguridad, a través de dispositivo de comunicación.

—Francotiradores listo —añadió otro de nuestros esbirros.

—Equipo de tierra aproximándose —repuso Diego, de sobra emocionado con la idea de matar a alguien.

—¿Han llegado, Emilio? —pregunté.

—Ni rastro de los Carusso —contestó—. El yate está atracando.

—¿Y Siracusa? —continué, porque si aquel golpe tenía complejidad se debía a que la acción no solo estaría en Civitavecchia y Roma. Sino también en Sicilia.

—Todo en orden, esperando la señal.

Esperando la señal...

En menos de unos minutos, Siracusa ardería, las mujeres Mirelli que se hospedaban en Roma desaparecerían y Paola dejaría de respirar a manos de su prometido.

Todo un clan... borrado del mapa.

—Bien. —Fue inevitable sonreír.

Miré a mis amigos. Eric jugueteaba con una pequeña medalla que le colgaba del cuello y Alex miraba el salvapantallas de su móvil: una foto de Daniela lanzándole un beso. Acariciaba los labios de su novia con aire ausente e introvertido.

Me incliné hacia él.

—¿Lo sabe? —Alex tragó saliva y me miró.

—Y por eso está preocupada —admitió, pero no tuvimos tiempo de hablar más porque Paulo, mi primo materno, nos interrumpió en cuanto se detuvo la furgoneta.

—¿Preparados? —Sonó a pregunta cuando debería haber sido una orden.

—Siempre, compañero —murmuró Alex aún mirándome.

—Siempre —siseé y le di la mano sabiendo que Eric también se uniría.

Nos miré y sentí una punzada de nostalgia mientras se abrían las puertas. Salté fuera de la furgoneta ajustándome el pasamontañas.

Kathia

Aquella noche no lloré.

Porque ya había llorado suficiente durante el día y mi fuero interno, simplemente, no encontraba las fuerzas para continuar haciéndolo. El llorar también agota, casi tanto como el arrastrar un fuerte tormento. Y mi cuerpo no solo estaba profundamente agotado, sino que también había tocado fondo de una forma estrepitosa. Lo supe en cuanto la ketamina abandonó mi organismo por completo. Mi personal abismo tenía su límite

y me di cuenta de ello en cuanto estuve lo suficientemente serena como para sentir el dolor que me provocó estamparme contra él. Un dolor que de inmediato se igualó con el vacío que me había dejado Cristianno.

Así que lejos de consumirme en esa nueva sensación, opté por masticarla. Me pasé todo el día digiriendo aquello, lamiéndome las profundas heridas que me habían hecho e imaginando como lograba ponerme de rodillas y miraba hacia arriba. La caída había sido monumental, pero todas las cosas que te llevan al cielo tienen sus peligros y yo no me arrepentía de haberlos experimentado. Todos y cada uno de ellos me habían unido a Cristianno.

Una parte de mi mente se empeñó en recordarle y repasé cada instante junto a él desde que llegué a Roma. Lloré, sí, pero también sonreí con nostalgia.

Decidí que ya iba siendo hora de mirarme a la cara. Cristianno así lo habría querido, pero lo que seguramente ninguno de los dos esperamos fue encontrarnos con una Kathia muy lejos de sí misma. Y eso me dolió, no solo por mí sino también por él. En aquella chica que se reflejaba abatida en el espejo no había rastro de energía, ni de pasión, ni de valentía. Ni siquiera de arrogancia o tentación. Todas las cosas que me habían caracterizado habían ido desapareciendo, eso ya lo sabía, pero no esperé toparme con la realidad de aquella forma.

Ya había pasado media noche cuando cogí su chaqueta, me la puse y salí de la habitación maravillándome con su perfume. Toda la casa dormía y aquel era el mejor momento para pasear sin que nadie me molestara. Tal vez subiría a la azotea ahora que la nieve empezaba a deshacerse y hacía un poco menos de frío.

Pero no supuse que un gemido me detendría al terminar de subir las escaleras.

Miré hacia atrás y tragué saliva de forma automática. Tras varios segundos esperando, no escuché absolutamente nada, pero entrecerré los ojos y me desvié hacia el pasillo caminando muy lento, pegada a la pared.

Otro gemido. Más hondo, más intenso. Más cerca.

¿Qué demonios era? ¿O... quién?

Jadeos ahogados, de placer.

Me pare frente a la puerta que encerraba aquellos sonidos, la misma que pertenecía a la habitación de Angelo y Olimpia. Y comprendí de súbito que si la abría, algo me cambiaría... porque Angelo aún no había llegado y

Valentino todavía no se había marchado.

Obedecí a mis instintos maniobrando con sumo cuidado entorné la puerta unos centímetros y miré.

Olimpia apoyada en sus rodillas y sus brazos, completamente desnuda y perlada en sudor. Su rostro perdido en el placer de tener a... Valentino justo detrás aferrado a su cadera con una mano y a su melena con la otra. Besando la curva de su cuello con ferocidad y moviendo su pelvis con rudeza contra ella. Insistían, se exigían, disfrutaban de la violencia del sexo más depravado.

Empezaría inmortalizando aquel *maravilloso* momento en una imagen.

Mauro

Ciro bajó de su yate caminando orgulloso, ajeno a que aquel embarcadero estaba atestado de hombres armados hasta los dientes y escondiéndose a solo unos pocos metros de él.

Mi equipo se había dividido en cuatro grupos, así que encubiertos tras aquellos enormes bidones de acero solo estábamos Diego, Eric, Alex y yo. Nos acuclillamos y nos encogimos de hombros mientras nos hacíamos con nuestras armas y nos mirábamos de reojo repasando nuestro cometido de forma tácita. Nada de hablar, nada de moverse de improvisto. Todo debía estar milimetrado porque no nos interesaba salir a tiros de allí. Debía ser algo mucho más logístico que eso. Principalmente porque no queríamos quedar expuestos.

Nos comunicábamos a base de señales y asentíamos. Nosotros solo debíamos escabullirnos dentro del yate e ir eliminando a los hombres que hubiera en el camino hasta encontrar a Wang y salir de allí.

Eché un vistazo a unos de los francotiradores mientras me colocaba el auricular de comunicación en el oído, aunque con un solo movimiento con la mano comprendí que me advertía de la llegada de un vehículo. Les hice una señal a mis compañeros y nos pusimos en posición de alerta mientras mirábamos por entre los huecos de los bidones.

Ciro dio una palmada cuando reconoció al representante Carusso que se bajó del coche ajustándose la chaqueta de su traje con un gesto que solo Enrico Materazzi podía tener.

Al mirarle se me encogió el estómago. Mucho más cuando sonrió y estrechó la mano de Ciro como si de su propio hermano se tratara. Enrico estaba cómodo en su posición, seguro de sí mismo, como siempre, y dispuesto a cualquier cosa.

Miré el reloj.

Solo faltaban dos minutos para la una de la madrugada. Dos minutos para iniciarlo todo. Así que cerré los ojos e hice los gestos pertinentes para

crujirme el cuello. Eric me miró y negó con la cabeza. No me hacía falta que se retirara el pasamontañas para saber que estaba haciendo una mueca de desagrado ante lo que acababa de hacer. Odiaba aquello.

Tiempo.

Ciro quiso apartar la mano de entre los dedos de Enrico, pero se quedó inmóvil al tiempo en que un disparo terminaba con la vida de uno de sus esbirros. Después calló otro, y otro más. Todos y cada uno de ellos fueron derrumbándose en el suelo mientras que los que aún sobrevivían se miraban entre sí sin comprender de donde provenían aquellos meticulosos y certeros disparos. Empezaron a disparar a la nada mientras mis compañeros obedecían mi orden de avanzar.

Apenas unos metros no separaban de la popa del yate, pero no podíamos adelantarnos sin antes asegurarnos. Un esbirro nos vio, pero Diego respondió rápido y se colocó junto a mí indicándole a Alex que cubriera nuestras espaldas.

Mi primo sería el primero en entrar. Después solo tuvimos que seguirle mientras detrás de nosotros continuaba el asedio a los Mirelli. Pude ver por encima del hombro cómo Ciro se desplomaba contra Enrico y cómo este se armaba y aprovechaba el cadáver del siciliano para protegerse de los tiros.

Solté una pequeña sonrisa y me adelanté hacia las escalerillas que llevaban a la bodega del barco. Pero apenas llegamos abajo, un grupo de tipos se lanzaron a por nosotros. Diego y yo pudimos esquivarlos y Alex se ayudó de la escalera para defenderse, pero Eric... Eric resbaló y se llevó un golpe en el costado. Cuando quise reaccionar, Diego me empujó y se lanzó a por el cabrón que acababa de golpear a mi amigo con su pistola. Se deshizo en golpes y patadas mientras Alex y yo eliminábamos a tres tipos más con unos hábiles disparos. Me quedé mirando a mi primo y el modo en que estaba desquitándose con el cuerpo ya moribundo de aquel hombre. Apenas se le reconocía la piel del rostro, toda ella había quedado sepultada en sangre. Después se apoyó en las rodillas cogió aire y miró a Eric importándole una mierda que los demás estuviéramos contemplándole de aquella forma: completamente confundidos.

Se agachó junto a Eric, cogió su cara cubierta entre las manos y le miró zarandeándole hasta que mi amigo asintió con la cabeza e indicó que estaba bien. Sentí las fuertes miradas de Alex intentando pedirme una explicación, pero ¿qué demonios quería que le dijera si yo no tenía ni puta idea de lo que estaba pasando entre aquellos dos?

Me encogí de hombros y volví a mirarles. Eric se levantaba del suelo sin apartar la vista de Diego, y este lo tenía cogido de los hombros. Me acerqué a ellos, tragué saliva obviando que algo acababa de suceder entre ambos y les indiqué que debíamos continuar.

Obedecieron intentando disimular, no sin antes tocarse las manos en un movimiento que creyeron ser solo de ellos dos. Pero Alex y yo lo vimos y entendimos velozmente cuales eran las emociones de Diego

—Retirada en tres minutos, Mauro. Saca a Wang de ahí —dijo Emilio a través de mi auricular.

Se lo indiqué a mis compañeros y ellos aceleraron el ritmo.

Llegamos a la bodega. Wang estaba arrodillado en una esquina, con un saco en la cabeza y maniatado con unas cintas que le habían creado fuertes heridas en las muñecas. Se estremeció con nuestra cercanía y empezó a jadear de forma intensa. Su cuerpo tiritó cuando Alex la levantó del suelo y le arrebató el saco de la cabeza.

—No vamos a hacerte daño, ¿entendido? —le explicó.

—Por ahora... —espetó Diego.

—Un minuto, Mauro —me advirtió Emilio.

—Deja de indicarme. Ya lo sé, joder...—protesté llevándome la muñeca a la boca.

Así que me lancé a la mochila que llevaba Diego y extraje el pequeño bidón de combustible antes de indicarles a Eric y Alex que salieran de allí llevándose a Wang. Ellos obedecieron mientras mi primo miraba de soslayo a Eric.

—No le hagas daño, Diego... —Le dejé completamente noqueado—. Ya tuvo suficiente con Luca, ¿entendido?

—No sé de qué coño me hablas. —Optó por esquivar la evidencia.

—Entonces, tienes un problema de percepción bastante grave.

Supe que me plantaría cara.

—No te pases —masculló.

—Mauro, sal de ahí de una puta vez. —La voz de Emilio empezaba a sonar desquiciada.

Terminé de vaciar el bidón y asentí con la cabeza indicándole a Diego que podía prender fuego. Cogió una cerrilla y la soltó sabiendo que el lugar empezaría a arder incluso antes de tocar el suelo.

—En marcha. —Salimos del barco con rapidez y saltamos al

embarcadero al mismo tiempo en que Diego me cogió del hombro y me obligó a girarme.

No esperé que me mirara de aquel modo y que lo hiciera cabizbajo y perdido.

—No sé cómo gestionarlo, Mauro —murmuró tímido y yo tragué saliva y negué con la cabeza.

No era buen momento para hablar de aquel tema, pero fui yo quien lo empezó, así que lo menos que podía hacer era contestar.

—Empieza por admitirlo. Ese sería un buen comienzo. —Y echamos a correr hacia la furgoneta. Pero a unos metros de llegar, me detuve sabiendo que Diego continuaría avanzando y no vería a Enrico.

Nos observamos con fijeza sin saber muy bien qué transmitir con nuestras miradas que se decían de todo y al mismo tiempo nada.

Entonces le apunté con mi arma y disparé. No me quedé para verle caer al suelo ni para saber cuánto daño le había causado porque sabía perfectamente donde le había disparado y con qué intención.

Salí de allí mientras el yate se incendiaba y lo inundaba todo con una luz anaranjada.

Sarah

Dormitaba en el sofá. Con un libro a medio empezar sobre el regazo y la luz tenue de una pequeña lámpara. La cena sin tocar sobre la mesa y una copa de vino vacía. El frío entrando punzante por la terraza, martirizándome con su ligero aullido y recordándome que estaba sola en un lugar todavía desconocido para mí.

Mi primera noche fuera del Edificio. Empezando una vida que no sabía si estaba preparada para vivir.

De pronto un crujido que me atemorizó.

Abrí los ojos y me incorporé lento sintiendo los fuertes latidos de mi corazón golpeándome en los oídos. De modo que si hubo otro golpe, no lo pude escuchar.

Todavía no estaba aclimatada a mí entorno, no debería haberme impresionado tanto escuchar un ruidito porque podría tratarse de cualquier cosa: un mueble que cruje, una ventana que tiembla por el viento, las tuberías... Pero mis hombros se tensaron y el vello se me erizó lo suficiente como para ponerme en alerta. Mi fuero interno sabía que no estaba tan sola como había creído hasta el momento.

Avancé indecisa y tragué saliva conforme me acercaba a la puerta. Si después resultaba ser una tontería, no dejaría de reprocharme lo estúpida que era...

Exhalé y después contuve el aliento y me detuve en seco notando cómo las pulsaciones se me disparaban. Se me contrajo el vientre de forma dolorosa y noté cómo esa parte más racional de mí me gritaba que huyera de él. Pero no pude. Mi cuerpo no respondía a ninguna orden.

Enrico estaba en el vestíbulo con las manos escondidas en los bolsillos de su pantalón. Iba un tanto desaliñado, la frente perlada en sudor, algunos mechones de su cabello rubio cayéndole en la cara y un ligero rastro de sangre manchando el cuello de su camisa blanca. Pero aun con aquel aspecto, su presencia fue arrebatadora y me maldije por no poder apartar la

mirada de la suya.

Me observaba serio y atento mientras yo me apretaba contra la pared en un intento por erradicar los temblores. Sacó las manos de los bolsillos, se quitó la chaqueta y la tiró al suelo sin apartar sus ojos de mí. Me quedé muy quieta intentando descifrar lo que había tras aquellas pupilas azules tan profundas como crueles, pero mi concentración se la llevó el modo en que se deshizo de su corbata. También la dejó caer, y fue entonces cuando empezó a caminar hacia mí. Avanzó lento, provocando que cada paso supusiera un puñetazo en el centro de mi pecho. Ni el maldito cansancio sobre sus hombros, ni siquiera aquellas ojeras oscuras que pretendían consumir su mirada, menguó lo tortuosa y condenadamente guapo que era. Y su cuerpo... tan poderoso, tan erótico, tan tentador.

Me convulsioné un instante antes de tenerle a un metro de mí.

—Estás sangrando. —Habría dado mi vida por haber encontrado la forma de arrancarme la lengua antes de hablar. De todas las cosas que podría haber dicho, me decanté por la que más exponía mis malditos sentimientos hacia él.

Joder.

Enrico torció el gesto y frunció un poco los labios sabiendo que terminaría mirándolos y que recordaría que una vez, por un instante, fueron míos.

—Es algo superficial. —Su maldita voz... Estuve a punto de jadear—. Pero estoy deseando ver como la curas.

Cierto, era una herida superficial...

—No soy médico... —protesté rehusando el tocarle. No estaba del todo segura de cómo reaccionaría mi cuerpo—. ¿A qué has venido? —quise saber.

—¿No preferirías preguntarme cómo he entrado?

—No. Eres el señor Materazzi —espeté con sorna, echándole cara—, capaz de matar, ¿cómo no ibas a saber abrir una puerta?

Enrico resopló en un intento por sonreír.

—Chica lista. —Miró a su alrededor, taciturno, dejando que la penumbra perfilara su silueta. Él sabía que cada movimiento que hiciera provocaría en mí un deseo tan insoportable como el miedo y el rencor que me producía. Y por eso decidió continuar avanzando.

Se movió sensual, produciendo que cada músculo de sus hombros y su pecho se marcara. La curva de su cintura acentuada por el cinturón fue la

que me hizo recapacitar. Estaba a solas con un asesino y en plena madrugada. La mejor opción hubiera sido huir de él en cuanto le vi, pero no lo hice, y las posibilidades de hacerlo ahora se esfumaban con cada uno de sus pasos.

Me escoré un poco.

—Dime qué coño estás haciendo aquí —le exigí analizando de soslayo una escapatoria.

Pero Enrico se dio cuenta de mis intenciones y... capturó mi cuello con una extraña caricia. Alcé el mentón y le miré alarmada mientras se apegaba a mí.

—Tienes un cuello precioso. Pequeño y esbelto —sugirió entre susurros concentrado en la forma en la que sus dedos envolvían mi piel. Dejando que su aliento me acariciara la boca—. Me cabe en una mano, Sarah.

Temblé. Una corriente eléctrica me atravesó con tanta energía que tuve que cerrar los ojos y administrar al aire que respiraba. Me sentí expuesta, vulnerable, desagradablemente excitada y terroríficamente atemorizada.

—¿Vas a matarme? —pregunté demasiado concentrada en sus confusas miradas. Deseando poder encontrar al hombre al que amaba tras aquella fachada cruel.

—Me tientas demasiado, Sarah —gruñó y noté cómo su otra mano se colaba bajo mi larga camiseta, rozando la piel de la cadera.

Una caricia tan íntima como aquella era un auténtico insulto. No podía permitirle que me tocara sabiendo que esas malditas manos habían terminado con la vida de Cristianno...

Tenía que desaparecer.

Debía huir antes de que fuera demasiado tarde y me hiciera más daño.

Mauro

No eran más de las cuatro de la madrugada cuando hicimos el intercambio en el aparcamiento de la calle Largo Eduardo Talamo, bajo la circunvalación de Tiburtina. Todos se habían ido disipando conforme entrábamos en Roma y allí solo quedábamos los hombres de mi equipo. Cada uno cogió su vehículo y se largó sin decir palabra mientras que Diego, Eric, Alex y yo nos repartíamos en dos coches para llevar a Wang a un lugar seguro.

Pero al chino no le quedaba mucho tiempo. Le habíamos oído jadear constantemente, hacer muecas de dolor y murmurar silenciosos quejidos en su idioma. Nadie imaginó que tendía una peligrosa herida de veinte centímetros en la pelvis con un grosor que casi asustaba. Se la vi cuando le bajé de la furgoneta y él se arrodilló en el suelo entre temblores.

No supe bien de qué se trataba hasta que llegué al piso franco que teníamos en Caltagirone, a unos cinco kilómetros de Roma. Wang empezó a convulsionar y le tumbamos sobre la mesa. Le levanté la camisa para estudiar con mayor detenimiento la herida y enmudecimos. Mi primera reacción fue llamar a Hugo Terracota, nuestro médico particular de la clínica Santa Teresa, pero tras prestarle mayor atención supe que era una pérdida de tiempo. La herida no estaba recién hecha. Debía de tener al menos una semana por el desagradable encostrado grisáceo oscuro que había a su alrededor. El corte supuraba constantemente y se percibía que había perdido demasiada sangre.

—No tiene buena pinta, ¿verdad, Gabbana? —jadeó Wang con una extraña sonrisa deformada en los labios.

Tragué saliva. Acababa de comprender cuánta falta nos hacía su supervivencia.

Cogí aire. Aquello no estaba planeado.

—Tienes que hablarme, Wang —le dije inclinándome sobre él—. Tienes que contarme por qué demonios te tenían retenido los Mirelli y cuánto sabes del *Proyecto Zeus*.

Tosió un instante antes de que Eric se acercara a él y le limpiara el sudor de la frente con un pañuelo de tela.

—Tú lo sabes bien... —gimió—. Sino ¿por qué los has eliminado a todos?

Negué con la cabeza.

—A todos no... —Solo a los Mirelli. Pero algo me dijo que se refería exactamente a ellos.

Esta vez sí pareció sonreír cómodo.

—No hablaré más, Gabbana... —afirmó cerrando los ojos—. No diré más hasta ver a... a Enrico Materazzi.

—¿Qué tiene que ver Enrico en esto?

—Solo hablaré con él. Más te vale darte prisa, no creo que aguante demasiado.

Miré a mis compañeros sin saber muy bien cómo encajar aquel imprevisto. Wang se moría y Enrico no estaba allí... ¿Qué demonios se suponía que debía hacer?

Joder.

Sarah

Empujé a Enrico y eché a correr escaleras arriba.

En mi cabeza huir no pareció tan difícil. Solo tenía que llegar a mi habitación, salir a la terraza y saltar el pequeño muro que separa mi edificio de la azotea del contiguo. Y estuve tan cerca de conseguirlo que no me detuve a pensar en que Enrico me capturaría.

Acaricié el muro cuando él me cogió de la cintura con fuerza y me llevó de vuelta a la habitación. Forcejeé, intenté deshacerme de sus manos golpeándole en el pecho, en los hombros, en los brazos. Incluso intenté morderle o darle un cabezazo, pero a él no parecía afectarle nada de aquello. Me soltó arrinconándome contra la pared, me colocó frente a él y atrapó mis manos para detenerme.

Se llevó mi aliento asfixiado al besarme. Su lengua se coló en mi boca y se enroscó a la mía consumiéndome en un beso ardiente.

Me perdí en él... me quedé tan quieta que por un momento solo pude pensar en el increíble tacto de sus labios poderosos sobre los míos.

Pero recapacité y arremetí de nuevo contra él.

Intenté apartarme, esquivarle, detener aquel beso que cada vez se volvía más violento y duro. Pero lo único que logré fue más insistencia por su parte y flaqueza por la mía. Cada vez tenía menos fuerzas para evitar aquello.

—Lloras... —Supe que así era porque saboreé una lágrima—. Eso lo hace todo mucho más interesante... —ronroneó.

—Disfrutas con la idea de someterme, ¿verdad? —gemí al mirarle.

Dios mío, cuanto deseé que Enrico no fuera aquel maldito hombre. Cuanto deseé que me abrazara y me dijera al oído que todo era mentira, que me amaba y que su actitud hasta el momento era justificable. Luché en dar con él tras su penetrante mirada, pero no lo encontré... Porque no existía... Todo había sido un maldito engaño.

—¿La idea? —Frunció el ceño—. Ya te he sometido, amor... Estás justo donde quería que estuvieras... —Llevó una de sus manos hacia mi pecho y lo envolvió haciendo la presión exacta para que me odiara a mí misma por desearle. Después enterró la cabeza en mi cuello y comenzó a recorrerlo.

—Por favor... —supliqué tirando de sus hombros. Como si eso fuera a detenerle.

—¿Por favor qué, Sarah? —jadeó llevando sus labios a solo unos centímetros de los míos.

—Deja que te olvide... —Aquella forma de mirarme arrasó conmigo, empujándome a la noche en que me enamoré de él como una maldita desgraciada. Volviendo a experimentar una vez más la enorme intensidad de Enrico Materazzi.

—No... —susurró tan bajo que no estuve segura de sí fue real.

Estampó sus labios contra los míos y me devoró en un beso hambriento y enloquecedor mientras me capturaba por la cintura y nos arrastraba a la cama. Creí que me tumbaría en ella, que me arrancarían la ropa y me tomaría, pero optó por saborear el momento sin importarle mi confusión.

Se detuvo y me colocó a horcajadas sobre su regazo. Enrico apretó mis caderas contra su pelvis y coló su lengua en mi boca con tanto erotismo que no pude evitar gemir. Él respondió del mismo modo, y suspiró encargándose de que notara su excitación en la zona más erógena de mi cuerpo.

—Echaba de menos tu boca... —jadeó, y yo perdí toda voluntad. Olvidé lo que estaba bien o mal, lo que había hecho, a quién había matado. No fui capaz de pensar en nada más que en su cuerpo contrayéndose entre mis

piernas, apasionado y loco por terminar desnudos y pegados el uno al otro.

Me dejé llevar, aun sabiendo que la culpa me carcomería después, y enterré mis dedos en su cabello. Enrico gimió dentro de mi boca como consecuencia y yo le tiré del pelo asqueada por mi locura por él. Después bajé las manos y las introduje bajo su camisa, acariciando la piel de su vientre y subiendo lentamente. Me detuve sobre su corazón. Entre beso y beso no podía escucharlo latir, pero lo noté apresurado. Las pulsaciones disparadas. Por mucho que quisiera fingir, una persona no tiene control sobre esas funciones. Enrico estaba sintiendo. Que ese sentimiento fuera bueno o malo era una incógnita, pero de algún modo aquel momento volvía a ser nuestro.

Me quitó la camiseta y enterró su boca en mi pecho aferrándose con fuerza a mi cintura un instante antes de tumbarme en la cama. Pero él no me siguió. Se quedó en su lugar, sentado frente a mis piernas entre abiertas y mirándome con la suficiente intensidad como para que contuviera el aliento. Con las pupilas más encendidas que nunca.

Esperó unos segundos observando mi cuerpo, al que apenas le faltaba una prenda para su completa desnudez, y acercó una mano a mi rodilla. Supe lo que se proponía segundos antes de que la empujara, abriendo aún más mis piernas. Enrico me quería completamente expuesta, y mi fuero interno cometió el error de dejarle hacer. El libre albedrío entre los dos no era una buena idea, pero aun así se impuso. Y él saboreó la promesa de lo que venía a continuación.

Deslizó sus dedos por mi muslo, manteniendo mi mirada, observando cada expresión de mi rostro. Me propuse no dejarle entrever nada y mostrarme fría, pero exhalé de placer cuando sus dedos acariciaron el centro de mi cuerpo. Arqueé la espalda, ahogando una exclamación y apretando los labios por el deseo. Enrico observaba concentrado, vulnerable. Aquella no era la mirada de un asesino. Ni siquiera la de un mafioso despiadado. Era la mirada de un hombre que quería... hacerme el amor.

—Dijiste que nunca había sido tu amante... —jadeé, porque las caricias cada vez eran más intensas—. Que no era más que una...

—Sé lo que dije... —me interrumpió inclinándose lentamente hacia mí, sin dejar de acariciarme—. No suelo hablar a menos que esté seguro de lo que voy a decir.

Tuve un escalofrío de resentimiento y lujuria al mismo tiempo.

—Entonces, ¿qué haces aquí, acariciándome de esta forma?

—¿Te gusta? —Me aferré al edredón y lo estrujé entre mis dedos. Enrico acrecentó la presión entre mis piernas proporcionándome una terrible punzada de placer. Se acercó a mi boca y la rozó con su lengua—. Contesta, Sarah.

—Maldita sea, sí —gemí.

—Pues déjame hacer y lámentate si quieres después. —No tuve tiempo para reprocharle nada porque enterró sus labios en los míos.

Acomodó su cuerpo entre mis piernas e hizo fricción con su pelvis sobre la mía. Le abracé y Enrico se desplomó sobre mí dejando que mis brazos envolvieran por completo su torso. Incluso me dio la inercia suficiente para que repitiera el gesto con las piernas. Rodeé su cintura con ellas sin esperar con ello que la presión se hiciera más fuerte.

—Le mataste... —resoplé... delante de ella... —Mil imágenes de Kathia y Cristianno empezaron a asolarme. Todo el placer que mi cuerpo estaba sintiendo por Enrico se convirtió en un maldito calvario insoportable.

—Así es... —jadeó él antes de mirarme—. Acabé con Cristianno. —Tal vez habría sido menos duro oírsele decir si una mueca de orgullo no se hubiera paseado por sus labios.

—Hijo de puta... —siseé sin apenas voz.

Gruñó y supe que habría arremetido contra mí de no haber sido por la interrupción de su teléfono. Su cuerpo se tensó y, con negación, se alejó de mí y echó mano al bolsillo de su pantalón.

—¿Qué? —dijo cortante y con los dientes apretados. Mientras tanto fui incorporándome, alcancé la camiseta y me la puse esquivando las miradas fijas de Enrico. Él no quería que me vistiera—. De acuerdo... Voy para allá. —Colgó y cogió aire—. ¿Sabes que esto no termina aquí, verdad?

—¿Por qué no? —espeté encogiéndome.

Enrico sonrió y se acercó a mí.

—Porque a mí me gusta jugar y tú no puedes resistirte, amor. —Se fue dejando un terrible vacío en mi pecho.

El sonido lejano de la puerta cerrándose coincidió con mi reacción. Cogí lo primero que tuve a mano y lo estampé contra la pared haciéndolo añicos mientras profería un grito de frustración. Me llevé las manos a la cabeza y me desplomé en la cama rompiendo a llorar.

—Perdóname, Cristianno, perdóname —sollocé enajenada, totalmente

desconsolada.

Mauro

Enrico apenas tardó treinta minutos en llegar. Entró en el piso sin prestar atención a nadie y se acercó a mí.

—¿Era realmente necesario que me llamas? —me susurró mirando de soslayo a Wang tumbado sobre aquella mesa.

Me extrañó que con el frío que hacía en el ambiente, se deshiciera de su chaqueta con tanta impaciencia. Parecía acalorado y desprendía un ligero aroma a mujer. A... Sarah...

Joder.

—Te invito a que lo compruebes por ti mismo —le espeté señalando la herida del chino, que parecía mucho más grande bajo aquel foco de luz.

Después entrecerré los ojos y lo miré de arriba abajo, estudiándole. Si era cierto que había estado con ella tendríamos un serio problema. Enrico me retó con la mirada el tiempo suficiente como para hacerme entender que tendríamos un enfrentamiento sí yo así lo quería.

Se acercó a la mesa, miró el corte y frunció el ceño un instante antes de volver a mirarme. Comprendió enseguida que a Wang apenas le quedaba una hora de vida, con suerte.

—Compañero... —jadeó Wang cogiéndole la mano a Enrico.

—No tienes buen aspecto, Xiang —sugirió intentando quitarle importancia al asunto. Pero él sabía tan bien como yo que si Wang moría, nos ponía las cosas un poco más complicadas porque no podría explicárnoslo todo.

—Me llamas por mi nombre. —Wang encontró fuerzas para levantar una ceja, incrédulo—. Enrico Materazzi siempre tan osado.

—Soy italiano. —Ese comentario hizo que el chino riera y que también tosiera descontrolado.

El corte supuró un poco de sangre que de inmediato Eric limpió. Pero lo curioso no fue el gesto sino el hecho de que Diego seguía con la mirada cada movimiento de mi amigo, y este le respondía con una ojeada tímida

de vez en cuando.

—Acércate... —le pidió Wang a Enrico—. Debo hablarte...

Enrico obedeció y se acercó a él hasta que tuvo la oreja prácticamente pegada a los labios del chino. Wang le susurró algo y después le entregó un objeto que no llegué a ver. Enrico enseguida lo guardó mientras prestaba atención a todo lo que Wang decía. Después se incorporó y respiró hondo obviando que yo le miraba atento e interrogante. Por supuesto, él no me diría nada.

—Pon a salvo a mi hija, Materazzi —dijo Wang y todos supimos que aquellas iban a ser sus últimas palabras.

Con un simple asentimiento, Enrico le transmitió toda la seguridad que necesitaba para poder marcharse en paz.

Wang Xiang murió alrededor de las tres de la madrugada.

—¿Cómo piensas asegurar su protección? —pregunté con un tono un tanto irónico.

—¿Desconfías de mi palabra? —Enrico torció el gesto mientras terminaba de ponerse su chaqueta.

—Yo ahora mismo sí —espetó Valerio acercándose a nosotros—. ¿Qué te ha dicho?

—Nada importante... —Enrico se pellizcó el puente de la nariz antes de clavarle una fuerte mirada. Se percibía una tensión entre los dos que iba mucho más allá de la comprensión de todos y no pude evitar pensar en Sarah.

—Tenemos derecho a saberlo —exigió Valerio.

Enrico se adelantó varios pasos hacia mi primo provocando que todos los que estábamos alrededor nos pusiéramos en alerta. Aquello no pintaba bien.

—El derecho lo impongo yo, Valerio —aseveró—. No te equivoques.

Después cogió su chaqueta y se marchó dejándonos completamente aislados de él.

Eché a correr y lo alcancé a punto de montarse en su coche.

— ¿Qué te ha dicho Wang, Enrico? —le pregunté.

—Ahora mismo no quiero hablar.

Me quedé observando cómo se alejaba sabiendo que mi silueta se reflejaba en sus retrovisores.

Kathia

Finalmente, logré dormir.

No soñé con fuego, ni tampoco con muerte. Pero sí lo hice con Cristianno y con cómo habría sido nuestras vidas de no haber muerto. Vi a nuestros hijos crecer y como nosotros envejecíamos. Vi cómo abandonábamos nuestros cuerpos tendidos en una cama, abrazados el uno al otro. Moríamos juntos después de haber vivido amándonos toda una vida.

Sí, dormí... Descansé. Y lo más ilógico de todo: me enorgullecí de ello. Porque cuando salí de la habitación y me planté en la entrada del salón me sentí completamente preparada para cualquier cosa.

Yo lo supe, y Olimpia también.

Estaba sentada junto a sus queridísimas e inseparables amigas/arpías, compartiendo té helado y parloteando sobre lo mismo que el día anterior: más vestidos, más planes de boda. Solo que esta vez parecían más entusiasmadas por la presencia de Vito, el organizador de ceremonias amanerado y especialmente molesto que habían contratado para la ocasión.

Cuando decidí inmortalizar el momento entre Olimpia y Valentino no caí en la cuenta de que no disponía de ningún tipo de tecnología, pero eso no me detuvo. Fui a la habitación de Giovanna y cogí *prestado* su móvil. La imagen quedó genial y sus múltiples copias de seguridad también.

La propia Olimpia fue testigo de la maravillosa calidad de esa foto al recibirla desde el móvil de su sobrina. Tragó saliva, empalideció y me miró sabiendo que ahora estaba en mis manos. Que debía hacer todo lo posible por que no se le notara que acaba de recibir una imagen en la que salía fornicando con su yerno. Por tanto, la pelota estaba en mi tejado y ahora se utilizarían mis normas. Nada de psiquiatras, nada de aislamiento, nada de órdenes. Todo se haría a mi manera.

Me di la vuelta regalándole una sonrisa perversa y crucé el vestíbulo en dirección a la puerta. Apenas tuve tiempo de acariciar la madera cuando

Olimpia tiró de mí.

—¿Qué demonios te crees que estás haciendo, niña? —quiso saber. Pero lejos de reaccionar como esperaba ella o incluso yo, miré la mano con la que me cogía el brazo.

Aquellas miradas debieron de ser demasiado duras, porque rápidamente se apartó y volvió a tragar saliva. Aún no me tenía el miedo suficiente, pero sí empezaba a notar cierta imprevisibilidad en mí y no quería tentarme demasiado.

—Siento haberte cazado con la boca abierta —ironicé recomponiendo la manga de mi chaqueta—. Intenté sacarte lo más favorecida posible, pero no dejabas de gemir.

Olimpia boqueó y a movió las aletas de la nariz como si fuera un pececillo atrapado entre las asas de una bolsa de plástico. Lo que en ella era furia en mí supuso una profunda sensación orgásmica.

—¿A qué coño juegas, Kathia? —gruñó ahogada, y yo levanté un dedo y negué con él chasqueando con la lengua.

—No, Olimpia, replantéate la pregunta, querida. —Más ironía, más soberbia.

—No saldrás de esta casa...

—Claro que sí. Tú misma me darás permiso.

Alzó el mentón, se cruzó de brazos y tensó los hombros creyendo que con ello me intimidaba.

—He borrado la foto, nadie te creerá. —La muy estúpida estaba convencida de ello y no pude evitar soltar una carcajada.

—Puede que a mí no, pero a las demás imágenes, tal vez sí —admití y me acerqué un poco más a ella—. He hecho copias de seguridad, Olimpia, y están en un lugar al que ni remotamente puedes acceder. —El móvil de Cristianno, en el cajón de la mesa de su habitación. En el Edificio Gabbana.

Después de todo, Olimpia no era tan tonta. Comprendió a la perfección mis entre líneas y por un momento creí que le daría un infarto cerebral.

—¿Qué quieres a cambio de esas fotos? —Y volví a sonreír al notar el tono de súplica que decidió utilizar, como si eso fuera a librarla de la cantidad de problemas que se le venían encima.

Problemas con nombre propio: el mío.

Torcí el gesto y la miré de arriba abajo con los ojos entrecerrados. Supe

que ahora que me los había maquillado un poco, mis miradas serían mucho más impactantes.

—¿Podrías pegarte un tiro aquí y ahora? —No tendría esa suerte. Metí el móvil de Giovanna en el bolso—. Eso me quitaría faena, Carusso. —Me dispuse a salir.

—Kathia... —De nuevo, Olimpia me detenía, pero esta vez con mucha más suavidad y demasiado respeto—. Angelo no quiere que... —Sí, ya lo sabía: no quería que saliera sola.

La interrumpí sin molestarme en mirarla.

— Y tú sabrás bien como capear el asunto, ¿a que sí? —Salí de la casa y señalé al primer esbirro que vi—. Tú, sube al coche.

Kathia

No cerré la puerta del panteón cuando me tumbé junto a Cristianno en su sarcófago. De algún modo necesitaba sentir un síntoma de vida allí dentro y aquella mañana corría un viento suave y frío muy capaz de transmitirlo. Casi creí estar tendida junto a su cuerpo vivo.

—¿Pensaste alguna vez cómo habría sido todo de haber seguido odiándonos? —Se lo pregunté con una triste sonrisa en los labios.

Era la primera vez que desde su muerte estaba completamente a solas con él, sin nadie esperando fuera o preparado para sacarme de allí en cuanto las cosas se pusieran feas y el llanto ya fuera demasiado. Pero me prometí no llorar esa vez. Me prometí compartir aquel momento con Cristianno, absorbiendo cada segundo juntos como si no existiera nada más.

—Creo que estábamos destinados a querernos de esta forma, amor —susurré y me giré hacia su nombre para acariciarlo—. Empiezo a creer que tu destino era morir y el mío seguirte. —Apreté los dientes al borde de romper mi promesa, pero logré contener las lágrimas—. Voy a conseguirlo, voy a acabar con cada uno de ellos, pero debes asegurarme que después estarás esperándome tras la muerte. Tienes que prometérmelo como sea... —Le supliqué sin esperar que alguien más estuviera allí con nosotros.

—¿Kathia? —murmuró asombrada una voz femenina.

De súbito, levanté la cabeza y contuve el aliento al encontrarme con una Sarah sorprendida, arrebujaada en su bonito abrigo en un gesto que demostraba demasiada pesadumbre. Pero aun así, pálida y ojerosa, encontró la forma de transmitirme emoción al verme y un ligero bienestar.

—Sarah... —jadeé mientras me incorporaba. Sin dudarlo, me lancé a sus brazos y la estreché con fuerza notando como ella imitaba mis movimientos con algo más de ahínco.

—¡Dios mío! —exclamó en mi cabello con un suspiro—. No sabes

cuánto deseaba esto. Necesitaba tanto verte.

Entonces rompí a llorar.

Sarah

Me había pasado la noche contando los minutos para el amanecer, como si de algún modo la luz del día fuera a cambiar las cosas. Nada más lejos de la realidad. Enrico continuó siendo un asesino y yo una maldita ingrata por saberlo y aun así no poder olvidarle.

Todo habría sido mucho más sencillo si me hubiera resistido. Tal vez Enrico habría terminado haciendo lo que le diera la gana conmigo, pero habiendo ofrecido rechazo, yo no me habría sentido tan sucia. Porque acepté sus besos obviando todo el daño que habían hecho.

Aun así, con toda la culpa y el dolor, no esperé que mi fuero interno me llevara a refugiarme al panteón Gabbana. Solo había ido una vez y fue para recoger a Kathia de la tumba de Cristianno. Antes no había encontrado las fuerzas para ir a visitarle porque una parte de mí pensaba que hacerlo era aceptar su ausencia. Pero aquella mañana lo necesité. Necesité tenerle lo más cerca posible para pedirle perdón por ultrajar su memoria de esa forma.

Sin embargo creí que le encontraría solas y no con Kathia tumbada en su sarcófago simulando un profundo abrazo y diciéndole que estaban destinados a amarse. Pero también a perderse, al menos en esta vida. Aquella chica era demasiado joven para sufrir de esa manera y para decir cosas tan intensas y profundas.

Entré en el panteón y observé su reacción al verme sin saber que terminaría abrazada a ella casi con desesperación. Ninguna de las dos fuimos conscientes de cuanto necesitábamos ese abrazo hasta que nos vimos envueltas en él. Kathia buscó en mí a Cristianno y yo lo busqué en ella mientras su sarcófago se alzaba impetuoso a nuestro lado.

—No llores, por favor... —susurré al mirarle.

Puede que apenas supiéramos la una de la otra —tan solo habíamos coincidido un par de veces—, pero a ninguna nos importó el pequeño poder de nuestro vínculo. Simplemente nos necesitamos. Todo lo demás carecía de importancia.

Se apoyó en la piedra fría que guardaba a su Cristianno y enterró la cara

entre sus manos en un gesto exasperado.

—Prometí no llorar, joder —masculló antes de mirar al techo y resoplar.

—Supongo que yo tengo la culpa —dije cabizbaja. Mi forma un tanto desesperada de abrazarla y lo mucho que me costó respirar cuando la tuve tan cerca, quizás, la animaron.

—Así es... —Jadeó una sonrisa.

Yo también sonreí pero de pronto volví a recordar el tacto de la boca de Enrico sobre la mía. Había ido hasta allí para expiarme de mi maldito error y eso debía hacer. Pero no estaba del todo segura de cómo empezar. Y ni siquiera sabía si Kathia sería capaz de soportar el hecho de tener delante a una persona como yo.

—Le besé... —solté de súbito, sin tan siquiera pararme a coger aire. Kathia me miró atenta, estudiándome y entendiendo enseguida de quien hablaba—. Anoche... —tartamudeé.

—¿Por qué me lo cuentas? —Entrecerró los ojos.

—Porque si no me odias por ello, entonces me volveré loca. —Me llevé las manos a la cabeza y comencé a moverme creyendo que el cuerpo se me entumecería si no lo hacía.

Kathia permaneció callada unos segundos, seguramente asimilando lo que acababa de decirle, y respiró hondo.

—No podría odiarte —rezongó—. Estás enamorada de él, Sarah... No esperes olvidarle tan pronto.

Joder. Le miré de golpe sintiendo ganas de gritar. No quería que fuera comprensiva, sino que me insultara, ¡que me odiara!

—¿Ni aun sabiendo que fue su verdugo? —Alcé demasiado la voz y se me rompió en el camino—. Me lo dijo él mismo, Kathia... y sé que tú estuviste allí y que lo viste todo... —Admitirlo de esa manera nos dejó a ambas completamente aturcidas.

Kathia apretó los dientes, cogió aire por la nariz y abrió los ojos queriendo frenar las lágrimas. En cambio yo dejé que se me escaparan tímidas por mis mejillas y permití que la piel se me incendiara. Debería haber sido menos cruel...

—Esta madrugada algo ha cambiado en mí —espetó ella al mirarme. Sus ojos titilaban, pero se mantenían firmes, con un objetivo—. He venido hasta aquí para descubrir cómo de grande es ese cambio. Y ¿sabes qué? —Levantó las cejas dándole un doloroso énfasis a su pregunta. Después se mordió el labio y volvió a contener las lágrimas—. Me asusta... Me asusta

mucho porque he sido capaz de tumbarme a su lado sin derramar una maldita lágrima y hablarle como si estuviera vivo. —Señaló a Cristianno un segundo y se llevó la misma mano al corazón—. Sigo sintiendo el mismo dolor, Sarah, pero ya no es lo que me quema por dentro.

—La venganza... —Ese era el cambió del que hablaba. El mismo que había tardado poco más de dos semanas en gestarse.

Kathia asintió con la cabeza, dándome la razón, y me dio la espalda para mirar el nombre que había grabado en el sarcófago.

—No tengo espacio para odiarte por amar a una persona que una vez creíste honesta. Y tampoco quiero... —susurró dejándome maravillada y al tiempo asustada con su explicación.

Me acerqué a ella y puse una mano sobre la suya.

—Pensaba en ti... —susurré recordando cómo Cristianno me observaba de soslayo la noche en que le conocí.

—¿Qué? —murmuró ella.

—Cuando le conocí... Él estaba allí sentado, hablaba y miraba a su alrededor, pero no parecía estar completo —expliqué acariciando su nombre—. Te buscaba... te necesitaba, solo que aún no lo sabía.

Kathia cerró los ojos y se aferró a mí mano.

—Antes de morir me dijo que no le echara de menos... —Después se agachó y besó la piedra—. Como si eso fuera tan sencillo, Cristianno...

Kathia

—Voy a eliminarles, Sarah. A todos, sin excepciones. —No quise despedirme de ella cuando salimos del cementerio. En cierta manera su presencia era la única capaz de equilibrar mi estado interior y mi cuerpo agradecía esa armonía, aunque no fuera duradera. No conocía a Sarah lo suficiente, pero no me hacía falta saber mucho de ella para intuir que su compañía me gustaba, me serenaba.

Cogimos un taxi que nos llevó al centro, cerca de donde ahora vivía ella. Nos sentamos en una terraza que había en una pequeña plazuela rodeada de callejones y pedimos un café al que apenas fuimos capaces de dar un simple sorbo. El murmullo natural e incluso agradable de la gente a nuestro alrededor parecía llevarse toda nuestra atención. Hasta que decidí hablar, y le corté el aliento. Sé que no se sorprendió por lo que dije, sino por cómo lo dije: tajante, incisiva.

—¿Esperas que te dé permiso? —declaró insegura.

—No. Solo espero que entiendas que ni siquiera él logrará sobrevivir. —Ambas supimos de quien hablaba. Y su mirada se entristeció, pero también me comprendió. Supe que estaba pensando en que Enrico podría haber tenido alternativa y resultar mejor hombre de lo que había demostrado.

Tras eso, apenas volvimos a cruzar una palabra sobre el asunto. Hablamos de nimiedades, como el tiempo o los estudios. Hablamos de Daniela, de los chicos, de Giovanna... y de cómo estaba el Edificio. Mantuvimos nuestros sentimientos a raya, aunque a veces sobresalían con un suspiro o guiño que disimulábamos agachando la cabeza. Aquella también fue la primera vez en la que hablé de Cristianno sin sentirme completamente desolada. Le conté nuestra historia, centrándome en las anécdotas de los primeros días y no en nuestro declive final... Porque llegados a ese momento me quedé sin voz, y Sarah me cogió de la mano.

Me invitó a subir a su nuevo hogar, pero preferí no hacerlo... Había sentido la fortaleza, había notado cómo la ira y la sed de venganza fluían por mi organismo. Pero también lo hacía la ausencia y el dolor y era eso lo

que no me dejaba pensar con claridad en el modo de hacer frente a la situación.

Necesitaba una ayuda externa y supe enseguida qué podría proporcionármela.

Así que me despedí de Sarah y deambulé por las calles en busca de alguien que pudiera ayudarme. Cualquiera persona podría ser la indicada, pero era muy difícil discernir a la gente. No todo el mundo vende Ketamina...

Abandoné el centro y fui a parar a los alrededores del Coliseo sin saber muy bien por qué. Simplemente me dejé llevar por mis pies, notando cómo entraba en un estado casi sonámbulo. Caminaba sin pararme a pensar. Turistas frenéticos, grupo de excursionistas, gente y más gente...

Hasta que me estampé contra la espalda de un hombre.

—¡Mira por dónde vas, niñata! —exclamó el tipo.

—No te pongas en medio, joder... —gruñí al equilibrarme.

De pronto nuestras miradas se cruzaron y un extraño matiz de placer e incredulidad se pasearon por las pupilas amatista del hombre. Frunció los labios y después los lamió emocionado, como un niño a punto de darse un festín con un pastel de chocolate. Entrecerré los ojos y le estudié. Era alto, un poco calvo y bastante corpulento. Llevaba unos extraños tatuajes en el cuello que se escondían tras las orejas y unas enormes dilataciones en los lóbulos. Tenía un pinta bastante ordinaria, seguramente era de la periferia.

—¡Vaya! —sonrió—. Pero ¿a quién tenemos aquí? —Acababa de reconocerme—. ¿Qué hace una señorita de la aristocracia como tú, caminando sola por la ciudad conforme están las cosas? —Se acercó más de la cuenta, permitiéndome ver sus dientes amarilleados y en un proceso bastante avanzado de descomposición. Su aroma corporal por poco me hace tener arcadas.

—No es asunto tuyo, eso seguro —espeté esquivándole para seguir con mi camino.

Pero su carcajada y mis impulsos me detuvieron. Tal vez aquel tío podía resultar ser la persona idónea para indicarme dónde podía conseguir ketamina.

—Tú... —Le señalé al darme la vuelta—... Podrías ayudarme.

—Tranquila, *gatita*. —Alzó los brazos aprovechando para mirarme de arriba abajo con evidente atracción.

Eso me enervó lo suficiente como para notar unas oleadas de sadismo

que asustarían a cualquiera. Me acerqué a él de un salto y le cogí del jersey.

—Vuelve a llamarme *gatita* y en solo unos minutos tendrás aquí a toda la puta mafia dispuesta a arrancarte todas las extremidades de tu repugnante cuerpo, ¿me has entendido? —gruñí muy bajo, pero sabiendo que el tipo se quedaría al borde de mearse en los pantalones.

Puede que a mí no me tuviera, pero sí se lo tenía a las represalias.

—La mafia, ¿eh? —sonrió nervioso.

—Así es.

Tragó saliva y su voz sobresalió desafinada.

—Pide por esa boca, señorita. —Su tímida sonrisa me abrió todas las puertas. Me dejaba optar por cualquier salida.

Fui soltándole el jersey lentamente mientras me convencía de lo que iba a pedirle. Ahora que contaba con su auténtica atención, ya no estaba tan segura de cómo afrontarlo. Ni siquiera sabía si aquello sería la mejor salida.

<<*Pues claro que lo es, Kathia*>>, me dijo mi fuero interno. Y con eso bastó. Al menos uno de los dos tenía las cosas claras.

—Tal vez... Necesito... —Joder, no podía articular palabra. Cerré los ojos cogí aire y le miré de súbito—. ¿Quién puede venderme... Ketamina? —Hablé bajo y tan concluyente que incluso a mí me sorprendió.

—Para el carro, nena. —Volvió a levantar los brazos—. ¿Qué te hace pensar que soy un puto drogadicto?

Alcé las cejas y me crucé de brazos.

—¿Debatimos sobre lo que te has metido, colega? —Una carcajada que cerca estuvo de hacerme reír a mí.

—Ketamina... —murmuró pensativo—. ¿No es un poco fuerte para ti? —Le intimidé sin necesidad de abrir la boca—. Eh, tranquila... puedo conseguirte algo. Pero no es gratis.

Lo suponía, y por eso me había preparado; todavía conservaba la pulsera que Valentino me había regalado hacía unas semanas. La saqué del bolsillo y se la mostré en todo su esplendor. El hombre boqueó y se concentró en ella, hipnotizado.

—Diamantes y oro de veinticuatro quilates, valorada en sesenta mil euros. ¿Tendrás suficiente? —expliqué.

Pero él continuó concentrado en la pulsera, que brilló un poco con la

salida tímida del sol.

—Tengo diez pastillas, nada más —dijo echando mano al bolsillo interior de la mochila que llevaba puesta. Fruncí el ceño porque no me había dado cuenta de ella hasta el momento.

—Muéstramelas —exigí segundos antes de verlas revueltas en una bolsita transparente. Eran blancas y tenían formas discordantes y un sello que no logré identificar.

Cogí la bolsa y solté la pulsera.

—¿Cuento con tu silencio? —pregunté concentrada en las pastillas. Si aquel tipo hablaba, estaba muy jodida.

—Nena, con esto cuentas hasta con mi alma. —Se alejó de mí completamente maravillado con su regalo.

Aquel tipo no imaginó cuán emocionada me dejaba.

Mauro

Lo único que supe de Kathia en los siguientes tres días fue que estaba más introvertida de lo normal. Según Giovanna dormía más de la cuenta, apenas hablaba ya de Cristianno y lo observaba todo con una atención que rayaba lo inquietante. Que temblaba demasiado pero que lo disimulaba con comentarios mordaces y cambiando de postura. También me dijo que reía a destiempo, que su actitud era peligrosamente diferente y que se movía altiva y oscilante al mismo tiempo, como si estuviera medio bebida.

Fuese lo que fuese lo que le estaba ocurriendo, no tuve oportunidad de descubrirlo por mí mismo. Porque Angelo Carusso había dispuesto su traslado a la mansión y había demasiado tráfico de gente entrando y saliendo de la casa de su difunto hermano, incluso de noche. Era imposible colarse sin ser visto. De modo que tuve que conformarme con lo poco que Giovanna sabía.

Desperté la mañana del sábado sin esperar encontrarme la cara del maldito Carusso en toda la prensa de la ciudad. El muy cabrón supo bien fingir que perder a Wang Xiang no le había importado en absoluto empleando sus típicas y extravagantes estrategias... Como convocar una fiesta por todo lo alto para celebrar la puta rehabilitación de la mansión y monopolizar los diarios para que no se hablara de otra cosa.

Disimular, demostrar supremacía. Esas cosas se le daban genial.

Era el rey de la mentira.

Por suerte, todo salió a pedir de boca. Angelo no sospechaba de nosotros y estaba completamente convencido de la traición de los Mirelli. Según mis fuentes había dispuesto un operativo para que aniquilaran al resto del clan sin imaginar que dicho trabajo ya se había llevado a cabo. Aun así, le dejamos creer que había sido él el único triunfador.

Angelo no era el único que tenía topes en nuestra cúpula...

Esperé cerca de dos horas observando cómo la seguridad de la casa de Giovanna poco a poco menguaba y abandonaba el lugar. Eran casi las

nueve de la noche y solo quedaban las mujeres por salir de allí. Las esperaba una gran limusina negra en la entrada que las llevaría a la fiesta en la mansión.

Le envié un mensaje a Giovanna, salí del coche y me apoyé en el capó sabiendo que, aunque no había contestado, terminaría por salir a mi encuentro. Así lo hizo un par de minutos después.

Giovanna corrió hacia la verja del patio trasero y miró a su alrededor antes de acercarse a mí.

—¡No deberías estar aquí! —Exclamó ahogada y entre susurros—. Hay tipos por todas partes, joder. ¡Podrían verte! —Pero no le presté atención.

Toda ella se la llevó su apariencia. Giovanna llevaba un vestido azul oscuro que se le ceñía sutilmente a las caderas y resaltaba la soberbia de sus hombros, con el cabello suelto, más rizado de lo habitual, y un maquillaje marcado en los ojos y suave en los labios. Le brilló la mirada cuando me concentré en ella y supe que, de no haber llevado colorete, aquel rubor habría sido mucho más evidente.

—¿Te ha visto Valentino? —pregunté de pronto, sin saber muy bien por qué demonios le hacía esa pregunta.

Me crucé de brazos con fuerza y continué observándola enervado con el hecho de que me gustara tanto aquella noche.

—¿A qué viene esa pregunta? —Giovanna frunció el ceño y apenas pudo controlar el pequeño temblor en el labio.

Me encogí de hombros.

—Es como otra cualquiera.

—A mí no me lo parece.

—No creo que sea tan difícil responder —espeté. Aquella conversación no iba a ningún lugar, pero era incapaz de parar.

—¿Qué pretendes conseguir con mi respuesta, Mauro? —Nada. O tal vez mucho. Puede que su réplica me determinara por qué que cojones me importaba.

Giovanna agachó la cabeza, se recogió un mechón de pelo tras la oreja y jugueteó con sus dedos. Estaba nerviosa, pero era demasiado obstinada y orgullosa como para admitirlo.

—Si esperas que a Valentino le impresione mi aspecto, entonces no le conoces tanto como creía. —Me miró entristecida—. Él solo tiene ojos para Kathia, yo no soy más que un entretenimiento.

—Entonces, ¿por qué sigues enamorada de él? —No esperaba que sonara tan cruel.

Aun así, Giovanna me sorprendió con su reacción. En otro momento me habría gritado e incluso abofeteado, pero en aquella ocasión no hizo nada. Tan solo cogió aire y me dio la espalda dispuesta a regresar a la casa.

—Lárgate, Mauro... —farfulló.

De pronto me vi corriendo hacia ella. La detuve cogiéndola del brazo y busqué su mirada con arrepentimiento. Esa noche, Giovanna no se merecía mi descaró y quise disculparme. Pero me equivoqué de forma.

—Sabes que odio que no respondas a mis preguntas. —Lo peor de todo fue que hablé entre dientes.

—No sabía que también debía contarte lo que siento —espetó profundamente molesta. Después desvió la mirada y yo poco a poco fui soltándola—. A estas alturas ya no estoy segura de si le quise o simplemente fue un capricho. Supongo que todavía no sé bien lo que es amar.

—¿Le quisiste? —Arqué las cejas—. Hablas en pasado...

Le corté el aliento y provoqué que mirara las estrellas. Lo hizo con parsimonia, como si le costara mantenerse en pie delante de mí.

—Debo regresar —resopló, y me miró. Fue una mirada que preguntaba mil cosas. Sin embargo no entendí ninguna, o no quise entenderlas.

Me acerqué un poco más a ella sabiendo que terminaría por colocar sus manos sobre mi pecho para mantener una distancia entre ambos. Observé sus dedos al adaptarse en mi vientre y se me entrecortó un poco la respiración al notar cómo ella contenía un gemido.

—Es peligroso que estés aquí. —Un jadeo que escondía demasiado.

—Lo sé. —Torcí el gesto, analizándola.

—Tienes que irte.

—También lo sé. —Me acerqué un poco más—. ¿Qué me ocultas, Giovanna? — ¿Qué había tras aquella mirada? ¿Y por qué demonios me interesaba tanto saberlo? Es más, ¿qué mierda hacia yo acercándome tanto a ella?

Una puerta abriéndose. Unos pasos avanzando con reclamo.

Giovanna abrió los ojos temerosa y me empujó con fuerza enviándome tras los arbustos. Tropecé y caí tras ellos al tiempo en que ella se daba la vuelta y se topaba con Valentino. Dos segundos más y nos habría cazado.

—¿Con quién hablabas? —masculló el Bianchi mirando en rededor con las manos guardas en los bolsillos de su pantalón de esmoquin.

—Con nadie... —Giovanna forzó una sonrisa nerviosa y tensó los hombros. Seguramente Valentino no se dio cuenta porque estaba más ofuscado en el jardín que en ella, pero yo lo vi. Y me entraron unas ganas locas de salir en su busca—. Solo tomaba el aire.

—He oído la voz de un hombre, Giovanna. ¿Quién era? —Valentino lentamente se volvía más agresivo. Me maldije por tener que permanecer allí quieto, sin hacer nada.

—Valentino, has debido escuchar mal —sonrió ella acariciándole el pecho—. Tal vez te has confundido con algún guardia.

—No me tomes ¡por un gilipollas! —gritó cogiéndole de las muñecas y empujándola a un lado.

Después se puso a caminar a su alrededor, buscando cualquier indicio de presencia. Me quedé muy quieto mientras Valentino oteaba la verja con ahínco y cierta expectación. Pero, como era de esperar, no dio con nada.

—¿Lo ves? —sonrió Giovanna, tragándose su temor. Ella sabía bien que Valentino había estado a un solo metro de dar conmigo—. No hay nadie...

Él sonrió pero no cambió sus miradas recelosas.

—Has cambiado en estas últimas semanas... —comentó—. ¿A qué se debe?

Giovanna tragó saliva.

—¿Maduro? —bromeó—. No sé de qué me hablas.

—Giovanna, me doy cuenta de las cosas. Te has vuelto un poco esquiva, siempre estás con Kathia... ¿Por qué? —Aquello se calentaba.

—¿Ahora sospechas de mí, querido?

—No me hables como si fuera estúpido, ¿me has entendido?

—No me trates como si fuera una Gabbana... —Joder. Apreté los dientes hasta hacerlos crujir—. Velo por mis intereses, Valentino. Exactamente como haces tú.

Fruncí el ceño. ¿De qué coño hablaba? ¿Qué mierda...?

Vi a Kathia tras la ventana y por un segundo dejé de notar los latidos de mi corazón

Kathia

Estaba terminando de calzarme cuando escuché voces en el patio. La ventana de aquella habitación daba a la verja trasera y apenas se podía ver nada por los arbustos decorativos, pero logré vislumbrar a Mauro cayendo tras la maleza.

Saboreé la presión que me proporcionaba su mirada azul y el extraño cosquilleo que albergaba mi vientre siempre que le veía. Mi piel demasiado fría, pero mi interior ardiendo. Y en tan solo un instante Mauro supo de mis sensaciones. Agachó la cabeza y lamentó ser tan parecido a su primo.

—Utilizas a Kathia... —susurró Valentino, sonriente y orgulloso de su chica. Captando toda mi maldita atención, sin dejar de mirar a Mauro.

Nos dijimos mil cosas. Él, frustrado porque yo escuchara aquello. Yo arrepintiéndome de haber sido tan ingenua con Giovanna. Era una Carusso y eso no iba a cambiar las cosas.

—¿Eso te sorprende? —Alzó las cejas, incrédula.

—No, eso me excita —jadeó Valentino deslizando una mano por el pecho de Giovanna.

—¿Cuánto? —jadeó ella.

—Lo suficiente como para querer hacértelo aquí mismo... —Enseguida Valentino la empujó contra la fachada. Capturó su boca en un beso exigente que Giovanna no tardó en responder capturándole por los hombros y acercándole más a su pecho.

—¿Me amas? —jadeó ella notando las manos del Bianchi envolviendo sus pechos con arrebató.

Ella arqueó la espalda para darle más espacio y suspiró ansiosa por lo que seguía a continuación.

—Me tienes, eso es lo que importa.

Desaparecieron en el interior de la casa segundos después mientras Mauro y yo nos observábamos en la lejanía. Tan cerca y tan lejos al mismo tiempo.

Kathia

Recuerdo que tenía quince años cuando mi profesora de literatura en el internado Saint Patrick nos encomendó la tarea de leer *El Gran Gatsby*. Lo devoré en un día y después lo lancé por la puñetera ventana y observé cómo la nieve de noviembre lo engullía. No podía ser cierto que tuviera un final tan desquiciante e injusto... Qué sensación tan desagradable, joder.

Pero esa no era la cuestión. Mientras lo leía imaginaba las fiestas que describía Fitzgerald como un derroche de brillos, champán y baile, una exhibición un tanto desmesurada de riqueza. Jamás creí que algún día me toparía con una de ellas, hasta que observé desde el pasillo acristalado cómo la enorme explanada del jardín de la mansión estaba inundada por todas esas cosas que caracterizaban las fiestas del Gatsby de Luhrmann.

Luces palpitantes al ritmo de la música, acróbatas deslizándose con increíbles piruetas por una cuerda, bailarinas e incluso hombres lanza-fuegos. Un catering de miedo con más de sesenta camareros, cientos de invitados desorbitados por la emoción y una orquesta que interpretaba canciones de Florence and the Machine y demás grupos pop. Alcohol, frenesí e incluso un sutil aroma a sexo tan evidente que no me habría sorprendido ver a un grupo de personas montándose en algún rincón.

Una fiesta de cientos de miles de euros solo para proclamarse como los reyes de Roma.

Derroche, más derroche, y mafia. Demasiada mafia.

Cogí aire. Se me hacía especialmente difícil estar allí. Volver a entrar en mi habitación... recordar que aquellas paredes vieron mi primer beso con Cristianno... Apreté los dientes al sentir una oleada de llanto y agaché la cabeza. Me temblaron un poco las manos y se asentó una opresión en mi pecho que conocía bien. Mi cuerpo necesitaba su dosis de ketamina y pronto la reclamaría con náuseas. Llegados a ese punto me notaba un tanto oscilante, las piernas flácidas y una ligera sensación de frío atravesándome el cuerpo. No debía abusar de aquellas malditas pastillas, pero a más tomaba, más las necesitaba para mi día a día. Para superar

aquello... si es que alguna vez lo superaba.

Me crucé de brazos para darme calor cuando de pronto percibí su perfume, y cerré los ojos con fuerza ahogando una lágrima.

<<—*Es la primera vez que te ruborizas* —reconoció *Cristianno*.

—*Te equivocas. Es la primera vez que lo ves.* >>

Cristianno se había quedado con todos los detalles, hasta con el más pequeño e insignificante de todos porque sabía el final que se nos venía encima. Pero no se detuvo a pensar en algo. No pensó en que todos y cada uno de nuestros segundos juntos me perseguirían el resto de mi vida con tanto ahínco que incluso podría sentirle junto a mí.

Percibí una suave caricia rodeándome los hombros y deslizándose por mis brazos hasta rodearme por completo. Y suspiré. Suspiré porque pensé que era él.

Pero abrí los ojos y me topé con el reflejo borroso de Valentino en el cristal, entremezclándose con la fiesta.

Me aparté de un salto.

—Estás increíble esta noche. —Por supuesto que lo estaba. Como siempre, lo que me molestaba bastante. No debería resultar hermosa si Cristianno no podía verme. Llevaba un Giambattista Valli palabra de honor negro de corte griego y volátil que ondeaba al mínimo movimiento. Un exquisitez de varios miles de euros elegida por Olimpia di Castro.

—Salgamos —repuso Valentino haciendo grandes esfuerzos por contenerse—, mucha gente desea vernos.

—¿Sabe Olimpia que te follas a su sobrina? —Joder. No entendí por qué demonios tuve que decir aquello. A mí me importaba una mierda con quién se acostara. Incluso si era Giovanna, pero..., por extraño que fuera, necesité sentirme poderosa sobre él por un instante.

Tragué saliva al tiempo en que me maldecía y analicé su expresión.

—Señorito Bianchi, le esperan —le interrumpió uno de los camareros que rondaban por allí. El Bianchi apretó los dientes, molesto con la intromisión a su respuesta, y se acercó para cogerme de la cintura. Se pegó tanto a mí que casi paso a formar parte de él.

Me instó a caminar y obedecí porque sabía que si montaba el numerito intentado alejarme de él solo empeoraría las cosas. Saldríamos al jardín juntos y después intentaría darle esquinazo fuera como fuera, pero poniendo buena cara.

Ese era el trato. Porque Angelo Carusso así lo había dispuesto. Aquella

mañana entró en mi habitación en la casa de Giovanna y me mostró una lista con todos los nombres de los Gabbana y clanes a aliados.

—De ti depende su final... —Una seguridad que ralló el sadismo.

Yo me quedé mirando la puerta por la que acababa de salir, y recapacité sobre mi comportamiento y todos los planes que quería llevar a cabo. La vida de los Gabbana dependía de muchas cosas, pero también de mi actitud.

Así que obedecería cualquier orden si con ello los ponía a salvo.

No permitiría que murieran por mí.

Una lluvia de flashes nos abordó cuando Valentino y yo salimos al exterior. Bajamos las escaleras mientras nos fotografiaban y sonaba de fondo *Bedroom Hymns* magistralmente interpretada.

Valentino me dio un *encantador* beso en la sien.

—Me encargaré de que no olvides ese día, mi amor —susurró antes de señalarme ante los periodistas como si fuera un puñetero premio.

Me tragué una punzada de incertidumbre. Aquella sencilla e incluso tierna frase lo dijo todo y me advirtió de lo que me esperaba el día en que decidiera tomar de mí lo que solo le había entregado a Cristianno.

No había escapatoria.

Forcé una sonrisa, que resultó ser tímida para los periodistas. Motivo por el que emitieron un enternecedor ¡*Oh!* asquerosamente largo. La exasperación me llevó a tirarme un poco del pelo cuando (con un gesto dulce) me lo coloqué tras la oreja.

Unos minutos más de fotos y grititos y pude largarme de allí sabiendo que Valentino se había puesto a hablar con sus queridos colegas. El puñetero Franco no me quitó ojo hasta que me perdí entre la gente.

Me apoyé en la barra del catering de bebidas respirando como si hubiera estado bajo el agua más de lo debido. Los temblores empezaban a ser demasiado evidentes. La música muy alta, mi entorno bastante borroso, la gente muy deforme. Todo se distorsionaba.

Tambaleé.

Nauseas.

—¿Quiere tomar algo, señorita? —me preguntó un camarero.

Y todo se detuvo.

Le miré desconcertada y agradeciendo que su voz hubiera parado aquel brote insano de abstinencia.

Quise tragar saliva, pero no pude.

—Lo que sea... pero fuerte —dije ahogada, apoyándome con fuerza en la barra.

—¿Sangre tal vez? —Fruncí el ceño al mirar el bonito rostro de aquel camarero.

¿Sangre?

—¿Cómo dice? —Seguramente había escuchado mal.

El joven colocó delante de mí un vaso de chupito y sacó tres botellas con habilidad. Empezó a servir con una sonrisa en los labios.

—Martini Rosso, tequila y vodka. —El color rojizo del Martini le dio explicación a todo.

—Está bien, sí —Casi jadeé mientras echaba mano a mi escote. Saqué una bolsita, me hice con una pastilla y me la metí en la boca ante la mirada extrañada del chico—. Soy epiléptica. —Fue lo primero que se me ocurrió.

Cogí el chupito y sorbí el contenido rápidamente antes de volver a dejarlo sobre la barra. Calor y un intenso escozor me recorrieron la garganta. Volvieron los temblores. Y esta vez debían de ser evidentes porque el camarero me cogió de la mano.

—¿Se encuentra bien? —preguntó preocupado.

—Perfectamente —siseé al tiempo en que veía de soslayo a un hombre acercarse a mí.

—Señorita Carusso... —sonrió, revolviéndome las tripas.

—¿Podría hacer el favor de llamarme por mi puñetero nombre? —espeté al tiempo en que el camarero atendía a otra persona sin dejar de prestarme atención. Le había preocupado.

—Discúlpeme, Kathia. No quería importunarla —dijo el periodista con evidente arrepentimiento.

—No es usted lo que me importa —susurré—. ¿Qué quiere?

—Bueno, me llamo Guglielmo Tarquini y había pensado en hacerle unas preguntas. Toda la prensa siempre publica cosas sobre Valentino Bianchi y apenas sobre usted —explicó emocionado—. Me preguntaba si tendría inconveniente en ofrecerle una entrevista a *La Repubblica*.

—¿Qué le puede interesar de mí? —Aparte de que habían matado al amor de mi vida y a mi verdadero padre, estaba amenazada e iban a eliminarme después de una boda que no deseaba porque querían quedarse con la parte del imperio Gabbana que *supuestamente* me correspondía.

Alcé las cejas un tanto arrollada por la intensidad con la que había pensado todo aquello.

—Pues podríamos empezar por algo sencillo sobre su romance con el Bianchi. —Unos ojos encendidos en emoción, como si escribir sobre mí fuera a darle el puñetero Pulitzer—. ¿Cómo se conocieron?

—Buena pregunta. —La sonrisa de un Enrico que se apoyó a mi lado y decidió retirarme el cabello y enroscármelo tras la oreja. Le miré disimulando todo lo que pude lo mucho que deseaba verle pudriéndose en el infierno—. ¿Qué te parece, Kathia? ¿Cómo os conocisteis?

Solté una sonrisa tan falsa que hasta a mí me ofendió. Lo extraño fue que la mantuve.

—Intentó forzarme en la biblioteca de San Angelo —solté y les dejé a ambos completamente noqueados.

La temperatura corporal disminuyó, la sensación de bienestar creció.

La Ketamina empezaba poderosa a hacer su efecto.

Sarah

El Edificio Gabbana se me antojó extrañamente congelado. Encontré el mismo silencio, la misma penumbra y la misma introversión de sus habitantes que los últimos días en los que viví allí.

Nada había cambiado.

Apenas hacía una semana que me había marchado, era demasiado pronto para notar algún cambio, pero, aun así, lo esperé. Esperé encontrarme un poco más de luz y que los Gabbana no se hubieran fragmentado tanto. Ni siquiera comían juntos, ni se miraban como lo hacían hacia unas semanas, con cariño y respeto.

No se hacían una idea de cuánto me dolía ser testigo de la evidente destrucción a la que estaban siendo sometidos desde la muerte de Cristiano.

Me senté junto a Ofelia en el cenador de la terraza principal. Ella fumaba un cigarrillo con boquilla y miraba las estrellas con unos ojos más pequeños de lo normal. Acaricié su mano sin esperar que me imitara.

—Me pregunto cómo verán mi hijo y mi nieto las cosas desde allá arriba... —Un comentario profundo que me dejó sin aire—. Mi Fabio solía ser friolero, tal vez esté pasando frío.

Tragué saliva y contuve las lágrimas. Ofelia se había mantenido fuerte hasta el momento, era extraño que estuviera exponiendo sus emociones.

—Puede que Cristianno esté abrigándole, o al menos intentándolo —susurré intentando controlar todo lo pude mi voz.

—Puede... —sonrió y me miró—. Siempre fue tan protector.

Habló de su nieto con tanta ternura que fue irremediable agachar la cabeza y saborear el salado de una lágrima.

—Ofelia... —jadeé, recomponiéndome y echando fuerzas para apoyarla.

—Divagaciones de una pobre anciana. —Me dio unas palmadas en la mano y se levantó—. Estoy bien, querida. No te apenes por mí —añadió acercándose a la baranda.

—Ya lo hago —dije siguiéndola—. Y aunque quisiera evitarlo, no puedo.

—Tengo setenta y dos años, Sarah. No conozco otro modo de vida que este, he nacido en la mafia. Pero jamás creí que me vería tan asolada —comentó mirando al frente—. Jamás pensé en que el peligro tomaría forma y terminaría con mi familia de este modo. Soy vieja, ya no puedo responder como lo habría hecho años antes —Se llevó una mano a la cabeza y retocó su peinado con gesto ausente. Ella no supo que yo había entendido el verdadero contexto de aquel movimiento—. Es insoportable sentarte en primera fila y ver tal desolación. Rezo a Dios para que proteja y alumbre a Silvano. Él es el único que puede hacer frente a una guerra como esta.

—Lo conseguirá, ya verás. —Pero no me creí del todo mis palabras.

—Cada vez estoy menos segura —repuso Ofelia antes de mirarme y regalarme una débil sonrisa—. Gracias por haber venido esta noche. Echo de menos tu sonrisa por las mañanas. —Lo dijo perdiéndose en algún punto tras de mí.

Segundos más tarde comprendí que miraba a su nieto, Valerio. Se acercó a él, le besó en la mejilla y nos dejó a solas al tiempo en que un mareo me abordaba. Fruncí el ceño extrañada por la sensación y noté cómo mis piernas se flexionaban sin fuerzas. Me agarré de la baranda un instante antes de que Valerio me sostuviera de la cintura.

Buscó mi mirada.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Sí, es solo un mareo —admití—. Llevo así un par de días.

Apenas dormía. Me despertaba en mitad de la noche con unos

escalofríos muy raros y una sensación angustiosa en el vientre. Ya había vomitado varias veces y me costaba horrores comer sin sentir náuseas. Tal vez había cogido un pequeño virus, que me tenía un tanto débil y sin fuerzas.

—Ven, sentémonos —me instó Valerio acompañándome hacia los sillones—. Deberías haberme avisado —continuó en cuanto tomó asiento a mi lado.

—No es nada importante, Valerio. —Me aparté el pelo de la cara y me obligué a mirarle, aunque solo lo logré un par de segundos.

El Gabbana tenía una mirada poderosa cuando se molestaba por algo.

—Podría serlo —espetó—. Debería verte un médico si ha sucedido más de una vez.

—Tienes mala cara —dije de pronto, mirándole de soslayo y cabizbaja.

Él alzó las cejas incrédulo y se mordió el labio sin saber que con aquel gesto despertaba en mí la extraña sensación de experimentarlo junto a mi boca. Pestañeeé varias veces, acababa de tener un lapsus.

—¿Esa es tu forma de cambiar de tema? —dijo irónico.

—¿Cuánto hace que no duermes una noche completa? —Quise saber y él respondió rápido y sincero.

—Demasiado.

—¿Y te quejas porque yo no voy al médico? —resoplé—. No sabía que fueras tan hipócrita.

—¡Oye!— exclamó sonriente cogiéndome de la cabeza. Solté una risilla al verme apoyada en su pecho. Después cerré los ojos y me deshice entre las sensaciones que me proporcionaban sus brazos al envolverme—. Puede que estés a un par de calles de aquí, pero te echo mucho de menos. Esa es una de las cosas que me roba el sueño.

Habría sido uno de los momentos más bonitos de mi vida si mi mente no me hubiera recordado la noche en que desperté junto a Enrico tras haber hecho el amor por primera vez.

Apreté los dientes, cogí aire y me obligué a separar las cosas. Ni Valerio era Enrico, ni así lo quería.

—Entonces ven a verme —dije de pronto—. Nos tumbaremos en el sofá, nos atiborraremos de helado y hablaremos hasta que amanezca. —Terminé mirándole desde abajo.

Valerio sonrió unos segundos.

—¿Y si no fuera suficiente, Sarah? —susurró y supe por qué decía aquello.

—Tampoco lo sería para mí —admití. No me bastaría querer a Valerio sabiendo que seguía amando a Enrico como el maldito primer segundo. Me alejé de él, apoyé los codos en los muslos y me pasé las manos por la cabeza. De pronto tenía mucho calor—. Yo... Yo... —No pude hablar.

Noté unos dedos tímidos e inseguros acariciar mi espalda. Valerio se acercó un poco más a mí y me obligó a mirarle.

—Lo sé... —susurró—. Y aun así no me importa.

—Terminaría por importarte —musité, y él agachó la cabeza. Como siempre, Enrico estaba entre los dos.

—No te pediré que me dejes intentarlo —repuso.

Llegados a ese instante, me sentí entre dos mareas. Dividida por dos hombres a los que quería de formas muy diferentes.

¿Qué debía hacer? ¿Qué era lo mejor? Valerio no se merecía una persona con unos sentimientos como los míos. No se merecía que estuviera junto a él amando al asesino de su hermano. Era demasiado injusto. Sin embargo...

—Tal vez es lo que necesito, Valerio. —Lo dije sin evaluar el daño que podría hacernos a ambos intentarlo.

Valerio me miró durante unos minutos, en silencio y cogiendo aire hondamente a cada momento. Su aliento impactaba dulce en mi boca cuando cogió mi rostro entre sus manos. Dibujó mi labio inferior con el pulgar y me besó.

Esperé unos segundos mi respuesta creyendo que me negaría. Pero aun con Enrico en mi mente y mis recuerdos, no puede evitar prologar aquel beso. Valerio percibió el cambio en mí y abrió su boca sobre la mía sabiendo que su lengua sería bienvenida. Dulce y parsimoniosa, se adentró en mí, y la admití aferrándome a su cintura. Acaricié su espalda mientras él enterraba sus dedos en mi cabello.

Giré la cabeza, erguí mi torso y me ahogué aún más en aquel beso intentando desechar la insistencia de mi fuero interno por encontrar a Enrico en los labios de Valerio.

—Valerio, tenemos un problema... —Fue la voz de Mauro la que hizo que todo terminara.

Él tragó saliva y se giró hacia su primo. Mauro nos observaba extrañado y me dedicó unas miradas que no supe bien cómo determinar. Desde luego,

no fueron buenas, y miré hacia otro lado sintiéndome tremendamente sucia.

—¿De qué se trata? —preguntó Valerio intentado obviar lo mucho que le había molestado a su primo descubrirnos besándonos.

—Es tía Graciella. —Miré de súbito y me levanté tan rápido que me mareé.

Valerio no esperó a explicaciones y abandonó la terraza sin saber que yo le seguiría. Mauro me cuestionó en silencio mientras nos encaminábamos a prisa hacia el garaje.

Kathia

—¡Kathia! —me llamó Giovanna entre la gente.

Traté de esquivarla acelerando el paso y saliendo del tumulto, pero ella insistió como buena Carusso que era. No se daba cuenta de que no quería hablar con ella, no quería tener nada que ver con ella. Y tampoco estaba en mis plenas facultades como para soportar tenerla cerca. Bastante tenía ya con estar allí.

—Kathia... —Finalmente me cortó el paso—. ¿Estás esquivándome? —Resoplé y me sentí muy furiosa conmigo misma al darme cuenta de que seguía confiando en ella.

—¿Has disfrutado? —Mi voz sonó más ronca de lo normal. No estaba acostumbrada a hablar tras haberme tomado una pastilla de Ketamina.

Giovanna frunció el ceño, extrañada, y negó varias veces con la cabeza.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—Eres una zorra —mascullé y la aparté de mi camino con un empujón—. No sé por qué demonios confié en ti. —Continué caminando creyendo que aquello la haría desistir y me dejaría tranquila de una maldita vez.

Pero me equivoqué.

—Kathia, espera... —dijo tras de mí—. No tenía elección. —Por tanto sabía perfectamente a lo que me refería. No tendría por qué haberse extrañado tanto.

—Ya, claro —repuse irónica—. Esa es buena.

Me cogió del brazo y me obligó a mirarla.

—Mauro estaba allí... —dijo brusca, sin hacerse una idea de lo mucho que cambiaba mi punto de vista tras haberla escuchado—. Tenía que engatusar a Valentino, *no podía permitir* que lo descubrieran...

¿Por eso se había acostado con él? ¿No podía permitir que su querido amante descubriera a un Gabbana? ¿Qué demonios quería decir con aquello? ¿Y por qué se ponía tan nerviosa cuando nombraba a mi primo?

Entrecerré los ojos y la acusé con la mirada hasta que logré que ella

bajara la cabeza y empezara a estrujarse los dedos, demasiado inquieta.

—¿Qué tienes con Mauro Gabbana, Giovanna? —Lo pregunté despacio, dando el hincapié necesario a cada una de mis palabras para determinar su reacción.

Ella tragó saliva y le tembló ligeramente el labio, pero no se atrevió a mirarme fijamente.

—Yo... —jadeó. Y fue suficiente.

—Te has enamorado de él...—susurré muy bajo.

Giovanna cogió aire entrecortadamente y miró al cielo. Después se recompuso el cabello con un gesto un tanto alterado y se decidió a mirarme.

—¿Te das cuenta de que acabo de darte la opción de que me destruyas ante Angelo Carusso? —Lo admitía.

—¿Qué quieres decir?

—Que si mis intenciones no fueran sinceras, lo habría negado.

Tal vez aquella conversación habría durado más, pero la música se detuvo y la gente comenzó a aplaudir emocionada dirigiendo su atención hacia el escenario central. Giovanna también miró, pero lo hizo suspirando y más pendiente de lo que acababa de hablar conmigo que del hecho de que su tío acababa de ponerse ante un micrófono para soltar un discursito.

—Muchos os preguntaréis “¿qué demonios hace ese viejo parando la fiesta?” —Carcajadas entre la gente, náuseas en mí. Un temblor en Giovanna—. No es mi intención interrumpir esta magnífica reunión, pero no puedo quedarme sin deciros que es un orgullo para mí que estéis aquí esta noche, en mi casa. En la mansión Carusso. —Más aplausos.

Acerqué mi mano a la de Giovanna y la envolví sabiendo que ella no tardaría en responder a la caricia. Ambas estábamos metidas en grandes problemas al habernos enamorado de un Gabbana. Definitivamente las cosas entre nosotras jamás volverían a ser como antes. Ahora compartíamos demasiado.

—Por eso quiero proponer un brindis. —Angelo alzó su copa de champán y permitió que su esposa se acercara a él y le envolviera los hombros en un meloso abrazo—. Nos alzamos triunfantes sobre nuestros enemigos. ¡Por el poder!

—¡Por el poder! —gritó la gente.

—Hijo de puta... —susurré y Giovanna apretó más mi mano.

Angelo le entregó la copa a Olimpia y volvió a acercarse al micrófono.

—Ahora me gustaría poder bailar con mi hija... —dijo orgulloso.

Toda la atención se puso en mí y la gente comenzó a retirarse hasta formar un pasillo que me dejaba el camino libre hacia la pista central de baile. Angelo se bajó del escenario y caminó parsimonioso hasta el maldito centro.

—No pienso ir... —murmuré sin quitarle ojo al Carusso, que me miraba con media sonrisa en los labios.

Tuve un fuerte escalofrío y un latigazo me recorrió la espalda hasta erizarme el vello de la nuca. Aquella era la señal de que no debía tentarme demasiado sino quería tener problemas. Estaba bajo los efectos de la ketamina, era cambiante, y cualquiera de mis reacciones podía poner en peligro a los Gabbana.

—Debes hacerlo, Kathia —siseó Giovanna ajena a lo que realmente me ocurría—. Es solo un baile.

—No es mi padre —espeté.

—Aun así todo el mundo lo piensa.

Todo el mundo me importaba una mierda. Pero empecé a caminar sin ser consciente de que incluso había comenzado a sonreír. Acepté la mano que Angelo me ofrecía y le pasé un brazo por los hombros al tiempo en que la orquesta empezaba a interpretar *Over the love* del grupo de Florence.

Tragué saliva obligándome a tomar las riendas de mi fuero interno. Angelo se movía lento y elegante, trasladándonos con sutileza por la pista de baile bajo la mirada tierna de todo los invitados.

Cerré los ojos.

Jamás había bailado así con Cristianno...

—¿Diste tú la orden? —pregunté al tiempo en que imaginaba a Cristianno paseando entre la gente. Contuve una lágrima.

—No necesitas que te diga algo que ya sabes. —Lo que respondía con un sí a todas mis preguntas.

Él había matado a Cristianno y ni siquiera se había manchado las manos.

Mi sangre comenzó a bullir como una pastilla efervescente y apreté los dientes hasta que me crujió la mandíbula. Si hubiera dejado que mi cuerpo reaccionara libre tal vez le habría arrancado la yugular de un mordisco y después escupido en su maldita cara. Pero Enrico me miraba y sabía que, si me veía responder así, algún Gabbana caería esa noche.

Así que me contuve.

Y me concentré en la repentina agitación de varios de los esbirros que vigilaban la fiesta. Se movían de un lado a otro y varios de ellos abandonaron con paso ligero el jardín, perdiéndose en el interior de la mansión. Algo extraño pasaba.

—Señor Carusso... —Uno de los esbirros de Angelo disminuyó el ritmo de nuestro baile—. Tenemos un problema. Será mejor que venga. —Estaba pálido y miraba a su jefe con fuerza.

Angelo me soltó aprisa y salió tras el esbirro creyendo que yo me quedaría en la pista de baile. Así fue, al menos durante el tiempo que tardó la gente en hacerse con sus parejas y ponerse a bailar. Aproveché el tumulto y me escabullí antes de salir corriendo tras los esbirros.

Llegué al vestíbulo y miré al mí alrededor. Les había perdido la pista... pero no desistiría. Debía descubrir lo que sucedía fuera como fuese, porque algo en mi interior me decía que tenía que ver con los Gabbana.

Me asomé a la ventana y contuve una exclamación llevándome la mano a la boca. Creo que en ese momento toda la maldita droga se evaporó de mi organismo. Graciella estaba en la verja principal y apuntaba a Angelo con un arma sin prestar atención a que una docena de hombres la apuntaban a ella.

Me aparté de un saltó y noté cómo mi mente se bloqueaba y se hacía añicos. No sabía qué demonios hacer. Había esbirros en todo el porche delantero, me costaría salir e ir hasta mi tía. Necesitaba un arma, algo con lo que poder apartarlos de mi camino.

Tropecé con una de las refinadas sillas que había en la esquina y me apoyé en la mesa para evitar caerme. Mis reflejos no estaban muy por la labor, pero mi instinto más siniestro sí y vio en aquel bonito rincón decorativo el arma perfecta.

Tiré la silla al suelo y le di varias patadas a una de las patas de madera. Varios invitados que pasaban por allí se me quedaron mirando. Conseguí astillarla y tiré hasta que la arranqué. No haría mucho daño con aquello, pero un buen golpe sí podría propinar. Así que eché a correr sin pensármelo demasiado.

A uno de los esbirros puede esquivarlo agachándome y a otro dando un pequeño rodeo que me complicó un tanto la huida al arrinconarme contra la barandilla. Pero me apoyé en ella, cogí impulso y la salté obviando que rodaría por la hierba por culpa de mis tacones. Me incorporé rápida y salí

corriendo antes de darme cuenta de que un tercer esbirro corría hacia mí. Cada vez lo tenía más cerca y no podía esquivarlo porque me venía de frente. Dar un rodeo hubiera sido perder el tiempo, así que apreté con fuerza la pata y fui ralentizando mi paso. Lo esperé y le solté un golpe en la cara que dejó restos de sangre en la madera astillada. Su cabeza hizo un desagradable gesto antes de caer.

Eché a correr como si se me fuera la vida en ello.

Graciella temblaba y soltó el arma cuando uno de los esbirros le propinó un fuerte puñetazo. Cayó al suelo, totalmente desorientada, y sin ser consciente de que iban a matarla. El maldito esbirro se preparó para disparar... y el chasquido del cargador me propulsó hacia delante con tanto ímpetu que resbalé sobre la gravilla del camino al interponerme entre la pistola y mi tía.

Se me enredó la falda del vestido entre las piernas, pero aproveché el impulso para levantarme. Extendí los brazos en un intento por dar el alto.

—Teníamos un acuerdo, ¿recuerdas? —jadeé por el esfuerzo y el miedo.

Angelo abrió los ojos sorprendido por mi intromisión, pero rápidamente se recompuso y me miró malicioso. Aquella mirada me confesó el poco tiempo que tenía para poner a salvo a Graciella. Iban a matarla de todos modos.

—Esto no tiene nada que ver, Kathia. —Angelo quiso jugar conmigo.

—Ningún Gabbana corre peligro si a cambio obedezco —le recordé.

—Este Gabbana en concreto se ha plantado en mi fiesta con toda la intención de matarme. ¿Esperas que sea benévolo?

—Mataste a su hijo. ¿Esperas que ella lo sea? —Graciella se levantó poco a poco y la coloqué tras de mí atenta a la cantidad de armas que nos apuntaban.

Fui retrocediendo hacia la verja, empujándola con pequeños empujones en los pies. Graciella jadeaba y su aliento impactaba en mi cabello transmitiéndome más temor del que demostraba. Me cogió de la mano y apretó con fuerza. Si hubiera sabido que podía, me habría dado la vuelta y la habría abrazado.

—Angelo, deja que se vaya —supliqué.

Sarah

Valerio detuvo el coche y se bajó veloz segundos antes de percatarnos de la presencia de Kathia protegiendo a Graciella.

—¡Angelo! —gritó Valerio acercándose a la verja.

Le seguí cauta, observando cómo Mauro y Emilio se colocaban junto a Valerio echando mano de sus armas. Enseguida apuntaron a Angelo y... a Enrico.

Tragué saliva al verle unos metros detrás de los esbirros del Carusso, con las manos escondidas en el pantalón de su bonito traje y semblante del todo tranquilo. Me miró circunspecto. Y muy frío.

—Valerio Gabbana en mis dependencias, eso sí que es extraño — parloteó Angelo acercándose a Graciella. Kathia no se lo permitió— ¿Has visto lo que has provocado, Graciella? Ahora es probable que pierdas a otro hijo por no haber pensado las cosas.

—Nadie va a perder a nadie, Angelo —dijo Valerio paciente y tratando de serenar las cosas—. Nos llevamos a mi madre y dejamos esto como un encuentro fortuito, ¿entendido?

Lentamente fui acercándome a Graciella y la cogí del brazo. Kathia suspiró al verme.

—¿Es por eso por lo que has traído a tu jefe de seguridad? —Angelo señaló a Emilio, pero este no se intimidó ni un ápice.

—No era mi intención provocarte. —Me encolerizó ser testigo de la sumisión de un Gabbana. Eso mostraba cómo estaban las cosas.

—Olvidemos esto, Angelo —medié de pronto. Sé que no tendría que haber abierto la boca, pero fui puro instinto. Y me arrepentí de ello en cuanto vi a Mauro y a Valerio fruncir los labios.

Angelo puso su atención sobre mí.

—¿Y quién coño eres tú? —espetó antes de sonreír—. ¡Ah, sí! ¡La puta de Mesut Gayir!

Se me heló la sangre al percibir el desprecio con el que me habló, y no pude remediar dirigir la mirada hacia Enrico, que continuaba impassible, inerte. Completamente quieto y contenido.

—¡Basta! —exclamó Kathia empujándonos a Graciella y a mí hacia atrás. Estábamos muy cerca del coche—. No consentiré que esto se alargue más, ¿me has oído? —Le plantó cara al que una vez creyó su padre—. Deja que se vayan.

Angelo permaneció unos segundos sin mediar palabra, absolutamente

concentrado en Kathia.

—Muy bien —dijo sin más.

De pronto... se oyó un disparo.

Y después... empecé a sangrar.

Kathia

Angelo ordenó disparar con un gesto casi imperceptible.

—¡¡¡NO!!! —grité.

Pero no fue Graciella quien recibió el balazo. Ella había caído al suelo justo en el momento en que Sarah se interponía.

—¡SARAH! —chillé intentando lanzarme a por ella. Llegué a tiempo de evitar que su cabeza impactara en el suelo. Pero no pude hacer más, me vi empujada hacia atrás. Enrico me había cogido de la cintura e intentaba alejarme capeando con maestría mis forcejeos —. ¡¡¡Deja que vaya con ella!!! ¡¡¡Deja que vaya con ella!!!

Valerio cogió a su madre, se la entregó a Emilio y se lanzó a por Sarah. Escudriñó la herida mientras Mauro se preparaba para cogerla en brazos. Graciella forcejó con Emilio queriendo ir en nuestra busca. Casi me asfixio en mi propio llanto al ver cómo me miraba.

—¡Kathia! —gritó mi tía, pero yo no pude liberarme de Enrico y eso me provocó mayor desesperación.

—¡Hijo de puta! —le gruñí mientras aporreaba sus fuertes brazos. Mauro ya había cogido a Sarah y la metía en el coche—. ¡Tú la amabas! —exclamé—. ¡Me lo dijiste...!

De repente, caímos al suelo. Enrico se colocó sobre mí y esquivó mis puñetazos antes de taparme la boca con una mano y sujetarme los brazos con la otra.

—¡Cállate! —exclamó entre susurros, mirándome como si en cualquier momento fuera a perder la razón. Mirándome como si estuviera tratando de... decirme algo... —. ¡Cállate! —Y yo obedecí al tiempo en que Mauro y Valerio se marchaban en sus vehículos.

Poco a poco fue liberándome. Me limpié las lágrimas mientras me incorporaba y le observé sentado a mi lado. ¿Qué demonios acababa de pasar?

No me paré a preguntárselo. Ya no conocía a ese hombre y no era de

extrañar que me asombraran tanto sus reacciones. Enrico Materazzi era un completo desconocido para mí, al que de alguna manera y de forma insana aún deseaba de vuelta a mi lado.

Vi a Giovanna a unos metros de nosotros, con los brazos caídos y el rostro tensionado, pálido. No sabía hasta donde había visto, pero por sus ojos supe que había llegado en el momento indicado.

Eché a correr hacia mi habitación y quise dar un portazo, pero ella lo detuvo.

—Necesito saber cómo está —jadeé llevándome las manos a la cabeza—. Necesito estar con ella. —Estaba al borde del llanto.

—Kathia, debes calmarte. —Giovanna intentó tocarme, pero me alejé.

—¡¡¡No puedo!!! —chillé—. ¡Acaban de disparar a mi amiga, ¿lo entiendes?!

Tragó saliva y se humedeció los labios.

—Llamaré a Mauro, ¿de acuerdo? —propuso—. Él nos informará.

Pero aunque lo escuché, ya no estaba del todo en mi cuerpo. Las piernas me temblaban, el ritmo cardiaco estaba disparado y percibía el sudor recorriéndome la espina dorsal. Todo a mi alrededor se desdibujaba y se perdía en una neblina. Estaba teniendo un subidón de Ketamina...

—Voy a vomitar.

Sarah

—¡Date prisa! —gritó Valerio completamente desesperado mientras Mauro conducía incluso abordando las aceras u optando por calles en sentido contrario.

La sangre no dejaba de borbotear y empezaba a extenderse sobre Valerio como un torrente. Intenté moverme para evitarlo, pero un dolor en el tórax me atravesó y emití un jadeo tembloroso.

—No te muevas, Sarah —me pidió Valerio acomodándome en su regazo sin dejar de presionar en la herida. No sabía dónde me habían disparado, pero notaba la bala ardiendo en mi interior.

—La sangre... —gemí buscando su mirada.

—No te preocupes... —susurró—. No permitiré que te pase nada, amor.

De pronto me sobrevinieron unas ganas irrefrenables de vomitar y tosí sin saber que de mi boca también emanaría sangre. Empecé a convulsionarme con brusquedad mientras Mauro aceleraba todavía más.

—Mantén tu mirada sobre mí, Sarah —me instó Valerio—. Ni se te ocurra dormirte.

—No dejes de presionar la herida, ¿entendido? ¡No dejes de presionar la puta herida! —ordenó Mauro.

Las convulsiones fueron a más y noté un extraño calor subiendo por mis piernas. Ese mismo calor me complicó mucho la tarea de respirar con normalidad.

—Sarah, escúchame, no te duermas, ¿vale? —continuó Valerio, acariciando mi frente con la mano que tenía libre. Su mirada, asustada y brillante—. Todo saldrá bien, cariño, tú solo no te duermas.

—Me arden las piernas... —gemí mirando techo. Cada vez tenía menos fuerza... Cada vez era más difícil continuar despierta—. Enrico... —balbuceé.

Iba a morir amándole...

Mauro

Vi a Sarah por última vez cuando llegamos a la clínica *Santa Teresa* y un equipo de médicos se la llevó a toda prisa. En ese momento ella ya no era consciente de nada. Y no dejaba de murmurar el nombre de Enrico aferrándose con resistencia a la mano de Valerio. Fue la mejor muestra de la situación sentimental que estaba atravesando.

Cuando llegamos al Edificio, tuve la sensación de haberme perdido una gran confrontación, sobre todo cuando miré a mi abuelo y analicé las profundas miradas que le dirigía a su hijo mayor.

Silvano ni siquiera preguntó lo que había sucedido.

Cogió a Graciella, ignorando que esta no dejaba de llorar, se encerraron en la habitación y no volvimos a saber de ellos. No se escucharon ruidos, ni gritos. Por tanto era muy difícil saber lo que estaba sucediendo ahí dentro, entre los dos.

Nadie preguntó nada, nadie hizo referencia alguna a lo sucedido. Nos mantuvimos tensos y distantes los unos con los otros. Tan solo se escucharon suspiros de alivio cuando Valerio llamó alrededor de las cuatro de la madrugada y nos informó de que Sarah estaba fuera de peligro. Fue mi madre quien ahogó una exclamación y se marchó a prisa a nuestro piso. No le gustaba que la viéramos llorar ni tampoco que fuéramos tras ella.

Me retiré a mi habitación y me tumbé en la cama completamente agotado. Lo sucedido aquella noche daba un giro inesperado a cómo estaban planeadas las cosas y ahora se nos abría un nuevo inconveniente. Angelo no se quedaría quieto ante la intrusión de un Gabbana en su mansión y seguramente tendríamos represalias. Estábamos más en peligro que nunca.

Cerré los ojos con fuerza y me pregunté si alguna vez mi mente callaría un rato. No sabía lo que era el silencio desde la noche en que murió Cristianno, y quedarme a solas conmigo mismo suponía ahora una gran tortura. Mis pensamientos sonaban demasiado alto y apenas me dejaban descansar.

Me había convertido en un esclavo de mis intenciones.

Por eso, cuando vibró mi móvil sentí tanto gozo. Puede que estuviera agotado y necesitara dormir al menos una semana, pero tener algo que hacer me despejaría la mente lo suficiente para dejar de escuchar esa maldita vocecita interior.

Era un mensaje de Giovanna. Y, extrañamente, me provocó una sacudida.

Sarah

Me sorprendió despertar.

Casi tanto como el diagnóstico que me dio el doctor.

Según él, estaba estable y fuera de peligro. La bala no había tocado ninguna arteria u órgano vital aunque me costara creerlo, pero sí había estado muy cerca y había dañado algún que otro tejido. En un par de días me darían el alta y tendría que curarme la herida que me había quedado en el lumbar izquierdo, bajo las costillas. Una cicatriz de catorce puntos que llevaría de por vida.

Pero no rompí a llorar hasta que se marchó.

Había perdido mucha sangre y los médicos habían tenido problemas para dar con mi grupo sanguíneo porque no disponían de reservas en la clínica. Pero lograron al más inverosímil de los donantes. Y ahora Enrico no solo estaba en mi alma y en mi corazón, sino también en mi sangre. Incomprensiblemente, él me había mantenido con vida.

Sin embargo aquello no fue lo único de lo que me informó el médico. No lloré como lo había hecho otras veces. Esta vez apenas puede contener el aire. Jadeé y temblé mientras las lágrimas se me escapaban exigentes y demasiado calientes.

Valerio entró en la habitación y suspiró al verme llorar. Después contuvo un suspiro y se llevó una mano a la frente. Estaba preocupado y nervioso y triste y...

Dios, cómo me alegré de verle.

—No vas a librarte de mí tan fácilmente... —gemí pulsando la tecla que incorporaba un poco el colchón. Contuve una mueca de dolor para no preocuparle más.

Él sonrió desganado y yo aproveché para limpiarme las lágrimas obviando que seguirían cayendo con más insistencia.

—¿Crees que podrás soportar que te abrace? —me preguntó avanzando lentamente hacia mí.

—Por supuesto. —Y me perdí en sus fuertes y dulces brazos que me envolvieron con delicadeza y ternura.

— Me has asustado, ¿lo sabías? Creí que te perdía. —Lloré con más fuerza y me ahogué en mis lágrimas percibiendo cómo mi mente buscaba a Enrico en su aroma—. Respira... —Me sugirió Valerio reteniendo mis temblores con su cuerpo.

—No es tan sencillo, Valerio... —tartamudeé.

Entonces él me miró y lo hizo empezando a hacerse una idea de por qué lloraba.

—¿Qué ocurre? —Preguntó con un poco de miedo, frunciendo el ceño.

Negué con la cabeza y me pellizqué el ceño aprovechando el gesto para quitarle la mirada.

—No, no debes cargar con más peso...

—Dímelo, Sarah —me obligó a mirarle cogiéndome de la barbilla—. Estoy aquí, amor.

Me mordí el labio y desistí en frenar el llanto. No había forma de pararlo.

—Estoy de tres semanas... —sollocé y enterré la cara entre las manos unos segundos antes de seguir—. Estoy embarazada.

Valerio empalideció y dejó que su mirada se perdiera en algún punto lejos de mi alcance.

—Enrico... —siseó.

Mauro

Fue sencillo colarse en casa de Giovanna. No había demasiada vigilancia, así que pude tomarme mi tiempo para trepar hasta el alfeizar de la ventana de su habitación y reprenderme por la soberbia gilipollez que estaba cometiendo mientras evitaba mirar hacia abajo. No, no tenía vértigo, pero las alturas no eran mi fuerte. Ni tampoco escalar. Podría haber optado por responderle el mensaje y listo. Pero era demasiado capullo para hacer las cosas como la gente normal.

Giovanna estaba sentada en su cama y miraba inquieta su móvil cuando al fin me senté en el poyete. Tenía las piernas encogidas y bien pegadas al pecho y el cabello le caía sobre las mejillas. Estaba curiosamente bonita. Y yo, incauto y repentinamente atraído.

Puse los ojos en blanco anulando aquel extraño sentimiento y golpeé el cristal con un dedo sin saber que Giovanna se sobresaltaría.

—¡Cazzo! —exclamó al tiempo en que se caía de la cama y se enredaba entre las sábanas.

Por unos segundos solo pude ver tela revolviéndose de un lado a otro. De pronto asomó su cabeza y un poco más tarde ella al completo recomponiendo su escueto pijama azul cielo. Las mejillas encendidas en rubor y una mirada avergonzada. Aunque dichos síntomas solo duraron un momento. Enseguida me aniquiló con sus ojos al ser consciente de que yo había visto todo el proceso de su caída y no sabía si reír o entrar a consolarla.

Se lanzó a la ventana y la abrió.

—¿Todo bien? —pregunté sabiendo que mi rostro mostraba una expresión divertida.

Giovanna me advirtió con una ojeada y apoyó sus caderas en el alfeizar. Su rodilla tocó la mía.

—¿Cómo has sabido que estaría aquí y no en la mansión? —Me pareció muy interesante la forma que tuvo de tragarse las ganas de abofetearme que sentía en aquel momento.

—¿Por qué sino ibas a decirme que necesitabas verme? —le respondí con otra pregunta y logré desmarcarla lo suficiente como para que cambiara su forma de mirarme. Ahora lo hacía con sorpresa y una pizca de timidez. Levanté las cejas y me acerqué un poco más a ella—. Me proteges con Valentino y ahora me expones... No tiene sentido, ¿no? —Al parecer Giovanna no esperaba que me hubiera dado cuenta de sus intenciones cuando nos vimos horas antes.

Pero pensarlo me producía una incomodidad demasiado inaudita. No tenía sentido que me molestara saber lo que había pasado entre ella y Valentino. Aunque algo en mí me decía que Giovanna no había disfrutado con ello.

—No... —Esperó a volver a tomar el control de sí misma para mirarme de nuevo—. ¿Cómo está Sarah? —lo preguntó en un jadeo.

—Fuera de peligro —dije sin rodeos—. Ha perdido bastante sangre, pero la bala en realidad solo la rozó. Se recuperará muy pronto. —Terminé tragando saliva y agradeciendo al destino que no se hubiera llevado a Sarah.

Giovanna inclinó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y soltó el aire que

enseguida se mezcló con una pequeña brisa que nos envolvió.

—Kathia está muy asustada —comentó—. He querido quedarme con ella, pero no me han dejado.

Eso ya lo sabía, y era lo que me había estado temiendo las últimas semanas. En cuanto la mansión estuviera rehabilitada, cada familia volvería a sus habituales vidas. Lo que significaba que Angelo viviría en la mansión y su cuñada en su bonita casa de Prati. Giovanna tendría bien difícil estar con Kathia. Aunque... ya se habían tomado algunas medidas.

No había de qué preocuparse. Al menos eso creía.

Nos mantuvimos callados un largo rato, mirando al horizonte y enviándonos miradas de soslayo que pocas veces coincidieron. Pero cuando lo hacían, Giovanna temblaba y a mí... me gustaba que eso pasara. Me gustaba casi tanto como el cómodo silencio que compartíamos.

Hasta que de pronto no pude callármelo por más tiempo. Era evidente que la Carusso se sentía atraída hacia mí y en cierto modo comprendía dicha atracción porque ella también la había suscitado en mí en ocasiones. Pero una simple atracción no te lleva a proteger a alguien de la forma en que ella me había protegido. Una atracción no te cambia como la había cambiado a ella, ni te hace diferente. A no ser que sea... amor.

—¿Por qué lo has hecho? —Pregunté de súbito, sin pensarlo demasiado y sabiendo que a Giovanna le costaría reaccionar—. ¿Por qué me has protegido? —La miré y por primera vez sentí un irrefrenable deseo de perderme en su mirada.

—¿Por qué has tardado tanto en darte cuenta? —Ruborizada, Giovanna se escondió tras sus habituales evasivas.

Torcí el gesto y la miré con dureza.

—Responde.

—Deja que tenga mis reservas, Mauro. —Giró la cabeza y desvió la mirada—. No puedes saberlo todo —susurró.

No, no podía saberlo todo... pero aquella respuesta me dijo lo suficiente.

Giovanna sentía por mí... más incluso de lo que ella imaginaba o deseaba. Cómo y cuándo había sucedido ni siquiera ella misma lo sabía, pero había pasado y punto. Y ahora que sabía de sus sentimientos hacia mí, no supe bien cómo afrontarlo. No estaba preparado para aquello porque no era recíproco.

<<No, no es recíproco>>, me dije.

Sin embargo levanté una mano y la llevé hacia su mejilla sin saber muy

bien qué demonios pretendía. Giovanna contuvo la respiración al notar mis nudillos rozando suavemente su mejilla, y me miró dubitativa. Tragó saliva cuando decidí bajar los dedos y acercarme a sus labios. No se movió mientras los repasaba con el pulgar notando cómo un impulso me reclamaba besarlos. Pero también supe que si obedecía, finalmente terminaría con su cuerpo desnudo bajo el mío, haciendo el amor en aquella cama. Y no estaba seguro de si quería un momento así entre los dos. No estaba seguro de nada con Giovanna.

Fue una llamada lo que me hizo apartarme y congelar la extraña sensación de deseo que sentí por ella y que jamás había experimentado con nadie. Cogí el móvil y me lo llevé a la oreja.

—¿Qué ocurre, papá?

—Regresa, Mauro. Tenemos asuntos que arreglar. —Mi padre habló cansado y demasiado serio.

—Voy para allá. —Colgué y miré hacia abajo—. Te llamaré mañana —le dije a Giovanna.

—Ya es mañana —protestó ella, con un atractivo y coqueto tono de voz.

La miré de reojo y solté un estúpida sonrisilla de infante.

—Te llamaré por la mañana —maticé.

—De acuerdo. —Giovanna sonrió sin saber que aquello me provocaría un escalofrío.

—Bien. *Ciao*. —No le di tiempo a una despedida. Me descolgué del alfeizar y emprendí el descenso.

¿Qué coño acababa de pasar entre los dos? ¿Habíamos flirteado? ¿Yo, con una Carusso? Y no ninguna Carusso, sino *la* Carusso. La mujer más cínica que había conocido nunca, la misma con la que había compartido una repulsión absoluta durante años.

Salté sobre la hierba y negué con la cabeza instándome a olvidar lo sucedido. El cansancio pasaba factura. Tal vez lo que me ocurría se debía a que había empatizado bastante con ella. Algo normal después de las semanas que habíamos compartido juntos.

—Mauro... —Una exclamación entre susurros.

Miré hacia atrás y descubrí a Giovanna corriendo hacía a mí. Se lanzó a mis brazos y me rodeó el cuello en un intenso abrazo que me cortó el aliento. Me quedé completamente inmóvil y tenso, percibiendo los apresurados latidos de su corazón contra mi pecho. Sus piernas entre las mías, su cintura contra la mía, su aliento rebotando en mi mandíbula. Su

boca demasiado cerca...

Mi cuerpo poco a poco se destensó y mis brazos rodearon su cintura sin esperar que Giovanna temblara bajo mi contacto. Supe mientras la abrazaba que debía hacer algo con sus sentimientos. Puede que no fueran recíprocos, pero no estaba dispuesto a hacerle daño.

Agaché la cabeza y la hundí en su cuello, perdiéndome en el aroma de su piel.

Kathia

La oscuridad de mi habitación me engulló sin miramientos tomando forma de enormes demonios que intentaban capturarme. Traté de esquivarlos con empeños incoherentes mientras me ahogaba en espasmos cada vez más graves y un sudor más frío.

Comprendí que la Ketamina era mi gran aliada, que durante su efecto me sentía poderosa y libre de cualquier carga emocional por muy grande que fuera; ni siquiera pensar en Cristianno dolía. Pero cuando mayor era la dependencia, peor era la resaca. Y pensar que Sarah podría estar muerta tampoco ayudaba. A aquellas horas su cuerpo tal vez estaría en la morgue, pasando a formar parte de la lista de personas que, de algún modo, había visto morir.

Cristianno, si puedes escucharme y todavía no es demasiado tarde, no te lledes a Sarah, por favor. No permitas que muera.

Los calambres en las piernas se hicieron más intensos. El dolor en el vientre más insoportable. Me retorcí en mi cama haciéndome muy pequeña.

Alguien entró en la habitación y un fuerte escalofrío me recorrió la espalda antes de mirar. Contuve un jadeo y solo fui capaz de pensar en una cosa:

<<Me encargaré de que no olvides ese día, mi amor. >> Cuando Valentino me dijo aquello comprendí perfectamente su contexto, pero no esperaba que llegara a cumplirlo. Supongo que confié demasiado en que fuera una fanfarronada para asustarme. Pero, como la mayoría de las veces, me equivoqué. Y esta vez la equivocación me costaría muy cara, porque allí estaba Valentino más que dispuesto a cumplir con su promesa.

Se deshizo de la camiseta descalzándose al mismo tiempo y echó mano a sus pantalones. Se movió tranquilo observándome con una sonrisa suave y cruel en la boca. Solo él sabía lo que iba a sucederme. Solo él sabía lo que iba a durar.

Me encogí todo lo que pude, tanto que incluso creí que terminaría formando parte del cabecero de mi cama. Pero aquello no hizo más que alentar a Valentino. Hice que se sintiera poderoso.

Me temblaron los labios por el miedo al observar cómo se desprendía de la última prenda y se dirigía a mí. Me recordó a un felino agazapado entre las sombras cuando apoyó los brazos en el colchón y se impulsó con ellos.

Todo muy lento, demasiado escalofriante.

Fruncí los labios creyendo que podría controlar mi llanto, pero ya era demasiado tarde. El temor pudo con todo y sentí las lágrimas rodar por mis mejillas mientras el horror se expandía hasta el punto de hacerme jadear.

Valentino me tocó el tobillo. Me encogí un poco más, pero no me quedaba espacio. Estaba atrapada y a él le divirtió.

Solo me quedaba gritar. Pero ¿quién acudiría?, ¿quién me rescataría esta vez?

<<Nadie, >> me dije, pero aun así lo intentaría.

Y el grito murió entre los dedos de Valentino. Se movió hábil y yo abrí los ojos desorbitadamente antes de verme arrastrada hacia el centro de la cama. Ahora estaba tendida bajo su cuerpo con el peso de su mano sobre mi boca y su cuerpo desnudo buscando el mío.

Intenté apartarme, intenté luchar. Pero ni su resistencia ni lo poco que quedaba de la ketamina en mí me lo permitían.

Valentino empezó besándome por el cuello mientras colaba la mano que le quedaba libre bajo mi camiseta. Llegó a uno de mis pechos y lo estrujó proporcionándome una sensación de absoluta repugnancia. Aquellas no era las caricias excitantes y apasionadas de mi Cristianno. No había nada de él en aquel calor perturbador.

Gemí y volví a retorcerme cuando subió la intensidad de la presión de sus dedos.

—Si continuas resistiéndote, será más desagradable, Kathia —susurró Valentino capturando el filo de mi culotte. Reuní toda la fuerza que me permitieron mis piernas en intenté desviarme hacia un lado—. No podrás huir de mí esta vez, amor. —Porque me tenía bien sujeta.

Tiró de la prenda interior, desgarrándola sin importarle el fuerte escozor que sentí en la ingle. Me quejé, pero lo obvió empujando mis piernas hasta colarse entre ellas mientras me tanteaba con rudeza.

Forcejé, intenté arañarle, pegarle, morderle la mano con la que me enmudecía mientras me ahogaba en mis propios gemidos. Pero nada de

aquello evitó que percibiera su vigorosa presencia en el inicio de mi entropierna.

Intuí la embestida un instante antes de sentir a Valentino completamente dentro de mí. Borrando la exquisita perfección con la que Cristianno me había hecho el amor.

Y cerré los ojos.

Dios, qué pequeña e insignificante me sentí. Qué razón llevaba Valentino al decir que jamás olvidaría aquel momento.

Qué lejos estaba ya de Cristianno... Qué poco me quedaba de él.

Mauro

No me sorprendió encontrar a toda mi familia en el salón de mis tíos gritándose, indignados. No, lo que realmente llamó mi atención fue encontrar a Enrico impasible y todavía vestido con el esmoquin de la fiesta de Angelo sentado en un rincón. Se enviaba miradas de soslayo con Silvano creyendo que nadie le veía. Y era cierto, al menos hasta que llegué yo y me senté junto a él.

—¿Dónde coño estabas? —me susurró Enrico un tanto cabizbajo ahora.

Le miré demasiado crítico, más pendiente de su actitud que del enfrentamiento que se estaba dando entre Silvano y el resto de la familia.

—Es mucho más importante que me expliques por qué mierda estás aquí y no con Kathia. —Un reproche cargado de violencia.

—No deberías emplear ese tono de voz conmigo, compañero —me advirtió, y en cierto modo me intimidó bastante. Pero no se lo haría saber.

—Es el que tengo.

—¡Basta! —gritó Silvano por encima de las demás voces—. ¡Esto no es refutable! Queríais que moviera ficha y eso es lo que estoy haciendo.

Mi padre golpeó la mesa con la mano y señaló a su hermano mayor con un dedo.

—No puedes disponerlo todo, no puedes decidir sobre mi esposa sin consultarme. ¡Ni siquiera me cuentas a dónde demonios te llevas a las mujeres de esta casa! —Mi padre estaba completamente fuera de sí. Jamás le había visto enfrentarse de ese modo a mi tío. Apenas le faltaba saltar sobre él y arrancarle la cabeza.

Todos permanecían en pie, excepto mi abuelo que observaba cada detalle con una atención extremadamente especial. Mi abuela en cambio se movía de un lado a otro, mis primos estaban cruzados de brazos sin saber muy bien qué hacer y mi madre intentaba que Graciella actuara e hiciera entrar en razón a su esposo. Pero esta se mantenía al margen con un rostro

cansado. Seguramente porque ya había hablado con Silvano mientras estuvo encerrada con él en la habitación.

—No diré más, Alessio —continuó Silvano intentando mantener la calma—. Lo que ha sucedido esta noche ha puesto en peligro directo a las mujeres de esta familia. Sarah está herida, ¡por el amor de Dios! —Se llevó una mano a la frente y cogió aire. Mi tío estaba completamente solo en aquello, o al menos eso creían algunos. Miró a su esposa—. Nos hemos expuesto demasiado... —Graciella bajó la mirada, sintiéndose culpable— ... Eso ha provocado ciertas... ambiciones en Angelo. Y todos sabemos que las conseguirá de un modo u otro.

Esas ambiciones se reducían a que ahora todas las mujeres Gabbana estaban en peligro de muerte. Angelo intentaría deshacerse de ellas para así debilitar más nuestra cúpula. La idea (inmaculada y completamente comprensible) de Silvano era protegerlas de ese peligro enviándolas a un lugar del que solo él tenía conocimiento. Pero al analizar cómo se comunicaba con Enrico en silencio, yo también supe dicho destino.

Y miré mi móvil...

—¿Cómo lo sabes? —intervino Valerio—. Tengo la sensación de que nos ocultas muchas cosas y esta sería la primera vez que eso sucede, papá. —Mi primo prefirió dirigirse a su padre con tranquilidad.

—Es mejor continuar así, Valerio —repuso Silvano.

—¡Estoy harto de esto! —exclamó Diego, que no tuvo la misma paciencia que su hermano.

A Silvano no le gustó ese reproche y atacó.

—¡Haréis lo que os ordene y no os opondréis! —gritó, y señaló a las mujeres con cierta furia—. Abandonaréis Roma y no hay más que hablar, ¿Me habéis entendido?

Fue mi abuela la que se adelantó y se refirió a su hijo con evidente desagrado.

—Esta es mi ciudad y que tú la estés perdiendo no significa que tenga que abandonarla. —Ofelia observó a su hijo con la misma dureza con la que le había hablado.

Silvano entrecerró los ojos y torció el gesto como solía hacer Cristianno: suscitando una tensión en torno a él muy difícil de pasar por alto.

—¿Tú crees que la estoy perdiendo? —Una insinuación poderosa que pudo con todo.

—No dejaré que mi mujer se vaya a un lugar que desconozco —espetó

mi padre, todavía tozudo. Él aún no comprendía lo equivocado que estaba al oponerse a la decisión de su hermano.

—Tu mujer se irá donde yo diga. —Ese comentario fue lo que hizo que mi padre estallara.

Se abalanzó a por Silvano más que dispuesto a apalearle allí mismo. Silvano dudó sobre su bastón, pero se dispuso a recibir la tunda de su hermano sin saber que Valerio, Diego y yo detendríamos aquello.

Apenas pudimos contener a mi padre.

—¡Estás llevando a esta familia al desastre, Silvano! —gritó buscando la forma de liberarse de nosotros.

Los Carusso nos habían empujado a una situación en la que incluso nosotros mismo nos destruíamos. Aquello era demasiado.

Vi de soslayo cómo mi abuelo se levantaba de su asiento y se apoyaba en Silvano. Últimamente estaba demasiado agarrotado y apenas podía moverse con normalidad.

—¡ALESSIO! —gritó llegando incluso a paralizar el tiempo. Toda su voz se extendió por el salón y nos produjo un fuerte escalofrío. Captó nuestras atenciones al instante—. Quiero silencio. No quiero oír ni siquiera cómo respiráis. —Esa orden se cumplió ipso facto segundos antes de que Emilio hiciera acto de presencia.

Se acercó a su jefe.

—Silvano, el equipaje y el jet están listos —dijo, y mi padre suspiró abatido.

—Bien... —asintió mi tío antes de mirar a su hermano—. Será mejor que os despedáis.

—Dios mío... —jadeó mi madre.

Todo el murmullo que le siguió pasó a un segundo plano cuando escuché hablar a mi tía.

—Dijiste que podría despedirme de mi hijo.

—Y así será, mi amor. —Silvano acarició a su esposa y se encaminó hacia la puerta.

Mi alrededor se convirtió un revuelto de abrazos y reproches del que me sentía que formaba parte a medias. Por un momento estaba dentro y fuera de mi cuerpo.

¿Cansancio? ¿Desconcierto? ¿Ambas cosas? No lo sabía y tampoco sabía si podría averiguarlo.

Agaché la cabeza y suspiré.
Entonces miré a mi abuelo. Y lo supo todo.
Absolutamente todo.
Me había vencido con solo una mirada.

Sarah

Le vi correr por un jardín rodeado de girasoles la mañana de su quinto cumpleaños. Era niño, rubio, y tenía los ojos y la boca de su padre. La impresión de ver a mi propio hijo con tanta claridad me provocó unas punzadas en el vientre.

No quería quererle, pero ni siquiera existía y ya soñaba con tenerle entre mis brazos. Iba a ser la madre del primogénito del asesino de Cristianno.

Lentamente fui saliendo de aquel sueño. Mi yo más consciente me reprendió por imaginar a ese niño como un deseo cuando la realidad era que le había rogado a Valerio que me ayudara a eliminar todo rastro de unión con Enrico. Aunque mi mente, mi cuerpo y corazón aún le necesitasen.

No, no podía traer al mundo a ese niño. Pero Valerio no estuvo muy de acuerdo con mi decisión porque supo mejor que yo que no estaba preparada para desprenderme de la criatura que se estaba gestando en mi interior. Y en cierto modo llevaba razón, no quería, pero tenerlo me ataría de por vida a Enrico.

Ya no estaba segura de nada.

Mi cuerpo empezó a despertar. Apenas sentía dolor, tan solo un ligero mareo que, según mi médico, persistiría algunas semanas. Al menos hasta que el embarazo llegará al primer mes.

Me removí en la cama y abrí los ojos notando una espesura en la mirada de la que me deshice con unos ligeros pestañeos. Por eso no le di importancia a la visión que tuve de la silueta de una persona a los pies de mi cama. Al menos no hasta que empecé a ver con normalidad y me topé con el bonito rostro de Daniela cabizbaja y observando con interés algo que tenía entre las manos.

Incliné un poco la cabeza y la descubrí a ella en una foto que tenía en el móvil y que compartía con Cristianno. Ella mirando a cámara con un guiño, él abrazándola y lamiéndole la mejilla.

Era una imagen divertida y me hizo sonreír y captar la atención de mi amiga.

—Ey... —suspiró soltando el móvil y lanzándose a mis brazos—. Tienes buen aspecto después de todo. —Lo dijo con un ligero tono bromista que escogió con esmero para que yo no percibiera su desconcierto y preocupación.

—Buena forma de preguntarme cómo estoy —comenté optando por seguir su estilo. A fin de cuentas, si Dani había preferido aquella actitud era una buena muestra de lo poco preparada que estaba para tanta presión. No quise proporcionarle más—. ¿Quién te lo ha dicho? —pregunté en cuanto ella se apartó de mí.

—Giovanna...

—Vaya —dije sorprendida. Esperé que nombrara a Mauro o incluso a su novio.

—Esa chica... —siseó frunciendo el ceño—. No sé, es extraño. No termino de fiarme de ella, pero después la miró y me siento raramente reconfortada. —Daniela y Giovanna no habían compartido, digamos, una gran amistad. Más bien se odiaban de una forma muy evidente. Pero de un tiempo a esta parte Giovanna no solo me llamaba a mí para comunicarme la situación diaria de Kathia, sino también a Dani, y aquel gesto era más difícil de interpretar—. Me ha llamado hace un rato explicándome lo sucedido. Dijo que creía que querría saberlo. ¿No te parece demasiado considerado para ser una Carusso?

—Algo sí, la verdad. —Resoplé una sonrisa y después contuve mis ansias de abordarla con mil preguntas—. ¿Sabes algo del Edificio?

Negó con la cabeza.

—He llamado, pero me ha contestado Antonella y me ha dicho que no podía ponerse nadie en ese momento. Mauro no contesta a mis llamadas, y Alex tampoco. —Hundió la cabeza entre las manos y suspiró—. Dios, no sé qué pasa, pero sea lo que sea no quieren que yo lo sepa.

—Mejor así, cariño. —Le acaricié la cabeza.

—¿Pudiste ver a Kathia? —preguntó mirándome suplicante. Ella aún no había tenido oportunidad de ver a su amiga y era demasiado evidente lo mucho que la echaba de menos y se preocupaba por ella.

Así que barajé bien mis respuestas. Si le contestaba con un sí tendría que desarrollar mi contestación llegando a explicarle el riesgo que corrió ante Angelo al intentar proteger a Graciella. Eso la preocuparía más de lo que

ya estaba por ella y no quería inquietarla más.

Por eso respondí que...

—...No. No estaba allí cuando llegamos. —Me sentí un tanto sucia por mentirle.

De pronto sonó su teléfono. A Daniela se le iluminaron los ojos al ver el nombre de Alex latir en la pantalla.

—Hola, mi amor —dijo un tanto ilusionada.

Ilusión que fue menguando conforme pasaban los segundos, hasta lograr que Daniela adoptara un gesto serio y turbado.

Cogí su mano.

—¿Por qué el aeródromo, Alex? ¿Por qué no podemos vernos en otro lugar? ¿Qué demonios pasa, cariño? —Tragó saliva y me apretó la mano. Algo no iba bien—. Está bien, voy para allá.

Colgó y se quedó mirando adelante.

—¿Qué ocurre, Dani? —pregunté bajito.

—Alex quiere hablar conmigo —susurró nerviosa—. Dice que es importante y me ha citado en el aeródromo de los Gabbana. —Me miró y lo hizo intentando encontrar una respuesta en mis ojos—. Creo que quiere despedirse de mí.

Si esa era la verdad, trágicamente comprendí bien los motivos de Alex.

Mauro

Graciella no cambió de postura ni un instante en los veinte minutos que llevaba sentada frente a la tumba de su hijo. Pestañeaba muy despacio y, de vez en cuando, suspiraba hondamente y cerraba los ojos como queriendo coger fuerzas para continuar mirando el sarcófago con la poca entereza que le quedaba.

Silvano permanecía en silencio a su lado, proporcionándole el tiempo y el espacio necesarios para que se despidiera, pero ambos sabían que ni mil horas valdrían.

Les observaba desde el exterior del panteón, vigilando los alrededores y observando cómo el cielo poco a poco terminaba de amanecer. Aquel día sería interminable y ni siquiera había empezado. El cansancio empezaba a pasar factura y apenas me permitía enfocar la vista o respirar con normalidad.

Aun así, me sentí algo más relajado que hacía un rato. Mi padre, en cierto modo, había entrado en razón y, aunque no cruzaba palabra alguna con nadie, tampoco se oponía. Se había aferrado a la mano de su esposa y no la había soltado ni un segundo. Esperaban en el coche junto a mis abuelos en el más estricto silencio, absorbiendo sus últimos momentos juntos. Ninguno sabíamos el tiempo que estaríamos separados.

Eché una ojeada a mi móvil cuando lo sentí vibrar. Era Alex.

Acabo de salir de casa de los Ferro, todo listo.

Le contesté con un guiño.

—¿Recuerdas cuando nació? —susurró mi tía levantándose de su asiento y acercándose a la piedra fría. La acarició con la punta de los dedos mientras contenía las lágrimas.

—Recuerdo que te miró y dejó de llorar —comentó Silvano un instante antes de colocarle la mano sobre el hombro.

Graciella cerró los ojos y apoyó la mejilla en la mano de su esposo.

—Tenía los ojos más azules que hubiera visto jamás. —Poco a poco fue dándose la vuelta, hasta que terminó completamente frente a Silvano.

—Heredó tu belleza.

—Qué mentiroso eres —afirmó, y terminó apoyando la cabeza sobre el pecho de mi tío—. Mi Cristianno... Solo era un niño, Silvano. Solo era un chiquillo enamorado. —No pude ver si Graciella lloraba, pero sí lo sentí.

Silvano me miró con fuerza y tragó saliva antes de rodear el cuerpo de su esposa con los brazos.

—Les venceremos, amor. —No supe si realmente se lo decía a ella, a mí o a sí mismo—. Vengaré la memoria de nuestro hijo, ¿me has entendido?

—Y aun así eso no le traerá de vuelta. —Graciella se apartó y volvió su atención a la tumba de su hijo—. Debes prometerme algo antes de irme. —Acarició el nombre—. Él querría que protegiéramos a Kathia. Querría que veláramos por su seguridad y se lo debemos, Silvano. —Le miró de soslayo—. No solo a él, sino también a ella. Prométeme que la protegerás.

Silvano se acercó y le susurró:

—Ni siquiera hace falta que lo prometa, amor. —Porque ya lo estaba haciendo.

Agaché la cabeza cuando decidieron besarse.

Kathia

No pensé en nada...

...más que en él.

<<—*Todo acabará...* —dijo Cristianno con una voz que pareció muy lejana—. *El dolor y el miedo se irán y esto solo formará parte del recuerdo...*>>

Me encogí un poco más en la cama y me aferré a la sábana y a sus palabras.

<<—*No volverás a sentir esta agonía que te quema...*>>

Te has equivocado, amor. Esta vez, te has equivocado, le dije.

Y rompí a llorar entre convulsiones y escalofríos.

Ya todo estaba infestado en mí. Era un juguete roto irreparable.

La barrera que me separaba del desborde absoluto era que Valentino aún no me había tocado, y se había desmoronado en cuanto se tumbó desnudo sobre mí. Lo único puro que me quedaba de Cristianno se fue con ese

instante. Se perdió en algún lugar al que ya no podía acceder, y tuve la sensación de que aquel precipicio no tenía fin.

Caería constantemente y después volvería a caer un poco más profundo en una espiral irrevocable de aversión y temor. No había nacido para ser alguien especial. Y si alguna vez pude serlo o lo creí, si alguna vez vi esa estrella, se fue con Cristianno.

—¡Por el amor de Dios! ¡Son las ocho de la mañana! Deberías estar en pie, niña. —Las lágrimas y mis fuertes pensamientos no me dejaron escuchar cómo Olimpia y Marzia entraban en mi habitación.

Las miré por encima del hombro un instante antes de ver cómo la luz del día entraba en mi habitación. Olimpia acababa de retirar las cortinas.

—Levántate de una maldita vez. Vito está a punto de llegar y hoy tenemos la primera prueba de catering —explicó la maldita esposa de Angelo creyendo que la escuchaba.

—Dejadme en paz —rezongué enterrando la cabeza en la almohada. No quería que vieran rastro del llanto.

De repente me arrebataron la colcha y me cogieron del brazo. Marzia comenzó a tirar de mí con rudeza importándole una mierda que sus malditas uñas de porcelana estuvieran clavándose en mi piel. Intenté resistirme y la empujé sin creer que volvería a la carga segundos más tarde, empleando un poco más de violencia. Tanta que incluso me tiró del pelo.

Me rodeé masticando una fuerte oleada de furia que me recorrió todo el cuerpo. Brotó de mis instintos más primarios y salvajes y me empujó a atacar. Conteniendo un grito de frustración, arremetí contra Marzia con toda la fuerza que pude reunir, que fue más de la que esperaba.

Y el tiempo se ralentizó. La vi asustarse, temerme. La vi moverse violentamente hacia atrás y tropezar con sus propios pies. La vi estamparse contra el filo de mármol de mi cómoda y caer al suelo dejando un rastro de sangre que pronto comenzó a expandirse por el suelo.

Olimpia dejó de reír de inmediato y observó entre temblores el cuerpo sin vida de su única hija. Marzia había muerto a causa de mi furia y ella había visto todo el proceso. Incluso se había reído. Pero aquello ya no le hacía gracia. Y mientras ella se perdía en su extraña desolación y desconcierto, a mí me inundó un extraño placer. Saboreé la adrenalina más depravada.

Pero también sentí un extraño temor al percibir las virulentas miradas de

Olimpia. Emitió un escalofriante grito y se abalanzó a por mí completamente enajenada. Me arrinconó sin miramientos, me abofeteó hasta tirarme al suelo y empezó a apalearme y arañarme con intensidad mientras se ahogaba en su propio y extraño llanto.

Traté de esquivarla, pero era poco el espacio que me dejaba y muy rápida la ofensiva de sus manos. No me quedó de otra que protegerme mientras me arrastraba por el suelo.

—¡Señora! —gritó Carmina. La vi entrar por entre las piernas de Olimpia—. ¡Sibila, rápido! —Recibí una patada en las costillas segundos antes de que las sirvientas se la lanzaran a por la Carusso. Me quedé sin aire.

Ambas la retuvieron de cualquier modo y la apartaron de mí con empeños y tirones. Forcejearon con ella sin saber que terminarían en el suelo soportando los fuertes embates de Olimpia. Pero aun teniéndola a varios metros de mí, apenas pude dejar de cubrirme.

—¡Voy a matarla! ¡Soltadme! ¡Te mataré en cuanto todo esto termine, Kathia! —chilló.

—Sal de aquí, Kathia —me exigió Sibila. Y eso hice.

Me apoyé en la pared, impulsándome con las palmas de las manos y abalancé al primer cajón de la cómoda. Cogí la bolsa de Ketamina y eché a correr sintiéndome torpe y lánguida. Tropecé al filo de la escalera y me agarré a tiempo de caer rodando. Fue en ese momento cuando me sentí algo desechable. Cuando sentí que, si a Olimpia no le hubiera importado tanto el poder, me habría matado allí mismo, a base de patadas y puñetazos.

Bajé torpemente los escalones, salí corriendo de la casa y me subí al primer coche que vi con la muerte de la que creí mi hermana pesándome en los hombros.

Mauro

Mis padres apenas se despidieron. Se dieron un corto beso en los labios y mi padre regresó al coche con paso ligero e incómodo mientras mi madre le observaba anhelando un poco más de contacto. No se extendieron en abrazos, ni en carantoñas. Ni siquiera se dedicaron unas palabras de amor al oído, como solían hacer continuamente cada día. Pero aquella actitud estaba más que justificada viniendo de Alessio Gabbana; era la perfecta prueba de lo mucho que le costaba alejarse de su mujer. Tanto que apenas la había mirado en todo el trayecto desde el cementerio al aeródromo.

También besó a mi abuela y después le lanzó unas miradas furibundas a Silvano que todos, de algún modo, entendimos y preferimos dejar pasar.

Mi madre suspiró y enseguida me miró. Me encontró cabizbajo y un tanto comedido. Sabía perfectamente a dónde iban, pero aquella sería la primera vez que tendría que despedirme y no era agradable.

Se acercó a mí y lo primero que percibí de ella fue su exquisito perfume dulce y tranquilizador, que siempre la rodeaba. Después, la suavidad de sus uñas y el calor de sus manos cuando envolvió las mías.

—Sube conmigo a ese avión, Mauro —declaró indecisa.

—No puedo, mamá —murmuré—. No puedo abandonar ahora.

Torció el gesto y se recreó más de la cuenta en pestañear. Gesto que me indicó lo mucho que le atemorizaba mi respuesta.

—Eres mi niño. —Lo dijo con los ojos cerrados.

—Lo sé, pero soy un Gabbana. —Aquella referencia lo dijo todo, y ella lo supo—. ¿Qué clase de futuro les daré a mis hijos si no lucho ahora? ¿Qué será de nosotros? —Tragué saliva sin esperar que ella hiciera lo mismo—. Debo quedarme, mamá.

—¿Y qué hay de mi hijo? —protestó—. Ya he visto a Ofelia perder a tu tío y a Graciella perder a tu primo... —Su voz terminó ahogándose—. No me lo pongas tan difícil, Mauro. Ven conmigo. —Esta vez sonó más suplicante.

Consideré la posibilidad de obedecer, porque quería hacerlo y me moría de ganas de estar donde ella estuviera. Pero me necesitaban en Roma. Kathia me necesitaba. Y Giovanna... Giovanna... Extrañamente se me encogió el vientre al pensar en ella.

—Estaré bien, mamá —añadí acercándome a ella. Me perdí en su abrazo—. Te lo prometo —le susurré en el cuello.

—No puedes prometerme eso, cariño. No puedes.

Me besó en la frente y me dio la espalda para empezar a caminar hacia el jet.

—Mamá... —la llamé, pero ella me ignoró—. Mamá... —Insistí echando a correr.

Volví a abrazarla y me aseguré de que aquella vez fuera diferente: mucho más intensa y profunda, confiando en que sintiera mi determinación.

—Mantente a salvo, ¿me has oído? —me instó apretando fuertemente mi torso.

—Te quiero.

—Y yo a ti, mi amor.

Nos miramos uno segundos más antes de ver de soslayo cómo mi abuela subía pasito a pasito las escaleras ayudada por Antonella y mi tía Graciella.

—Cuida de ellas, mamá —le pedí señalándole con la cabeza—. Ahora eres la más fuerte de todas.

Verla perderse en el interior de aquel pequeño avión me produjo un insólito vértigo.

—¿Mauro? —Enseguida me di la vuelta.

Daniela me observaba desconcertada, preguntándose mil cosas en silencio. Sus pupilas aguamarina se movían titubeantes del avión a mí y vuelta a empezar. No comprendía por qué yo y mi familia estábamos en el lugar donde Alex la había citado, ni tampoco por qué nos despedíamos.

Dio un paso tímido hacia atrás.

—¿Qué demonios está ocurriendo? —preguntó empezando a hacerse una idea de lo que pasaba. Idea que en absoluto le gustó.

Vi a Alex aparecer tras ella y volví a tragar saliva presagiando lo que iba a suceder a continuación entre ellos dos.

—Te marchas —dijo de pronto mi amigo, sobresaltando a su novia que rápidamente le miró.

Tras la conversación con mi familia, de camino al cementerio, llamé a los chicos y les informé. A Eric no pude localizarle, pero Alex me sorprendió con sus largos silencios entre frase y frase. Entendí que pensaba en otra cosa mientras hablábamos. Y apenas fue necesario que me explicara la idea que le rondaba por la cabeza. Tardé unos minutos en avisar a mi tío de que en el avión viajarían cuatro mujeres y no tres.

—¿De qué hablas? —Daniela frunció el ceño y lo observó con reproche.

—Ya he cargado tu equipaje y hablado con tus padres. —Alex continuó como si nada, ignorando por completo el más que evidente enfado de Dani—. Ellos están de acuerdo. Te irás con Ofelia, Graciella y Patricia.

—¿A dónde? —exigió saber.

—Eso ya no lo sé —me miró a mí—, pero estarás a salvo.

Daniela se cruzó de brazos, obstinada, y plantó cara.

—No me voy a ningún lado —espetó—. No puedes decidir sobre mí de esta forma, Alex.

—En estos momentos me importa bien poco lo que quieres o no, Dani —dijo avanzando hasta ella—. Te vas y punto. —Me fijé en la fuerte expresión de mi amigo y en lo poco que le apetecía discutir con Dani.

—Escúchame bien —masculló ella señalándole con el dedo—: vete a la mierda. —Lo esquivó y comenzó a caminar.

—Dani —La llamó Alex—. ¡Daniela!

La cogió del brazo al ver que no respondía y la estampó contra su pecho. Por un momento, mi amiga desapareció entre los brazos de Alex.

—¡No! —gritó ella empujándole. Él se lo permitió—. Me dices que quieres hablar conmigo y ahora me saltas con que quieres meterme en ese maldito avión para llevarme a no sé dónde. —Gesticulaba con las manos y le miraba un tanto histérica e insegura—. ¿Sabes la cantidad de gilipollecas que he pensado mientras venía hacia aquí? ¡No pienso irme, ¿me has oído?!

Quiso continuar con su camino, pero de nuevo Alex se lo impedía empleando un poco más de fuerza.

—¡Sí, lo harás! —exclamó.

Fue en ese momento cuando me di cuenta de que mi tío lo estaba observando todo desde el aparcamiento a unos metros de allí.

—¿Por qué? —Preguntó Dani—. Explícate y más te vale que lo entienda o de lo contrario me iré por donde he venido, *colega*.

—No me hables así.

—Te hablaré como me dé la real gana, Alex.

Él se agachó un poco y acercó su rostro al de ella.

—Te irás y no te opondrás, ¿me has entendido? Corres peligro aquí.

Daniela lo imitó y se acercó llegando rozar la punta de la nariz de Alex con la suya.

—El mismo peligro que corres tú.

—Daniela...

Alex estaba haciendo grandes esfuerzos por no perder el control con ella. Pero cada vez se complicaba más la cosa. Daniela era obstinada y fuerte y rebelde... No podías contenerla así como así.

—No me iré sin ti. —Lo dijo como si fuera una protesta.

—¿Tengo que decirte que no te quiero para que subas a ese puto avión?

Aquel comentario nos pilló por sorpresa ambos; a mí porque no lo esperaba, a ella porque...

—No te creería.

—No te quiero. —Alex no dudó—. Entiende eso como te dé la gana, Ferro, pero subirás por la fuerza si es necesario.

Que la llamara por su apellido complicó un poco la situación. Daniela le estampó las manos sobre el pecho y le propinó un fuerte empujón.

—Que te jodan, de Rossi —dijo sin esperar que Alex terminara cogiéndola por la cintura para subirla a su hombro con toda la facilidad del mundo—. ¡No, suéltame! ¡NO!

Ignoró sus gritos, sus patadas e incluso pellizcos. Su objetivo era atarla al asiento del jet y marcharse del aeródromo sabiendo que ella sobrevolaba Roma. Y así sería. Porque le ayudé cuando Daniela estuvo a punto de huir de él en las escaleras.

—¡No puedes hacerme esto, Alex! —continuó gritando cuando su novio la sentó en una de las butacas. Enseguida me lancé al cinturón y lo enrosqué entorno a su cintura— ¡No puedo dejar a Kathia! ¡No quiero irme sin ti!

—¡Escúchame! —clamó él cogiéndola de los hombros. Aquel profundo grito la detuvo pero también le provocó el llanto. Les dejé espacio—. Kathia estará a salvo...

—Eso no lo sabes... —gimió.

—Si lo sé, amor. —Le acarició el rostro con suavidad.

—¿Y tú?

—Ya te he dicho que no te quiero... —añadió él apoyando su frente en la de ella—. No te quiero perder... —siseó provocándome un nudo en la garganta.

Mi compañero la besó. Y Daniela emitió unos jadeos mientras se aferraba al cuello de Alex.

Finalmente salimos del jet y esperamos juntos a ver cómo arrancaba y tomaba la pista para despegar. Minutos más tarde se alejaba por el horizonte.

—Ahí dentro va la mujer de mi vida, Mauro —comentó Alex sin dejar de mirar el avión, cada vez más lejos—. Espero que merezca la pena. Porque sé que no me lo estás contando todo.

Fue entonces cuando nos miramos y él se coló en mi cabeza en busca de lo que le ocultaba. Comprendí que había llegado el momento y le señalé mi coche.

Silvano no se opuso cuando le pregunté con la mirada.

Kathia

<< *No deberías haber cogido un coche.* >> Me aseveró mi fuero interno.
<< *No tienes ni idea de lo que estás haciendo.* >>

Ni siquiera recordaba cómo se conducía. Ni las instrucciones que una vez me dio Cristianno ni la persistencia de Mauro mientras nos tiroteaban. Por más que lo intenté, apenas era capaz de mantener el volante rígido o presionar los pedales como era debido. Iba dando tumbos de un lado a otro, concentrada en mi alarmante forma de respirar que cada vez era más y más desquiciante y acelerada. La vista empañada por unas lágrimas que no salían, las manos temblándome fuertemente, un enérgico resquemor en los lugares donde Olimpia me había pegado.

De pronto, me vi envuelta en una aguda afluencia de vehículos yendo de un lado a otro que me empujó a la vía Vittorio Veneto. Pero no supe frenar, no recordé como tenía que detenerme. Y una furgoneta roja apareció ante mí.

Me estampé contra ella provocando que esta terminara cruzada en el carril contrario embistiendo un turismo al tiempo en que otro vehículo me golpeaba por detrás.

Me estampé con dureza contra el airbag y la desorientación me ahogó.

Supongo que buscaba aquello. Quizá esa minúscula parte de mí que continuaba obstinada en seguir a Cristianno fue la que me llevó a coger un coche en aquel estado porque de alguna forma sabía que aquello iba a ocurrir. Cabía la posibilidad de morir. Y lamenté que no hubiera ocurrido.

Sentí dolor en la nuca. Un resquemor que se extendió por toda la espalda cuando decidí moverme. Abrí como pude la puerta y me lancé fuera tropezando con mis propias piernas. Caí al suelo a plomo. La gente protestaba y discutía entre sí, buscaban al culpable.

Ruido, mucho ruido. Demasiado. Más temblores, más agonía. Todo dando vueltas. Incluso un fotógrafo lanzando flashes en mi dirección.

¿Qué demonios me estaba pasando? ¿Cómo había llegado hasta ese

punto?

Valentino, Olimpia, Fabio, Enrico, Cristianno...

Cristianno, por favor...

Me llevé las manos a los oídos y apreté los ojos.

—¡Basta! ¡Parad! —grité, pero el mundo no se paraba. Y yo continuaba en aquella espiral—. No quiero seguir, no quiero seguir...

—¡Apártate, imbécil! —gritó un hombre con un fuerte acento árabe. Acto seguido, una cámara de fotos se hizo añicos, salpicándome las piernas con algunos fragmentos.

Miré atemorizada un instante antes de verme impulsada por unos fuertes brazos. Apenas tuve tiempo de protestar u oponerme. Aquel hombre de piel tostada y turbante en la cabeza me empujó dentro de su vehículo.

Me clavé unas bolitas en el trasero y eso me llevó a recordar mi primera noche en Roma, cuando Cristianno robó un taxi conmigo dentro. Fruncí el ceño al ver cómo el hombre arrancaba y salíamos de la calle a toda prisa.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó y entonces le reconocí.

—Usted... —Casi me pareció estar viendo a algún Dios o algo por el estilo. Porque incomprensiblemente mi cuerpo esperaba que Cristianno apareciera dándole patadas a la radio—. ¿Cómo...? —Pero no supe qué decir.

—Tranquilícese, señorita —me instó él con paciencia.

—Lo siento... —Empecé a llorar—. Siento mucho...

—No hay nada que sentir —dijo con la mirada completamente afligida—. Solo dígame donde quiere que la lleve para que pueda calmarse, ¿de acuerdo?

En ese momento, no me vi capaz de hablar y pensar al mismo tiempo.

—La hirieron anoche y... —Ni yo misma me entendí. Se me había formado un nudo en la garganta que apenas me dejaba tragar.

—¿A quién hirieron, pequeña? —insistió el taxista.

—A mi amiga, Sarah... Angelo le disparó —tartamudeé y él me regaló una sonrisa tranquilizadora.

—Pues entonces solo se me ocurre un lugar. ¿Quiere que la lleve allí?

Asentí con la cabeza y me recosté en el asiento, encogiendo las piernas.

Sarah

Tras la marcha de Daniela, me envalentoné a dar un pequeño paseo por el pasillo. Aún me dolía un poco la espalda y las piernas las notaba un tanto timoratas, pero no podía continuar en la cama. Las paredes estaban empezando a consumirme y me sentía un tanto oprimida sabiendo cómo estaban las cosas fuera.

Ver a mi amiga irse de aquella forma me produjo una desagradable sensación. La corazonada de una nueva oleada de problemas. Tal vez no tan fuertes y descontrolados como hasta el momento, pero problemas al fin y al cabo. Algo sucedía y mi cuerpo lo presentía.

Regresé a la habitación por recomendación de la enfermera. Me darían el alta al día siguiente, pero no era aconsejable que me paseara por ahí como si tal cosa. Los puntos de la herida podrían saltar y provocarme una nueva abertura. Debía guardar reposo.

Me senté en la cama apoyando la espalda en la almohada y encogiendo las piernas todo lo que me permitió el agarrotamiento que tenía. Eché la cabeza hacia atrás y suspiré al tiempo en que la puerta de mi habitación se abría...

Kathia apareció de la forma más inesperada, y contuve una turbadora exclamación.

Llevaba una camiseta que apenas le cubría las caderas y un escueto pantaloncito de pijama rosa pálido que dejaba entrever unos incipientes moratones en los muslos; incluso tenía algo de sangre en la rodilla derecha. Iba descalza, con el rostro enrojecido y los ojos completamente hinchados. Fuertes rastros de lágrimas surcando sus mejillas y un evidente arco cárdeno bajo las ojeras.

Pero lo que realmente me preocupó fueron los arañazos que presentaban sus brazos y parte del rostro. No eran demasiado contundentes, pero si proclamaban su presencia.

Temblaba y me observaba cabizbaja con los brazos cruzados sobre el pecho en un gesto por resguardarse. ¿De qué? ¿De quién se protegía? ¿Qué demonios le habían hecho para que ni siquiera le hubiera dado tiempo a vestirse?

La mansión Carusso quedaba al otro lado de la ciudad desde aquel hospital. Había tenido que suceder algo realmente duro para que ella no se detuviera a pensar...

Me llevé una mano a la boca.

—Dios mío... Kathia... —gemí antes de extender la mano hacia ella.

Enseguida la capturó y se lanzó a mi regazo, enterrando la cara en la sábana.

Abrazarla desde aquella posición me resultó muy difícil, pero no me importó. Sobre todo cuando estalló en un llanto convulsivo y asfixiante.

—Mírame, cariño. Mírame —le insté capturándola de la barbilla.

Kathia obedeció tímida y envolvió mis manos con las suyas, que extrañamente llevaban un rastro de la suciedad del asfalto.

—Creí que habías muerto... —Las lágrimas apenas le dejaban hablar con normalidad.

Y me sorprendió que encontrándose en el estado en el que estaba, se preocupara más por mí que por ella misma. Me rompió el corazón...

—Estoy bien, estoy bien —dije besándole la frente repetidas veces. Gesto que Kathia recibió con una fuerte vibración—. ¿Qué ha ocurrido, amor?

Qué sola la sentí en aquel momento. Y qué impotencia sentí yo al ver que no podía hacer nada más que abrazarla. No era suficiente, no lo era.

Kathia empezó a negar con la cabeza y sus pupilas se dilataron al punto de consumir casi todo el iris gris plata. Estaba rememorando lo sucedido y de alguna forma me vi empujada al interior de su mente. Casi supe lo que había ocurrido antes de que hablara.

—Valentino... —No necesité más. El pecho se me encogió, cerrando toda entrada y salida de aire, asfixiándome y perforándome la garganta. Noté la visión temblorosa, el corazón latiéndome en la punta de la lengua.

Aquel hijo de puta había tocado a Kathia. Había usurpado lo que ella solo le había entregado a Cristianno por amor y deseo.

Ahora era yo la que negaba con la cabeza, porque imaginé el momento... Yo sabía bien cómo se sentía una mujer obligada en la cama...

Hice malabarismos para no romper a llorar. Ello habría aumentado la agonía de Kathia y me necesitaba fuerte. Debía resistir por las dos.

—Y después Marzia y Olimpia entraron en la habitación y... Yo no quería... —Negó con más fuerza y su mirada se convirtió en fuego. Un fuego perdido en algún lugar al que solo ella era capaz de acceder... Me estaba haciendo daño y la empujé. —Se llevó las manos a la cabeza—. Está muerta, Sarah... y Olimpia se lanzó a por mí... No recordaba cómo se conducía... —Habla confusa, sin una dirección establecida, pero la entendí. Dios mío, la entendí perfectamente.

Lo vi todo a través de sus ojos.

—Ven aquí... —Gemí tirando de ella sin importarme en absoluto la punzada de dolor que sentí en la herida. Kathia se acomodó en mi pecho y se perdió entre mis brazos completamente absorbida por la agonía de su llanto—. No pasa nada, mi niña, estoy contigo. —Le murmuré acariciándole el cabello.

—No me dejes ir, Sarah —sollozó ahogada—. No puedo regresar... No puedo más... —Y terminó aquella frase trasmitiéndome el colapso.

Fruncí el ceño y los labios en un intento por controlar mi propio llanto. En un intento por evitar que... Enrico me viera llorar.

Supe por su mirada que lo había escuchado todo, desde el principio. Que no le había hecho falta mirar a Kathia a los ojos para imaginar lo sucedido. Esperaba en la puerta, dejándose entrever a medias, con los brazos tiesos y muy pegados al torso. Con un rostro duro como el mármol y asombrosamente implicado en lo que había dicho Kathia. Aquella era la imagen de un hombre que sentía... que masticaba mil emociones, y no quiso controlar ninguna de ellas mientras me mantenía la mirada.

Por primera vez en aquellas últimas semanas, Enrico se mostró como el hombre del que me había enamorado.

Fue como si un velo invisible se le hubiera desprendido del cuerpo.

—No te dejaré, lo prometo, cariño —le susurré a Kathia, sin apartar la vista de Enrico—. Estoy aquí. —Y por un momento, no supe si me fuero interno le hablaba a ella o a él.

Mauro

Mi agotamiento estaba llegando a un punto alarmante y me di cuenta de ello en cuanto me subí al ascensor del Edificio. Recordé en los pocos minutos que duraba la ascensión todas y cada una de las palabras que le había dicho a Alex, cada reacción.

—Entendería que me guardaras rencor —le dije.

—Es lo único que siento ahora mismo. —No se despidió de mí y no estaba muy seguro de si continuaríamos siendo amigos tras aquello.

El ascensor se detuvo en mi rellano y me quedé observándolo, dudando entre si salir de allí o subir a ver a mi tío. No me sentía cómodo con lo que acababa de hacer. Y la pequeña parte de mi mente que todavía se mantenía despierta decidió hacerle una visita y averiguar de paso cómo se sentía él en esos momentos ahora que su esposa y su madre ya no estaban.

Todo permanecía insólitamente silencioso cuando entré. En realidad así había sido desde la muerte de Cristianno, pero saber que las mujeres ya no estaban allí hacía de aquel mutismo algo más escalofriante.

Me quité la chaqueta, solté las llaves y miré a Antonella cuando se acercó a mí.

—Mauro... —susurró como si de alguna forma aquel siseo fuera a cambiar las cosas. La miré con ternura—. ¿Quieres que te prepare algo de comer, cariño? —Ambos supimos que aquella no era la pregunta que realmente quería hacerme.

Negué con la cabeza.

—No, Antonella, no tengo hambre —dije y me pasé las manos por el pelo—. ¿Sabes dónde está mi tío?

—Donde siempre, pequeño.

Le acaricié los brazos antes de perderme en el pasillo que me llevaba hasta el despacho de Silvano.

La puerta estaba cerrada como siempre y la golpeé con los nudillos un instante antes de entrar y toparme con la habitual estampa de las últimas

semanas. Silvano apoyado en su bastón observando la ciudad desde la ventana. Aquel día no era necesaria la iluminación de lámpara alguna. El sol reinaba y lo salpicaba todo con su luz dorada, tan típica de Roma.

Silvano me miró por encima del hombro y pensé que ese sería un buen momento para correr hacia mi cama y tumbarme en ella hasta hacerme sangre. Una mirada como aquella derrocaba cualquier defensa. Mi tío estaba masticando sus actos.

—¿He hecho bien? —le pregunté apoyándome en el mueble que había en una de las paredes del gran despacho. Apenas me respondía el cuerpo ya.

—Lo necesitabas —repuso con voz profunda—, ¿por qué no?

Cerré los ojos. Mi tío dijo demasiado en muy pocas palabras.

—¿Has visto a mi padre?

—No sé nada de él desde esta mañana en el aeródromo. —Un suspiro que inundó la estancia. Silvano se giró y se encaminó pausado a su asiento tras el escritorio—. Nunca habíamos estado tanto tiempo sin hablarnos. — Lo dijo con un intenso pesar en la entonación.

—¿Hacemos lo correcto? —Esa pregunta debería haberla planteado mucho antes. Pero, aunque la había sugerido cientos de veces, aquella fue la primera vez que la mencioné en voz alta.

—¿Tenemos alternativa?

Tal vez antes, pero ahora era demasiado tarde. Ya todo estaba hecho, nuestros actos perfectamente encaminados, proporcionándonos los primeros frutos que resultaban ser amargos.

—No, pero es difícil, tío —suspiré. Empezaba a pesarme demasiado todo aquello y mi tío lo supo al observarme.

—Lo sé, hijo, pero jamás dijimos que sería sencillo. —Fue su forma de animarme. Y supe que habría dicho más si Enrico no hubiera entrado como una exhalación.

Cerró la puerta con brío y se acercó al escritorio tras haberme enviado una extraña mirada de soslayo. No sé porque pero pensé en Kathia de inmediato...

Algo en mi interior se encogió, y me crucé de brazos tensando los hombros.

—No traes buenas nuevas, Materazzi —dijo Silvano mientras Enrico tomaba asiento.

Abrió una carpeta y la soltó en dirección a mi tío antes de acomodarse

en la silla con un descaro nada propio de la situación.

—Puede que no para ti —comentó y se humedeció los labios echando mano a su pluma—. Seré breve, firma tu dimisión. —Soltó el bolígrafo sobre las hojas.

Lo extraño de todo fue que Silvano se mantuvo imperturbable mientras que a mí se me subía el corazón a la boca. La dimisión de mi tío del cargo de comisario general de la ciudad nos ponía en una situación demasiado turbia. No era buena idea... No ahora.

—¿Para qué te proclames como el mayor dirigente de la ciudad? ¿Incluso por encima de Adriano Bianchi? —aseveró Silvano cruzando las manos sobre la mesa. Curiosamente tenía una sonrisa irónica en los labios.

—De eso se trataba, ¿no? —Enrico levantó una ceja. No me estaba gustando nada aquella conversación—. No hay opción... Tienes que firmar, Silvano.

—¿Por qué ahora?

Enrico frunció los labios y miró hacia el techo con gesto pensativo.

—Llegó la hora.

Sin más, Silvano cogió la pluma que Enrico le había ofrecido y se dispuso a firmar. No opuso resistencia, no discutió el hecho. Simplemente, firmó, y yo me sentí un poco más inestable. Rogué que aquello mereciera la pena.

De pronto la puerta volvió a abrirse. Y se me cortó el aliento. Un repentino frío me sacudió y supe al mirar a Enrico y a Silvano que a ellos les acababa de suceder lo mismo.

Domenico Gabbana irrumpía en aquella improvisada reunión con un talante que habría asustado al más valiente de los hombres. Impasible y adusto, clavó una mirada severa en su hijo mientras se acercaba al asiento que había junto a Enrico, ahora incorporado en el filo de la silla. Se apoyó en el escritorio y se sentó con algo de dificultad antes de cruzarse de piernas.

—Y ahora empezáis por el principio.

TERCERA PARTE

Kathia

Había pasado el día dormida junto a Sarah hasta al anochecer, cuando Enrico entró en la habitación vestido de luto y me obligó regresar a la mansión para asistir al velatorio de Marzia, que tendría lugar toda la noche.

No sabía bien qué demonios pintaba yo en aquel velorio siendo la hija de un Gabbana y la homicida involuntaria de la fallecida. Pero debía asistir para no alimentar las habladurías.

Así que tuve que vestirme de negro, ocultar los arañazos con maquillaje y soportar las miradas belicosas de Angelo y Olimpia. Al menos hasta que los pocos invitados que asistieron se creyeran mi dolor por la pérdida al darme el pésame.

Cómo si me importara Marzia...

Aun así no me salió fingir, no derramé una maldita lágrima por la muerte de *mi* hermana y eso ya fue un punto sugerente entre los asistentes, que de vez en cuando me miraban entre murmullos críticos.

—Al menos baja la mirada, joder —protestó Angelo al darse cuenta de cómo comentaban dos mujeres que había sentadas frente a nosotros, al otro lado del féretro—. Estás provocando que la gente empiece a hablar.

Agaché la cabeza, pero no porque obedeciera, sino porque apenas fui capaz de contenerme.

—¿Cómo puedes pensar en guardar las apariencias teniendo el cuerpo de tu hija presente? —rezongué.

—En estos momentos estoy pensando en mil cosas, querida. —Angelo me observó y descubrí su deseo de quedarse a solas conmigo—. Tú y yo tenemos una conversación pendiente.

—Bien. —Vacilé, pero él no se dio cuenta.

En cambio yo si me fijé en las miradas que le envió Enrico y en la forma que estas tuvieron de doblegar a Angelo. Aquellos dos habían hablado y se habían dicho cosas que todavía pululaban sobre sus cabezas. Cosas que a

Angelo le afectaron de alguna manera y le costaba disimular.

—Tengo que salir de aquí... —Nadie me detuvo.

Una bocanada de aire frío entró en mis pulmones liberándome por unos segundos. Todo rastro de la fiesta que había habido en el jardín la noche anterior había desaparecido y la enorme explanada volvía a lucir su inmenso prado verde salpicado de árboles y bonitos arbustos.

Me apoyé en la barandilla y miré el cielo que, por primera vez desde que Cristianno murió, lucía salpicado de estrellas que brillaban vigorosas, como si quisieran advertirme de algún cambio.

Suspiré y tragué saliva notando el peso de mi cuerpo.

¿Qué voy a hacer con mi vida ahora que ya no estás en ella, mi amor? Le dije a Cristianno conteniendo las repentinas náuseas que me embargaron de súbito. Aquel había sido uno de los peores días desde que le perdí. Y más que nunca necesité sentir su calor. Una simple caricia suya lo habría borrado todo.

—No te quedarás en la mansión —dijo Enrico tras de mí, sobresaltándome. Le miré por encima del hombro, sin llegar a conectar con sus ojos azules. Pero sí pude ver que tenía las manos guardadas en los bolsillos de su pantalón y que la cabeza no terminaba de estar recta—. Acabo de instalarte con Giovanna en Prati. Estarás solo con ella hasta nueva orden y solo tendrás que cruzarte con Olimpia o Valentino si es para hablar o preparar algo relacionado con la boda, ¿me has entendido? —Por supuesto que sí.

Le había entendido tan bien que fue inevitable sentir aquella maldita oleada de placer que me causó saber que no dormiría en la mansión.

Volví la vista al frente y apreté los ojos preguntándome por qué demonios Enrico había hecho aquello. ¿Por qué se comportaba tan próximo a mí, incluso cálido y amable? Aquel cambio en él había surgido en horas, no era comprensible.

Entonces noté una caricia. Un dedo tímido que se enroscaba al mío antes de acercar toda su mano. Percibí la tibieza de su piel y me odié al deleitarme en ella y en las sensaciones tan maravillosas que me proporcionó. Todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo estallaron.

Y me aparté de golpe. No podía permitirme alojar aquellos sentimientos por el asesino de Cristianno. Aun así, no dejé de sentirlos cuando me dispuse a irme.

Supe que Enrico me observaba por la fuerza que sentí sobre la nuca.

Apreté los puños y los dientes y me permití hablar.

—No sabes cuánto necesito que seas el hombre que fuiste una vez. — Esa era la verdad, aunque me perturbara tanto como la pérdida de mi amor.

De repente Enrico me cogió de la mano y tiró de mí hasta envolverme entre sus brazos.

Lo primero, y también lo último, que sentí fue rechazo. Todo mi cuerpo tensionado por su contacto, mi fuero interno entrando en una violenta batalla contra mi sentido común. Y yo en mitad de una nada, adorando aquel contacto como lo hacía antes.

Mauro

Ver a Eric no me hizo ningún bien porque tuve que contener mis lágrimas para soportar las suyas. Y aunque había dormido, todavía no me sentía lo bastante sólido. Me movía por inercia, caminaba sin saber cómo coño lo conseguía y pensaba... pensaba demasiado.

Kathia dormía profundamente ajena a que yo la observaba desde un rincón de la habitación. Encogida en forma fetal, respiraba hondo cada pocos segundos y sus piernas emitían pequeñas convulsiones. Supe que no tenía un sueño agradable, pero al menos dormía. Como lo había hecho casi durante todo el día junto a Sarah. Así me lo había explicado Enrico tras haberle acorralado antes de que se fuera del Edificio. Y eso fue lo único que pude sonsacarle. Lo demás, se lo guardó él y los extraños moratones y arañazos de Kathia.

Suspiré, ahuequé las sábanas entorno a ella y le acaricié la frente antes de salir. La intención era largarme de allí. Pero una vez más, mis extraños instintos me llevaron a Giovanna.

La oscuridad me dio la bienvenida cuanto entré en su habitación.

Tan solo un hilo de luz que sobresalía de la puerta del baño iluminaba la estancia. De ella, también surgía el vaho que desprendía el agua caliente de la ducha. Giovanna estaba ahí dentro... desnuda... y no comprendí por qué mi mente evocó esa imagen e incluso la deseó.

Me apoyé en la mesa de estudio y me crucé de brazos. Mi fuero interno me advertía, me decía que me largara de allí si no estaba seguro de lo que hacía. Y así era, no tenía ni puñetera idea de lo que quería conseguir. Pero no me moví. Ni siquiera cuando Giovanna salió del baño con un albornoz

blanco resaltando sus mejillas rojas. Pude ver el balcón de sus pechos y la curva tremendamente insinuante de su clavícula, que me hizo contener el aliento y desear mucho más de su piel.

La respuesta de mi cuerpo fue inmediata. Tan vehemente que comencé a sentir unas palpitaciones que jamás creí que despertaría Giovanna. Apreté los dientes y un poco más los brazos entorno a mi torso.

Aquello era ilógico...

Hasta que me miró...

Y todo cobró sentido de golpe.

Giovanna tragó saliva y no supo bien cómo reaccionar. Aunque tampoco hizo falta porque su cuerpo lo dijo todo por ella. Se ruborizó, los hombros se le tensaron y comenzó a respirar temblorosa.

Torcí el gesto y me deleité con el poder que ejercía sobre ella.

—Hoy he tenido que despedirme de mi madre por primera vez en mi vida. —Hablé como si ella hubiera tenido la culpa de ese hecho.

Por suerte, Giovanna comprendió que no era un reproche. Sino la fuerte necesidad de confesárselo a alguien... A ella. Y ese hecho hizo que se pusiera aún más nerviosa.

—¿Por qué me lo cuentas? —Quiso saber, todavía inmóvil.

Me encogí de hombros.

—Supongo que confío en ti después de todo —admití la verdad—. Quizá, si hemos aprendido a hablarnos con respeto, tal vez podremos desahogarnos el uno con el otro.

—Yo lo hice una vez —espetó avanzando hacia mí. Recordé enseguida la noche en que estuvimos sentados en el *Templo Esculapio*.

—Yo lo hago ahora —contraataqué, concentrado en cómo se movía su cuerpo.

Tragó saliva y se ahuecó el cabello húmedo con las manos. Después se reforzó el nudo del albornoz con gesto nervioso y se mordió el labio. Sus nervios florecerían, y ahora evitaba mirarme a la cara.

—Creo que después de la intrusión de Graciella, anoche en la mansión, es lo mejor —comentó deteniéndose a solo unos pasos de mí—. Nadie sabe cómo reaccionará Angelo ante eso.

—No te he pedido tu opinión —protesté y me incorporé guardando las manos en los bolsillos de mi vaquero.

Gesto que provocó que nos separaran apenas unos centímetros.

—Entonces, ¿qué buscas? —susurró y su aliento resbaló por mi boca.

—No lo sé... —Curiosamente cerré los ojos—. No sé lo que me está ocurriendo.

El silencio nos envolvió y dejó que escuchara con absoluta perfección los fuertes latidos de su corazón. El sonido de su respiración surgiendo veloz de sus labios, entrecortado. Incluso percibí la necesidad de que se colaba entre nuestros cuerpos. Por un segundo me sentí vulnerable, incapaz de decidir sobre mí mismo. A medio camino entre la expectación de lo que iba a ocurrir entre nosotros, y la inseguridad de si estaba bien o mal. Pero de algún modo todo aquello desapareció en cuanto noté cómo Giovanna levantaba una mano y la acercaba a mi mejilla.

Abrí los ojos y la miré.

Era extraño que, teniendo cierta experiencia en el campo sexual, esa fuera la primera vez que alguien me proporcionaba una caricia como aquella. Contuve el aliento. Creo que ninguno de los dos esperábamos sentir tanto con tan poco. Porque los dedos de Giovanna dudaron y no supieron cómo continuar hasta que yo acerqué mi mano a la suya y la guíé hacia mi boca.

Sentí el calor de la punta de sus dedos perfilar mis labios mientras ella observaba con una atención tímida.

De repente tragó saliva, se mordió el labio y se envalentonó hacia delante. Me besó y esperó unos segundos en mi boca sin saber que yo me daría cuenta del temblor que recorrió su cuerpo al sentirme.

Con la misma rapidez con la que decidió besarme, Giovanna se apartó y me observó impactada. ¿Qué era lo que acababa de ocurrir? ¿Cómo debía interpretar aquel sentimiento?

Giovanna se alejó de mí rápidamente.

—Será mejor que te vayas... —tartamudeó llevándose las manos a la cabeza. Creyó que si se tocaba el pelo, disimularía el desglose de emociones que manifestaba.

—¿Por qué? —pregunté al tiempo en que ella se daba la vuelta y me clavaba una mirada encendida.

—Porque no sé quién soy cuando estoy contigo. —Me reprochó, como si yo tuviera la culpa de lo que sentía. Y tal vez era así, pero no había sido intencionado. Giovanna no había sabido mantener sus sentimientos a raya, yo no la había obligado a que se enamorara de mí. Una briosa oleada de furia me atravesó porque no la entendí, ni tampoco me entendí a mí mismo

—. No tengo el control.

—No necesitas tenerlo —mascullé y ella ladeó la cabeza dejando que ahora sus ojos mostraran una extraña nostalgia.

—Mauro... —susurró. Mi nombre sonó especialmente intenso—...esto que siento no es recíproco. —Creo que la admiré demasiado en aquel momento. La altivez de Giovanna rayaba lo insoportable, era increíble que estuviera hablando de aquel modo tan honesto.

Di un paso hacia ella, más molesto de lo que pensaba.

—No decidas por mí, Giovanna. —Porque ni yo mismo podía hacerlo.

—Y tú no creas que dejaré que me hagan más daño. —Retrocedió conforme yo me acercaba.

—Yo no soy Valentino. —No era el hombre que se la tiraba y después le daba la patada, una y otra vez desde hacía un par de años. Y no lo sería nunca. Porque ni siquiera comprendía qué coño hacía allí, reclamándola como si fuera mía.

—Precisamente por eso —admitió y me dolió que me creyera capaz de hacerle daño.

Dios sabe que en otros tiempos se lo habría hecho si hubiera surgido la oportunidad, pero no ahora. Ya no podía. No quería.

Llegué hasta ella y la empujé con suavidad contra la pared dejando su cuerpo atrapado por el mío. Me observó temerosa mientras mis dedos buscaban pausados el cinturón del albornoz. Lo deshice maravillándome con el aroma que desprendía su piel.

—Mauro... —siseó Giovanna que permanecía quieta y expectante. Con el corazón a mil revoluciones.

Agaché la cabeza y me escondí en su cuello. Comencé con un suave beso en la curva. Ella se estremeció y dejó escapar un gemido.

—Tú lo has empezado... —susurré mientras mis manos se colaban bajo el albornoz. Su cintura desnuda me dio la bienvenida erizándose bajo mi caricia—. Deberías haber contado con que desearía más que un simple beso.

Fui dejando un reguero de besos por su cuello y me deslicé por su mandíbula buscando de nuevo su boca, que me esperaba entreabierta. Capturé sus labios con más parsimonia de la que esperaba y saboreé el dulzor de su lengua al encontrarse con la mía. Me enrosqué ávido a ella.

Giovanna llevó sus manos hacia mis hombros y me atrajo hacia ella hasta que nuestros cuerpos quedaron completamente pegados. El calor de

su piel desnuda traspasó la tela de mi ropa y tuve una sacudida al notar sus dedos colándose bajo el cuello del jersey.

Subí mis manos por su cintura y envolví su pecho con un poco de fuerza, poseyéndolo por completo al tiempo en que movía mi pelvis contra la suya. Giovanna se aferraba con más fuerza a mí y consiguió quitarme la chaqueta sin dejar de besarme un instante.

El deseo ascendía y nuestros besos empezaban a ser un poco más intensos, tanto que comenzaba a faltarme el aliento.

Ella jadeó en mi boca cuando deslicé una de mis manos por su entrepierna desnuda. Una fuerte humedad me envolvió los dedos y sentí un latigazo que me atravesó los lumbares. Creí que tendría el mayor orgasmo de mi vida, y ni siquiera me había desnudado.

Introduje uno de mis dedos en ella segundos antes de que contuviera una exclamación.

—No hagas que sea solo sexo —jadeo Giovanna entre susurros al mirarme—. Contigo no lo soportaría...

—No iba a serlo. —Me sorprendió percibir la seguridad de aquellas palabras. Casi tanto como la respuesta de Giovanna, que tiró de mi jersey y se deshizo de él a toda prisa.

Acaricié la piel de mi torso, contemplándome con fijeza mientras yo me esmeraba en su placer. Pero ella tiró de mi mano y se la llevó a su cintura consumiéndome en un abrazo. Tuve un estremecimiento al notar su pecho desnudo contra el mío. Piel con piel. Latido con latido. Necesitaba con urgencia estar dentro de ella, saber que me pertenecía y que yo le pertenecía a ella.

Le arrebaté el albornoz, la capturé por la cintura y la levanté del suelo segundos antes de tumbarla en la cama. Me tendí sobre ella regresando al refugio de sus labios y al calor que desprendía su piel cuando la tocaba.

Aquello estaba sobrepasando los límites que me había establecido. Era increíble que Giovanna estuviera despertando en mí tal ansiedad y deseo. Había llegado a un punto (y no sé cuándo había sucedido) en que no podía apartarme de ella. Extrañamente seguía sin saber lo que sentía, pero la necesitaba. La necesitaba demasiado. Y no sabía si ella se había dado cuenta de ello, pero no escatimé en mostrárselo con mi forma de besarla y acariciarla. Aquello no sería una simple noche de sexo, loca y desenfrenada, sin ataduras ni compromisos. Aquello duraría, y me gustaba que así fuera.

Me gustaba sentir aquella exquisita agonía.

Giovanna se hizo con el cinturón de mi pantalón, lo desabrochó e hizo lo mismo con el botón. Enseguida introdujo sus manos bajo la tela rígida del vaquero y poseyó mis nalgas incitándome a que le proporcionara más presión. Obedecí al tiempo en que engullía su aliento con un beso ardiente, casi violento.

Me aparté de ella, me desnudé bajo su atenta mirada y me acuclillé ante sus piernas. Giovanna incorporó la cabeza para mirarme, pero no soportó ver cómo mi boca se acercaba al punto más excitable de su cuerpo y se desplomó en la cama conteniendo un gemido que aumentó el ritmo de su respiración.

Comencé soplando aquella zona erógena. Después saboreé la humedad que desprendía mientras la miraba. Giovanna se retorció bajo mis caricias, incluso enredó sus dedos entre mi cabello y tiró suavemente de él.

Quise deleitarme un poco más en su sabor, pero mi cuerpo no pudo resistirlo por más tiempo. Y volví a su boca mientras acomodaba mi pelvis contra la suya. Apenas tuve que esforzarme por entrar en ella. Fue puro instinto. Nuestros cuerpos se encontraron y tuve que hacer un gran esfuerzo en adentrarme con lentitud. Giovanna cerró los ojos mientras yo capturaba sus manos y extendía sus brazos por encima de la cabeza. Aquel simple gesto la llevó a abrir más las piernas y a que su espalda se encorvara provocando que mi presencia en su interior fuera mucho más intensa, incluso violenta. Ahora era yo quien gemía.

—Mírame... —le exigí, porque le haría el amor sin apartar un instante mi mirada de la suya. Y ella aceptó mostrándome unas pupilas resplandecientes, cargadas de pasión.

—Me arrepentiré de esto —jadeó al tiempo en que yo comenzaba a moverme con acometidas lentas y profundas.

—Tú no quieres arrepentirte... —suspiré y me acerqué a su boca—... Ni yo tampoco.

Un estremecimiento la recorrió y se removió debajo de mi cuerpo hasta que logró deshacerse de la opresión de sus brazos. Me envolvió los hombros mientras acompasaba su pelvis a la mía y me empujó contra ella enroscando sus piernas a mi cintura hasta que supo que me tenía completamente atrapado...

...En todos los sentidos.

Kathia

Calenté demasiado el café y me ardió en la garganta cuando le di el primer sorbo. Estuvo bien sentir algo que no fuera dolor, miedo o pérdida, el calor fue un buen sustituto. Hasta que recordé unas llamas consumiendo la sala de música.

Cerré los ojos y solté la taza sobre la encimera con más fuerza de la que esperaba. Enseguida eché mano a la bolsa de ketamina; tan solo quedaba una. Esperaba que aquel día no tuviera la necesidad de tomarla, pero apenas había amanecido y ya se me habían agotado las fuerzas. Lo supe en cuanto un recuerdo comenzó a gestarse, advirtiéndome con un escalofrío en la nuca.

<<—*Mírame, Kathia... —me susurró Cristianno al oído y después continuó dejando un rastro de besos sobre mi piel—. Tienes que mirarme y decirme que nada ha cambiado entre nosotros.* >> Tendría que haberle dicho que no. Tendría que haber sabido que era imposible.

Cerré los ojos y gemí conteniendo las fuertes náuseas que me abordaron. Me apoyé en la encimera y agaché la cabeza concentrándome en no hiperventilar. Esa era una de las cosas que más odiaba de estar a solas conmigo misma: la fuerte presión que me abordaba y que apenas podía controlar.

Me metí la pastilla en la boca con un extraño temblor instalado en mis manos. Me la tragué dándole un nuevo sorbo al café y respiré complacida sabiendo que en cuestión de minutos todo aquel insoportable peso desaparecería y me liberaría al menos un par de horas.

Necesitaba una bocanada de aire fresco y me dirigí a uno de los ventanales de la cocina. Pero en cuanto me dispuse a abrirlo, vi a Mauro saltar la verja con toda la naturalidad del mundo. Supe de inmediato que había pasado la noche con Giovanna, pero no imaginé que habiendo vigilancia pudiera entrar y salir con tanta facilidad; mucho menos de día. Fruncí el ceño y terminé por abrir la ventana sin quitarle ojo al lugar por donde había desaparecido mi primo.

—¿Ahora se tira a la Carusso? —dijo uno de los guardias captando mi absoluta atención.

Me quedé muy quieta mientras mis sentidos se agudizaban al tiempo en que la ketamina empezaba a hacer acto de presencia en mi organismo. Tuve el primer temblor de advertencia. En unos minutos, estaría completamente dominada por sus efectos.

—¿Y si no es la Carusso? —preguntó el otro guardia. Ambos estaban a unos metros de mí, en el exterior, ajenos a que yo escuchaba—. ¿Y si es la prima?

Se refirieron a mí con tanta indolencia que apenas pude controlar mis ansias de salir ahí fuera y cargármelos.

—Eso podría explicar por qué Cristianno murió y él no hizo nada. —¿Acaso insinuaban que Mauro estaba celoso de su primo...? ¿Qué él había sido el conductor de su muerte?

Mi reacción fue espeluznante, incluso respiraba con normalidad.

—¿Crees que Mauro podría haber salvado a Cristianno? —Uno de los esbirros estaba bastante emocionado con la idea.

—Iban juntos a todos lados, se profesaban fidelidad eterna, ¿no? Y de repente, ¡bam! Uno de ellos muere y el otro no hace nada por evitarlo. ¿No te parece raro? —Sí, lo era...

Me alejé de la ventana caminando hacia atrás completamente atrapada en cada una de las palabras que se habían dicho.

Y entonces ocurrió.

La Kathia más auténtica surgió incisiva, absoluta, inquebrantable. Salió a la superficie enterrando aquel reflejo tan atormentado de mí misma a mil metros bajo tierra.

Tuve que apoyarme en la pared. Tuve que aprender a respirar de nuevo porque el oxígeno parecía que entraba por primera vez en mis pulmones. Tuve que tragar saliva y contener aquella terrible energía que me corría por el cuerpo, insistente, sólida. Seguramente magnificada por la droga.

Había necesitado de esas semanas para comprenderlo. Fue necesario hundirme en la miseria para poder experimentar aquello. Pero ya lo había hecho. Ya había pasado por el dolor más atroz, por las situaciones más retorcidas. Y aquella transformación no cambiaría mi lamento por todo lo vivido, pero la utilizaría a mi favor y no en contra como hasta ahora. Era venganza y sin embargo no me había aprovechado de ello. Y ahora que miraba las cosas desde la perspectiva de la chica que siempre fui, me sentí

más poderosa que nunca.

Aquel torrente de pensamientos escalofriantes se vio interrumpido en cuanto me topé contra la encimera y volví en mí rápidamente, como si por un instante hubiera salido de mi cuerpo.

Miré a mi alrededor y me detuve sobre el cuchillero. Fueron mis impulsos los que actuaron a continuación, desmarcando por completo a mi mente. Cogí uno de los cuchillos y me encaminé hacia el jardín caminando despacio, muy lento.

Ninguno de los dos esbirros se dio cuenta de mi presencia. Continuaban parloteando mientras compartían un cigarrillo, pero yo ya no prestaba atención a nada más que al objeto mortal que llevaba entre las manos, portado por una frialdad que incluso a mí me sorprendió.

Pensé en mis posibilidades de ganar. Jugaba con la ventaja y el factor sorpresa, si me movía con rapidez, lograría causar la impresión que necesitaba. Y así fue.

Hice la presión necesaria sobre la garganta de uno de ellos, captando así la atención inmediata.

—Deshazte de tus armas —le dije al esbirro de enfrente, que miraba a su compañero completamente impactado con la situación—. Tíralas bien lejos y si intentas algo, tu amigo morirá. —Espeté incisiva.

Noté cómo la nuez de mi rehén subía y bajaba; estaba nervioso y eso me hizo sentirme con mayor confianza sobre mí misma. Sonreí para mis adentros mientras me hacía con el arma que tenía enganchada a la cintura. El otro tipo obedeció y lanzó la pistola a unos metros de nosotros. Pero creyó que era estúpida. Nadie llevaba una sola arma en una situación como aquella.

—La otra también —gruñí y él me mantuvo más de lo debido la mirada. Seguramente preguntándose cuándo demonios había aprendido tanto. Supongo que la situación tenía la culpa.

Una niña de diecisiete años debería preocuparse por sus estudios, por la ropa, por los amigos, no por saber empuñar un arma y estar preparada para salvar la vida.

Acató mi orden y se llevó las manos al tobillo sin quitarme ojo de encima. Lanzó el arma junto a la otra.

—Bien, ahora suéltalo —me exigió.

Y yo respondí rebanando el cuello de su compañero sin ninguna duda. Su cuerpo poco a poco perdió fuerza y se desplomó en el suelo con un golpe

seco bajo la mirada impresionada y un tanto desquiciada del esbirro. Ahora tenía un cuchillo empapado en sangre en una mano y un arma cargada en la otra.

Le apunté con tibieza.

—Y ahora háblame de Mauro y de lo que sabes sobre la muerte de Cristianno —ordené mordaz.

Él negó con la cabeza.

—No sé de qué me hablas.

—Te equivocas de respuesta. —Me preparé para disparar pero la voz de un nuevo esbirro me interrumpió.

—¿Qué coño pasa aquí? —exclamó al verme apuntar a uno de sus compañeros mientras otro de ellos yacía muerto.

Desvié la atención y le disparé sin creer que mi puntería rozaría lo extraordinario. Bastó con un disparo para que cayera fulminado y pensé que si hubiera estado sin los efectos de la Ketamina tal vez no habría sido tan eficaz.

Regresé mi atención al otro hombre y le disparé en el muslo. Enseguida se llevó las manos a la herida y se tiró al suelo entre gritos. Era joven, de unos veinticinco años, no tenía la experiencia suficiente. Un poco de presión y me diría cualquier cosa.

Me encaminé hacia él saltando las piernas del cadáver y me acuclillé para estar a la misma altura.

—El siguiente tiro terminará en tu cabeza, así que te aconsejo que hables. —Lo curioso fue que no le mostré la pistola, sino el cuchillo.

—No sé lo que me pides exactamente —se quejó empalideciendo de golpe.

—Has dicho que te parecía raro que Mauro no hubiera hecho nada por Cristianno la noche de su muerte. Continúa... —le señalé con el cuchillo.

—Simplemente me parece extraño que no se supiera el paradero de Mauro y que minutos más tarde Cristianno hubiera muerto. —Tartamudeó y yo fruncí el ceño esforzándome por que no se me notara el desconcierto que me produjo lo que acababa de decirme.

No me había detenido a pensar en ello en ningún momento porque no imaginaba a Mauro poniendo en riesgo la vida de Cristianno. Pero ahora, en cierto modo, empezaba a dudar y eso me inquietaba.

—¿Insinúas que tuvo algo que ver con su muerte? —quise saber,

insegura ante su respuesta.

—Sugiero que podría haberlo salvado y no lo hizo.

—¿Y por qué tendrías que llevar razón?

—Porque estuve en aquella maldita casa después de que apagarán el fuego y recogimos un cadáver completamente carbonizado. —Mi Cristianno... Apreté los dientes, una oleada de llanto estuvo a punto de superarme—. Mauro apareció por allí y ni siquiera se inmutó. No hizo nada.

Nada...

—Llévame hasta su paradero. —Porque Mauro iba a pagar muy caro su actitud.

El esbirro negó con la cabeza al tiempo en que hacia una mueca de dolor.

—No puedo desobedecer órdenes, señorita. Enrico me mataría.

—Ya estás muerto, compañero —espeté—. Si él no te mata, te mataré yo. Sube al coche.

Casi tuve que tirar de él.

Sarah

No tenía mucho que recoger de la habitación. Apenas una bolsa con la ropa que llevaba la noche en que uno de los esbirros me disparó y las claras instrucciones del médico escritas en un informe. Acababan de darme el alta hacía apenas una hora. Pero lejos de sentirme contenta por volver a la normalidad, algo en mí no parecía aliviado.

Ahora tendría más tiempo para pensar en la vida que llevaba dentro de mí y mis momentos con Enrico cobrarían un persistente protagonismo — todos y cada uno de ellos me habían llevado a esa situación—. Al menos hasta que me deshiciera de... nuestro hijo, o eso creía. Continuaba sin estar segura de ello, pero no soportaba la idea de traer a un niño al mundo con un padre como Enrico. El hecho de saber que estaba unida a él de por vida me superaba.

Suspiré, me llevé la mano al vientre y cerré los ojos antes de terminar de ahuecarme el cabello húmedo; me había dado una ducha y vestido con la ropa nueva que me había proporcionado la clínica. Salí de la habitación y me dirigí al puesto de enfermeras. Ya solo me quedaba firmar los papeles del alta para salir de allí.

—Señorita Zaimis —me sonrió la enfermera—, enseguida estoy con usted.

Pero obvié por completo cómo desaparecía por la sala. En la pantalla de la televisión, Silvano copaba toda la atención de los medios, y enseguida captó la mía como si se tratara de una hipnosis. Una reportera comentaba a los espectadores mirando a la cámara.

—No sabemos muy bien qué es lo que lleva a Silvano Gabbana a dejar la dirección. Pero está claro que la ruptura de la alianza con los Carusso y la trágica muerte de su hijo menor tienen mucho que ver. Recordemos que Cristianno Gabbana falleció con tan solo dieciocho años el pasado 28 de febrero, víctima de un explosión en una hacienda a las afueras de la ciudad. Nadie sabe bien el porqué del accidente, ni quién había con él en el momento de la fatalidad... —Se me taponaron los oídos y la herida me dio

un latigazo al ver una foto de Cristianno aparecer en la parte superior derecha de la pantalla. Sonreía y le brillaban los ojos por el sol.

La enfermera regresó.

—Bien, aquí están los documentos. Tiene que firmar... —Se detuvo sorprendida al encontrarme tan perturbada, con los ojos completamente abiertos y boquiabierta—. ¿Se encuentra bien, señorita? —La escuché muy lejos de mí.

—Por eso determino un nuevo comisario general —dijo Silvano y por cómo habló supe que no quería hacerlo—. Mi ahijado, Enrico Materazzi.

Las cámaras captaron el momento en que Enrico se acercaba a Silvano y se daban un apretón de manos. Su sonrisa fue falsa y de corta duración. Enseguida cobró protagonismo y... me miró directamente.

—Gracias. Es un honor para mí ostentar este cargo y espero poder hacerlo igual de bien que mi antecesor. —No estaba cómodo, no se sentía tan seguro de sí mismo como en otras ocasiones—. No haré más declaraciones.

Un revuelo de periodistas se armó entorno a ellos.

—Esperaba que no te enteraras de este modo —Reconocí a Valerio por su aroma un segundo antes de que hablara.

—¿Qué significa esto? —Prácticamente le exigí, mirándole atónita.

—No lo sé. —Negó confuso, recomponiéndose las solapas de su impecable chaqueta—. Mi padre no ha querido explicarme nada.

—Pero, eso os expone... —comenté nerviosa. Con aquella decisión, Silvano le daba cierta ventaja a Angelo. ¡Enrico no era de los nuestros! Tenía que salir de allí, comenzaba a sentirme inestable y si lo demostraba ante la enfermera no me permitirían abandonar el hospital. Miré a la joven—. Dígame dónde debo firmar.

—Aquí... —me señaló el papel—. Recuerde que una compañera se pasará por su casa cada tarde para limpiarle los puntos.

Asentí monótona y forcé una sonrisa recogiendo la copia del alta que me entregó.

—De acuerdo. Muchas gracias. —Avancé hacia los ascensores sabiendo que Valerio me seguiría—. ¿Qué haces aquí? Deberías estar intentando convencer a tu padre de parar esta locura —dije haciendo resonar mis pasos con fuerza.

Me sentía un tanto desbocada. Por un segundo me vi capaz de darle un puñetazo a Silvano por cometer semejante locura. ¿Qué demonios

pretendía? ¡¿A qué coño jugaban?!

—¿No le conoces todavía, Sarah? —Valerio alzó las cejas mientras me dejaba paso para entrar en el ascensor.

Las puertas se cerraron al tiempo en que yo clavaba mi mirada en él.

—Tal vez no lo suficiente —espeté y agaché la cabeza, negando.

Aquello era demasiado confuso.

—He venido porque no pensaba dejarte sola—dijo Valerio tras unos segundos de silencio.

Después me cogió de la mano y se la llevó a los labios intentado no cruzar una mirada conmigo. Mi piel se erizó y aquella sensación equilibró mis niveles emocionales hasta templarlos. Pero toda caricia tiene un final, y con ese final, cualquier control que pudiera haber sentido, se iba.

Kathia

Mauro me había mirado cuando más necesitaba a Cristianno. Había recogido mi cuerpo de su tumba, me había consumido en un abrazo intentado simular a nuestro primo. Incluso me había susurrado palabras al oído que evocaban fuerza y resistencia. Lealtad...

Una lealtad que él había manifestado continuamente. Pero que ya no me creía. Porque tenía sentido aquello que me impulsaba a querer verlo morir. Tenía sentido que Mauro fuera en parte culpable de la muerte de Cristianno. Si hubiera estado con él... ahora estaría vivo.

<<O puede que los dos hubieran muerto>>, me espetó mi fuero interno.

O puede que los dos hubieran muerto. Casi prefería tal desenlace... pero, ¿una nueva traición...? ¿Una más...? ¿De Mauro...? Dios mío....

—No puedo continuar, señorita... —gimió el esbirro a una calle de la Fontana di Trevi—. Me cuesta... demasiado. —La sangre no dejaba de borbotear viscosa de la herida de su pierna. Estaba pálido y había empezado a sudar. Agonizaba.

Le miré con desfachatez. Tuve la extraña sensación de que, aunque se encontraba cerca de un estado crítico, buscaba ralentizarme. Pero, si así era, ¿por qué? ¿Y por qué demonios no había capturado a Mauro cuando lo vio saltar la verja? Siendo secuaz de los Bianchi como era, debería haber alertado a sus jefes, ¿no? A menos que... Mauro estuviera involucrado...

Salté del vehículo y eché a correr por la Via di Muratte masticando mi delirio. Empujaba a la gente mientras el peso de la pistola en mi espalda se

hacía cada vez más evidente conforme me acercaba al Edificio Gabbana.

Menos aliento, más turbación.

Y mi fuero interno reprochándome mucho más alto. Incuestionable. Él no dudaba como yo lo hacía.

<< *¡No sabes lo que haces!* >>

Puede que no, pero ya no me importaba nada.

Empuñé el arma.

Mauro

Resoplé. No estaba acostumbrado a que me rodeara aquel silencio tan perturbador en compañía de mi amigo.

—¿Piensas hablarme algún día, Alex? —pregunté mientras detenía el coche en el garaje tras el de mi tío Silvano.

—Desgraciadamente es probable —espetó observando con total desagrado cómo Enrico se bajaba de su *Bentley* y se ajustaba la chaqueta.

—Bien, eso me tranquiliza. —Enseguida me arrepentí de ironizar. Alex me clavó una mirada que pudo haberme matado.

—Eres un gilipollas —gruñó.

Estrujé el volante y cogí aire.

—¿Y por qué has venido entonces, compañero? —protesté, pero Alex ya se estaba bajando del coche. Si tanto me odiaba, no comprendía qué hacía allí. Un discurso de mi tío no necesitaba de su presencia, joder.

Sentí la furia corretear por mi garganta y la punta de mis dedos. Era la primera vez que deseaba darle una soberbia paliza a mi mejor a mi amigo.

Salí tras él y le obligué a que me mirara. Respondió empujándome con fuerza y consumiéndome con su mirada ámbar, que parecía mucho más oscura de lo habitual.

—Te partiría la cara ahora mismo si no te tuviera el respeto que hasta ahora creía que merecías, Mauro —gruñó cerrando los puños más que dispuesto a un enfrentamiento físico—. Así que no me tientes porque puede que te lo pierda en cualquier momento.

Aquella contestación llamó la atención de los demás. Enrico frunció el ceño y Silvano se adelantó hacia nosotros creyendo que si se colocaba en medio nos apaciguaría.

—¿Qué coño está pasando aquí? —quiso saber.

Pero yo le esquivé y le planté cara a mi amigo. Sentí su aliento jadeante impactar contra mis mejillas.

—Eso sigue sin responder a mi pregunta —rezongué viendo de soslayo

como Enrico se cuadraba, preparándose para un posible enfrentamiento.

—Sigo formando parte de este equipo —dijo Alex entre dientes—. Aunque tú lo hayas olvidado.

—Jamás lo he olvidado. Jamás.

Y nunca sabría cómo habría terminado aquello de no haber recibido un mensaje al tiempo en que lo recibía Enrico. Le miré desconcertado mientras echaba mano al bolsillo de mi pantalón. Miré mi móvil y fruncí el ceño.

Kathia te ha visto salir. Va hacia el Edificio. Había escrito uno de los esbirros.

—Mierda... —mascullé por lo bajo. Y volví a mirar a Enrico, pero él se había perdido en un punto que había tras de mí.

—Mauro. —Un orden que extrañamente me heló la sangre. Porque supe un instante antes de mirarla que Kathia quería matarme.

La vi reflejada en las pupilas de Enrico antes de rodearme.

—Kathia, ¿qué estás haciendo? —dijo mi tío, un tanto intranquilo. La puerta del garaje aún no se había cerrado y la gente vería el enfrentamiento. La gente... y la prensa.

Emilio se encargó de darle al interruptor.

—Cállate, Silvano... —gruñó Kathia sin quitarme ojo de encima.

—Kathia, baja el arma, por favor —le pedí intentando mantener la calma.

Al escudriñar en su mirada gris apenas encontré a la chica que tan bien conocía. No había rastro de la Kathia atormentada o enamorada. Un velo de fría violencia se había adueñado de ella y la tornaba imprevisible. En cualquier momento podría dispararme, y eso lo sabíamos todos los que estábamos allí presentes. Por eso nos pusimos tan nerviosos.

—¿Pudiste haberle salvado? —masculló y le tembló un poco el arma al mencionar aquellas palabras.

Entrecerré los ojos.

—¿De qué hablas?

—Sabes bien de *quién* hablo. —La corrección me lo dijo todo—. No te hagas el estúpido. Dime —cogió aire de un modo espeluznante—, ¿podrías haberlo salvado, Mauro?

Tragué saliva. ¿Cómo demonios sabía Kathia que dejé a Cristianno morir? ¿Quién coño le había dicho que no hice nada por él mientras ardía?

—Kathia, cálmate, por Dios —tanteé—. Subamos y hablemos de esto.

Ella empezó a caminar hacia mí. Acababa de convertirme en el centro de su universo.

—Dejaste que se quemara. Dejaste que muriera y ni siquiera intentaste detenerlo cuando sabías que podrían matarle. —El cañón del arma terminó sobre mi pecho y Kathia mostró los dientes—. Dímelo, ¿lo sabías? ¡¿SABÍAS QUE PODÍA MORIR?! ¡¿Qué clase de monstruo eres?! —vociferó.

—Crees que yo le maté —admití afónico.

Silvano se movió inquieto mientras Enrico no le quitaba ojo de encima a Alex... Se dieron unas órdenes con la mirada que yo no alcancé a ver.

—¡¿Dónde estabas, entonces?! —gritó ella.

Me empujó con brusquedad y cargó el arma.

Kathia

Fue muy complicado silenciar a mi fuero interno. No dejaba de repetirme una y otra vez lo equivocada que estaba, y su voz se hizo más persistente en cuanto clavé el cañón de la pistola en el pecho de Mauro. Pero ese instinto dañino y devastador que me dominaba pudo incluso con la poca cordura que me quedaba. El chasquido del martillo al cargar el arma resonó en todo el garaje llevando la atención de todos a un punto entre la angustia y el estupor.

Por un momento, supe que me estaba equivocando. Pero ya era demasiado tarde, yo ya no tenía control sobre mí misma.

Alex me capturó cuando tomé la decisión de disparar. Cogió mis muñecas, las estrujó fuertemente y me obligó a apoyarme en él para no caer al suelo. El arma salió disparada bajo el *Audi* de Mauro.

—¡No! ¡Suéltame, Alex! —Mis quejidos me erizaron el vello mientras me retorció bajo sus fuertes y grandes brazos.

Mauro había tenido suerte de tener a Alex cerca de él en un momento como ese. Y yo también... porque cuando vi la expresión tan aterrada de mi primo, entendí que no era a él a quien debía disparar primero... Tal vez Mauro había sido la marioneta de Enrico. Quizás era a él a quien debía disparar y no al Gabbana.

Pero a ninguno de los dos alcancé.

Me asfixiaba y la fuerte e inquebrantable sujeción de Alex no ayudaba. Rompí a llorar de una forma escalofriante cuando vi a Mauro querer venir hacia mí completamente roto con la situación, consciente de que yo me encontraba mucho más desgarrada que él.

—¡No te acerques más! —clamó exigente Alex empujándome hacia un lado pero sin dejar de soltarme—. No te acerques más.

—Alex... —siseó Mauro.

—¡No! —Volvió a gritar, y extendió una mano en un gesto por detener a su amigo—. Ya sabes lo que tienes que hacer... Ya lo sabes... — Una orden con un fuerte contexto tácito que todos comprendieron, excepto yo.

Me resbalé de los brazos de Alex y caí al suelo de rodillas perdiéndome en mi lamento. No pude escuchar nada más que los zumbidos en mis oídos y los fuertes y arrítmicos latidos de mi corazón. La ketamina me abandonaba y me dejaba completamente excedida y destruida.

Mauro me cogió de los brazos y me obligó a mirarle. Obedecí porque no tuve fuerzas para evitarlo.

—¿Cómo puedes creer que yo maté a Cristianno?! —gritó sacudiéndome—. ¡¿CÓMO?!

—¡¡¡No estabas!!! —Bramé—. ¡¡¡No estabas con él!!! —Y cometí el error de mirar de soslayo a Silvano. Estaba totalmente agarrotado, con la mirada empañada en unas lágrimas que prefirieron jugar en la comisura de sus ojos y unos brazos que se sacudían de forma espontánea.

—Kathia, ¡escúchame! —Una sacudida más para captar mi atención. Cerré los ojos—. ¡Jamás le habría hecho daño!

—Pero le dejaste morir.

—Mírame, ¿de verdad crees que podría haber matado a Cristianno? ¿De verdad lo crees?

No...

—Ya no sé qué creer —gimoteé al mirarle negando con la cabeza—. Solo sé que está muerto y que yo ya no resisto más. ¡No puedo más! —Y me derrumbé sobre su pecho como nunca antes lo había hecho.

Mauro quiso responder al abrazo...

—No tienes ni idea de... —Pero no le dejaron.

—¡Basta! —exclamó Enrico tirando de mi primo con furia. Después señaló a Alex—. ¡Llévatela de aquí!

Se llevó a Mauro a empujones, lejos de mi alcance.

Sarah

Enterarme de que mis queridas Ofelia, Patrizia y Graciella ya no estaban en suelo romano complicó mucho las cosas a mi estado de ánimo. Aunque, eso explicaba por qué Silvano había cedido de tal forma. Si su esposa hubiera estado, jamás le habría permitido algo así.

Agaché la cabeza y me llevé las manos al cuello, ejerciendo fuerza con la punta de los dedos sobre la nuca; justo allí se habían concentrado todos mis nervios y temores.

—¿Por qué no me lo has dicho antes, Valerio? —le pregunté cuando nos detuvimos en el semáforo de la Piazza Venezia.

—Porque no habrías podido cambiar nada —espetó él un tanto tenso—. Mi padre nos informa, pero no nos deja espacio a decidir, ¿lo entiendes? De todos modos, es mejor así. —Un resoplido cargado de agotamiento.

Miré a mi alrededor un segundo antes de reanudar la marcha.

—Esta ciudad es tanto de ellas como de los malditos Caruso —murmuré. Me frustraba muchísimo que las Gabbana hubieran tenido que ser evacuadas como medida preventiva porque no había forma de saber si un loco sicópata ávido de poder sería capaz de atacarlas.

Apoyé el codo en el filo de la ventana y me mordí el nudillo del índice cerrando la otra mano en un puño sobre mi muslo.

Valerio tuvo que ver mi gesto de impotencia y decidió acariciar mi rodilla con parsimonia antes de deshacer el puño y entrelazar sus dedos con los míos.

—Lo sé —me miró de soslayo, regocijándose en acariciar mis nudillos —, pero prefiero esto a perderlas.

Reaccioné a su caricia aferrándome a su mano. Asimilar todo aquello de golpe me procuró un fuerte dolor de cabeza. Pero mirar a Valerio mientras conducía, de algún modo, hizo que fuera más llevadero. Al menos hasta que imaginé que se trataba de Enrico.

Negué con la cabeza al tiempo en que entrábamos en la vía delle

Colonnelle, mi calle.

De repente, Valerio frenó bruscamente intercediendo en el tránsito que nos seguía y en el de la calle que cruzaba. Me erguí de golpe al ver que había empalidecido y que apretaba el volante con tanta fuerza que los nudillos empezaron a emblanquecerse.

—¿Valerio? —Quise preguntar más, pero su mirada me cortó el aliento.

—Ni se te ocurra poner un pie en la calle, ¿de acuerdo? —Aquella fue la primera vez en que me habló rudo y un tanto cruel.

—¿Qué demonios ocurre?

—Te vigilan. —Una furgoneta negra aparcada en la Piazza della Maddalena. Dos hombres en torno a ella. Uno más en el portal de mi edificio.

Se me encogió el vientre.

—¡Dios mío! —jadeé.

Acababa de entrar en el punto de mira de los Carusso.

Mauro

Habría matado a Enrico en aquel momento. Habría capturado su garganta entre mis manos y la habría estrujado hasta ver cómo su bonita piel se enrojecía. Hasta ver cómo agonizaba y perdía lentamente su vida ante mis ojos.

Pero un deseo como aquel no tenía lógica. Solo era producto del completo desastre que habitaba en mi cabeza. Había llegado a un punto de absoluto desquicio, y supe que la situación me había superado en cuanto Kathia rompió a llorar de aquella manera.

<<Esta no era la idea, joder>>, gruñó mi fuero interno. Y me pasé las manos por la cabeza, del todo desesperado. Después, señalé a Enrico con un dedo.

—Te juro que si vuelves a reprocharme de nuevo mi comportamiento ahí fuera, te arrancaré la cabeza —le amenacé hablando entre dientes, y el alzó las cejas en gesto de incredulidad. Lo que me proporcionó mucha más euforia.

Un enfrentamiento con Enrico siempre te deja en la posición de perdedor y me desquiciaba. Quizás porque sabía que llevaba razón en todo lo que me había dicho y no encontraba la forma de arremeter con argumentos

consistentes. Recriminarle era una pérdida de tiempo que me ponía en evidencia, pero era inevitable.

—Deberías saber que no pienso permitirte —masculló él, virulento, y sentí cómo la irritación jugueteaba a sus anchas por todo mi cuerpo.

Le miré con tanta rabia que incluso me dolieron las cuencas de los ojos.

—No sabes cuánto te odio en estos momentos.

—Cómo si me importara... —resopló al tiempo en que sonaba su teléfono. Dios sabe que me habría lanzado definitivamente a él si no nos hubieran interrumpido. Pero el nombre de Angelo latiendo en la pantalla de su móvil, ahora, era mucho más importante que mi maldita y repentina inquina contra Enrico. Me miró unos segundos antes de responder—. ¿Qué ocurre ahora, Angelo? —Frunció el ceño y apretó los labios. Me tensé atento al murmullo de la voz del Caruso—. ¿Y qué tiene que ver Sarah en todo esto?... No creo que sea necesario eliminarla... —El aturdimiento estuvo cerca de hacerme perder el equilibrio. Enrico asintió y después cerró los ojos—. De acuerdo. ¿Alguna vez lo he hecho? —Colgó y se abstuvo de lanzar el móvil contra la pared.

Enrico me dio la espalda y puso los brazos en jarras sin saber muy bien qué hacer. Incluyó la cabeza hacia atrás, soltó el aliento... y Sarah entró en el portal del Edificio acompañada de mi primo Valerio. Estábamos en la sala de reuniones de la planta baja, la misma que lucía una pared de cristal que desde el vestíbulo parecía un espejo. Por tanto pudimos ver cómo ambos se miraban mientras subían al ascensor. Tenían un aspecto pálido y un tanto alterado. Algo que pasé por alto en cuanto Enrico me miró.

El silencio lo dijo todo. Comprendí a la perfección lo que su mente estaba organizando y supe enseguida cual sería el resultado.

—¿El mismo modus operandi, Enrico? —Quise saber, torciendo el gesto.

—¿Tengo alternativa? —dijo impertérrito.

Por supuesto que no la tenía, joder.

Sarah

Antonella se lanzó a mis brazos devorándome en un abrazo que cerca estuvo de hacernos llorar a ambas. Ella porque se había despedido de las Gabbana; yo porque ni siquiera tuve oportunidad. Cogió mi cara entre sus manos y murmuró algo en un italiano cerrado que apenas comprendí mientras me besaba las mejillas y la frente.

—No sabes cuánto me alegra verte, Antonella —le dije en cuanto me vi capaz de hablar.

—Niña, me tenías preocupada —gimoteó observando con atención mi cuerpo—. Pero estás bien... estás bien.

—Por supuesto... —Volví a abrazarla.

—Antonella —comentó Valerio sin saber muy bien cómo interrumpir nuestro momento. La mujer lo miró con ojos radiantes—, Sarah vuelve a instalarse en su habitación, ¿de acuerdo?

Ella asintió con la cabeza y yo la agaché sabiendo que Valerio me estaba observando como nunca lo había hecho hasta el momento. Ni siquiera fui capaz de hacerme una idea de lo que pensaba. Quizás habernos topado con unos sicarios en la puerta de mi casa tenía algo que ver, pero supe que no se trataba solo de eso.

—Me encargaré de todo... —Antonella se marchó dejándonos en medio de un silencio un tanto extraño.

Valerio se deshizo de su chaqueta mientras se adentraba un poco más en el salón.

—Lamento hacerte volver al Edificio —declaró cabizbajo y mirándome de reojo.

—Lo dices como si odiara estar aquí. —Acaricé el filo del sofá. Estaba nerviosa.

—Te fuiste. —Me sonó a protesta. A Valerio jamás le gustó la idea de que me marchara.

—Y ya sabes por qué fue... — No soportaba estar en un lugar en el que

podría cruzarme con Enrico a cada momento y en el que reinaban constantes recuerdos de Cristianno. No podía estar rodeada de una familia que se hacía añicos sabiendo quién había sido el causante de todo aquel desastre.

Suspiré.

—Necesito una copa... —murmuró Valerio dirigiéndose a la biblioteca. Le seguí notando cómo mi cuerpo se preparaba para algo que por ahora ignoraba.

El mediano de los Gabbana se acercó al mini bar, cogió un vaso, abrió una botella y se sirvió más contenido de la cuenta. Se lo bebió de un sorbo y repitió la misma coreografía. No me gustó verlo beber de aquella manera. Parecía desesperado y perdido en algún rincón de su mente que lo atormentaba. Entre él y yo siempre había habido comunicación, ¿por qué no me hablaba? ¿Por qué no me decía lo que estaba pensando?

Sentí un fuerte latigazo en la herida y contuve un gemido creyendo que podría evitar que Valerio se diera cuenta. Pero no lo conseguí y me miró inquietado.

—¿Estás bien? —Casi susurró.

Asentí rápidamente con la cabeza.

—Solo me molesta un poco. —En realidad me dolía más de lo que admití.

Valerio cerró los ojos con pesar y volvió a darme la espalda para apoyar los brazos en la barra. Los tensó y agachó la cabeza. Gesto que remarcó la curva insinuante de sus hombros.

—Le nombraste... —murmuró y a mí se me contrajo el vientre porque comprendí de golpe lo que habitaba en su mente—. No dejaste de decir su nombre.

Enrico.

Aparté la mirada un tanto avergonzada. En un estado tan involuntario como la inconsciencia uno se queda completamente expuesto, y en ocasiones algunos secretos salen a la luz. Aquello era exactamente lo que me había ocurrido y ahí no había mentira con la que adornar. Había llegado el momento de afrontar lo que nos estaba sucediendo. De admitir que nos habíamos adentrado en una relación de tres, insana y destructiva. Y no quería ese destino para Valerio.

Él se volvió hacia mí y se mordió el labio antes de hablar.

—Tienes que decirme si podrías olvidarlo —jadeó—. Necesito saberlo.

<<Dios mío>>, murmuró mi mente. Y me llevé una mano a la boca creyendo que aquel gesto detendría mis ganas de llorar. Una lágrima se coló entre mis dedos y cometí el error de mirarle y ver como él caía conmigo a aquel extraño precipicio de emociones. Minutos antes ninguno de los dos creímos que aquello podría pasar.

Negué con la cabeza aferrándome a la posibilidad de empezar un nuevo camino a su lado. Empezar de cero, borrar de mi mente y de mi corazón el amor que sentía por Enrico, pero no soportaba que Valerio recogiera los restos. Enrico había desfragmentado una parte de mí imposible de reparar y supe de súbito que jamás podría recomponerme. Valerio lo había intentado, incluso sin saber lo que ocurría en mí. Y yo se lo había permitido y no me sentía orgullosa de ello.

Habría podido amarle, habría podido perder la razón por él, pero Enrico apareció primero y me convirtió en sierva de todas sus intenciones. No podría liberarme de él jamás... Jamás... Y me perturbaba ese hecho. ¡Me volvía loca! Pero era mi problema, solo mío. No debía salpicarle a Valerio. Lo mejor era zanjar lo que había surgido entre nosotros.

Temblé, pero no supe si fue por todo lo que había pensado tan atropellada por la mirada de Valerio, que me indicó lo consciente que era de mis pensamientos. Dios, habría dado cualquier cosa por poder correr hacia él, capturar su boca y olvidar todo lo demás.

—Me gustaría poder decirte que sí...—Ahogué un gemido—, pero no puedo.... —Porque apenas podía dar un paso sin pensar en Enrico.

—Por tanto, eso te deja en una situación totalmente fuera de juego. — Aquella voz... Aquella maldita voz...

Enrico estaba apoyado en el marco de la puerta, con los brazos y los pies cruzados. Sentí que me asfixiaba dentro de aquella perversa sonrisa irónica que se había adueñado de su boca. Lo había escuchado todo y estaba segura de que también se había colado en mi cabeza y hurgado en mis pensamientos. Esa postura denotaba opulencia y confianza en sí mismo. Él sabía que yo le amaba y disfrutaba con mi tormento.

—Puedo permitir que no me quiera —gruñó Valerio, encolerizado—, pero no resisto que te quiera a ti.

Un escalofrío me dominó y por un momento creí que sería incapaz de mantenerme en pie.

—Eso no lo decides tú, compañero. —Enrico se incorporó y se acercó a mí sabiendo que me abrumaría con su cercanía. Como siempre...— Y

ahora si nos disculpas... —Intentó cogerme del brazo, pero me aparté a tiempo.

—Yo no me voy a ninguna parte contigo... —gruñí y eso trastocó su mirada risueña, convirtiéndola en puro hielo.

Me mostró los dientes antes de clavarme los dedos en un gesto súbito y agresivo.

—*Suéltala*, Enrico —intervino Valerio más que dispuesto a sobrepasar un simple cruce de palabras subidas de tono.

—Será mejor que no te metas, Valerio —espetó Enrico concentrado en mi mirada—. Por el bien de todos.

De pronto supe que entre ellos dos ya había habido algo de antes, que si me resistía ninguno se opondría a llegar a las manos y esa razón me llevó a renunciar a mi resistencia. Dejaría que Enrico me llevara donde él quisiera si con ello evitaba que Valerio terminara enfrascado en una pelea.

Obedecía a la orden tácita de Enrico y avancé a trompicones hacia el ascensor sin saber que Valerio detendría las puertas un instante antes de cerrarse.

—¿Qué parte del *suéltala* no has entendido, Enrico? —protestó adoptando una voz que jamás le había escuchado: severa y áspera al mismo tiempo. Capaz de cualquier cosa.

Tragué saliva y me tensé. Ignoraba las reacciones que Valerio podría tener en una situación como aquella.

—Te equivocas —comentó Enrico, cómodo en su perfil de insolente—, ¿qué parte no has entendido tú? —Torció el gesto, y me erizó el vello el poder tan absoluto que destilaba todo su cuerpo.

—Valerio... —susurré y, aunque le costó, terminó por mirarme. Negué con la cabeza dándole a entender que me dejara ir.

—Si le haces daño, te mataré. —Una amenaza que incluso a mí me atropelló.

Los dedos de Enrico se hicieron un poco más fuertes en torno a mi brazo.

—Pues será mejor que vayas escogiendo el modo. —Las puertas se cerraron y aquellas palabras terminaron por arrasarme.

¿Qué quiso decir? ¿Iba a matarme? ¿Iba a hacerme daño?

Por primera vez tuve un miedo ensordecedor a quedarme a solas con él. Todos los rincones de mi cuerpo estaban siendo controlados por el temblor

dañino que se me había instalado en el vientre, producto de la terrible incertidumbre. Se me había quedado la boca seca y el corazón me latía en la lengua. Estaba tan sumida en todas aquellas sensaciones que apenas me di cuenta de que acababa de subir al coche de Enrico.

Le miré de soslayo, aterrorizada con la idea de cruzar una mirada con él. No podía creer que el mismo hombre que hacía unas semanas me besaba hasta perder la razón fuera el mismo que tenía junto a mí transmitiéndome tal inquietud.

Cogió su móvil y se lo llevó a la oreja tras buscar en su agenda.

—Guido, prepárame la morgue —dijo y clavó su mirada en la mía un instante hasta de que yo la aparté.

Vi tanta determinación en sus ojos azules que apenas pude contener el llanto. Se me hizo imposible respirar o estar en mi cuerpo. Iba a matarme, y disfrutaba con la idea. Las lágrimas brotaron veloces.

—Estoy empezando a quererte un poco menos. —Debí mantener la boca cerrada porque después de lo que me había escuchado decir en la biblioteca sobraba cualquier cosa que le dijera.

—¿Aun estando embarazada de un hijo mío? —Tuve una descarga de dolor en la herida que se expandió por toda la espalda y me provocó un gemido.

Le miré de súbito, asustada, empuñada y completamente sometida.

—¿Cómo coño lo has sabido?

Enrico sonrió con pesadez.

—Yo lo sé todo, Sarah. —Arrancó el coche—. Incluso que acabas de mentirme.

Mauro

Empezaba a atardecer y, aunque estábamos en los primeros días de primavera, el cielo continuaba oscureciéndose en torno a las seis de la tarde. Respiré hondo y miré las nubes. Un pequeño avión las surcaba en vuelo raso, preparándose para aterrizar en Roma. Me concentré en el lejano ruido que producían sus motores al tiempo en que la sentía tras de mí.

Giovanna me había visto llegar por su jardín. Me había detenido a observar su estremecimiento al verme, fascinado con el rubor que cubrió sus mejillas, y le había señalado en silencio las escaleras exteriores. Apenas habían pasado unos minutos desde ese momento.

Me incorporé de la barandilla y me di la vuelta para mirarla. Giovanna permanecía a unos metros de mí. Se mordía el labio y le titilaban los ojos, ahora un poco más apagados y brillantes de lo normal. Por un instante pude sentir lo mismo que ella, la misma vibración acechándome en el centro del pecho.

Eché a correr hacia mí y se abalanzó contra mi cuerpo sin importarle si yo respondía o no a ese abrazo. No tardé mucho en decidirme. Es más, ni siquiera tuve que pensarlo. En el fondo, algo de mí me empujaba a ella, y necesitaba de ese contacto tanto como Giovanna.

—Mauro... —Me estremecí al escuchar su voz acariciar mi cuello. Cerré los ojos y la estreché un poco más fuerte entre mis brazos, supe lo que pensaba.

—Estoy bien... —susurré. No había caído en la cuenta de su preocupación hasta ese momento. Como tampoco había caído en la cuenta de cuán importante era para ella tenerme en su vida.

Se me hizo un nudo en la garganta y no supe si era porque acababa de alejarse de mí o por lo mucho que me gustó saber que le importaba.

—Ni siquiera me di cuenta de que se había ido hasta que bajé a la cocina y vi a dos tipos muertos en el jardín —explicó moviéndose inquieta.

Me humedecí los labios y agaché un poco la cabeza.

—Ella cree que maté a mi primo... —Me costaba decirlo en voz alta—

... O al menos cree que participé en ello.

Giovanna se detuvo a mirarme, confundida y alerta al mismo tiempo. Ella sabía que le hablaba entre líneas, pero ignoraba el contenido. Sabía que le ocultaba algo y por un momento no supo bien cómo actuar.

—No está bien, Mauro —comentó tímida, refiriéndose a Kathia con sumo cuidado porque sabía lo mucho que yo sufría por ella—. Y tengo miedo de lo que será de ella, ¿entiendes? Ambos sabemos que no tendrá un buen final. —Terminó conteniendo las lágrimas.

Cuánto había cambiado... Cuánto tenía oculto tras aquella fachada de engreída, cruel y vanidosa.

De pronto tuve miedo... A que mis secretos la sobrepasaran. A que las recriminaciones fueran demasiado para ella. Tuve miedo de decepcionarla y supe que si la perdía... Si la perdía se llevaría consigo el mejor sentimiento que había experimentado nunca.

Di un paso hacia ella y cogí sus manos heladas.

—Necesito que me respondas a una cosa, Giovanna, y necesito que lo hagas con toda la sinceridad... —Hablé rápido, sin dejar espacio a mi fuero interno a echarse atrás—. ¿Me quieres? —susurré.

La noté temblar y también fui consciente del torrente de pensamientos que se paseaban por su cabeza. Me lo dijeron sus ojos, ahora más azules que verdosos. Temía contestar y eso me respondió a la perfección. Giovanna no se hacía una idea de hasta qué punto había llegado a ser recíproco su sentimiento. Ni siquiera yo lo había sabido hasta ese momento.

—Quiero que... me dejes quererte. —Se atrevió a decir, en voz muy bajita—. Necesito que merezca la pena.

Tragué saliva.

—¿Te atreves?

—Ya lo he hecho. —Aquella fue su forma de declararse.

—¿Y me perdonarás? —Me acerqué un poco más. Ahora todo dependía de aquella respuesta—. ¿Me perdonarás cuando todo esto pase y veas el hombre en el que me he convertido?

Giovanna contuvo una exclamación y se inclinó hacia atrás. Me observó confusa, sin saber muy bien cómo reaccionar ante mis palabras. Valentino había resultado ser un mal amante y vi el miedo corretear por su rostro a que yo fuera igual que él. Pero sus facciones cambiaron y la empujaron contra mi boca. Giovanna me besó sin tapujos, sin miedos...

Completamente liberada. Y yo me perdí en ella más hambriento y exaltado de lo que esperaba.

—¿Te vale como respuesta? —me dijo jadeante entre beso y beso provocando que me aferrara aún más a su cintura.

<<*Por supuesto que me vale*>>, pensé, pero preferí demostrárselo insistiendo en sus labios.

Sarah

No podía apartar de mi cabeza la extensa visita a la morgue. Las visiones perturbadoras de varios cadáveres me habían sobrecogido, pero en especial uno de ellos. Una joven de una edad aproximada a la mía que había fallecido hacía apenas unas horas, en el polígono Appia Nuova, víctima de un atraco. Pensar en ella y en su final me horrorizaba porque no tardaría mucho en hacerle compañía y estaba segura de que ninguna de las dos nos merecíamos algo así.

Contuve una nueva oleada de llanto. Enrico ya me había visto llorar, pero no estaba dispuesta a venirme abajo en ese momento. Eso habría convertido mi asesinato en algo mucho más divertido de lo que seguramente lo estaba siendo ya para él. Así que me tragué mis lágrimas y continué observando cómo las estrellas nos iluminaban un camino plagado de grandes árboles y abundante vegetación.

No comprendía por qué demonios no me había matado ya. Nos habíamos pasado todo el día en el depósito; él hablando con el forense (un tal Guido) y contestando decenas de llamadas; yo en medio de la nada estrujándome las manos profundamente concentrada en el paso del tiempo. Había sido insoportable. Y lo seguía siendo ahora que llevábamos cerca de cuarenta minutos en el coche.

Dios mío, no dejaba de maldecirme a mí misma... Supuse que después de un día como aquel a su lado, terminaría por enterrar todos mis sentimientos hacía él. Pero me equivoqué. A veces le miraba, sabiendo que estaba completamente concentrado en la carretera y no podría verme, y escudriñaba en él en busca de algo que me hiciera asimilar, de una vez por todas, la clase de monstruo que era. Pero mi mente seguía evocando constantemente al hombre que conocí en Tokio. Al mismo que semanas después me hizo el amor.

Algo de mí seguía confiando en él... y me dolía saber que moriría sintiendo lo mismo que el primer instante en que le vi.

Un enorme cartel me indicó que nos encontrábamos en el *Lago Albano*.

Enseguida obvié como pude mis pensamientos y me concentré en el oscuro paisaje súbitamente intimidada. En la medida de lo posible y manteniendo una ligera cordura, me había preparado para morir, lo había asimilado. Pero aquello era del todo inesperado.

La marcha, lentamente, disminuyó al borde de la orilla. El agua permanecía en calma bajo una tímida neblina, el silencio escocía en los oídos y la oscuridad alarmaba.

Me clavé las uñas en las palmas de la mano con disimulo.

—¿Vas a matarme aquí? —Quizás me daría un golpe en la cabeza y me tiraría al lago. Tuve un escalofrío muy evidente—. Porque si así fuera no entendería por qué demonios me has llevado a un depósito de cadáveres. — Admití con una voz sobrecogida y ronca. De pronto fui consciente de lo cansada que me sentía.

Enrico se removió en su asiento, colocó un brazo tras el respaldo del mío y clavó su intensa mirada en mí. Tragué saliva y fruncí los labios.

<<Cómo me gustaría que me abrazaras y me dijeras que todo esto no es real>>, me dije, ilusa, temiendo que él se hubiera dado cuenta de mis pensamientos.

—¿Sabes una cosa? —preguntó, y su voz recorrió mi cuerpo como un caricia ácida, encogiéndome el estómago.

—No —gemí.

—Me sorprende el modo en que te estás comportando —resopló mostrándome su cansancio—. Tienes miedo y te sobrecoge la idea de que te mate. Sin embargo, intentas permanecer invulnerable. Resistes con cierta entereza.

Mirarle tan de súbito me produjo vértigo... porque me topé con un Enrico tan concentrado en mí como el primer día. Respiré hondo y me prometí en vano no sucumbir a él.

—No te deleitaré con mi miedo, si es eso lo que esperas, Enrico. — Hablé feroz, sin saber de dónde demonios sacaba el valor.

—Baja del coche. —Una orden escalofriante que apenas tardé en obedecer. Solo que no esperé que a mis piernas le costaran tanto mantenerme en pie.

Cerré la puerta del coche tras haber bajado y dejé que el viento nocturno me envolviera al tiempo en que me apoyaba en la carrocería. Un temblor interno me paralizó.

—Muévete —me instó Enrico mirándome por encima del hombro.

Fue entonces cuando me di cuenta de que a unos metros de nosotros había una pequeña casa de madera abandonada. Le seguí al interior consciente de que las lágrimas me caían pujantes.

Enrico se detuvo en el centro de la estancia y miró en rededor deteniéndose especialmente en la puerta entreabierta que había a su izquierda. Mi último paso hizo crujir la madera del suelo y se giró a mirarme.

Hubo un instante de silencio y conexión entre los dos que fui incapaz de analizar. Tan solo lidié por no ahogarme en su extraña mirada, que se encontraba a medio camino entre la soledad y la carga más pesada.

—Te gusta esto, ¿verdad? —dije de pronto.

—¿El qué? —Manifestó confusión y no le importó que yo lo notara.

—Aterrorizar a tus víctimas... —Me abracé con fuerza. Tenía mucho frío.

—Es mi trabajo y recuerdo que una vez no te importó. —Espetó cabizbajo.

Cierto, no me importó. Pero ese día estábamos sentados en una cafetería del *Campo de' Fiori* y creía que me amaba.

<<Te debo un amanecer...>> Recuerdo que suspiró mientras lo dijo.

—Porque jamás imaginé lo que escondías —mascullé odiándole por haber recordado aquel momento.

Enrico frunció los labios y empezó a caminar sin rumbo.

—No te mentí, Sarah. Nunca lo he hecho. —Podría haber evitado también mirarme como si fuera lo único importante para él.

—Sí que lo has hecho —repliqué—. Me dijiste que encontrarías la forma de solucionar las cosas.

—Y así ha sido, amor.

—No me llames amor y deja de mentir. —Apenas le dejé terminar y eso provocó que se adelantara hasta mi posición, dejando tan solo unos centímetros de espacio entre nuestros labios.

Pero lejos de atemorizarme con su cercanía, mi piel se erizó y enloquecí con su aroma y su forma agitada de respirar. Justo en ese instante ya no supe qué creer. No supe si odiarle o amarle, si temerle o simplemente respetarle. No supe si emprenderla a puñetazos con él o lanzarme a sus brazos y perderme en ellos.

—Te dije que encontraría una solución y eso he hecho. No tenía por qué

gustarte. —Torció el gesto—. Esto es la mafia, ¿recuerdas? —El día que me lo dijo jamás pensé que terminaría muriendo en sus manos.

—Pues entonces terminemos con esto. ¡Haz lo que has venido a hacer!
—Le estampé las manos contra el pecho y le empujé con toda la rabia que acumulaba. Enrico perdió el equilibrio pero logró mantenerse en pie y me permitió darle un nuevo empujón—. ¡Hazlo! ¡Vamos! —Uno más—. ¡¡Mátame!!

Capturó mis brazos y me estampó contra la pared con brusquedad provocándome un gemido al notar cómo su pecho me acorralaba. Sus labios me tocaron, pero no me besaron. Tan solo se permitieron esperar contra los míos mientras su aliento me envolvía y me aceleraba el corazón.

Empecé a llorar.

—Hazlo... —gimoteé absolutamente superada por la situación.

—Dices que nunca podrás dejar de quererme...—jadeó tembloroso en mi boca al tiempo en que su pelvis ejercía fuerza contra la mía—. Sin embargo, temes ese sentimiento y lo justificas convirtiendo mis palabras en una mentira. —Dibujó mi barbilla con sus labios y los guió hacia el arco de mi cuello—. No sabes lo equivocada que estás...

<<*Esto no puede estar pasando*>>, pensé.

—Hazlo, Enrico —sollocé ansiosa por saber el final que había escogido para mí.

El llanto se me había concentrado en la garganta y me resquebrajaba. Temblé una vez más al notar sus manos descender por mis brazos. Perfilaron mis pechos y envolvieron mi cintura con una posesión un tanto brusca. En ese momento en concreto, me di cuenta de que Enrico también temblaba.

—No tienes ni idea —susurró él.

—No puedo más. —Me asfixiaba...

—Yo tampoco. —Gimió y lo hizo mirándome a los ojos.

Ese extraordinario azul que caracterizaba su mirada se estaba ahogando en un velo húmedo. Enrico tragó saliva y lentamente se movió mostrándome que no estábamos solos. En aquella sala fría y decadente había alguien más con nosotros.

Contuve una exclamación que estalló en mis manos al llevármelas a la boca mientras todo mi cuerpo se sacudía dolorosamente. Me tambaleaba...

—Dios mío... —Respiré por inercia.

—No has cumplido con tu promesa. —me susurró Enrico al oído.

Todo mi mundo, todo lo que había creído hasta el momento, se derrumbó.

Kathia

Cristianno murió un viernes...

...Hacía un mes...

Y me enfrenté a mí misma. Al reflejo de la Kathia vestida de blanco atrapada en aquel espejo. Al hecho de que él yacía en un sarcófago y a mí aún me quedaba aliento para seguir con vida. Aunque no la quisiera, aunque apenas fuera un pequeño hálito. Esa Kathia que había frente a mí no tenía ni idea de que nuestra vida se apagaba poco a poco. Agónicamente.

Había tomado la decisión de renunciar cuando esa misma noche me desperté en mitad de la madrugada con una lágrima cayéndome por la mejilla. Mientras me la limpiaba pensé en Cristianno y en cómo habría sido tenerle en mi cama en ese momento. Y por extraño que fuera, por un instante, creí que aparecería y me refugiaría en él. Incluso sentí su aroma y la sensación excitante que sus dedos me dejaban siempre que me acariciaba... Pero todo estaba en mi mente. Cristianno solo existía en mi mente.

—Me estoy planteando dejarte vivir... —me había dicho Olimpia aquella mañana cuando llegó a casa de Giovanna—. Ese es mejor castigo que matarte, ¿verdad? —Porque sería esclava de Valentino y no podría reunirme jamás con Cristianno.

Así que me dejaría llevar... Moriría abandonándome a mí misma porque no me habían dejado otra opción.

Olimpia supo bien qué palabras escoger para enterrarme un poco más.

—No te muevas, por favor —protestó el modisto. Ni siquiera apartó un momento la mirada de las puntadas que le estaba haciendo al vestido de novia que las *arpías* habían escogido para el enlace—. No terminaré nunca si no te estás quieta. —Pero yo lo estaba, no me movía de la tarima que habían dispuesto en el salón. Casi parecía un puto maniquí.

De pronto sentí un cosquilleo en la nariz. Me acerqué los dedos y noté

un extraño fluido viscoso con un ligero aroma a óxido. Descubrí que estaba sangrando antes de que unas gotas cayeran sobre la falda del vestido. Escuché protestas, pero yo ya no era consciente de nada más que de mi imagen en el espejo y la sangre resbalando por mis dedos.

Empecé a respirar con fuerza, mi pecho bajando y subiendo con ímpetu, el corazón estrellándose contra mis costillas, las piernas flaqueándome.

—Necesito salir de aquí... —jadeé tambaleándome sobre la tarima un instante antes de tropezar con la tela y saltar. Pude evitar la caída gracias a la mesa que había justo al lado.

Todos me observaban con desagrado pero también con asombro. Ninguno se propuso ayudar, no tenía a quién acudir y Giovanna todavía no había llegado del instituto. Estaba completamente sola y abordada por los síntomas más desconcertantes que había tenido hasta el momento.

Con el zumbido en los oídos y la llegada de las náuseas todo se complicó un poco más. Veía a la gente de mi alrededor hablando exaltada, señalando las manchas de sangre que ahora adornaban el vestido. Olimpia me señaló y me recriminó algo que no pude escuchar. Ya no estaba allí.

Me recogí la falda y salí corriendo hacia mi habitación. Con suerte, con muchísima suerte, quizá todavía me quedaba una pastilla de Ketamina. Abrí la puerta de un empujón y me lancé a traspiés al primer cajón de la cómoda. Rebusqué entre la ropa, varias veces, pero lo único que encontré fue un frasco de tranquilizantes que me había recetado el psiquiatra al que me habían llevado. No había más, y me acercaba peligrosamente a la fase en la que todo oscilaba y respirar me perforaba el pecho.

Si hubiera sabido que todos aquellos síntomas iban a matarme me habría tumbado en la cama y habría esperado el final. Pero no iba a suceder tal cosa. No iba a morir, y era precisamente eso lo que lo hacía mucho más duro e insoportable.

Me limpié la sangre de la nariz con la primera prenda que encontré y abrí el frasco de pastillas. Cualquier cosa me valdría con tal de calmar aquel tormento. Necesitaba acallar mi mente, mitigar los temblores y ahogar la abstinencia.

No calculé la cantidad de comprimidos que me metí en la boca ni tampoco me preocupó sentirlos caer por mi garganta. Tosí y casi de inmediato comencé a notar un extraño alivio. Mi perturbada mente acababa de comprender que le había regalado unas horas de paz y ya no le importaba que los sedantes hicieran efecto, porque sabía que ya estaban en

mi organismo. Ahora solo tocaba esperar un rato.

Me tambaleé hacia la ventana y la abrí de par en par al tiempo en que alguien entraba en la habitación.

—Fuera, no quiero ver a nadie —gruñí antes de mirar y descubrir quién era.

Enrico no tenía buen aspecto. Parecía cansado y se notaba que no había pegado ojo en toda la noche. Intentaba disimularlo con su impoluto traje de firma y su imagen perfectamente acicalada, como siempre, pero yo le conocía bien y supe que aquella mirada guardaba un mal momento.

Le clavé una mirada acusadora.

—Lárgate de aquí. —Apenas reconocí mi voz—. Eres la última persona a la que quiero ver.

Pero me ignoró y se concentró en las manchas de sangre como si hubiera visto un cadáver por primera vez en su vida. Poco a poco, su cuerpo se tensó y comenzó a respirar con rapidez mientras convertía sus manos en puños cerrados. Había abierto muchísimo los ojos y sus pupilas se movían de un lado a otro un tanto desquiciadas. Enrico no solía ser expresivo, se guardaba todas sus emociones y las mantenía contenidas haciendo imposible la lectura de sus gestos. Jamás se le había podido sonsacar algo, a menos que él hubiera dado la oportunidad. Por eso mi mente se colapsó un poco más al verle de aquella forma. Casi me dio miedo ver cómo se acercaba a mí.

Me tambaleé de nuevo, abordada por un extraño sopor que cada vez me complicaba más la consciencia. Aquellos síntomas que minutos antes me estaban volviendo loca, empezaban a ahogarse y lentamente se dormían.

Enrico se acercó un poco más al tiempo en que descubría el frasco de tranquilizantes. Eso desató en él una reacción que jamás hubiera esperado.

—¿Qué has hecho? —preguntó perturbado, mostrándose como nunca antes. Se abalanzó a por mí, me cogió de los brazos y me sacudió varias veces—. ¡¿QUÉ HAS HECHO?! —Un grito escalofriante.

Se me caían los párpados, me pesaba el cuerpo. No resistía... y me abandoné entre sus brazos odiando que fueran mi único soporte. Enrico cayó al suelo conmigo y me acomodó en su regazo completamente atemorizado. Completamente concentrado en mí y dejando entrever un miedo a perderme que me produjo vértigo.

—¿Cuántas te has tomado? —me preguntó nervioso, dándome ligeros toques en las mejillas para que no me durmiera—. ¡¿Cuántas?! —

¡¡¡Dímelo!!!

—No... No lo sé... —jadeé y le miré suplicante—. Déjame ir, Enrico...
Déjame.

Y cerré los ojos extrañamente orgullosa de haber desfallecido en sus brazos.

¿Acaso aquel era mi final?

Mauro

Kathia llevaba catorce horas inconsciente.

Había ingerido una gran cantidad de fármacos tranquilizantes que, mezclados con los restos de ketamina que aún navegaban por su sangre, le habían provocado una fuerte intoxicación. Gracias a la rápida intervención de Enrico, el doctor Terracota pudo controlar la situación y determinar que Kathia estaba fuera de peligro y que, más allá del daño que se había producido con la ingesta de fármacos y la maldita droga, sufría un importante cuadro de estrés postraumático que la estaba debilitando a una velocidad preocupante.

Dicho diagnóstico me encogió el estómago porque el doctor dejó bien claro que sus emociones estaban en constante debate, y que tal desequilibrio tarde o temprano terminaría con ella y debíamos estar preparados para ello. Su tormento podía matarla.

Agaché la cabeza en cuanto tomé asiento junto a Enrico en la oscuridad de la habitación donde dormía Kathia. Había estado con Giovanna tranquilizándola en vano mientras lloraba. Al final se había quedado dormida.

—¿Por qué no me has llamado antes? —murmuré. Me había enterado de la situación hacía apenas un par de horas y no fue por Enrico.

—¿Crees que pensaba en eso mientras ella se desmayaba? —Kathia había perdido el conocimiento en los brazos de Enrico—. Además, no habrías podido hacer nada. Esto estaba plagado de Carusso —resopló y yo miré hacia ella.

—Aún no comprendo cómo Angelo no te ha permitido llevarla a un hospital —confesé extrañado con la frialdad con la que se había llevado el asunto—. Es incomprensible atender a alguien por intoxicación en su propia casa, joder.

—No quiere alarmar más a la prensa —admitió—. Sería demasiado extraño.

—Es interesante ver cómo le defiendes.

—No me toques lo cojones, Mauro —gruñó sin molestarse siquiera en mirarme—. Estoy muy cansado.

Cierto, lo estaba. Estaban siendo semanas muy duras para nosotros, pero aquellos dos últimos días habían sido especialmente críticos.

Coloqué una mano sobre su hombro y ejercí un poco de fuerza rezando por que Enrico comprendiera lo implicado que estaba con él.

—Lo sé —susurré—, pero no podemos retrasarlo más. —No podíamos continuar arriesgando tanto la situación porque cabía la posibilidad de terminar arrepintiéndonos. Kathia se removió entre las sábanas, estaba a punto de despertar y ambos nos quedamos observándola hechizados—. Tiene que ser esta noche, Enrico. —Porque todo estaba preparado.

—Ya sé lo que tengo que hacer, joder. Lo sé muy bien. —Se lo decía a sí mismo. Enrico buscaba la manera de afrontar aquello.

—Pero...

—No sé... cómo... —Que lo admitiera en voz tan baja me indicó hasta qué punto tenía miedo.

—Siento mucho no poder ayudarte en esto —reconocí, y Kathia abrió los ojos.

—Déjanos a solas, compañero.

Kathia

He escuchado infinidad de veces que cuando una persona está al borde de la muerte su mente reproduce los momentos más importantes de su vida. En mi caso, experimenté mi vida entera en una versión vertiginosa. Diecisiete años resumidos en unas horas de sueño infernales.

Risas, llantos, diversión, dolor, miedo, desconcierto, emoción, mentiras, verdades... Mi primera amiga, mi primer beso...

Y al final del camino...

Cristianno.

Siempre Cristianno.

Por eso no esperé despertar. No esperé que mi corazón siguiera latiendo porque cuando estaba al borde de desfallecer confié en Enrico como solía hacerlo y creí que realmente me dejaría ir. Pero estaba viva y lo peor de todo fue que en ningún momento dejé de sentirlo. Sabía que estaba soñando y que no iba a morir y supongo que por eso creí que sería la

definitiva. Quizás si no era premeditado, podría lograrlo de verdad.

Me sentía extenuada. Había dormido todo el día, pero hacerlo demasiado también agota. Tosí un par de veces y tragué saliva creyendo que ese gesto me valdría para calmar el fuerte escozor que tenía en la garganta. Era como si me hubiera tragado mil cuchillas. El vientre me palpitaba extrañamente y respiraba como si tuviera un paño caliente en la boca. Era asfixiante y muy incómodo.

De pronto tuve un escalofrío y segundos después escuché la puerta de mi habitación cerrarse. No estaba sola, alguien me observaba. Y lo hacía con una fuerza arrolladora, desconcertante.

Busqué en la oscuridad sin saber que me toparía con un Enrico viniendo hacia mí. Me encogí al tiempo en que le veía tomar asiento al filo de la cama, cabizbajo.

—¿Cómo te encuentras? —murmuró. Escondió las manos entre los muslos y suspiro profundamente.

Aquel Enrico me recordó muchísimo al mismo que me despertó una noche y me llevó junto a Cristianno. Me recompuse sobre la cama, encogí las piernas y me abracé a ellas. No tenía ganas de hablar pero tampoco me veía con fuerzas de apartar la vista de él.

Enrico se contenía. Contenía una extraña emoción que parecía al borde de superarle. Tragó saliva.

—El médico ha encontrado restos de estupefacientes recientes en tu organismo. ¿Has continuado tomando ketamina, verdad? —Me lo preguntó con calma y miedo al mismo tiempo—. Tienes que hablarme, Kathia. Por favor —me suplicó.

—¿Qué haces aquí? —espeté molesta conmigo misma por estar sucumbiendo a él de una forma tan estrepitosa.

—Preocuparme por ti —convino.

Una repentina furia me dobló.

—Qué buen mentiroso eres.

—Lamento que eso te moleste tanto. —¿Qué clase de contestación era aquella? ¿Qué demonios debía pensar? Era demasiado perverso de su parte que disfrutara de sus mentiras actuando como el Enrico que siempre había creído que era, comprensivo y honesto entre otras muchas cosas.

Aparté las sábanas y me incorporé sin esperar que mi cabeza protestara furiosa de dolor por la rapidez de mis movimientos. Fruncí el rostro y obié la necesidad de volver a la cama colocando los pies en el suelo y

levantándome tambaleante. Enrico quiso ayudarme, pero retiré sus manos de un manotazo.

—Estoy bien —mascullé mirándole de reojo, y me acerqué a la ventana sabiendo que él pronto me seguiría.

Así fue. Prácticamente le sentí respirar tras de mí.

—Tenemos que hablar, Kathia —murmuró lento.

Me crucé de brazos y me pellizqué el entrecejo consciente de que aquel dolor de cabeza iba en aumento. Un fuerte escalofrío me recorrió la espalda y tuve la extraña sensación de que aquellas palabras que acababa de decir guardaban un fuerte contenido del que sabía no estaba preparada para escuchar.

—Ya he cubierto el cupo por hoy, así que márchate —repuse con los ojos cerrados.

—No supe que existías hasta que cumplí los dieciséis. Recuerdo que Fabio...

—Ni se te ocurra mencionar a mi padre, Enrico. —Le interrumpí dándome la vuelta rápidamente y apuntándole con un dedo.

No le permitiría que continuara hablando. Ni siquiera debería estar en mi habitación. Pero Enrico no parecía dispuesto a detenerse, y me observó angustiado.

—No lo he hecho —espetó y a mí me heló la sangre.

—¿A qué demonios estás jugando?

—Yo no juego, Kathia. Yo actúo y es precisamente lo que estoy haciendo ahora mismo —gruñó acercándose un poco más a mí. Negué con la cabeza. Me sentí muy frágil e inestable. De nuevo sentía aquella maldita conexión que me unía a él en situaciones de ansiedad, como si una fuerza invisible nos atrapara—. Tu padre murió en Milán la madrugada del 23 de Junio, hace diecisiete años, Kathia. Yo estuve allí. —Por supuesto que estuvo, porque fue el único superviviente de aquella fatídica noche.

Algo explotó en mi interior. Cada partícula de mi cuerpo se revolvió provocándome la más inestable de las sensaciones. El impacto fue tan inmenso que sentí que estallaría en mil pedazos. Me asfixié en su mirada húmeda, en su talante convulso, en el rostro de un hombre que acababa de confesarme que nunca había sido una Gabbana.

—¿Qué quieres decir?

—Lo sabes bien, mi amor. —Por supuesto que lo sabía...

Enrico procuró sonar calmado, pero se le escapó un gemido triste al tiempo en que intentaba cogerme de las manos.

—¡No! —Exclamé impactando contra la ventana. Levanté las manos—. No te acerques a mí... —Saboreé las lágrimas y empecé a negar con la cabeza—. Tú y yo no podemos ser...hermanos.

Aquella palabra desató una reacción que mi cuerpo no estaba preparado para soportar. El llanto se hizo insoportable, me asfixiaba. Me ahogaba en mis propias lágrimas ante un Enrico que también había empezado a llorar en silencio. Era la primera vez que le veía hacerlo.

—Kathia... —Quiso cogerme, pero le empujé. Le empujé con todas mis fuerzas y me aparté de él tratando de poner la mayor distancia entre los dos.

—¡¡¡No me toques!!! —Chillé hasta rasgarme la garganta—. No me toques, por favor...

Le miré asolada, con la sangre hirviéndome en las venas y el corazón latiéndome al borde del colapso. Por eso se había casado con Marzia, por eso había permitido ser sometido por los Carusso, por eso obedecía. Porque era mi hermano, la única familia de sangre que le quedaba en el mundo y debía protegerme. Pero no lo había hecho bien... ¡No lo había hecho bien! ... Me había aniquilado de la peor forma.

Mi propio hermano había matado a Cristianno... Y ahora su muerte dolía un poco más.

—Kathia, por favor... —me suplicó.

—Le dejaste morir... —sollocé dando pasos torpes hacia atrás—. ¡¡¡Se supone que eres mi hermano y dejaste morir al hombre al que amaba!!! Tú deberías haber muerto aquella noche junto a tu familia. —Le hablé con toda la violencia que pude reunir, sabiendo que aquel comentario le desgarraría.

La imagen de Enrico Materazzi completamente destruido se me quedaría grabada a fuego en la piel.

Eché a correr.

Kathia

No pensé en que mis piernas responderían con flaqueza, ni en que mis pulmones no sabrían dosificar el aire. Tampoco en las lágrimas que me nublaban la vista o en los temblores que me empujaban a la más absoluta locura. Tan solo corrí ambicionando alejarme todo lo posible del mundo, de la vida. De mí misma.

Decir que ya no resistía ni siquiera era suficiente. Ya era demasiado cruel y retorcido destruir a una persona intencionadamente. ¡No deberían haber insistido tanto en alguien que ya estaba completamente devastado! ¡¿Qué más querían de mí?! ¡¿Qué demonios había hecho par vivir semejante castigo?! ¡¿No se daban cuenta de que ya habían terminado conmigo?! No quedaba nada de mí.

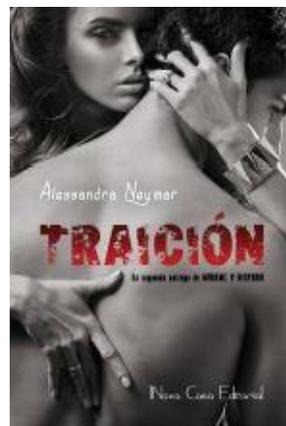
El viento me azotaba con fuerza en el rostro, lacerándome. Había aumentado la velocidad con el descenso de una calle ligeramente inclinada y con ello aumentó también la agitación. La resolución con la que mi cuerpo huía me asustaba, casi tanto como la voz candente de mi fuero interno.

<<Enrico es tu hermano. Cristianno está muerto.>> Me hablaba arrastrando la misma brutalidad con la que le había hablado a Enrico minutos antes. Buscando una forma insana de dañarme. Pero no le reproché, porque de algún modo comprendí que buscaba, tan incasablemente como yo, desaparecer. <<Enrico es tu hermano. Cristianno está muerto.>>

Alguien me seguía, pude sentir su presencia cerca de mí, acechándome. Tuve un escalofrío un instante antes de estamparme contra el pecho de un chico. Su aliento agitado se entremezcló con el mío manteniendo sus labios a solo un centímetro de los míos. Ese calor... ese intenso calor... tan cargado de pasión y agonía... Acababa de toparme cara a cara contra mi destino. Y ese destino tenía un rostro que jamás podría olvidar.

Cristianno.

Engánchate a la saga más intensa



Sigue las novedades sobre
Bajo el cielo púrpura de Roma
en las redes sociales

TWITTER

@alesandraneymar @novacasaeditors

FACEBOOK

MirameYDispara NovaCasaEditorial

GOOGLE PLUS

+AlessandraNeymaroficial

INSTAGRAM

@Alessandraneymar

Y descubre la música que inspiró la historia

YOUTUBE: user/AlessandraNeymar

SPOTIFY: Alessandra Neymar

www.novacasaeditorial.com

www.alesandraneymar.com

Miles de fans te esperan en el **punto de encuentro** dedicado a la saga

www.mafiosasgabbana.com

¡ÚNETE!